

ENTRE BOURBONS & GIN TONICS





NONI GARCÍA

KHABOX LOVE

ENTRE BOURBONS
&
GIN-TONICS
Noni García



ENTRE BOURBONS & GIN-TONICS
©NONI GARCÍA

Todos los derechos reservados
Khabox Editorial

CODIGO: KE-013-0060
Diseño y composición: Fabián Vázquez
Corrección: Khabox Editorial
Primera Edición, Octubre 2023
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1

Adoraba aquella canción. Quédate, de Quevedo, sonaba a todo trapo y él no dudaba en bailarla y gritarla, a pesar de que lo de cantar no era lo suyo. Tampoco es que importara mucho, porque con aquellos decibelios, era prácticamente imposible que alguien lo escuchara.

—Quédate, que la noche sin ti duele… —voceó, pensando que eso era lo que quería para esa noche, que alguien se quedara en su cama.

Fue hasta la barra cuando el tema terminó. Tenía la garganta irritada y decían que el alcohol curaba las heridas, así que lo mejor que podía hacer era tomarse un *gin-tonic*.

No necesitó articular palabra, el camarero ya sabía de sobra lo que quería, y en más de una ocasión se lo había servido completamente desnudo mientras le daba placer con su boca.

Aquel club era de sus predilectos, ya que solían acudir muchos extranjeros, algo ideal para un polvo sin complicaciones.

Miró a la derecha, para ver la gente que en ese momento empezaba a entrar por la puerta. Y lo vio. Moreno, ojos verdes, cara seria, mayor que él y de metro ochenta aproximadamente. Justo como le gustaban los hombres.

Lo observó, quería ver sus movimientos antes de lanzarse a por él, entre otras cosas por saber si venía solo o con compañía.

No podía creer que tuviera tanta suerte, que se dirigiera al mismo lugar donde se encontraba él en ese momento.

—¿Tenéis *bourbon*? —le preguntó al camarero.

—Sí, por supuesto —respondió el joven.

—¿Blanton’s?

—Eeeh… Sí —contestó el chico, que sabía que era el más caro que tenían a la venta.

—Perfecto. Ponme uno solo con hielo.

Una vez se lo sirvieron, pagó la consumición. Agitó el contenido del vaso para que el hielo enfriara el licor, y acto seguido dio un trago largo, provocando que quien lo observaba pusiera cara de «Oh Dios, eso tiene que quemarte la garganta».

—Nunca te había visto por aquí —se atrevió a decir una vez se repuso de la impresión.

—No había venido antes —respondió.

—Mi nombre es Santiago, aunque todos me llaman Santi —le tendió la mano a modo de saludo.

—Rubén —dijo, estrechándosela.

—¿Has venido solo? —se aventuró Santi.

—Se puede decir que soy nuevo en la ciudad. Me fui cuando tú apenas estarías dejando los pañales.

Aquello arrancó una carcajada a Santi. Ese sentido del humor no casaba con la imagen de hombre serio y frío que dejaba ver.

—No soy tan joven como aparento.

—No creo que tengas más de dieciocho, si no, no podrías estar en este local.

—¿Ves? No has acertado. Tengo veintiuno.

—Pero no iba muy desencaminado.

Los dos se quedaron mirando a los ojos. A Santi le gustaba ese hombre, y estaba dispuesto a engatusarlo para acabar con él en la habitación del hotel más cercano. Dudó en qué técnica usar,

y pensó que la de «presentación, alguna risa y apartarse» era la más adecuada. Si la persona estaba realmente interesada en algo más, le daría al encuentro; si no, aún le quedaría noche para buscar otra víctima a la que cazar.

—Bueno, te dejo, voy a seguir bailando —le soltó con una mirada sugerente y una sonrisa pícara.

Rubén soltó una carcajada, haciendo que Santi lo mirara sorprendido, ya que eso era algo que no había esperado.

—¿Suele darte resultado esta técnica?

Santi se quedó bloqueado, nunca le había pasado que alguien se diera cuenta al instante de que lo que buscaba era toda su atención.

—No me mires así, te saco quince años, conozco todos los trucos.

—Vaya… —no supo qué decir.

—Voy a enseñarte la mía porque me has caído bien. Soy bastante más directo y es muy efectiva.

—Ah, ¿sí? —sonrió ahora el joven.

—Voy a tomarme esta copa y otra más. Ese es el tiempo que tienes para decidir si quieres que te folle durante toda la noche, hasta quedar tan agotado que me ruegues que pare.

Santi se quedó perplejo ante la rotundidad de aquellas palabras, y un ramalazo de lujuria se apoderó de él al instante. Lo pensó durante un par de segundos y decidió que era un tipo demasiado pagado de sí mismo y que no le daría el gusto de contestarle. Simplemente, se marchó a la pista de baile y estaría pendiente de lo que bebía; aparecería a su lado cuando tan solo le quedara el último sorbo. Si es que no le entraba alguien que le diera más morbo que aquel hombre déspota. Algo que dudaba.

La noche siguió su curso. Fueron varios los chicos que le entraron, todos de su misma edad, algunos con cuerpos de infarto perfectos para lamer enteros a placer, pero ninguno le apetecía tanto como el tal Rubén.

Después de varias canciones, giró la cabeza para buscarlo en la barra, y se maldijo al darse cuenta de que ya no estaba allí y que solo quedaba un vaso vacío con un par de cubitos de hielo.

—Mierda… No debí esperar tanto tiempo. ¡Joder!

El malhumor se apoderó de él al instante, y ya ni tan siquiera le apetecía seguir en el local. Así que decidió que iría al baño antes de que su vejiga explotara y después se marcharía a casa.

Entró rápido y se dirigió a uno de los urinarios sin pararse a mirar a nadie. Si lo hubiera hecho, habría visto que dos más a su derecha se encontraba Rubén, quien lo observaba sin que él se diera cuenta.

Se la sacudió una vez terminó, se subió la ropa interior, los vaqueros, se puso los botones y fue directo a la salida.

Miró a izquierda y derecha una vez estuvo fuera con la esperanza de que todavía estuviera por allí, pero no lo encontró, y paró a un taxi que tenía encendida la luz verde de libre.

Le daba la dirección a la que se dirigía cuando la puerta opuesta a donde él se encontraba sentado se abrió, y Rubén se subió.

Santi lo miró ojiplático, no entendía qué estaba sucediendo, no esperaba que eso pasara y era incapaz de articular palabra.

—¿Nos vamos? —preguntó Rubén, consiguiendo que saliera de su estado de *shock*.

—Sí, nos vamos —fue lo único que consiguió decir.

El camino lo hicieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Rubén, pensando que se alegraba de haber ido al baño antes de salir del local. Si no lo hubiera hecho, no estaría ahora camino de donde fuera con ese chico que se la puso dura en cuanto le dirigió la primera palabra. Cuando vio que su copa se había terminado y él no había hecho por acercarse, el malhumor se apoderó de él, porque le apetecía muchísimo pasarse la noche enterrándose en ese culo que no pudo dejar de mirar mientras bailaba.

Santi no estaba muy seguro de lo que hacía. Si bien había deseado pasar la noche con ese tipo, que se hubiera subido al taxi sin más lo tenía bastante desconcertado. Además, no solía llevar a ningún hombre a su piso, pero se quedó tan aturdido que no atinó a decirle al conductor que cambiara de dirección.

Llegaron a destino y Rubén fue más rápido que Santi. Le tendió la tarjeta de crédito al conductor, y con la mano libre, evitó que Santi sacara su cartera del bolsillo del pantalón, regalándole, ya que estaba, una caricia en su entrepierna mientras el taxista trasteaba con el datafono. Se puso aún más duro de lo que ya estaba al notar cómo la polla del que iba a ser su compañero de juegos crecía bajo su palma.

Cuando bajaron del taxi, Rubén se dio cuenta de que estaban frente a uno de los edificios más lujosos de la ciudad. Imaginó que el chico vivía allí con su familia, y que ahora tendrían que buscar un hotel cercano al que ir para seguir con la fiesta. Pero no, Santi fue hasta la puerta, tecleó un código en el telefonillo, la puerta se abrió y le hizo un gesto con la mano para que pasara.

Subieron en el ascensor sin mediar palabra. Atravesaron la puerta del piso, y entonces se desató la locura.

Sus bocas se encontraron.

La urgencia se apoderó de ellos.

No hubo desnudos sensuales.

Simplemente, se arrancaron la ropa el uno al otro, deseando que sus cuerpos se rozaran piel con piel.

Trastabillando, llegaron al salón, no sin antes coger Rubén su cartera. La abrió y maldijo no tener un maldito sobre de lubricante, todos eran condones.

—Dime que no tienes demasiado lejos el bote de lubricante.

—En el cajón de esa estantería, no tardes, salí de casa preparado para follar —respondió Santi, llevando una de las manos de Rubén a su ano.

—Joooder —soltó Rubén al notar el extremo de un *plug* anal—. Acabas de ponerme muy perro —confesó mientras iba a coger el bote de donde le había dicho y volver para extraer el juguete y verter el viscoso líquido entre sus nalgas.

—Fóllame de una vez —le exigió Santi.

Rubén no dudó en abrir uno de los condones, colocárselo a toda velocidad y penetrarlo de una sola embestida, aunque se quedó quieto cuando escuchó un gruñido que no tenía muy claro si era de dolor o de placer. Sabía que había sido demasiado brusco, pero ese niñato le ponía tanto que no pudo controlarse.

—Lo siento. ¿Estás bien?

—Has hecho que me corra de una sola embestida. Estoy más que bien. Busca tu propio placer, campeón.

Y eso hizo Rubén. Entró y salió de Santi con un ritmo demencial acompañado de los movimientos del chico, disfrutando de cada una de las contracciones que le regalaba su

compañero con el culo. Cada vez que lo apretaba, la presión hacía que pensara que esa iba a ser la última embestida, pero entonces relajaba su esfínter y le daba margen para seguir jugando.

Hasta que se corrió. Una corrida épica. Una que jamás se borraría de su mente.

Ese jovencito de veintiún años prometía hacerle pasar una de las mejores noches de su vida, y pensaba disfrutarla sin reservas.

A ese primer polvo rápido le siguieron varios más, ya sobre el colchón de una cama bastante grande.

No sabía qué cojones tenía ese crío, pero conseguía que sus tiempos de espera fueran más cortos de lo normal. Era como si algo dentro de él le gritara que debía reclamarlo como algo suyo. Y si no fuera porque ya no creía en el amor, habría escuchado perfectamente cómo esa vocecilla le decía que no iba a resultarle nada fácil resistirse a eso que no quería en su vida.

Unas horas más tarde, ya satisfecho, aprovechó que Santi dormía y salió de allí.

El frescor de la madrugada se le antojó delicioso, y pensó que quizá no había sido tan malo volver a casa después de tantos años.

2

Hacía media hora que Rubén entró por la puerta de la casa. Tras una ducha rápida, ya se encontraba tumbado en la cama, reverberando en bucle la noche de placer que había pasado con aquel joven con el que no pensaba volver a verse más.

En una par de días, daría comienzo el curso escolar, y su trabajo nunca le dejaba demasiado tiempo para salir de fiesta, ya que cuando llegaba el finde, solía estar exhausto y le quedaban por delante dos días para estudiar el máster en el que se había embarcado y disfrutar de su familia. Lo normal era que concertara una cita a través de Tinder para echar un buen polvo, con el que liberaba estrés, lo que le permitía relajarse y tomar fuerzas para la siguiente semana.

Además, sí, lo había pasado en grande y no le hubiera importado seguir jugando con el chico hasta el domingo por la noche, pero sabía por propia experiencia que a su edad era fácil hacerse ilusiones, y él hacía mucho que era un ave solitaria. Santi no se merecía vivir en una fantasía que jamás se haría realidad.

Se giró en la cama con la intención de dormir hasta que su cuerpo quisiera, y estaba consiguiéndolo cuando la puerta de su dormitorio se abrió de golpe y una granujilla se lanzó a llenarlo de besos al tiempo que saltaba sobre él como si estuviera cabalgando.

—Tato *Dubén*, Tato *Dubén*, tienes que *levantadte*, me *pometiste* que hoy *hadíamos todtitas* y el *expedimento* del globo que se llena solo.

Rubén quiso que se lo tragara la tierra en aquel preciso instante. Había olvidado por completo que le prometió a Celia que esa mañana harían justo lo que le reclamaba, pensando que no más tarde de las dos de la mañana estaría en casa y tendría tiempo para descansar.

—Es muy temprano, Celia.

—No, tato, son las siete y media, y mamá me dice todos los días a esa *hoda* que vamos *tade*.

—Pero eso es solo en los días que hay colegio, hoy es fin de semana, cariño —intervino la aludida.

—Jooo… —se quejó la niña.

—Celia, deja a tu tío tranquilo, que se ve que no ha descansado mucho esta noche —le dijo Aitana, con una sonrisa pícara dirigida a su hermano, desde la puerta.

—¿Estás malito, tato? ¿*Pod* eso no has *dodmido* bien?

—Eeeh… —Rubén fue a responderle algo que la hiciera desistir de los planes que la niña tenía para esa mañana, pero no le dio tiempo a decir nada.

—Mamá, *táeme* mi maletín de médico, voy a *ve* qué tiene el tato. Y el *nucofeno*, que eso *siempe* me lo das cuando estoy *enfedma* y me pongo buena.

Rubén soltó una carcajada ante la ocurrencia de su sobrina al escuchar la forma de llamar a lo que supuso que sería el ibuprofeno. Estaba visto y comprobado que esa pequeñaja no lo dejaría descansar, así que probó con otra cosa que esperaba que funcionara.

—Bueno, yo creo que lo mejor para curarme es que te acuestes un ratito conmigo. Seguro que si te abrazo, se me pasa pronto y en un par de horas estaremos haciendo esas tortitas.

La niña lo miró, y él puso cara de pena, así que no dudó en tumbarse al lado de su tío, que la abrazó y le acarició el pelo ante la atenta mirada de Aitana, que no tenía todas consigo de que Rubén consiguiera dormirla. Sin embargo, no habían pasado ni cinco minutos cuando a Celia comenzaron a cerrársele los ojos.

Salió de la habitación cuando ya estaba completamente dormida y Rubén empezaba a coger el sueño.

Se fue a la cocina y puso a trabajar la cafetera. El día que le quedaba por delante prometía ser una auténtica locura, como cada sábado, y encima, esa noche, se había comprometido con Javier para cuidar de su madre y que él pudiera salir a cenar tranquilo con Daniela.

Se lo pensó mejor. Si esos dos todavía iban a dormir un rato más, ella también lo haría, así que apagó la cafetera y volvió sobre sus pasos para meterse en la cama, con su hermano, al que siempre había adorado, aunque en ese momento más aún.

Sabía que para él no había sido fácil volver a casa después de tanto tiempo, que se cruzaría casi a diario con la persona por la que se fue, ya que vivían en el mismo edificio, pero no había dudado en regresar en cuanto le fue posible cuando más lo necesitaban ella y Celia, cuando Alonso no dudó en dejarla por su amante y marcharse a vivir a Brasil, sin importarle dejar atrás a su hija.

No fue fácil, nada fácil. Pero con el apoyo incondicional de Javier, el hermano de Alonso, y Daniela, su esposa, consiguió salir adelante. Y desde hacía una semana, su hermano pequeño, uno de los pilares más importantes de su vida, también estaba a su lado para que no se derrumbara.

—Deja de darle vueltas a la cabeza y duérmete ya. ¿O también vas a hacerme acariciarte el pelo para que caigas redonda?

—No, ya me duermo, te lo prometo. ¿Te lo has pasado bien esta noche? —preguntó Aitana con cautela, ya que no sabía si había llegado a esas horas porque había ligado o porque se encontró con cierta persona y eso le perturbó hasta el punto de vagar por la ciudad como un alma en pena.

—Cuando me levante de la cama, voy a tener agujetas. ¿Contesta eso a tu pregunta? Estoy ya desentrenado en esto de tener maratones de sexo.

Aitana tuvo que contener una carcajada. Su hermano era único, tan mortalmente sincero como siempre, algo que le había traído problemas en alguna que otra ocasión, pero no podía evitarlo.

—No te rías, vas a despertar a la niña.

—Pues no me sueltes esas burradas. Bastaba con decirme que sí, no era necesario que me dieras tantas explicaciones.

—Anda, déjame dormir, que estoy agotado.

Aitana se acurrucó contra el pecho de su hermano, que la abrazó por los hombros y le dio un beso en el pelo. Aspiró su aroma. Olía a tranquilidad, a paz, a familia y a hogar. Sí, ya podía seguir adelante, y estaba segura de que pronto miraría atrás sin derrumbarse, y su futuro se presentaría seguro, sin incertidumbre alguna.

3

Eran las cuatro de la tarde cuando un ruido en el salón despertó a Santi. Aguzó el oído y escuchó el repiqueteo inconfundible de unos tacones, Piluca estaba en su casa y no tardaría más de cinco segundos en abrir la puerta de su habitación.

Y así fue.

—Hombre, pero ¡si estás vivo! Noche épica por lo que veo —dijo, dándole un puntapié a uno de los condones que había en el suelo de la habitación.

—Déjame dormir un rato más…

—Ah, ¡no! Ni de coña, tenemos tarde de compras, manicura y peluquería. Me lo prometiste. Recuerda que el lunes empezamos el curso y tenemos que estar divinas.

—Te odio mucho por recordármelo. ¡Qué pocas ganas! Quiero que me devuelvan mis vacaciones de verano.

—Será que tienes que esforzarte mucho, capullo.

—Yo no, pero tú sí, y me tocará ayudarte a estudiar.

—Quién sabe, lo mismo este año encuentro algún compañero guapo e inteligente que me ayude.

—Buaaah… Casi prefiero que no, os pasaréis el día follando y me tocará ayudaros a los dos.

—Qué exagerado eres. Sabes perfectamente que cuando toca ser responsable, lo soy más que nadie.

—Ya lo sé, tonta.

Santi se desperezó en la cama e hizo el intento de taparse la cara con la sábana, pero Piluca tiró de ella para destaparlo por completo. Cualquier otra persona, se habría sentido avergonzada al verlo completamente desnudo, pero ese no era el caso, ya que se conocían desde el primer curso de infantil, donde descubrieron que meaban de forma diferente, que a él le colgaba una cosa que ella no tenía. Bueno, eso y que les encantaba ir a las playas nudistas de Conil.

—Venga, levanta y date una ducha, yo, mientras, voy a abrir las ventanas, que esta habitación huele a sexo que lo flipas.

—Anda, ven, túmbate un poquito —la picó Santi, conociendo de antemano su respuesta.

—¿Estás loco? Entre esas sábanas debe haber tantos Santis no natos que en dos semanas puedo enterarme que vamos a ser padres. A ver, que a mí no me importaría, pero cualquiera escucha a mi madre cuando sepa que va a ser abuela.

Santi soltó una carcajada, consciente de cuánta razón tenía su amiga; doña Pilar sería siempre eternamente joven, y ser abuela significaría que estaba haciéndose mayor.

Se levantó de la cama con muy pocas ganas, aunque debía reconocer que pasar la tarde con su mejor amiga era un gran plan.

—Me doy una ducha rápida y nos vamos. Búscame un *outfit* que ponerme.

—Te quito las sábanas, pero los condones los recoges tú, que donde han estado es por donde sale la mierda.

—Vamos, como si a ti nunca te la hubieran metido por el culo…

—Sí, pero eran mi culo y mi mierda, no era ajena.

—¡Eres asquerosa, tía!

—Pero eso no es nuevo, ¿o no recuerdas cuando aquella vez con siete años estabas estreñido y…?

—No es necesario recordar el tacto rectal que me hiciste… —la cortó, aunque no sirvió de nada, ella siguió hablando.

—Bueno, sirvió para que cagaras y descubriste lo mucho que te gusta que te metan cosas por ahí. Te desvirgó tu amiga hetero… Quién lo diría, ¿eh?

Santi soltó una carcajada cuando ya estaba entrando en el baño de su dormitorio. Abrió el grifo de la ducha, probó el agua, y cuando estuvo a la temperatura perfecta, se metió bajo el chorro.

No quería tardar demasiado, Piluca odiaba las esperas. Sonrió al pensar en lo increíblemente única que era. Debajo de esa fachada de niña pija, vivía la mejor persona que se había cruzado en su camino. Era su mejor amiga desde que se conocieron siendo unos críos de tres años, y nada ni nadie había conseguido separarlos. Estaba seguro de que su infancia y adolescencia no hubiera sido tan fácil y feliz sin ella y su familia a su lado. Sí, tía Isabel se había encargado de criarlo como a un hijo cuando sus padres murieron siendo él aún un bebé, pero el cáncer se la llevó también demasiado pronto, y por más que León, su marido, estuvo siempre con él, bastante tenía con lidiar cada día con la pena de haber perdido a su compañera de vida.

Escuchó el teléfono sonar de fondo y a Piluca gritarle que quien llamaba era precisamente la persona última en la que estaba pensando.

—Dile que lo llamo en cinco minutos, estoy terminando de ducharme.

Salió rápido del baño. Había olvidado por completo que León llegaba ese día del viaje que le regaló por su cumpleaños, y seguro que lo llamaba porque el tren ya debía ir por Sevilla. No tardaría demasiado en llegar a Cádiz.

Corrió como si le fuera la vida en ello. Tenían que recoger a León y dejarlo en su casa antes de irse al centro comercial que quedaba a pocos kilómetros de allí. Por suerte, la estación se encontraba muy cerca del edificio en el que vivía.

El tren llegó puntual, ellos también, y en menos de media hora ya estaban aparcando dispuestos a derrochar una indecente cantidad de dinero, algo que los dos amigos tenían de sobra para gastar a placer. Porque aunque Santi tuviera veintiún años y fuera huérfano casi desde que nació, sus padres eran dueños de una gran empresa que cotizaba en bolsa y que él heredó. A pesar de que hasta los dieciocho León se hizo cargo de ella, ya que pasó a ser su tutor legal cuando su tía murió, haciendo un gran trabajo que incrementó tres veces su patrimonio, desde que obtuvo la mayoría de edad, él también empezó a trabajar codo con codo con su tío, duplicando desde entonces la fortuna. Ser un niño con altas capacidades le permitió obtener la licenciatura de Económicas cuando estaba a punto de cumplir la mayoría de edad. Y si empezaba en un par de días la carrera de Enología, era por el puro placer de ayudar a Piluca a sacar la carrera de sus sueños adelante.

4

Y llegó el gran día. Santi y Piluca estaban delante del edificio de la facultad de Ciencias de la UCA, dispuestos a afrontar la primera jornada lectiva del curso.

Los dos amigos se miraron. Ella estaba ilusionada, él… él estaba allí por ella, porque tampoco es que le hiciera demasiada gracia estudiar el grado de Enología, pero no podía dejarla sola en eso, ya que ella siempre estaba a su lado.

Le había echado un ojo al temario de las asignaturas, y casi colapsó con las de Química. Era lo que menos le gustaba del mundo, y ya le costó sacar el sobresaliente en segundo. Tendría que esforzarse de lo lindo si quería obtener la nota máxima, y eso era algo que no le apetecía nada.

—¿Entramos? —le preguntó Piluca algo excitada por los nervios.

—Vamos allá —le respondió Santi.

Entraron abrazados, compartiendo risas y palabras susurradas. Cualquiera que los viera pensaría que eran una pareja dedicándose confidencias amorosas, pero realmente estaban criticando algunos *outfits* y buscando a los nuevos alumnos de primero, para ver si encontraban alguno que les alegrara la vista durante el curso.

Las horas fueron pasando entre presentaciones de asignaturas y profesores. A media mañana, se escaquearon para tomar un café, ya que la noche anterior se quedaron charlando a través de videollamada hasta bien entrada la madrugada.

—¿Cuál es la siguiente asignatura?

—Si mal no recuerdo, Viticultura. Esa la tenemos más que controlada —dijo Santi, soltando después una carcajada.

—Ojalá fuera tan sencillo, pero después de dos años, deberías saber que esto no es solo probar vinos y decir si tiene un sabor frutal o a madera de roble.

—Lo sé… Pero recuerda que tienes al mejor profesor particular del mundo.

Siguieron charlando de las asignaturas a las que ya habían asistido y, pasado un rato, emprendieron el camino hacia el aula donde se impartía la siguiente.

Santi frenó en seco en uno de los pasillos. No haber conseguido sacar de su mente la noche que pasó con Rubén le estaba jugando una mala pasada. Juraría haberlo visto entre el barullo de alumnos que había en ese momento.

—¿Ocurre algo? —se interesó Piluca al ver su extraña actitud.

—No, nada, creí ver a alguien, pero seguro que me he equivocado.

—¿A quién? —sacó Piluca a paseo su vena más cotilla.

—El del *bourbon* caro.

—¿El del viernes?

—Sí, ese mismo.

—En serio, sé que pasaste una noche épica, pero deja ya de pensar en él, que hasta te lo imaginas por aquí.

Accedieron al aula y Piluca arrastró a Santi hasta la primera fila. Odiaba que hiciera eso, a él le encantaba sentarse de los últimos, ya que si la clase se volvía tediosa, podía llevar su mente a cualquier otro universo sin que el profesor se diera cuenta.

—Piluca, guárdame el sitio, que me estoy meando.

—¿En serio? ¿Ahora?

—Te prometo que vuelvo rápido.

Santi salió del aula dejando sola a Piluca. Por supuesto que no tenía ganas de mear, solo que no podía sacarse de la cabeza que estaba seguro de que era Rubén al que había visto en el pasillo, y pensaba dar con él.

Por su edad, era muy poco probable que se tratara de un alumno, quizá fuera del personal de administración o profesor en algún otro grado, ya que iba en dirección contraria a la de Enología. O puede que simplemente acompañara a alguien de primero, porque estaba seguro de que nunca se lo había cruzado antes por la facultad. Y entonces recordó que le dijo que hacía mucho que no volvía a casa. ¿Y si fue padre siendo joven? Lo mismo no era gay, sino bisexual, tampoco es que tuvieran mucho tiempo de hablar de ese tipo de cosas aquella noche.

Oteó por Administración, pero allí no lo encontró. Fue clase por clase, tampoco dio con él. Recorrió el *parking*, inspeccionó los baños… Nada. Era como si se lo hubiera tragado la tierra, quizá sí había sido cosa de su imaginación.

Decidió ir a buscar a su amiga, que estaría cabreada con él por quitarse de en medio. Quedaba cinco minutos para el cambio de clase, así que pensó que lo mejor era quedarse al final del aula, no iba a desconcentrar a sus compañeros cuando estaba al terminar.

Abrió la puerta lentamente, entró, fijó la vista en el profesor de la asignatura y todos lo miraron cuando exclamó:

—¡Hostia puta!

Rubén alzó la vista ante aquel improperio, y mantuvo el tipo como buenamente pudo cuando vio al alumno que lo miraba con sorpresa desde la puerta. No podía creer que se tratara de él, que fuera aquel niño rico que no salía de su cabeza desde hacía unas noches.

Carraspeó y respiró hondo antes de hablar.

—Si va a quedarse, le rogaría que moderara el volumen de su voz.

Santi se sentó en el primer asiento que vio libre, no solo por lo que acababa de decirle, sino porque verlo ahí, con esa ropa tan pija, esa pose de cabrón, ese ceño fruncido y ese tono autoritario había conseguido que se empalmara al instante.

La clase terminó con algunas indicaciones de Rubén sobre la asignatura que, por supuesto, Santi no escuchó. Vio a Piluca levantarse, sabía que querría echarle la bronca, aunque se le pasaría cuando le dijera quién era el profesor. Pero no le dio tiempo de llegar hasta él cuando la voz que lo había perturbado se escuchó por encima del jaleo de los alumnos que salían.

—Señor Hostia Puta, quédese cuando todos salgan, por favor.

A Piluca se le cambió la cara y se hizo hueco entre los demás para llegar lo más rápido posible junto a su amigo. No entendía por qué había soltado ese taco sin venir a cuento, y encima iba a tener un problema.

—La has cagado, este tío promete ser de los chungos, pero que muy chungos.

—Pues será un cabrón como profesor, pero folla como un dios.

—¿Qué dices? —preguntó Piluca desconcertada.

—Que no eran imaginaciones mías, que ese es el dueño de los condones que no quisiste recoger el sábado del suelo de mi habitación.

—¡Hostia puta! —espetó Piluca.

—Pues eso mismo. Anda, vete, luego te cuento.

Piluca emprendió el camino hacia la salida, y él permaneció sentado mientras los más rezagados también abandonaban el aula, dedicándole todos miradas compasivas por la bronca que iba a caerle.

Se levantó cuando supo que estaban solos y se acercó a Rubén, que fue tan directo como

recordaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de una forma demasiado ruda que a Santi no le gustó nada, consiguiendo que sacara su lado chulo a paseo.

—No sé, estaba aburrido en casa y me dije: Oye, ¿por qué no te vas a tomar el té a la facultad de Ciencias? ¡Hay que joderse!

—Cuida ese vocabulario, no lo tolero en mi clase.

—Es que tienes unas preguntas… Pues estudiar, ¿qué iba a hacer si no?

Rubén se pinzó el puente de la nariz, respiró hondo y soltó el aire con fuerza.

—Se suponía que iba a ser sexo sin compromiso, que no volveríamos a estar juntos, y ahora…

A Santi le jodió un poco lo que decía, pero tenía razón. En ningún momento hablaron de volver a quedar. Era cierto que lo pasaron bien, pero nada más.

—Eso fue exactamente, Rubén —dijo para tranquilizarlo—. Que nos hayamos encontrado en estas circunstancias no significa nada.

—Bueno, debes reconocer que un poquito incómodo sí que es. Soy tu profesor, y si se sabe que…

—Santiago Gorostiaga —le tendió la mano como hacía unos días.

—Esto es de locos —dijo al tiempo que se la estrechaba—. Rubén Rodríguez.

—Pues si no tiene usted nada más que decirme, señor profesor, creo que debería ir a buscar a mi amiga, que se ha quedado preocupada porque el profe me ha hecho quedarme después de clase para echarme la bronca.

Rubén soltó una carcajada ante las palabras del joven. Sí, seguía teniendo en el día a día el mismo humor chispeante de aquella noche.

—Aunque he de reconocer que, más que una bronca, esperaba que me hubiera echado un buen polvo.

—Santi… —soltó exasperado.

—Que es broma, hombre… —le dijo mientras se alejaba poco a poco hacia la salida.

—Suerte con la asignatura, soy tan cabrón como profesor como bueno en la cama.

Santi se giró abriendo la boca, y sonrió al ver que Rubén también lo hacía por su reacción.

—Creo que esa noche me pusiste una matrícula de honor —se acercó a él de nuevo—. Pues el estudiante supera al amante —le dedicó una suave caricia en el pómulo, aunque tuvo que retirar la mano al ver el fuego en los ojos de su profesor—. Mira mi expediente académico si no me crees.

Santi se fue caminando con decisión. Su curso escolar iba a ser divertido y complicado a partes iguales, porque no sabía cómo conseguiría concentrarse si se empalmaba cada vez que lo viera.

5

Rubén seguía sin creer que aquello le estuviera pasando. Vale que por su edad era muy probable que estuviera cursando una carrera, pero de ahí a que fuera precisamente Enología, que no era algo muy común entre la juventud…

—Con la cantidad de gente que vive en la provincia de Cádiz y tuve que liarme con un alumno.

Recogió la mochila y el casco de la sala de profesores. Salió de la facultad y lo vio a lo lejos con una de las alumnas que estaba sentada en primera fila y que se le acercó antes de salir del aula, y dedujo que esa era la amiga de la que le habló.

Santi se giró y lo pilló mirándolo, así que aprovechó ese momento para ponerse el casco y subirse a su KTM 790.

Necesitaba salir de allí cuanto antes, y eso hizo. Le dio gas a su moto, aunque tuvo que parar en la urbanización más cercana, ya que no pudo evitar empalmarse y se estaba haciendo daño.

—¡Maldito niñato! No puede ponerme así cada vez que nos veamos. Espero que solo haya sido por la impresión de encontrarnos.

Miró a su alrededor y vio una gran cantidad de madres con sus hijos. No, ese no era lugar ni momento para meterse la mano en el pantalón o acabaría preso.

Respiró hondo, se colocó el casco delante de su entrepierna y esperó a que se le bajara un poco, cosa que le costaría bastante si no dejaba de pensar en aquellos ojos marrones y la cara de placer de aquel niñato cada vez que lo embestía.

Después de diez minutos, cuando ya estaba todo despejado y él más calmado, volvió a subirse a la moto y reemprendió la marcha.

Llegó hasta el piso de su hermana y dio gracias de que aún no hubiera llegado. Esa mujer tenía la habilidad de detectar si le pasaba algo con solo mirarlo a los ojos.

Fue hasta su habitación, se quitó la ropa y se dirigió al baño; necesitaba una buena ducha para calmarse.

El agua templada, tirando a fría, cayó sobre él. En otra época del año, le habría dado un poco más de calor, pero en septiembre, en Cádiz, esa temperatura era perfecta.

Se enjabonó el pelo y siguió bajando por su cuello, hasta que llegó a sus planas tetillas. Fue rozar sus pequeños pezones y venir a su mente la pecaminosa y habilidosa boca de Santi, cómo los succionó, lamió y mordió hasta ponérselos duros como no recordaba haberlos tenido nunca.

Siguió bajando y el recuerdo de su lengua degustando sus abdominales hizo que se estremeciera de placer.

Estaba perdido. Sabía que terminaría masturbándose con la imagen de Santi en su cabeza, al igual que la noche anterior, y eso era algo demasiado peligroso. Solo esperaba que el tonto enganche que tenía con ese chaval pasara pronto.

Abarcó su erección con una mano llena de espuma, masajeó sus huevos con la otra, y necesitó que fuera su boca la que le diera placer, golpearle la campanilla hasta provocarle una arcada, llenar cada hueco de su cavidad y que tragara hasta la última gota de su orgasmo.

Y se corrió. Se corrió con tanta fuerza, fue tanto el placer experimentado, que tuvo que apoyar la espalda en la pared de fríos azulejos de la ducha.

Una locura. Aquello era una jodida locura, porque sabía muy bien lo que le sucedía, ya había pasado por eso antes, y no fue con la misma intensidad.

Tenía un problema. Un problema igual o mayor que el que vivía dos plantas más arriba.

Así empezó su relación con Izan; un polvo sin compromiso, todas las pajas dedicadas a él, encuentros cada vez más seguidos, enamorarse perdidamente y terminar con el corazón roto. Hasta el punto de irse a vivir a Londres para poder olvidarlo.

No, no podía pasar otra vez por lo mismo, ya no era aquel joven ingenuo que tenía la misma edad de Santi. Atajaría lo que estaba sucediendo de raíz. Además, lo tenía fácil, era su alumno, entre ellos no podría pasar nada. O eso esperaba.

Salió del baño y, tras secarse rápido y ponerse la ropa para ir en un rato al gimnasio, fue a la cocina, se colocó el mandil y empezó a preparar la comida. Aitana y Celia no tardarían en llegar, y ya que estaba allí de okupa hasta que encontrara un piso que le gustara para alquilar, qué menos que llevar a cabo algunas tareas del hogar, algo a lo que estaba más que acostumbrado porque llevaba muchos años viviendo solo.

Tras girar la rueda del horno, puso las patatas a cocer y aprovechó para coger el portátil y empezar a preparar la que sería la primera clase del curso.

La imagen de Santi pasmado en la puerta del aula le arrancó una sonrisa, y rememoró la conversación que mantuvieron. Y entonces recordó que le dijo que mirara su expediente académico.

Le pudo la curiosidad y entró en el área donde sabía que lo encontraría. En efecto, tenía aprobadas todas las asignaturas de los dos primeros cursos del grado con sobresaliente; era, sin duda, un buen estudiante.

Algo llamó su atención, tenía convalidadas algunas materias, cosa que le extrañó bastante, y eso le llevó a seguir hurgando.

—¡Joooder con el niñato! —exclamó al ver que con diecisiete años ya tenía la licenciatura de Económicas.

—¿Pasa algo? —dijo Aitana cuando estuvo a su lado.

—¡Qué susto! Podrías ser menos sigilosa, que casi me provocas un infarto.

—¿Sigilosa? Tu sobrina ha entrado a gritos diciendo que se meaba encima.

—Vaya… No os he escuchado.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué te tenía tan entretenido? —preguntó al tiempo que se acercaba a él.

—El expediente de un alumno —respondió al tiempo que giraba el ordenador para que lo viera.

—¡Madre mía! ¿Le das clase este año?

—Sí, claro, ya has visto que ha cursado los dos primeros cursos.

—¿Cómo se llama tremendo genio?

Rubén subió hasta el principio del documento porque el apellido no era muy gaditano y no lo memorizó cuando se lo dijo.

—Santiago Gorostiaga —confirmó.

—¿Santiago Gorostiaga es alumno tuyo?

—¿Lo conoces? —se sorprendió Rubén.

—Lo que me parece increíble es que no sepas quién es. Si es quien creo, porque dudo mucho que haya demasiada gente en Cádiz con un apellido tan particular, ese chico es un genio de las finanzas, y ha ganado algunos galardones por ello. Espera, quita —le pidió al tiempo que lo apartaba del ordenador para ponerse a teclear—. Ahí lo tienes, mira.

Rubén comenzó a deslizar la página del buscador sin dar crédito a lo que se mostraba ante sus

ojos. Aitana tenía razón, cada una de las noticias alababa la increíble gestión de sus empresas y el hecho de haber duplicado su patrimonio en tan solo tres años.

No pudo evitar que se le cogiera un pellizco en el estómago al encontrar un artículo que hablaba sobre la muerte de sus padres en un accidente de tráfico cuando ni tan siquiera tenía un año.

—Se te quema —gritó Aitana, que había dejado de prestar atención a su portátil y estaba bebiendo un vaso de agua.

—¿Qué? —preguntó desorientado.

—Lo que estés cocinando.

—Mierda, las patatas.

—No, me refiero a lo que quiera que hayas metido en el horno.

Rubén se llevó mentalmente las manos a la cabeza, ni tan siquiera recordaba haber metido el pescado a hornear.

Lo abrió y una humareda oscura salió, consiguiendo que ambos hicieran aspavientos con las manos, con tan mala suerte que le dio un golpe al cazo de las patatas y el agua hirviendo le cayó sobre la mano izquierda. El alarido fue tal que Celia llegó gritando y asustada.

—Tranquila, cariño —la calmó Rubén al tiempo que metía la mano bajo el chorro de agua fría y la cría lo observaba con detenimiento—. No es nada grave.

—Nena, ahora el tato sí necesita tu ayuda como médico. Ve al baño y coge…

La niña no la dejó terminar de hablar.

—La pomada de las *quemadudas* y la gasas, ¿*vedad*?

—Eso mismo —le sonrió Aitana.

—¿Cómo sabe…?

—Sabes que soy un desastre en la cocina. No es la primera vez que me pasa algo similar, está más que acostumbrada.

La niña llegó con lo que le había pedido su madre y, en unos minutos, Rubén ya lucía una gasa sujeta con esparadrapo cubriendo la quemadura con la crema.

Después, fueron al salón y optaron por pedir comida a domicilio entre carcajadas, ya que Celia dejó más que claro que no pensaba comerse un pescado negro y que olía tan mal.

Rubén miró la cocina y el ordenador de reojo. Definitivamente, le urgía sacar de su mente a ese joven que no era para nada lo que aparentaba, y que, debía reconocer, había despertado algo de admiración en él.

6

Tras contarle a Piluca la conversación mantenida con Rubén, los dos estuvieron de acuerdo en que lo más conveniente era que se olvidara de lo sucedido unas noches atrás, ya que sus palabras le dejaron claro que entre ellos no volvería a ocurrir nada más.

Habían pasado dos días desde el reencuentro, y Santi estuvo haciendo hasta lo imposible para no cruzarse con él, bastante tenía con que se colara cada noche en su mente y terminar descargando en la ducha.

Pero esa mañana ya no tenía escapatoria. Tocaba clase con él, y si se escabullía, tendría que escuchar un sermón de Piluca que no le apetecía nada. Lo bueno era que no volvería a compartir aula con Rubén hasta pasada una semana, ya que debía viajar al día siguiente a Dubái con León por negocios.

Entraron en el aula y se le aceleró el corazón sin poder evitarlo. Estaba aún más guapo que el lunes, y no le pasó desapercibido el vendaje que llevaba en su mano izquierda.

—¿Qué le habrá pasado? —preguntó Piluca, que también se había dado cuenta.

—Pues no sé, estoy tan informado como tú.

—Pregúntale —le pidió.

—Pregúntale tú.

—Pero tú tienes más confianza con él, te lo has tirado.

—Cállate, loca, que puede escucharte alguien.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Pues que es mi profesor, y cualquiera podría acusarlo de favoritismo o de darme ciertos privilegios. Algo que podría costarle el puesto de trabajo.

—Ostras, tienes razón.

—Anda, vamos a sentarnos.

Santi lo observó a placer, sobre todo, porque él no le dirigió ni una sola mirada que hiciera que la desviara por sentirse pillado.

Rubén, por su parte, se sentía observado, y le costó la misma vida dirigir sus explicaciones al alumnado, cuando lo que su cuerpo y su mente le exigían que lo mirara a él. definitivamente, iba a costarle la misma vida afrontar ese cuatrimestre si no conseguía que se le pasaran las ganas continuas que le tenía.

Respiró tranquilo cuando la clase terminó y lo vio salir junto a su amiga y un par de alumnas más entre risas. Por suerte, no volvería a vivir esa situación hasta unos días después.

Santi y Piluca se dirigieron a la cafetería para desayunar, y, una vez allí, pidieron sendos cafés y tostadas y se sentaron en la única mesa libre que había con un par de compañeras que eran pareja. Hablaron sobre la asignatura, aunque Santi tenía más la mente en el profesor que en el temario en sí.

—¡Joder! —exclamó cuando sintió algo tan caliente que abrasaba caer sobre su hombro.

—Lo siento, lo siento —se disculpó la persona que acababa de verter sobre él un café recién hecho.

Santi se levantó dispuesto a encarar a quien fuera que acababa de quemarle, pero su protesta se ahogó en su garganta al darse cuenta del extremo apuro del chico joven que tenía delante de él. Lo miró con detenimiento, pero no lo conocía, así que debía estar en primero o ser de otro grado.

—No te preocupes, no es nada. ¿Eres nuevo?

—Sí, es mi primer curso.

—Se nota… Siéntate, no hay huecos libres y yo tengo que ir al coche, que tengo otra camiseta limpia.

—No, no te preocupes…

—¿Te esperan en otra mesa? —preguntó Santi, aunque podía deducir por su timidez que aún no habría entablado amistad con nadie.

—No, iba a salir fuera tomarme el café, pero tropecé al ver… —A Santi le llamó la atención que guardara silencio, aunque no le pasó desapercibido cómo el chico miraba a Piluca.

—Mi nombre es Santi, y ellas son Piluca, Rocío y Ángela.

—Yo-yo soy Fabio.

—Hola, Fabio. Creo que vas a tener que pedirte otro café, y yo tengo tanto sueño que voy a necesitar otro. Deja las cosas y te acompaño —se ofreció Piluca, que no dejaba de examinarlo con detenimiento.

Santi los dejó en la cafetería y se dirigió al coche para coger la camiseta, ir al baño, limpiarse los restos de café y evaluar los daños. Solo esperaba que no le saliera una ampolla, porque le dolía bastante, la quemadura no parecía una tontería.

Se miró en el espejo y lamentó no llevar Silvederma en el pequeño botiquín que tenía en el coche. Se puso la camiseta y el roce de la tela con el hombro le provocó un leve quejido.

Abrió la puerta para salir y se topó con el culpable de sus húmedos sueños, y cierta parte de su cuerpo comenzó a reaccionar sin que pudiera controlarlo.

—Acompáñame a mi despacho —fue lo único que dijo, para acto seguido girar sobre sí mismo y comenzar a andar.

—Pero…

Santi no entendía qué había pasado para que le pidiera eso. No creía haber hecho nada que pudiera echarle en cara, aunque, quizá, sí lo había visto mirarlo de una forma poco decorosa durante toda la clase y pretendía recriminárselo.

Lo siguió, expectante por saber si estaba en lo cierto o se trataba de otra cosa, y eso hizo que se calentara por dentro al imaginarlos a los dos contra un escritorio entregados al placer.

Rubén abrió la puerta, lo invitó a pasar y cerró tras él, echando el pestillo y provocando que la mente de Santi tuviera cada vez más claro lo que estaba a punto de suceder.

—Quítate la camiseta —le pidió Rubén, y Santi lo interpretó como una invitación.

—Siempre tan directo.

Rubén no tuvo tiempo de apartarlo, no había esperado que Santi estampara sus labios contra los suyos. Quiso frenarlo, pero no pudo, su boca se negaba a ello.

Sintió las hábiles manos trasteando en su pantalón, y lejos de alejarse, comenzó a hacer lo mismo con los de él. Abarcó su erección y ahogó el gemido de Santi con su boca. Comenzó a masturbarlo y sonrió contra sus labios cuando sintió una gota de líquido preseminal.

Rubén se apartó, hizo que Santi se girara, no quería que los manchara cuando se corriera, y le advirtió:

—No grites, pueden escucharnos.

Santi asintió, dejó caer la cabeza sobre el hombro de él y se dejó hacer, regalándole en voz baja cada gemido al oído, para que supiera cuánto le gustaba lo que le estaba haciendo sin que nadie más se enterara.

Creyó que se volvería loco con lo que le hacía. Cada vez que estaba a punto de correrse,

Rubén bajaba el ritmo, y así hizo, al menos, tres veces, hasta que dejó de funcionar y no sirvió que lo masturbara lento, se corrió mordiéndose el labio para que no le oyeran en todo el campus.

Se giró entre sus brazos, lo besó, le mordió suavemente el labio y entonces fue él quien lanzó la advertencia antes de caer de rodillas.

Rubén creyó que se correría en el mismo instante en que la lengua de Santi recorrió su erección de abajo arriba, deteniéndose en la punta roma, lamiendo sus primeras gotas de semen.

Tuvo que contener un jadeo cuando engulló por entero su polla, justo como lo había rememorado tantas veces en los últimos días. Miró hacia abajo y lo vio tan entregado que la lujuria tomó el control de su cuerpo. No dudó en agarrarlo por el pelo y dirigir los movimientos de su boca y sus embestidas.

Una delicia. Ese niñato era una puta delicia.

Santi aprisionó con sus labios la erección y succionó con ganas. Y eso fue más de lo que pudo soportar Rubén. Y se derramó. Y sintió cómo tragaba su placer, cómo lamía cada gota perdida.

Hizo que se levantara, lo abrazó por la cintura y lo besó, a pesar de no haber sido nunca un amante cariñoso. Apoyó su frente contra la de él, negando con la cabeza, cuando sus bocas se separaron.

—Esto es una locura, Santi…

—¡Has empezado tú! —le dijo antes de darle un suave beso en los labios.

—¿Yo? Eres tú el que se ha lanzado.

—Me pediste que me quitara la camiseta.

—Pero yo solo pretendía que te pusieras la crema de las quemaduras que tengo en mi escritorio —le confesó, enseñándole su maltrecha mano izquierda—. Estaba en la cafetería cuando te cayó el café encima.

—Podrías haberlo dicho, o haberme frenado.

—Podría si el sexo contigo no fuera tan jodidamente bueno y excitante…

—Ven esta noche a mi casa —le pidió Santi, dándole un suave mordisco en el lóbulo de la oreja.

—No, Santi, esto tiene que parar —dijo Rubén sin convicción alguna cuando el joven le lamió el cuello.

—Solo esta noche —insistió.

—No… Además, mañana hay clases… —intentó poner como excusa, porque no había nada que le apeteciera más que pasarse la noche follando con él.

—Y yo me voy una semana a Dubái, aunque puede que sea un poco más.

—¿Dubái? —preguntó extrañado, aunque luego recordó la carrera empresarial del chico—. ¿Trabajo?

—Veo que me has investigado y ya sabes quién se esconde detrás de la fachada de este niño rico.

—Algo he visto por ahí… Me sorprendió mucho tu expediente académico y decidí ver qué había sobre ti por la red —mintió, evitando contarle que en realidad había sido su hermana quien le puso al corriente de quién era.

—Entonces, ¿nos vemos esta noche?

—Santi, no…

—Te prometo que, después de hoy, no volveré a acercarme a ti de otra forma que no sea la de un alumno con un profesor cabroncete que tiene acojonados a todos los alumnos.

—¿Así me veis? —soltó Rubén sin contener una carcajada.

—Así te ven… Yo te veo de una forma mucho más interesante —le contestó, haciendo un alzamiento de cejas y con una sonrisa divertida en los labios.

Santi se separó de él y comenzó, al igual que Rubén, a recomponerse la ropa interior y los pantalones. Después, se quitó la camiseta y se untó la crema. Fue hasta la puerta para marcharse mientras Rubén se giraba y, antes de salir, le dijo:

—A las nueve y media en mi casa. No cenes, yo me encargo de cocinar.

No le dio opción a réplica. Salió sin mirar atrás, dejando tras de sí a un Rubén más que confundido, que se debatía entre lo correcto y lo que realmente le pedía el cuerpo.

7

Santi observó la cocina y agradeció ser una persona organizada. Lo único que le faltaba por fregar eran la sartén y la bandeja del horno, que en ese momento estaban en uso, pero tendría que esperar, deseaba, a la mañana siguiente.

Miró el reloj de la pared y dio gracias a que aún tenía tiempo para darse una ducha rápida. A pesar de tener puesto el aire acondicionado, no se había librado de sudar mientras cocinaba la cena.

Fue hasta su dormitorio y se plantó delante del armario, sin decidirse por qué ropa ponerse.

—Piluca, qué bien me vendrías ahora.

Nunca había tenido problema para elegir, pero estaba nervioso y no conseguía decantarse por nada. «Esto es demasiado formal», «esto es demasiado soso», pensaba con cada conjunto que formaba.

Cogió el móvil de la cama, donde lo había dejado cuando llegó a la habitación, con la intención de llamar a Piluca para que le aconsejara, y se recriminó no haber controlado bien el tiempo. En ese momento, a quince minutos de que llegara su cita, se encontraba sin ropa y sin duchar.

Fue corriendo al baño y salió envuelto en una toalla menos de cinco minutos después. Jamás se había duchado tan rápido, le encantaba pasar un buen rato bajo el agua caliente, pero, en ese momento, no podía permitirse ese lujo.

Se secó rápidamente el cuerpo y se vistió. No le daba tiempo de usar el secador, así que se quitó todo el exceso de agua que pudo con la toalla y se peinó.

Sacó del armario unos calzoncillos, unos vaqueros y una camiseta verde con estampado militar, a fin de cuentas, deseaba que esa noche se desatara una guerra entre ellos.

Fue hasta el mueble zapatero y cogió unas sandalias. Estaba en su casa, no iba a ningún sitio, así que no buscaría zapatos ni calcetines.

Rubén estaba delante del edificio en el que vivía Santi, y cayó en la cuenta de que no recordaba la puerta de la planta en la que estaba el piso, lo cual era un problema, ya que no tenía su número de teléfono, y no podía llamar a su hermana para que se lo mirara en el ordenador; pondría el grito en el cielo si supiera que tenía una cita con uno de sus alumnos.

Solo quedaba una opción: probar una por una las cuatro probabilidades que tenía por delante. Y estaba a punto de hacerlo cuando un vecino salió y, amablemente, le dio acceso al bloque.

Subió en el ascensor pensando que aún estaba a tiempo de salir corriendo, porque esa era la peor idea que había tenido en mucho tiempo.

—Esta es la última vez que pasa esto —se autoconvenció—. Seguro que cuando vuelva de Dubái, ya se me ha pasado la tontería.

Llegó a su destino, salió del ascensor y se plantó delante de la puerta. Llamó al timbre con la mano bastante temblorosa, incluso la sacudió antes de pulsar el botón.

Escuchó acercarse unos pasos tan apresurados como el ritmo de su corazón, y tuvo que contener una maldición cuando ante él apareció Piluca.

—Pero ¿a quién tenemos aquí?

—Eeeh… —no supo qué decir, no esperaba que la chica estuviera allí.

—Dudo mucho que vengas a buscarme a mí. Te has equivocado de botón en el ascensor. Esta es la séptima, Santi vive en la quinta.

—Yo… —aún seguía sin poder articular palabra.

—Tranquilo, yo nunca he abierto esta puerta ni te he visto.

—Gracias —atinó a decir.

—Pues, hala, vete, que Santi debe estar ya pensando que no vas a venir. Pasadlo bien.

Rubén se quedó unos segundos parado ante la puerta cuando Piluca cerró. Lo que acababa de pasar no lo esperaba, y rezó porque la chica fuera discreta o estaría en un grave problema.

Bajó por las escaleras. Si bien sabía que eso debía haber sido una señal para salir huyendo, también que ya no era una posibilidad, porque Santi sabría que había estado allí.

Llegó a la planta correcta y llamó al timbre con temor después de lo que acababa de sucederle unos instantes antes.

La puerta se abrió y todas sus dudas se fueron de un plumazo, aunque al mismo tiempo sintió pánico al ser consciente de lo mucho que iba a costarle sacar a ese niñato de su cabeza.

—Pasa —lo invitó Santi, haciéndose a un lado.

Rubén lo observó mientras lo hacía. Estaba demasiado guapo para su cordura. Se deleitó con una gota de agua que a punto estaba de caer de su pelo. Era tan sexi…

—¿Tienes algo en el fuego? —preguntó cuando llegaron al salón.

—No, estaba esperándote para…

Santi no pudo seguir hablando, porque Rubén tiró de él, puso una mano en su cintura, otra en su cuello y se apoderó de su boca. Lo apretó contra él para que notara su erección y no dudó en desabrocharle el pantalón cuando sintió que él también estaba igual de excitado.

—Traigo demasiada hambre para esperar a los postres.

—Joder… —fue lo único que acertó a decir Santi cuando Rubén se arrodilló y engulló su polla.

Le temblaron las piernas con lo que estaba haciéndole, nunca nadie se la había comido así, aunque tampoco era que hubiera estado con muchos hombres a sus veintiún años.

Se apoyó en el respaldo del sofá para no caer y lo dejó hacer. Gimió sin contenerse, lo de esa mañana, el no poder gritar, había sido un auténtico suplicio.

Se corrió en su boca, algo que solo había hecho con él, porque ninguno de sus amantes se lo permitió antes. Lo cierto era que todos fueron heterocuriosos, y de ahí les venía la reticencia a tragar su leche.

—Sabes muy bien —le dijo Rubén tras levantarse y darle varios besos tiernos.

Santi intentó desabrocharle el pantalón dispuesto a darle lo mismo que había recibido, pero Rubén lo frenó antes de que pudiera hacerlo.

—Llegas tarde, no he podido evitar correrme mientras te follaba con la boca.

—Oh, vaya… Si quieres, puedo dejarte algo de ropa, la mía no te quedará bien, pero mi tío siempre tiene aquí un par de mudas…

—Solo unos calzoncillos, no vamos a necesitar mucho más esta noche. Yo también tengo un recambio en el coche. Mañana no puedo ir tan informal a la universidad, debo mantener mi imagen de profesor serio y cabrón.

Aquellas palabras arrancaron una sonora carcajada en Santi. Lo tomó de la mano y lo acompañó al dormitorio que usaba León cuando se quedaba a dormir si trabajaban hasta tarde.

Le tendió los calzoncillos y Rubén los miró con curiosidad antes de hablar.

—Tu tío y yo nos llevaríamos bien, somos del mismo equipo.

—¿También eres madridista?

—Merengue hasta la médula.

—Tomo nota. Jamás te invitaré a ver un derbi, bastante tengo con aguantarle a él. Menos mal que Piluca es del Barcelona, si no, estaría siempre solo ante el peligro.

Ahora fue Rubén quien rio al imaginar el momento que describía.

—No veo a Piluca muy futbolera.

—¿Que no? Esa adorable niña de papá se transforma en Hulk. No te haces una idea de lo que puede llegar a soltar por esa boca.

—La he visto antes… —soltó incómodo.

—¿Salía cuando llegaste? ¿Por eso no has llamado al telefonillo?

—No, me equivoqué de planta.

—No tienes que preocuparte de nada —lo tranquilizó Santi al ver cierta molestia en su actitud —. Ella jamás me traicionaría. Y delatarte sería eso, una traición —se acercó a él y le acarició la mejilla.

—¿Sois muy amigos?

—Desde primero de Infantil.

—¿Por eso vivís en el mismo edificio?

—Sí. Ella buscaba independizarse, yo tenía un piso libre, y se lo regalé por su veinte cumpleaños.

—Vaya… —se sorprendió Rubén.

—Puedes llamarme loco por hacerlo, no serías el primero, pero Piluca y su familia son lo único que tengo en la vida, junto a mi tío León.

—Te entiendo mejor de lo que puedas creer. Si ahora estoy en Cádiz, es precisamente por eso.

Santi notó que la conversación estaba tornándose demasiado seria, que estaban conociéndose más de lo que debían cuando aquello iba a terminar esa misma noche.

—Te dejo elegir el vino —le ofreció cuando estuvieron en el pasillo.

—¿Carne, pescado, pasta?

—Solomillo Wellington.

—¿Dónde tienes el vino?

—Abre esa puerta —le indicó, señalando la que quedaba tras él.

Rubén lo hizo algo extrañado. Imaginó que tendría un par de botellas para elegir en la cocina, pero no era ahí donde estaban, y sin pensarlo mucho, hizo lo que le pedía.

—¡La madre del cordero! —exclamó.

Ante él tenía una bodega mil veces mejor que la de muchos de los prestigiosos restaurantes que había visitado en su vida, ya que durante mucho tiempo fue crítico culinario, teniendo el poder de otorgar Estrellas Michelin.

Ese lugar era para él, enólogo por pasión, un pequeño pero interesante paraíso.

8

Santi observó la cara de asombro que ya sabía de antemano que pondría Rubén cuando viera lo que se escondía tras la puerta. A fin de cuentas, era profesor en la carrera de Eonología, y estaba claro que apreciaría lo que tenía delante de él.

—No es mérito mío —le aclaró—. Mi tío es quien construyó esta habitación y quien se ha encargado de comprar cada uno de estos vinos y licores. Es algo que le apasiona a él y a mi tía Isabel, que también era enóloga.

—¿Isabel? ¿Enóloga? —Rubén empezó a hacer memoria, ese nombre le sonaba muchísimo, y entonces vino a su mente el segundo apellido de Santi—. Isabel Montes de Oca, ¿cierto?

—Sí —se sorprendió Santi—. ¿La conocías?

—Coincidí con ella en un par de ocasiones, pero quien realmente la conocía era mi hermana. Entonces… —siguió haciendo memoria—, tu tío debe ser el arquitecto León Domecq.

—Arquitecto, madridista y apasionado del buen vino. Además de haber sido mi tutor legal y albacea hasta los dieciocho.

—Lo conozco solo de cruzar un saludo, algunas palabras y poco más, pero me cae bien. —Santi soltó una carcajada.

—Es una gran persona. Cuidó de mí como si fuera su propio hijo cuando mi tía murió, y somos inseparables. De hecho, mañana vamos juntos a Dubái, solo que nos encontraremos en Madrid, él debe estar ahora en un palco VIP viendo el partido de Champions del Real Madrid.

—Joder… Se me había olvidado que era hoy.

—Ponlo en la tele, así puedo terminar yo la cena tranquilo sin temor a que se me queme porque me distraigas.

—Esto es por tu culpa —levantó la mano—. Me puse a investigarte, se quemaba la comida del horno, le di un golpe a la olla de las patatas y me quemé.

—Vaya… Iba a decir lo siento, pero no es culpa mía que seas un cotilla.

—Tendrás poca vergüenza —rio Rubén con ganas antes de aprisionarlo contra la pared de la pequeña bodega—. Pienso cobrármelo esta noche, porque te prometo que vamos a arder.

—Interesante… Elige el vino y vete al sofá, que si no, no cenamos hoy.

Rubén buscó entre los tintos cuando Santi salió cerrando la habitación. Los había probado todos, y escogió un San Román de tinta de toro que le encantaba.

Iba a salir cuando se detuvo a ver los detalles del lugar. El termostato marcaba la temperatura perfecta. Sus ojos se posaron en un retrato que había colgado cerca de la puerta, y reconoció en él a la tía de Santi. Posaba junto a su marido y una pareja con un bebé en brazos, y supo que eran sus padres, el parecido entre las mujeres era evidente.

Se dirigió a la cocina cuando salió para coger un par de copas, y se encontró a Santi en calzoncillos y con un mandil puesto. Se manejaba bien en la cocina, y le hizo gracia escucharlo tararear el *Bella Ciao*. Seguro que era fan de *La casa de papel*.

Le pareció la imagen más sexi que había visto nunca, y estuvo seguro de que ese niñato seguiría protagonizando muchas de sus pajas durante bastante tiempo.

—¿Dónde tienes las copas? —preguntó cuando despertó del embrujo.

—En ese mueble —le dijo, señalando con la cabeza el que estaba a su izquierda.

—¿Te sirvo? —le ofreció Rubén.

—Sí, gracias —respondió Santi, y se volvió para darle lo que había preparado antes de trocear las verduras; un plato con un pequeño surtido de ibéricos y un cuenco de aceitunas—. Hala, ¡a disfrutar del partido!

—Uf, no sé, aquí tengo unas vistas muy interesantes —le replicó con voz seductora.

—Fuera de aquí —le ordenó Santi con una sonrisa en la cara al tiempo que lo guiaba hacia la puerta—. No me distraigas de lo que estoy haciendo.

Rubén salió de la cocina soltando una carcajada. No podía negar que le encantaba la chispa que tenía Santi, no recordaba haber estado con ningún hombre que tuviera esa frescura, que fuera tan natural y diferente.

Fue hasta el salón, dejó las cosas en la mesa baja que había delante del sofá, volvió sobre sus pasos y sirvió el vino. Cuando regresó, lejos de sentarse, observó la estancia, que no había visto con detenimiento ni cuando llegó ni la vez anterior.

Era amplio, demasiado, y entonces se dio cuenta de que ese piso era excesivamente grande. Una librería enorme apareció ante sus ojos en una de las paredes, que la ocupaba casi por completo. La curiosidad le pudo y fue a cotillear el tipo de literatura que le gustaba a Santi.

Encontró una gran cantidad de libros de Arquitectura, que dio por hecho que serían de su tío, otros muchos sobre el mundo de las bodegas y la enología, también los había de finanzas, aunque lo que, sin lugar a dudas, lo dejó a cuadros fue una impresionante colección de novela romántica de diversos subgéneros, pero, sobre todo, de erótica gay.

—¿Quieres que te preste alguno? No suelo hacerlo, ni tan siquiera con Piluca, pero contigo podría hacer una excepción… Tengo que hacerle la pelota a mi profesor —le dijo, con una sonrisa picarona y un guiño.

—No he leído nunca este género, soy más de novelas de terror.

—Mira, este es corto. Matt Winter es uno de mis autores favoritos de erótica gay. Además, son historias cortas, se leen rápidas. Toma este, ya me contarás cuando lo termines.

Rubén cogió el libro que le tendía, *Uno nuevo en el equipo*, y pensó que valdría la pena leerlo solo por el maromo de la portada. Además, la sinopsis prometía bastante, aunque lo que más le llamó la atención fue lo que dijo Santi en ese momento:

—Son libros para leer con una mano; eso recomienda el autor, y razón no le falta. ¡Qué buenos ratos he pasado leyéndolos!

Rubén no entendió en un principio a qué se refería con la primera frase, aunque con la última y la forma de morderse el labio y suspirar, dedujo que la otra mano la necesitaría para aliviar la excitación que le provocaría la lectura.

Santi lo dejó allí y volvió a la cocina. La verdura ya estaba lista y acababa de pitar el horno.

Llevó la comida a la mesa después de colocar los cubiertos y todo lo necesario, y sonrió cuando encontró a Rubén leyendo, le hacía mucha gracia las caras que ponía, e imaginaba que estaría disfrutando de alguna de las escenas *hot*.

—La comida ya está en la mesa —anunció Santi, consiguiendo que Rubén se sobresaltara.

Se levantó del sofá y lo miró extrañado al ver que contenía la risa.

—¿Qué ocurre? —preguntó para salir de dudas.

—Que se nota que te está gustando el libro —respondió, dirigiendo la mirada a la entrepierna.

—En mi defensa diré que nunca antes había leído una novela erótica —replicó.

—Anda, siéntate, que se enfría la comida.

—Como esté la mitad de buena que la pintaza que tiene, caeré rendido a tus pies.

Santi tomó asiento tras dedicarle una carcajada, y Rubén lo imitó.

Dieron buena cuenta de la comida, y a Rubén le sorprendió lo bien que cocinaba el chico. Hablaron un poco de sus vidas, quizá demasiado para lo que había entre ellos; sexo sin compromiso que no volvería a repetirse cuando el sol saliera.

No faltaron las risas. Las anécdotas de ambos eran muy diferentes, aunque igual de divertidas. Sobre todo, las de Rubén con su hermana y las de Santi con Piluca.

—Una vez, le partió la nariz a un chico dos años mayor que ella.

—¿Cómo? —Rubén detuvo el tenedor con el trozo de carne que estaba llevándose a la boca.

—Bueno, no era fácil ser yo con trece años…

—¿Te metiste en un lío?

—No, para nada. Nunca he sido un niño problemático, pero sí diferente. Aún no había cumplido los trece, me quedaban días, pero era el niño listo que cursaba cuarto de secundaria, cuando debía estar en segundo, introvertido y «maricón».

—¿*Bullying*? —masticó la palabra.

—¡Bingo! Ese día, en el recreo, dos niños de mi clase comenzaron a meterse conmigo, como era habitual, y como yo no les hacía caso, empezaron a empujarme, me quitaron la mochila, tiraron mis gafas al suelo, las partieron dándole un pisotón…

—¿Y los profesores no hicieron nada?

—No tuvieron tiempo. Piluca cruzó el patio como una loca. Le astilló una costilla a uno y le partió la nariz al otro.

—Pero… —no le salían las palabras por el asombro a Rubén.

—Es cinturón negro de kárate doble dan.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que la pija con cara de ángel fue capaz de deshacerse de dos adolescentes a patadas?

—Está catalogada como arma. Si lo hiciera ahora, siendo mayor de edad, iría a la cárcel.

—¿Y qué pasó? Porque imagino que no saldría fácilmente de un lío como ese.

—Nada. Los dos chicos no la denunciaron, el colegio tampoco tomó partido. Lo arreglaron todo entre los padres y mi tío.

»Yo no los denunciaba a ellos, y ellos no hacían nada contra Piluca. Y el colegio no intervino porque yo tenía pruebas de que sufría *bullying* y no habían hecho nada.

»Por suerte, los chicos no volvieron a molestarme en ese curso, y al siguiente, los cambiaron de instituto.

—¿Crees que Piluca me pegará si no le pongo un sobresaliente? —Rubén quiso desviar el tema de conversación, podía ver que esa fue una etapa difícil para el joven que tenía en frente y el niño que pasó por aquello.

—No creo. Se lo vas a poner sin necesidad de amenazas —le aseguró Santi, que agradeció el giro que le había dado a la charla.

—Estás muy seguro de eso.

—¿Sabes por qué estoy estudiando Enología?

—Después de lo que me has contado, imagino que por tu tía, ¿no?

—No, para nada, yo soy más de finanzas. Lo hago por ella. Es su pasión. Si hubiera elegido cualquier otra, lo habría hecho igual.

—No lo entiendo.

—Yo estudio las asignaturas en verano, que es cuando tengo más tiempo libre con los negocios, y la ayudo a estudiar a ella durante el curso.

—¿Me estás diciendo que te sabes todo el temario de mi asignatura?

—De la primera a la última palabra, tengo memoria eidética, y eso ayuda mucho a la hora de estudiar. Pregunta lo que quieras —lo retó Santi.

Rubén le tomó la palabra y comenzó un interrogatorio del que Santi salió más que airoso. Así estuvieron hasta que llegaron los postres.

—*Coulant* de chocolate con helado de vainilla —anunció Santi solemne cuando dejó el plato delante de Rubén.

—Veo que esta noche no voy a morir de placer solo en la cama. Es el postre que más me gusta junto al arroz con leche.

Santi sintió ganas de decirle que la próxima vez le tocaría a él cocinar y que esperaba probarlo, pero detuvo sus palabras. Sabía que una escena como aquella nunca más volvería a darse.

Tras devorar aquel delicioso manjar, se levantaron de la mesa para recoger todo y llevarlo a la cocina, pero Rubén paró a Santi y se arrodilló delante de él.

—¿Qué haces? Sé que cocino bien, pero no tanto como para que quieras pedirme matrimonio —soltó divertido, provocando en Rubén una sonrisa.

—Te dije que me rendiría a tus pies si la comida estaba buena, y aquí me tienes. Jamás creí que un niñato de veintiún años pudiera cocinar tan bien… A tus pies —dijo al tiempo que metía un par de dedos en la liguilla de los calzoncillos para bajárselos.

Y ninguno de los dos fue consciente de la magnitud de esas tres palabras y de cuánta razón encerraban.

9

Santi acompañó a Rubén a la puerta después de una noche que ninguno de los dos podría olvidar nunca. Y no solo por el sexo, que fue apoteósico, sino porque, sin quererlo, permitieron que ciertos sentimientos, que nada tenían que ver con la lujuria y el desenfreno, y que ninguno de los dos se atrevió a reconocer, invadieron cada beso, cada caricia y cada orgasmo.

—Nos vemos la semana que viene en la universidad.

Santi sintió unas ganas terribles de besarlo una última vez, pero se contuvo. Sabía cuáles eran los límites, Rubén los dejó claro desde el principio, y lo que había sucedido entre ellos terminaría en cuanto cruzara la puerta de su piso.

—Espero que te vaya bien en Dubái.

Rubén le dedicó una última sonrisa antes de girarse para dirigirse al ascensor. Quiso volver sobre sus pasos y devorarle la boca, pero sabía que no podía dejarse llevar. Ya no solo porque era su alumno, sino porque entre ellos no habría nada más que sexo, y Santi se veía un buen hombre que no se merecía salir dañado por un amor no correspondido.

Llegó a la puerta de salida del edificio y se encaminó hacia donde tenía aparcado el coche. Se esperaban lluvias y era peligroso hacer el trayecto en moto, que era como prefería moverse cuando las distancias eran cortas.

—Yo me cago en la puta madre de todos los unicornios vivos y muertos de todos los universos habidos y por haber.

Aquella maldición provocó que Rubén diera un brinco sobresaltado al escucharla. Se quedó perplejo al ver a una más que cabreada Piluca, que se dirigía al maletero de un coche que se veía bastante viejo y comenzaba a sacar todo lo que había en él.

No pudo resistir la tentación de acercarse para saber qué le sucedía, su comportamiento no era normal.

—¿Piluca?

—Ah, ¡hola! —saludó con su habitual voz de niña cándida, como si no hubiera estado maldiciendo unos minutos antes.

—¿Qué ocurre?

—Me han rajado la rueda del coche, si es que debí meterlo anoche en el garaje…

—¿Has llamado al seguro para…?

—¿Al seguro por una rueda? No, iba a cambiarla en un momento, aunque me da que no llegaré a primera hora.

Rubén la observó. Con la ropa que vestía, le costaría hacerlo, y si lo conseguía, tendría que subir a cambiarse porque se pondría perdida. Tampoco llegaría a la segunda clase de esa mañana.

Dudó un par de segundos. Si no fuera su alumna, ni siquiera se lo pensaría, pero sus padres lo educaron para ayudar a quien fuera si estaba dentro de sus posibilidades, y así lo había hecho siempre.

—Tengo el coche a dos calles, si quieres, puedes venirte conmigo, solo que a la vuelta…

—¿En serio? —cortó Piluca lo que estaba diciendo, y él lo agradeció porque estuvo a punto de decirle que tenía que recoger a su sobrina del colegio. Prefería que eso quedara en la privacidad, no le gustaba que sus alumnos supieran nada de su vida personal—. Pues te tomo la palabra, así la cambio esta tarde con tranquilidad. Para volver, no te preocupes, cojo el tren, no

será la primera vez, esta vieja chatarra me deja tirada continuamente —le dijo mientras cerraba el maletero después de guardar todo lo que había sacado.

—Deberías ir pensando en cambiar de coche —le recomendó mientras caminaban.

—Ya, lo sé, mi madre lleva dos años queriendo regalarme uno, pero… este es especial.

—Adivino que pertenecía a alguien importante para ti.

—Acertaste. Era el coche de mi Nana, murió al poco de sacarme el carnet, y se lo compré a su hija, que acababa de mudarse a vivir aquí. Cada vez que lo conduzco, siento como si siguiera aquí conmigo.

Piluca no dejaba de sorprenderlo. Nada tenía que ver la imagen de persona superficial que daba al mundo con la que se escondía bajo ella. Cualquier otra chica de su edad y su posición económica tendría un coche de alta gama, sin embargo, ella anteponía el apego emocional a cualquier lujo.

Subieron al coche de Rubén y emprendieron el camino al campus en un silencio un tanto incómodo para él, porque Piluca iba sumida en sus pensamientos, en el alumno de primero que conoció el día anterior. Su cara le resultaba familiar, aunque no conseguía ubicarlo en ningún recuerdo.

Una llamada la sacó de sus pensamientos, y sonrió al ver que se trataba de Santi.

—¿Qué tripa se te ha roto?

—¿Cómo te has ido a la universidad? Acabo de bajar a comprar pan para desayunar y he visto la rueda de tu coche… Y no es el único, hay cuatro más igual.

—Se ve que algún gilipollas se ha aburrido esta noche…

—¿Te has ido en tren? Podrías haber subido a por las llaves del mío.

—No, me encontró maldiciendo a los unicornios nuestro profesor de Viticultura y se ha ofrecido a llevarme. Después, me volveré en tren, o llamaré a doña Pilar para que vaya a recogerme, y así comemos juntas y vamos de compras.

—¿Estás ahora con Rubén?

—Sí, estamos aparcando. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—Piluca, córtate un poco, que debe ser incómodo para él ir en el coche con la amiga del alumno que se ha tirado esta noche.

—Valeee. Lo siento.

—¿Te estás bajando ya del coche? —preguntó Santi al escuchar el sonido de la puerta.

—Sí…

—¿Puedes pasármelo un momento? —cortó lo que fuera a decirle.

—Eso va a costarte una cena. Rubén, Santi quiere decirte algo.

Rubén cogió el teléfono con una mezcla de ilusión y apuro. Por suerte, había aparcado lejos de la entrada, y aún no llegaba el grueso de los alumnos.

—¿Sí?

—Te has dejado aquí la mochila con la ropa de ayer —le dijo en cuanto escuchó ese monosílabo que hizo que el corazón le latiera un poco más rápido de lo normal.

—No me he dado cuenta…

—Vaya, y yo que pensaba que lo habías hecho para que tuvieras un motivo para volver a mi casa —bromeó, aunque en realidad era lo que más deseaba.

—Santi… —le reprendió, y se le escapó una sonrisilla al comprender que se trataba de una broma, y tuvo que reconocer que realmente le gustaría que fuera así, por más que supiera que no sucedería.

—Se la dejo a Piluca, ¿vale? No me da tiempo de llevártela hoy.

—Puedes dármela cuando regreses, no voy a necesitarla —contestó, y se dio una bofetada mental. Esperaba que no lo hubiera interpretado como que quería que volvieran a verse.

—Pues te la llevo a la universidad cuando vuelva. —Escuchar esas palabras le debía hacer sentir aliviado, porque no había pensado lo que no era, aunque también le decepcionó un poco a esa parte de su mente que le repetía que volviera a caer en la tentación de perderse entre las sábanas de ese niñato.

—Te paso con Piluca —terminó la conversación de forma abrupta, necesitaba dejar de darle vueltas a lo que su cuerpo le exigía, era algo que debía evitar a toda costa.

Le devolvió el terminal a la joven y emprendió el camino hacia el edificio. Necesitaba un café con urgencia para no pensar más e intentar aparcar los recuerdos de lo que habían vivido esa noche, esos que no le abandonaron en todo el camino hasta el campus.

Fue hasta la cafetería, pidió un café para llevar y se encerró en su despacho. Trabajar siempre le ayudaba a evadirse de todo, y en ese momento lo necesitaba más que nunca. Ese niñato debía salir de su vida cuanto antes, porque cada vez tenía más claro que terminaría enganchado a él, y no era lo que necesitaba en ese momento, no podía echar raíces, su estancia allí no duraría más de un año, el tiempo justo para que su hermana volviera a ser la de siempre. Después, volvería a Londres y continuaría con su vida, con el trabajo que realmente le gustaba, regresaría al laboratorio de la bodega de la que era accionista mayoritario.

10

Piluca fue tras Rubén cuando terminó la llamada. No quería que los vieran juntos y dar que hablar entre el alumnado. Por mucho que chinchara a Santi en privado, jamás se le ocurriría hacer nada que pudiera ponerlo en un problema.

Llegó a la cafetería y vio sentadas en una mesa a Rocío y Ángela, que ya disfrutaban de un buen desayuno. Oteó el resto del recinto y se fijó en que Fabio estaba tomando café en la otra esquina. En ese momento, el chico levantó la vista, no tenía las gafas puestas y se quedó prendida en su mirada. Notó que le hormigueaba algo en el pecho, una paz que solo conseguía hacerla sentir su Nana, y un sentimiento de protección que había tenido con muy pocas personas en la vida.

Cuando volvió en sí, se acercó a él con su habitual sonrisa.

—¿Otra vez solo?

—Mis compañeros no han llegado aún. Es muy temprano. —Piluca desvió la mirada a la mesa, cada vez que fijaba la vista en sus ojos, parecía que fuera a hipnotizarla.

—Ufff… Veo que andas con el primer tema de Estadística.

—Sí, no es algo que se me dé muy bien.

—Si necesitas ayuda, solo tienes que decirlo. Voy a por el desayuno y ahora vuelvo… Si me permites acompañarte.

No sabía qué le pasaba con ese chico. Lo mismo quería huir de él que estar cerca, y hasta deseó que le dijera que no, que ya se iba o que necesitaba concentrarse en el temario.

—Claro que sí —le sonrió Fabio, y Piluca tuvo que contener un suspiro.

Se fue hacia la barra, pidió el café, una tostada y, tras pagar, el camarero le dijo que se marchara. La cafetería estaba tranquila y podía acercarle el pedido. Ella insistió en que no era necesario, pero no sirvió de nada, el buen hombre la echó de allí.

Llegó hasta la mesa y se sentó frente a Fabio, que ojeaba por encima algunos apuntes, y vio que tenía un error en uno de ellos.

—Aquí está el error, por eso no te sale el ejercicio.

—Vaya, gracias, no me había dado cuenta.

—Estaba pensando que, si quieres, puedo dejarte mis apuntes —le ofreció.

—Pues eso estaría genial, voy a necesitar toda la ayuda posible con esta asignatura. Te lo agradezco mucho.

—Pues dame tu correo y te los mando. Además, mañana voy a traerte también un par de libros de consulta que me vinieron genial. Eso sí, me los devuelves cuando acabe el cuatrimestre, que me los regaló Santi.

—Sí, sí, sin problema. Los tendrás de regreso cuando me llegue la beca y pueda comprarlos.

—Trato hecho —contestó Piluca, ofreciéndole la mano para sellar el pacto.

Fabio la tomó con suavidad, y lejos de apretarla como se esperaba, le acarició el dorso con el pulgar. Así estuvieron algunos segundos, sin echar cuenta a lo que había a su alrededor, como si en ese momento estuvieran ellos dos solos, y solo se rompió el contacto cuando el camarero llegó con el pedido de ella.

Tomaron el desayuno hablando de todo y de nada, de cosas banales, aunque Piluca se moría por saber más de él. Fabio la intrigaba, además de que estaba segura de que lo conocía de algo,

hasta su nombre le resultaba familiar y muy cercano. Pero el chico se veía muy tímido, y no quería que se sintiera incómodo por sus preguntas.

Cada uno se fue a sus clases, y quedaron en que al día siguiente desayunarían juntos para que Piluca le entregara los libros a Fabio.

La mañana pasó rápida, y aunque en un primer momento Piluca pensó en llamar a su madre para que la recogiera, desechó la idea porque no le apetecía nada escucharla protestar por el coche. Si bien esa vez no había sido una avería, aprovechaba cada ocasión para pedirle que lo cambiara por el que ella quería regalarle.

Cuando llegó al andén de Las Aletas, el apeadero donde debía coger el tren para llegar a Cádiz, no pudo evitar que una gran sonrisa hiciera acto de presencia al encontrarse sentado en un banco a Fabio, que tenía en la mano un libro electrónico y leía ajeno a todo lo que lo rodeaba.

—Vaya, nos encontramos de nuevo —le dijo tras sentarse a su lado y chocar su hombro con el de él.

—Ho-hola. No te esperaba aquí.

—Me rajaron la rueda del coche esta madrugada, y Santi salió de viaje hace un rato.

—No te vi en el tren esta mañana.

—Me trajeron —fue lo único que dijo, omitiendo que había sido uno de sus profesores con quien había ido a la universidad.

El tren llegó en ese momento, ambos subieron en el mismo vagón y se sentaron juntos. Hicieron el camino hablando de las asignaturas de primero y sus profesores. Piluca le dio algunos consejos, que él aceptó de buen grado.

—Aquí me bajo yo —anunció Fabio.

—¿Cuál es esta parada?

—Estadio.

—Pues yo me bajo aquí también. ¡Qué casualidad!

Se apearon del tren, subieron a la planta superior y salieron a la calle. El Nuevo Mirandilla, al que todo el mundo seguía llamando Carranza, se alzaba glorioso ante ellos, y era testigo de cómo ninguno de los dos se decidía a despedirse. Fue Piluca quien rompió el momento.

—Vivo cerca. Si no tienes prisa, puedo darte los libros y así no tienes que cargar con ellos mañana.

—Vale —accedió Fabio al ofrecimiento.

Llegaron al edificio y Piluca sonrió al ver que su coche tenía la rueda cambiada. Estaba segura de que había sido cosa de Santi, que ya debía ir camino de Madrid en el tren.

Subieron en el ascensor en silencio, entraron al piso y Piluca lo invitó a sentarse mientras iba a coger los libros al estudio. Cuando regresó, se permitió mirarlo durante unos segundos, aprovechando que estaba de espaldas a ella. No entendía por qué le llamaba tanto la atención. Sí, era guapo, estaba bueno hasta decir basta y le apetecía mucho descubrir qué tal era como amante, pero no la necesidad de saber todo sobre él.

—¿Te apetece quedarte a comer? —preguntó cuando llegó hasta él, haciendo que se levantara.

—No, no. No quiero molestar.

—No es molestia, siempre tengo comida para dos. El día que no aparece mi madre, come Santi conmigo, vive dos plantas más abajo.

Piluca se acercó a él más de lo normal, con la mirada fija en sus ojos, sin apartarla por primera vez en lo que iba de día. Vio confusión en ellos, aunque también una ráfaga de deseo, y

eso fue todo lo que necesitó para lanzarse a besarlo.

Fabio, aunque llevaba deseándolo desde que la vio en la universidad después de tantos años, no supo muy bien cómo reaccionar. Se quedó paralizado, provocando que Piluca se apartara al sentir que no le devolvía el beso.

—Lo siento, lo siento… —se disculpó Piluca avergonzada, agachando la mirada.

Fabio reaccionó al fin. Hizo que se girara y tomó su cara entre sus manos para que lo mirara.

—Como habrás podido deducir, soy bastante tímido, y no me lo esperaba. Digamos que no soy muy avispado en esto de… Vamos, que me has cogido fuera de juego —le explicó un tanto nervioso, y solo necesitó una sonrisa de Piluca para unir sus labios a los de ella de nuevo.

Fue un beso tierno, dulce. Un beso que nada tenía que ver con los que Piluca había recibido hasta entonces, que desde el primer momento solo buscaban llevarla a la cama.

Poco a poco, el beso fue ganando intensidad, y llegaron las caricias, aunque más por parte de ella que de él, y a Piluca volvieron a asaltarle las dudas y pensar que quizá el chico estaba sintiéndose acorralado debido a su timidez.

—¿Todo bien? —preguntó con miedo.

—Sí, es solo que yo…

—¿Qué pasa, Fabio? Si no te gusto… —intentó apartarse, pero él no soltó el abrazo.

—No es eso. Ufff… —calló un par de segundos, tratando de decidir la forma adecuada de confesárselo, y pensó que lo mejor era soltarlo sin rodeos—. Nunca me he acostado con nadie.

—Oh, vaya, vale… —dijo algo sorprendida Piluca, ya que era lo que menos esperaba escuchar. No entendía cómo Fabio no tenía una larga cola de mujeres dispuestas a haber solucionado eso hace tiempo.

—Creo que es mejor que me vaya. —Y fue él quien intentó apartarse entonces, pero ella no se lo permitió.

—¿Y perderte mi increíble lasaña? —intentó restarle intensidad al momento.

—Piluca…

—Fabio, me gustas, y no tiene por qué pasar nada hasta que así lo decidas.

—Pero…

—Anda, venga, vamos a poner la mesa. ¿Vino?

—No debería, soy menor de edad hasta dentro de dos semanas.

—Ay Dios, ¡estoy pervirtiendo a un menor!

Fabio no pudo contener una carcajada. Esa era la Piluca que él recordaba, la que le arrancaba una sonrisa y lo protegía en aquellos campamentos de verano cuando algunos se reían de él por sus gafas, bráquets o el corsé para su desviación de columna.

Esa era la Piluca que iluminaba esos días que siempre estaban teñidos de oscuridad.

11

El *jet lag* lo estaba matando, pero tenía que aguantar el sueño como fuera o los días que iba a pasar en Dubái serían un infierno. Miró a León, y se dio cuenta de que no estaba mucho mejor que él.

—¿Está muy lejos el sitio al que vamos? —le preguntó—. No creo que sea capaz de mantenerme despierto mucho tiempo más.

—No, deben quedar unos cinco minutos.

—Pues más vale que hablemos de algo, porque no creo que aguante sin cerrar los ojos.

—¿Qué tal se plantea el nuevo curso? —le dio conversación León.

—Bien. Ya lo tengo todo más que estudiado. Lo único que me tiene preocupado es la asignatura de Química. Temo que me baje la media.

—No va a pasar nada por no sacar un sobresaliente una vez en tu vida.

—Ya me conoces, no sería feliz si no fuera así. Por cierto, hablando ayer con el profesor de Viticultura, le conté que mi tía era enóloga, ¡y la conocía!

—¿Sí? ¿Quién es?

—Él se llama Rubén Rodríguez, aunque me dijo que su hermana era la que más relación tenía con la tía.

—Rodríguez, Rodríguez… ¿Tatiana Rodríguez, o algo así? Trabajaba con Isabel en la misma bodega.

—No me dijo su nombre.

—Si no era Tatiana, era algo que se le parecía, pero puedo buscarlo cuando volvamos, creo que sigue trabajando en la misma bodega.

—Da igual, tampoco es que me importe demasiado.

—Hace muchos años que no la veo. La última vez fue comiendo con unos amigos en un bar, recuerdo que estaba embarazada.

El coche en el que iban se paró, haciendo que la conversación cesara también. Se bajaron, y de la boca de León salió un silbido al ver la impresionante construcción que se erguía majestuosa ante ellos.

Santi pagó el transporte al ver que su tío no reaccionaba. Lo entendía, tras la verja se vislumbraba un palacio imponente rodeado de jardines que contrastaban con el árido paisaje que los rodeaba.

Un hombre, vestido con ropas árabes y una metralleta al hombro, se cuadró delante de ellos con cara seria, y fue León quien se dirigió a él en un perfecto inglés. Tras comunicarle quiénes eran, este habló por un pinganillo que tenía en la manga, los hizo pasar al obtener respuesta y los acompañó hasta la puerta del edificio principal de aquel idílico enclave, que se abrió cuando estaban llegando.

A Santi casi se le desencajó la mandíbula al ver a aquel hombre de gesto serio, con la barba perfectamente recortada y unos ojos verdes enmarcados en unas tupidas pestañas oscuras que daban la sensación de que los tuviera delineados. Era terriblemente atractivo, y a su mente acudieron algunas imágenes nada decorosas que no le importaría recrear con él.

Respiró hondo. Tenía que dejar de pensar en eso. Sabía muy bien que en aquellos países la homosexualidad se penaba con la muerte, y él apreciaba demasiado la vida.

—Bienvenidos a nuestro hogar —les dijo en español—. Mi nombre es Ahmed ben Hadid, mi padre los está esperando. Seré el intérprete, él no habla español, solo un inglés básico.

—*As-salaam-aláikum*[1]. Mi nombre es Santiago Gorostiaga, y mi socio es León Domecq.

—*Wa-aláikum-salam*[2]. Pasad —les pidió tras estrecharles la mano.

Entraron al palacio y una chica joven dejó ante ellos unas zapatillas. León y Santi se descalzaron y se pusieron lo que les habían traído. Sabían que esa era una costumbre muy arraigada, y por nada pensaban desairar a sus futuros clientes.

Volvieron a saludarse y presentarse. Akram ben Hadid era uno de los jeques más importantes de allí, había hecho su fortuna gracias a varias explotaciones petrolíferas, y no escatimaba a la hora de mostrar sus riquezas.

Durante la comida, Santi no pudo dejar de observar a Ahmed, amparada su actitud en que era el único capaz de conseguir que tanto su padre como ellos se entendieran. Aunque no se perdió la extraña forma en que lo miraba cada vez que se dirigía a él. Si no supiera que era imposible, pensaría que en sus ojos se distinguía una llama de deseo.

Cuando la comida terminó, la negociación estaba prácticamente cerrada. Al jeque le habían hablado bien de ellos, ya que fueron los diseñadores de varios de los hoteles más lujosos del lugar.

—Mi padre los invita a conocer nuestra bodega privada. Nuestra religión no nos permite beber, pero tenemos invitados de todo el mundo y religiones, y nos gusta que se sientan bien atendidos. Sabemos que su difunta esposa trabajaba en el sector. Nos lo comentó mi tío, el dueño del hotel que construyeron en Casablanca hace un año.

—Me comentó Abbas que eran familia. Me encantará verla. Soy un gran apasionado de los vinos, y Santiago está cursando actualmente la carrera de Enología.

—¡Qué interesante! —concedió el joven—. ¿En qué universidad de España?

—En la de Cádiz.

—Precioso lugar. Yo me licencié en Derecho el año pasado en la de Salamanca.

—Por eso habla tan bien español, ¿no?

—Sí, también estudié el bachillerato en España, quería dominar el idioma antes de acceder a la carrera.

—Bien pensado. No hay nada como aprenderlo en el lugar de origen de la lengua.

—¿Y qué hace un futuro enólogo en un estudio de arquitectura? —quiso saber Ahmed.

—Soy el dueño —soltó como si nada.

—¿Qué?

—Bueno, León tiene una parte de las acciones, pero la mayoría son mías.

—Es difícil de creer…

—A ver, no es que yo lo fundara ni nada de eso, fue mi padre, y lo heredé cuando él murió.

—Siento tu pérdida —le dio el pésame Ahmed.

—Fue hace muchos años, tranquilo. Creo que deberíamos buscar a tu padre y a mi tío, han continuado sin nosotros —dijo Santi para cambiar de tema, y porque notaba que Ahmed y él estaban demasiado juntos para el espacio tan grande que compartían.

—Cierto. No sé si seguirán en la bodega o habrán pasado a la biblioteca. Vamos.

Santi lo siguió, y cuando llegaron a su destino, los dos hombres ya salían. Akram le pidió a su hijo que le enseñara al muchacho el lugar y les dieran al encuentro para compartir un té.

Entraron y fue Santi el que cerró la puerta tras indicarle que no era bueno para el vino que hubiera variaciones de temperatura, y Ahmed le contestó que eso mismo era lo que le decía su

padre cada vez que iban a elegir uno.

—Es impresionante —convino Santi mientras observaba todas y cada una de las botellas que allí había—. A Piluca le encantaría este sitio.

—¿Piluca? ¿Es tu esposa? —preguntó con una curiosidad que Santi supo interpretar muy bien.

—No, no tengo pareja, Piluca es mi mejor amiga.

—¿Una mujer mejor amiga?

—Sí, ¿te extraña? —interrogó Santi, acercándose más a él y sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos.

—No…, bueno, allí en España todo es muy diferente, lo sé.

—En todos los sentidos, ¿verdad? —dijo, y vio que le apartaba la mirada y su nuez subía y bajaba al tragar saliva. Sí, ya le quedaba claro, estaba seguro de que Ahmed era gay, y que había disfrutado en España de la libertad que en su tierra no tendría nunca—. Mírame —le pidió al tiempo que tomaba su barbilla con una mano para tener su cara de frente—. ¿Me deseas?

—Es-estás loco. Decir algo así puede costarte muy caro aquí.

—No has respondido mi pregunta —le dijo, acercando cada vez más su rostro al de él.

Ahmed estaba nervioso. En ocasiones, le costaba mucho ocultar su verdadera naturaleza, y sabía que eso podía traerle muchos problemas, pero ese chico era demasiado apetecible y llevaba demasiado tiempo sin estar con un hombre. Desde que… No, no debía pensar en él, porque jamás podría darle lo que tanto le pedía.

Santi vio las dudas en sus ojos. Quizá estaba pasándose con su actitud, pero le atraía mucho, y pensó que si se lo tiraba, cierto profesor saldría de su cabeza.

—¿Qué pasaría si te besara? —insistió.

—Tendría que denunciarte —respondió Ahmed.

—Correré el riesgo.

Santi unió sus labios a los de él, y aunque encontró algo de resistencia en un primer momento, Ahmed no tardó en dejarse llevar y responder al beso con auténtica pasión, tanto que lo tomó por la cintura y le hizo sentir su erección. Pero rápidamente cortó el contacto y se separó unos metros.

—Puede vernos alguien —advirtió.

—Perdona, me dejé llevar —se disculpó. Sabía que si eso sucedía, podrían estar en problemas.

—Deberíamos ir a la biblioteca, llevamos aquí demasiado tiempo —ordenó al tiempo que se dirigía a la puerta, pero Santi lo frenó poniendo una mano en su brazo.

—Hotel Shangri-La, habitación 217.

—No, Santiago…

—Te espero esta noche —le dijo para después darle un corto beso en los labios antes de permitir que avanzara y abriera.

Llegaron a donde los esperaban, tomaron el té y hablaron durante un rato en el que ambos evitaron mirarse directamente.

Dos horas después, tío y sobrino llegaban al hotel en el que se hospedaban, y fueron directos a la habitación de León para hablar de la reunión con tranquilidad sin que nadie los escuchara.

—¿Vas a contarme qué ha pasado?

—No sé a qué te refieres —sorteó Santi la pregunta, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Vuestra actitud se tornó esquiva cuando regresasteis de la bodega. Santi, este contrato es muy importante, y no solo a nivel económico, el prestigio del…

—Es gay —cortó la perorata de su tío.

—¿Cómo? —se sorprendió León.

—Gay gay. Tan gay que es muy probable que esta noche me haga una visita.

—¿Estás loco? Santi, recuerda lo que hablamos, aquí es muy peligroso…

—Tranquilízate. Lo he invitado, sí, pero no creo que venga, y si lo hiciera, ¿crees que sería la primera vez que tuviera un encuentro con un hombre? Seguro que sabe las precauciones que debe tomar. Además, puede venir aquí para encontrarse con cualquier mujer.

—Hijo, sé que tienes razón, pero no me hace ninguna gracia.

—No va a pasar nada…

La conversación se vio interrumpida por el sonido del teléfono de León, que lo miró y sonrió al ver el nombre de la pantalla.

—Pues si tú tienes planes, creo que yo voy a aceptar la invitación a cenar de una compañera de la universidad que trabaja aquí, hace varios años que no nos vemos.

—Adelante con esa cena —lo animó—. ¿Quién sabe? Lo mismo no vuelves por aquí hasta la hora del desayuno.

—Eres incorregible… —se rio León mientras lo acompañaba a la puerta.

Santi salió de la habitación y se dirigió a la suya, pensando en cuánto le gustaría que León rehiciera su vida. Sabía que su tía fue su gran amor y que jamás la olvidaría, pero se merecía volver a amar y tener a su lado a una mujer que hiciera desaparecer la soledad en la que vivía.

---

1 *As-salaam-aláikum*: en árabe, la paz sea contigo.

2 *Wa-aláilum-salaam*: en árabe, la paz sea contigo también.

12

Rubén llegó agotado a la casa de su hermana el viernes después del gimnasio. Se había matado en la cinta y, posteriormente, en la clase de *spinning*. Quería haber hecho máquinas, pero la semana había sido bastante completa. Hacía siete días, a esa misma hora, estaba preparándose para salir a buscar una noche de sexo. Y la encontró, solo que se le complicó bastante el asunto.

—¿Vas a salir hoy? —le preguntó Aitana cuando lo vio aparecer por la cocina con el pelo aún mojado tras la ducha.

—No creo, estoy demasiado cansado.

—Normal, te pegaste una juerga padre entre semana, ni viniste a dormir, y ya no estás acostumbrado ni tienes veinte años.

—No puedo quitarte la razón —sonrió ante la verdad que acababa de soltarle su hermana, muy a su pesar—. ¿Y la niña?

—Te dije que esta noche la pasaba con Javier.

—Cierto. ¿Cómo sigue tu exsuegra?

—Pues de mal en peor. El alzhéimer es así, y lo que nos hizo el cabrón de su hijo mayor consiguió que se viniera aún más abajo. Porque ahí estaba en el principio, no ha pasado demasiado tiempo, y mira cómo está ahora.

—¿Y no se plantean buscarle un centro? Por lo que me contaste, necesita a alguien todo el día con ella.

—No. Tanto Javier como su mujer se niegan a hacer eso. Él no es igual que su hermano.

—Entonces… —sonrió de forma pilla Rubén—, ¿eso quiere decir que esta noche estamos solos y libres?

—Eso parece.

—Pues lo de descansar tendrá que esperar a mañana. Te invito a cenar y a una copa.

—No sé…

—No te estoy preguntando, te estoy avisando. Tienes dos horas para estar lista.

—Pero…

—Dos horas —le recordó Rubén mientras caminaba hacia su habitación.

Aitana se dio por vencida. Sabía que cuando su hermano se ponía en ese plan, lo único que podía hacer era obedecer, porque se la llevaría a la calle como estuviera cuando pasara el tiempo que le había dado, así fuera en pijama y con la bata de guatiné puesta.

Rubén buscó la ropa que se pondría y decidió echar un ojo a las redes sociales, esas que tenía bastante abandonadas, ya que solo se preocupaba de las de la bodega, y estaban en manos de un *community manager*. Ni recordaba las contraseñas de sus perfiles personales, y tuvo que reestablecerlas. Una vez conseguido, accedió a Instagram y revisó lo que le iba saliendo. Nada interesante, hasta que llegó a una publicidad que le llamó la atención, era el estudio de arquitectura de Santi.

Gruñó. Sabía que no debía hacerlo, pero no pudo evitarlo, y puso en el buscador su nombre. Al momento, el primer resultado mostraba una pequeña foto, y no le cupo duda de que se trataba de él. Entró en el perfil, y casi se le desencajó la mandíbula al ver la primera publicación que se mostraba, y que había subido unas horas antes, era su rostro enmarcado por un *keffiyeh*[3], sutil barba de tres días y una sonrisa capaz de derretir el hielo.

—Joder… —maldijo cuando, al intentar ampliar la imagen, le dio al corazoncito. Por mucho que lo quitara, él sabría que lo había visto, y no tuvo más remedio que seguirlo. Ya buscaría una excusa para haber dado con él sin quedar como un acosador.

No habían pasado ni cinco segundos cuando recibió el seguimiento de vuelta, y un mensaje directo parpadeaba en el icono del avión de papel.

Pero ¿a quién tenemos por aquí? ¿Me echabas de menos, profesor?

Quiso que se lo tragara la tierra, aunque el calor que le había subido a la cara disminuyó cuando vio que acto seguido le mandó un emoticono guiñando un ojo y sacándole la lengua.

Podía inventarse una excusa, como había pensado unos minutos antes, pero sabía que Santi tenía claro que no volvería a haber nada entre ellos, así que decidió decirle la verdad.

Me ha salido una publicidad de tu estudio de arquitectura, y puse tu nombre en el buscador. Me metí a cotillear tu perfil y le di sin querer al corazoncito para ampliar esa foto en la que estás tan increíblemente guapo. Seguro que tendrás a más de uno rendido a tus pies por allí.

Sí, esperaba que esas últimas palabras le dejaran aún más claro que no había nada romántico en haberlo buscado. Aunque después pensó que también le había dicho que estaba muy guapo.

Santi se sintió confuso ante el mensaje. A pesar de que Rubén siempre le había dicho lo que quería y lo que no sin ningún ápice de vergüenza, y que no tenía por qué significar nada, algunas palabras hicieron que un cosquilleo se instalara en su estómago, pero las últimas no le hicieron tanta gracia. Sabía que no había nada entre ellos, no obstante, que no le importara que pudiera estar con otros hombres en Dubái le dolió un poco.

Y su orgullo hizo acto de presencia.

Tengo al hijo de un jeque babeando por mis huesos. De hecho, tengo que dejarte, acaba de avisarme de que está llegando al hotel.

Rubén se quedó mirando el teléfono sin poder reaccionar. No esperaba recibir esas palabras por su parte, pero se las tenía merecida por lo que le había dicho. Una vez volvió en sí, una rabia terrible se apoderó de él. Quiso coger un avión, presentarse allí, echar al puñetero futuro jeque de la habitación y follarse a Santi hasta que gritara que no quería que nadie más le diera placer.

—Respira hondo, Rubén, respira —se dijo en voz alta—. Entre Santi y tú no hay nada, no puedes tener un ataque de celos.

Mordió la almohada y ahogó un grito. Aquello no estaba bien, nada bien, ese niñato no podía provocarle eso. Apenas se conocían, solo habían sido dos noches de sexo desenfrenado, no entendía qué le estaba pasando.

Respiró hondo y estuvo a punto de entrar en la aplicación para buscar alguien con quien echar un polvo esa noche, pero escuchó a su hermana cantar en la ducha y recordó que no sería posible.

Volvió a entrar en Instagram y miró el mensaje. El despecho se apoderó de él, y decidió contestar a eso que le había provocado esa sensación que se negaba a sentir.

Espero que lo pases bien. Yo he quedado para cenar y después iré al club. Viernes noche, ya sabes que toca salir de caza.

Cerró la aplicación y comenzó a vestirse. No, no pensaba ir al club esa noche, pero Santi eso no lo sabía, y tenía que dejarle claro que no era nadie lo suficientemente importante para él.

Dos toques en la puerta y la voz de su hermana diciéndole que ya estaba lista fue lo único que necesitó para terminar de ponerse los zapatos y echarse colonia, que era lo único que le faltaba

por hacer.

Llegó al salón y sonrió al verla. Estaba radiante, como cuando eran jóvenes y salían juntos de fiesta. Porque no importaba que se llevaran siete años, siempre iban juntos a todas partes.

—¿Has reservado en algún sitio? —le preguntó Aitana.

—No, hace tanto que no salgo a cenar por aquí que no tengo ni idea de adónde ir.

—A ver si tenemos suerte y hay alguna mesa libre en La tapería del Lulu.

Salieron del piso y se subieron al coche de Aitana, que era más pequeño que el de Rubén y, por ende, mucho mejor para aparcar en una zona donde era prácticamente imposible. Con total probabilidad, terminarían metiéndolo en el *parking* de Ingeniero de la Cierva.

Fueron charlando de cómo les había ido el día durante el camino, parecían más un matrimonio bien avenido que dos hermanos, sobre todo, porque no se parecían en absolutamente nada. Aitana había salido a su padre, y él, a su madre, aunque, por cosas de la genética, Celia era clavadita a su tío, parecía más su hija que su sobrina.

Cenaron entre risas y recuerdos de cuando eran niños. Hasta ese momento, Rubén no había sido consciente de cuánto echaba de menos a su hermana desde que se fue a Londres siendo muy joven.

—¿Dónde vamos a tomar esa copa? —quiso saber Aitana.

—Pues no sé, te recuerdo que llevo muchos años sin salir de marcha por aquí.

—Yo también, no te creas. ¿A dónde fuiste el viernes? Podemos ir allí.

—Es un club de ambiente, no creo…

—Genial, me parece genial. Después de lo del innombrable, he decidido que no quiero más hombres en mi vida, y, de repente, se me ha despertado una vena muy bisexual.

—¡¿Qué?! —espetó Rubén con sorpresa.

—Mente abierta, hermano, mente abierta. Me apetece experimentar cosas nuevas. Vamos, que quiero ver el sitio.

—Pero…

—Oye, que lo mismo no pasa nada, que no me atraiga ninguna mujer, pero no me quedo sin intentarlo. Paga la cuenta, que tú invitas, yo voy a retocarme los labios.

Rubén no salía de su asombro. «¿Quién es esta mujer y qué ha hecho con mi hermana», se preguntó sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Pero qué demonios, no había visto a su hermana tan feliz desde que llegó hacía un par de meses, y si era lo que le apetecía, no sería él quien se lo negara.

Y quién sabía, lo mismo le salía algún plan para cumplir con lo que le había dicho a Santi en el último mensaje.

---

3 *Keffiyeh*: turbante árabe para hombre.

13

Santi esperaba en la habitación con una mezcla de ganas y decepción. Si bien era cierto que él iba a pasar una noche alucinante con ese hombre que le había calentado la sangre por el mero hecho de lo prohibido de la situación, le jodía pensar que Rubén iba a salir a buscar a alguien que le hiciera gritar de placer en la cama.

Un par de toques en la puerta hicieron que abandonara esos pensamientos. Fue a abrir con la esperanza de que se tratara de Ahmed, y no de su tío, que en última instancia hubiera decidido no acudir a la cena.

Abrió y respiró aliviado. Ahmed lo miraba con una sonrisa tímida que le pareció adorable. Estaba mucho más guapo que esa mañana, ya que un halo de lujuria brillaba en su mirada.

—¿Soy bienvenido? —preguntó Ahmed al ver que Santi no reaccionaba. Este se hizo a un lado, lo invitó a entrar con un gesto de la mano y cerró la puerta tras de sí.

—No estaba seguro de si vendrías. Sé que es complicado…

Ahmed no lo dejó seguir hablando cuando se acercó a él, lo abrazó con una mano por la cintura, pasó la otra por su nuca y devoró su boca.

Santi respondió el beso con pasión y se deshizo de su *keffiyeh* para enredar los dedos en su suave pelo rizado, mientras con la mano libre se deshacía del nudo del *bisht*[4].

Ahmed lo dejó caer cuando lo consiguió, se separó de él y comenzó a deshacerse primero de la chaqueta y después de la camisa sin dejar de mirarlo a los ojos. Esos ojos marrones que lo hipnotizaron desde el primer momento. Pensando que ojalá se hubieran conocido cuando vivió en España para haber disfrutado en total libertad de él, aunque sabía que eso también podría haber sido peligroso, ya que estaba seguro de que Santiago era el tipo de hombre del que se habría enamorado sin remedio, y bastante complicada era ya su maltrecha situación sentimental.

Tiró la prenda a un lado y se dispuso a hacer lo mismo con el pantalón, pero Santi se lo impidió. Le apartó las manos dispuesto a hacerlo él, aunque antes le acarició por encima de la tela, provocando en Ahmed un gruñido que le dejó más que claro cuánto lo deseaba.

Ahmed se dejó a hacer, y creyó que se correría cuando sacó su polla de los calzoncillos y la acarició con una de sus manos mientras con la otra atendía con vehemencia sus huevos.

—¿Qué quieres que hagamos, Ahmed? ¿Quieres follarme, o que te folle?

—Joder, Santiago, si sigues haciéndome eso, no voy a pasar de los preliminares.

Santi sintió que se endurecía más de lo que ya estaba al escuchar su acento, le puso muy burro desde el primer momento, desde que se presentó aquella mañana en la puerta del palacio.

—Hazlo, Ahmed, córrete en mi mano. Descarga las ganas contenidas que tienes de macho.

Unos escasos diez segundos tardó en no poder contenerse más, y tuvo que sostenerse apoyando las manos sobre los hombros de Santi, porque sentía que podía caer al suelo en cualquier instante por el temblor incontrolable de sus piernas.

—Santiago…

—Santi, llámame Santi. Dime, ¿qué quieres?

—Fóllame, Santi.

A Santi le sorprendió su petición, sabía que los árabes solían ser muy dominantes, y no esperaba que le pidiera eso. Además, si bien era verdad que había sido activo en algunas ocasiones, prefería recibir que dar. Aun así, no le negaría lo que le pedía.

Lo tomó de la mano y lo guio a la habitación de la *junior suite*. Le pidió que se tumbara y se desnudó ante su atenta mirada. Suspiró al ver que se mordía el labio mientras lo acariciaba con los ojos. Era tan increíblemente sexi que dudaba que aguantara demasiado sin correrse dentro de él. Y una bombilla se encendió en su mente. No, no haría lo que le había pedido, no en ese momento, quizá más tarde.

—No voy a follarte, Ahmed. —Vio decepción en su rostro—. No ahora. Porque quiero que te corras conmigo, y todavía no has tenido tiempo de recuperarte.

—Eres un amante generoso —afirmó Ahmed con tanta adoración en la mirada que Santi sintió que su corazón se saltaba un latido.

Buscó en sus ojos algo que le daba miedo, fascinación, Ahmed sentía fascinación por él, y eso lo llevó a pensar en algo que le heló la sangre. Era muy probable que ese hombre que se había derretido con sus caricias no siempre hubiera disfrutado de buen sexo, de ese que busca el placer no solo suyo, sino del otro también, que lo hubieran usado para calmar sus propias necesidades sin importar nada más.

Ahmed se incorporó en la cama, se sentó en el borde y alcanzó una de las manos de Santi, de la que tiró para tenerlo frente a él, entre sus piernas. Sin decir nada, lamió su dura verga hasta llegar a la punta, donde se entretuvo en el orificio y saboreó con gusto una gota escapada de semen. Y la engulló, provocando que Santi gruñera de placer.

—Joder, ¡qué bien la mamas!

A Ahmed le encendieron sus palabras, y aumentó el ritmo de sus succiones. Creyó que sería uno más de los tantos que le habían tocado últimamente, que obviaban cualquier cumplido, tan solo buscaban desahogarse y a otra cosa.

—Voy a correrme, Ahmed —lo avisó, y ahí fue cuando él se esmeró más aún. Nunca lo habían avisado, de hecho, era algo que le daba náuseas. Estuvo a punto de retirarse, pero, finalmente, no lo hizo, algo lo empujaba a tragar cada gota del éxtasis de Santi, algo le decía que con él sería diferente.

Santi se dejó ir cuando ya no pudo retener más el orgasmo gritando su nombre. Lo vio engullir, y cuando lo liberó, lo invitó a tumbarse, hizo lo mismo sobre él y lo besó con dulzura.

Aquel hombre estaba sorprendiéndolo mucho, más de lo que hubiera podido imaginar, y no quiso escuchar una vocecita que le estaba gritando que tuviera cuidado, que estaba jugando con fuego y podía quemarse.

---

4 *Bisht*: en árabe, larga capa tradicional que los hombres visten sobre sus ropas.

14

Los besos cesaron unos minutos después, pero no dejaron de mirarse en ningún momento, dedicándose sonrisas cómplices por lo que acababan de compartir. Fue Santiago el que rompió el instante, ya que sentía que aquello se estaba tornando demasiado intenso.

—¿Tienes hambre?

—Bastante, no he comido nada desde a mediodía —confesó Ahmed.

—¿Y eso?

—Los nervios. Cada vez que voy a quedar con un hombre, es mucho el peligro que corro.

—Vaya…

—Nunca sabes si puede ser una trampa. De hecho, solo he quedado con dos hombres desde que regresé de España, y ambos eran extranjeros.

—¿Qué excusa has puesto para venir? —se interesó Santi al tiempo que se tumbaba a su lado y apoyaba la cabeza sobre una de sus manos para mirarlo.

—Se supone que he salido con mi prometida.

—¿Estás prometido? Pero… A la hora de… ¿Cómo?

—Eso no es problema…

—¿Eres bisexual? —lo cortó Santi, que no veía otra explicación posible que no fuera esa.

—No, soy gay, pero para eso está la inseminación artificial. Aquí, perteneciendo a la posición social a la que pertenezco, los matrimonios son una forma de hacer comercio.

—Eso lo entiendo, pero…

—Pide la cena y te lo cuento todo mientras comemos.

—El problema es que no conozco muy bien la comida de aquí…

—Echo de menos la comida española —espetó Ahmed—. Dame un minuto.

Ahmed se levantó completamente desnudo, sin ningún tipo de pudor, fue al salón y regresó hablando en su idioma por teléfono, momento que Santi aprovechó para ir al baño.

—Uno de mis hombres de seguridad va a traernos comida española —anunció cuando Santi se tumbó de nuevo en la cama.

—¿Cómo? ¿Estás loco? Si nos ven… —habló atropelladamente Santi con el nerviosismo impreso en cada una de sus palabras.

—Tranquilo. Solo tienes que quedarte en la cama mientras la recojo.

—Pero…

—Mi prometida también está alojada en este hotel, no van a sospechar nada.

—No estoy entendiendo nada. Sé que aquí las mujeres deben obedecer sin importar nada más, pero de ahí a aceptar algo como esto… Y déjame decirte que es algo que tampoco habla muy bien de ti —dijo eso último con cierto enfado.

—¿Sabes que estás muy guapo cuando te cabreas?

Santi hizo amago de levantarse, no le gustaba nada la situación, y mucho menos que Ahmed se tomara a broma lo que acababa de decirle.

Ahmed se incorporó con rapidez, hizo un barrido al brazo de apoyo de Santi, y cuando este quiso darse cuenta, le estaba besando con ansias. Quería empujarlo para que dejara de hacerlo, era lo que le pedía su mente, pero su boca iba por libre y respondía al ataque con gusto.

El sonido de unos toques en la puerta consiguió romper el momento, haciendo que Ahmed se incorporara y se vistiera a toda prisa con la ropa interior y la camisa.

Santi no entendía qué demonios le acababa de pasar, su cuerpo hacía lo que le daba la gana, y eso solo le había pasado con el hombre que en ese momento hablaba en su idioma con alguien para a los pocos segundos cerrar la puerta.

—Ya está aquí la comida —le anunció Ahmed, asomando la cabeza por la puerta de la habitación.

Santi se levantó de un salto y se puso un batín que descansaba sobre un galán de noche. Se quedó perplejo al ver la mesa, en la que encontró desde tortilla de patatas hasta una botella de vino fino. Y el inconfundible aroma del salmorejo, ese que tanto le gustaba y que no solía faltar en su nevera.

—Madre mía… —fue lo único que acertó a decir.

—Siéntate, que se enfría. ¿Vino?

—Sí, por favor, pero poco.

Ahmed sirvió dos copas, y Santi lo miró alzando una ceja.

—No me mires así, no soy un musulmán al uso. ¿Quieres que te cuente mi historia?

—Sí, creo que me serviría para entenderte mejor —respondió al tiempo que se sentaba a la mesa.

—Soy ateo. No creo que exista ningún ente todopoderoso, llámese Alá, Dios o como quieras.

—Guau. Era lo que menos esperaba oír.

—De cara a la galería, no tengo más que hacerlo, pero en mi vida privada todo es diferente.

—Pero vas a casarte como dictan vuestras creencias, ¿no?

—Ya te lo he explicado antes. Son negocios, no hay que darle muchas vueltas. La familia de Malak es poderosa, la mía también. Nosotros nos dedicamos al petróleo, ellos, a la explotación minera de oro.

—Uf, me cuesta entenderlo, es algo que ya no se ve por España… ¿Tu prometida sabe…?

—Esa historia te va a encantar.

—Creo que ya no puedes sorprenderme con nada más.

—¿Eso crees? —soltó una carcajada—. Anda, termina de tragar lo que tienes en la boca, no quiero que te atragantes.

Santi hizo lo que le pedía, y dio un sorbo a la copa de agua que estaba junto a la de vino. Si bien le gustaba el que Ahmed había escogido, no era de sus preferidos.

—Listo —anunció para que siguiera hablando.

—Malak y yo nos conocemos desde niños, y nuestros padres siempre se invitaban a sus respectivas fiestas. Por eso, cuando tocó cursar los estudios universitarios, decidieron enviarnos juntos con la esperanza de que entre nosotros surgiera algo y el matrimonio no fuera una mera transacción comercial.

»Cuando llegamos a España, quedamos en algunas ocasiones, pero los dos teníamos claro que entre nosotros nunca habría nada más que una buena amistad, y decidimos que haríamos hasta lo imposible para que no nos casaran.

—Pero vais a casaros, ¿no?

—Sí, pero todavía no he llegado a esa parte, no te adelantes.

—Perdona, continúa.

—Un día, vi en un foro de la universidad que hablaban sobre un local de ambiente que acababan de inaugurar, y decidí ir a tomar una copa, y si surgía algo, pues no lo desaprovecharía.

»Fui a la barra a pedir para después dirigirme a una mesita baja con taburetes que estaba libre, pero no había dado más de cinco pasos cuando tropecé con una chica y nuestras copas acabaron

en la ropa.

»Recuerdo que me enfadé, y estaba dispuesto a recriminarle que no hubiera tenido más cuidado… Pero ¿sabes qué? Era Malak.

—¿Tu prometida? —preguntó Santi con asombro—. ¿Te había pillado y te siguió?

—No, no me siguió. Acabábamos de pillarnos los dos.

—¿Cómo? No lo entiendo.

—Malak es lesbiana, había ido al local a lo mismo que yo.

—¡Hostia puta!

—De hecho, ahora mismo debe estar pasándoselo genial con su criada personal en una habitación dos plantas más arriba.

—Joooder.

—Y tú que creías que no podía sorprenderte más…

—Es que esto es lo que menos me podía esperar.

—La cuestión es que hablamos y llegamos a la conclusión de que les daríamos el gusto a nuestros padres, porque si no nos casábamos, intentarían buscarnos otra pareja. Y así podríamos hacer lo que nos diera la gana, siempre que lo hiciéramos sin levantar sospechas, claro está.

»Una vez nos hayamos casado, en el mismo viaje de novios, que durará un mes, acudiremos en España a una clínica, y si todo va bien, regresaremos con la feliz noticia de que vamos a ser padres.

—Sí que lo tenéis bien pensado, y, sinceramente, lo veo un plan brillante. Lo único que me da pena es que no podáis vivir con total libertad como queráis.

—No elegimos dónde nacemos. Al menos, nosotros vamos a poder tener algo que la mayoría no. Es más, al no ser el primogénito, todo lo relativo al negocio lo heredará mi hermano mayor, así que nuestra intención es trasladarnos a vivir a Marbella. Malak montará su gabinete de psicología, y yo mi bufete de abogados. Allí será todo mucho más fácil.

—Eso os daría algo más de libertad.

—Bueno, comamos, que me encantaría quedarme hasta el amanecer, pero he quedado con mi prometida en tres horas para que tanto su seguridad como la mía nos vean salir juntos.

Dieron buena cuenta de la cena en tiempo récord. Tenían ganas de llegar a los postres, y no podrían saborearlos tanto como les hubiera gustado. Al menos, esa noche, aunque quedaron en que los días que Santi estuviera allí, volverían a deleitarse del manjar que suponía el uno para el otro.

15

Santi casi besó el suelo del aeropuerto de Jerez cuando se bajó del avión, a pesar de que estaba descargando una tormenta que no tardaría más de un par de segundos en empaparlo por completo. Pero le daba igual, el viaje había sido una auténtica tortura por culpa del temporal que se embraveció sin que nadie lo previera cuando estaban a pocos minutos de llegar.

—Creí que no lo contábamos cuando el avión tomó tierra —le confesó León a su sobrino cuando ya estuvieron en la zona de recogida de equipajes.

—Y con lo poco que me gustan a mí los aviones, mira que te dije que viniéramos en tren desde Madrid.

Cuando tuvieron sus maletas, fueron a uno de los mostradores de *rent a car* y les dieron las llaves del coche que tenían reservado. Una vez firmaron el contrato, una chica joven los acompañó hasta el aparcamiento, y en menos de quince minutos, ya estaban en la carretera camino de Cádiz.

Por suerte, la lluvia había disminuido y tuvieron un camino tranquilo. Cuando llegaron al edificio de Santi, era una suave llovizna que les permitió bajarse sin mojarse más de lo que ya estaban.

—Creí que nunca llegaría a casa. Cómo echaba de menos Cádiz después de dos semanas. ¿Quieres un café?

—Ni loco. Me voy a casa a darme una ducha, ponerme el pijama y meterme en la cama. Mañana tengo que estar repuesto del *jet lag*, el trabajo no se hace solo.

—¿Vas a trabajar mañana? Yo creo que no voy a ir a la universidad hasta el lunes.

—No me lo puedo creer. Santiago Gorostiaga saltándose clases sin motivos. Estoy orgulloso de ti.

—Ya me has hecho sentir culpable. —León soltó una carcajada—. Voy a ver si está Piluca y me invita a ese café antes de seguir los mismos pasos que tú.

Tío y sobrino se despidieron, y Santi entró en el edificio, se subió al ascensor y marcó la planta de Piluca. Cuando llegó a su puerta, escuchó que se reía, y también unas carcajadas masculinas. Iba a entrar con su llave, pero decidió que mejor llamaba al timbre, no quería pillarla en un momento comprometido.

—¡Santi! —gritó Piluca al abrir y se tiró a sus brazos—. ¡Qué ganas tenía de que llegaras! Entra, estoy ayudando a Fabio con Estadística.

—¿Fabio? ¿Quién es Fabio?

—El chico que te tiró el café encima, ¿no lo recuerdas?

—Cierto —dijo al acordarse—. Pero no sabía que os llevarais tan bien, no me has contado nada, y eso que hemos hablado todos los días.

—Ya, bueno… Es que es un poco tímido, y nosotros somos muy capullos, siempre nos estamos pinchando.

—Vale. Tú no te has cortado ni un pelo al hacerlo con Rubén, pero ¿yo me tengo que cortar?

—Fabio es distinto…

—Creo que tienes algo que contarme, Piluquita. ¿Ocultándole cosas a tu mejor amigo? No, no, no. Niña mala. Me da que cuando terminéis de estudiar, vas a tener que hablarme de lo que está pasando con ese muchacho.

—Vale, pero, ahora, por favor, no le des mucha carga. Se irá en un rato.

—Está bien. Yo no soy tan cabroncete como tú.

Llegaron al salón, donde Fabio los esperaba de pie. Se le veía apurado, incluso estaba recogiendo sus apuntes, y los dos lo miraron a la espera de una explicación por su actitud.

—Imagino que tendréis que poneros al día…

—No, eso lo haremos después. Ahora mato por un café caliente, eso sí, ni se te ocurra tirármelo encima —lo señaló Santi con un dedo y una sonrisa sincera en la cara.

—No me lo recuerdes, ¡qué bochorno!

—No te preocupes, le puede pasar a cualquiera.

Media hora después, Fabio salía del piso tras despedirse en la puerta de Piluca con un beso en los labios. Santi se quedó perplejo al verlo, y seguía sin entender por qué Piluca no le había contado nada en los días que había estado fuera.

—Empieza a hablar, y que sepas que estoy molesto por no hablarme de esto.

—Quería contártelo en persona.

—¿Por qué? —preguntó Santi intrigado.

—Al principio, pues me atrajo sin más, y le metí cuello, pero no hicimos nada porque… Verás, no ha estado con nadie, ¿vale? —confesó con algo de apuro—. Además de que no cumple los dieciocho hasta el sábado. Y, bueno, pues no iba a obligarlo, lógicamente, y me parecía tan tierno… En fin, que lo he ido conociendo y… Es especial, Santi, muy especial. Me hace sentir como ningún otro chico lo ha hecho antes, y creo que me estoy enamorando. Por eso no quería decirte nada, porque quería comprobar qué iba sintiendo en estos días, y que cuando te lo contara, estuviera segura de qué cojones me pasa con este chico.

—Guau… Jamás pensé que diría esto, pero no es que te estés enamorando, es que te has caído con todo el equipo.

—No sé, Santi…

—¿Te apetece estar con él a todas horas? ¿Te revolotean mariposas cuando lo ves? ¿Se te pinta una sonrisa boba cuando te mira o habla?

—Sí, sí y sí.

—Siento mucho ser yo quien te diga esto, pero… estás enamorada hasta las trancas.

—Joder —se quejó Piluca—. Yo no quería esto hasta que acabara la carrera. Y tampoco sé si él siente lo mismo que yo, porque esa es otra, me aterroriza dar ningún paso porque es tan tímido que temo que salga espantado.

—Pero no puedes estar con ese sinvivir. A ver, la única opción que veo es que le des algo más de tiempo, que os conozcáis un poco mejor, que cojáis un poco más de confianza, y entonces se lo sueltas.

—Sí, es una buena opción.

Se quedaron en silencio un par de minutos. Santi pensando en que no sabía si alegrarse por su amiga o no, el amor debía ser algo maravilloso, aunque mucha gente sufriera por eso. Piluca, en que su amigo tenía razón y no se comería más la cabeza. Le daría a Fabio el tiempo que necesitara, por increíble que le pareciera, lo que menos le importaba era acostarse con él, su compañía le hacía sentir mucho más que todos los polvos que había echado en su vida.

—¿Y tu jeque? ¿Se ha quedado penando por las esquinas por tu regreso?

—No, para nada…

—Eso es lo que él te diría, porque lo tenías superenganchado, y dudo que encuentre allí a alguien que le dé lo que tú le has dado, Santiaguito.

—No me has dejado terminar. No se ha quedado triste porque viene a España en un par de

semanas, va a mirar casas en Marbella, y me he ofrecido muy amablemente a ayudarlo con eso.

—¿En serio? —soltó Piluca, sorprendida al máximo por lo que acababa de contarle Santi.

—Sí, tenía pensado venirse a vivir desde que se fue de España. Cuando se case, se mudarán aquí Malak y él. Ninguno de los dos son felices allí.

—Lo imaginé cuando me contaste que su prometida también era homosexual.

—Bueno, nena, me voy para mi piso. Me he puesto chorreando en el aeropuerto, y necesito una ducha caliente y descansar. Creo que ni voy a cenar, directo a la cama. ¿Vamos juntos mañana a la facultad?

—¿Vas a ir mañana? ¿Estás loco? Quédate descansando.

—Eso iba a hacer, pero León me ha recordado que soy demasiado responsable, así que iré. Si veo que el café no consigue mantenerme despierto, me vuelvo antes, que me da que no te importará volverte en el tren con Fabio —la pinchó.

—¡Qué tonto eres! Por cierto, nos estábamos yendo juntos en mi coche. ¿Te importa que se venga?

—¿En serio me has preguntado eso? Claro que no me importa, tonta.

Se despidieron y quedaron en que se verían a la mañana siguiente, si es que Santi tenía cuerpo para levantarse de la cama.

Llegó a su piso, soltó la maleta en su dormitorio y fue a beber agua a la cocina antes de meterse en la ducha. Al pasar por el salón, la vista se le fue a un bulto que había en una silla. Allí estaba la mochila de Rubén. Sí, definitivamente, al día siguiente iría a la universidad, porque había pasado un viaje increíble con Ahmed, pero fueron muchas las veces que se acordó de él, y eso que estuvo bien surtido de sexo.

16

Rubén llegó al campus como cada mañana y fue directo a su despacho. Sabía por Instagram, esa aplicación que había abierto en los últimos días más que en toda su vida, que Santi había regresado ya, y no quería verlo más de lo necesario, ya que, muy a su pesar, no había conseguido sacárselo de la cabeza, por mucho que no hubieran vuelto a tener contacto desde aquel día y que no desaprovechó la salida con su hermana para no volver a casa hasta la mañana siguiente.

No necesitó saber quién tocaba la puerta de su despacho en ese momento, una fragancia que conocía demasiado bien inundó sus fosas nasales a pesar de la madera que los separaba.

—Adelante —le dio paso, sabiendo que el momento de volver a verlo iba a llegar tarde o temprano.

Santi entró, cerrando la puerta tras de sí para evitar miradas indiscretas y que nadie escuchara lo que venía a decirle, que no era otra cosa que tenía su mochila en el maletero del coche.

Lo admiró perdido en su ordenador, del que no había apartado la vista para saber quién había llegado. Estaba tan guapo como lo recordaba, incluso más si eso era posible.

—Hola —fue lo único que dijo para hacerse notar.

—Ah, hola —se hizo el tonto Rubén, como si no supiera desde antes de entrar que era él—. No sabía que ya estabas de vuelta —mintió.

—Llegué ayer por la tarde…

—¿En qué puedo ayudarte? —lo cortó seco, dándole a entender que la relación entre ellos ya se había convertido en la de alumno-profesor.

—Tengo tu mochila en el coche —respondió en el mismo tono, ya que le había jodido que lo tratara de una forma tan distante—. Avísame cuando vayas a irte y te la doy.

Santi no esperó que dijera nada más, simplemente, se giró y caminó hacia la puerta, pero su intención se desvaneció momentáneamente al escuchar que bufaba y las dos siguientes palabras que salieron de su boca.

—Lo siento…

—Avísame luego —fue su única respuesta antes de reemprender su camino, aunque no pudo llegar a su destino porque una mano apoyada en su antebrazo no se lo permitió.

—Soy un capullo, lo sé, pero…

—Solo había venido para decirte lo de la mochila, no había ninguna intención más allá —dijo con media sinceridad, porque lo cierto era que le apetecía mucho verlo de nuevo, hubiera buscado cualquier otra excusa para hacerlo.

—No sé muy bien cómo manejar esta situación, nunca me había pasado algo así.

—Por mí puedes estar tranquilo, lo tengo todo muy claro. Tú solo eres mi profesor, en eso habíamos quedado, ¿no?

—Sí, el problema es… —dejó la frase a medias cuando se dio cuenta de lo que había estado a punto de confesarle.

—¿Cuál es el problema? —lo invitó Santi a continuar, provocando un gruñido en Rubén, que se debatía entre hacer lo correcto o ceder a lo que su cuerpo le pedía a gritos.

—Nada, no hay ningún problema.

—Dilo —le rogó Santi, a quien no le había pasado desapercibida la lucha interna que revelaban sus preciosos ojos.

Rubén lo observó, le estaba costando la vida contenerse, y dio la batalla por perdida cuando lo vio humedecerse los labios.

—El problema es que me pones demasiado cachondo, maldito niñato —soltó justo antes de lanzarse a devorar su más que apetecible boca.

Santi no tardó en reaccionar, había deseado que eso sucediera desde que puso un pie dentro del despacho hacía tan solo un par de minutos.

Lo agarró por la cintura y se apretó contra él, quería que fuera consciente de lo que era capaz de provocarle con la sola caricia de sus labios.

Unos pasos al otro lado de la puerta rompieron el momento, haciendo que ambos se quedaran muy quietos, pendientes de si venían para el despacho o si pasaban de largo.

—No podemos dejarnos llevar así aquí —afirmó Santi cuando quien fuera que pasaba por allí se alejó.

—Esto es una locura… —se apartó Rubén de él—. Si no nos hubieran interrumpido, te habría follado aquí mismo —se lamentó.

—Ven esta noche a mi piso —lo invitó Santi.

—No podemos seguir con esto…

—El sexo entre nosotros es maravilloso, no tenemos por qué renunciar a él. Solo debemos ser discretos.

—No quiero que nos hagamos daño, ya lo he vivido antes, siempre acaba enamorándose una de las partes y sufriendo.

—No tiene por qué —volvió a besarlo Santi, para después abandonar sus labios y lamer su cuello, consiguiendo que Rubén soltara un gemido.

—Se te da bien esto de convencerme.

—Tengo una casita rural en Grazalema, pasemos allí el fin de semana. Estaremos lejos de todo y nadie podrá vernos —lo invitó Santi, y pudo ver la duda en sus ojos. Pero ya iba conociendo a su profesor favorito, y sabía cómo conseguir que cediera—. Necesito que me folles sin descanso, sentir cómo te corres dentro de mí y que me comas la polla como solo tú sabes.

—Santi, por Dios, no sigas hablándome así —le pidió al tiempo que lo apretaba contra él y le hacía sentir su erección. El joven soltó una carcajada.

—Lo deseas tanto como yo.

—¿A qué hora salimos para Grazalema?

—¿Te parece bien a las cinco?

—Estupendo —respondió, dándole un suave pico en los labios—. Ahora, será mejor que te marches, contigo aquí será complicado que esto se calme antes de ir a la primera clase —se restregó contra él.

—Yo puedo ayudarte con eso —le dijo Santi mientras le desabrochaba el cinturón del pantalón.

—Aquí no… Ya hemos arriesgado bastante.

—Sabes que no durarás mucho más allá de que me la meta en la boca. Estás demasiado cachondo, va a ser algo rápido.

Santi cayó de rodillas ante él y se humedeció los labios mientras se la sacaba. Se la lamió, se entretuvo un par de segundos en el glande, que ya le regalaba una gota de su leche, y la engulló, provocando que Rubén tuviera que contener un jadeo de placer.

Rubén lo dejó hacer mientras le acariciaba el pelo, y como bien vaticinó Santi, no tardó ni medio minuto en correrse. Una corrida abundante, a pesar de que esa misma mañana se había

hecho una paja en la ducha pensando en él.

Su maldito niñato se levantó, y él no dudó en besarlo al tiempo que trasteaba en sus pantalones.

—Rubén, no…

—Tú tampoco puedes salir de aquí en este estado —le dijo con una sonrisa pícara en los labios, metiendo una mano por dentro de su ropa para sacársela.

Cuando Santi salió del despacho, dejando a Rubén recogiendo unos papeles, los dos fueron conscientes de que estaban cometiendo el peor error de sus vidas, pero ninguno se sentía capaz de frenar lo que estaba pasando entre ellos.

17

Era domingo a mediodía, el fin de semana estaba tocando a su fin, en unas horas debían volver a la realidad, y aunque no lo dijeron, ninguno de los dos quiso que ese momento llegara.

Rubén observaba a Santi, que se había quedado adormilado tras el último polvo hacía tan solo media hora. Ese niñato había arrasado con todas sus barreras, y ya no podía negarse a sí mismo que lo que sentía por él iba mucho más allá de la lujuria, aunque sabía que, en ese momento, pretender algo más de lo que compartían era un imposible. Además, el chico le había dejado claro que lo que había entre ellos solo era sexo, sin ir más lejos, el fin de semana siguiente lo pasaría en Marbella con el hombre que conoció en Dubái. Y eso le dolía, mucho, pero sabía que era lo mejor, porque así no se colgaría de él más de lo que estaba.

Santi abrió los ojos y sonrió al ver que lo miraba. Y cualquier pensamiento se perdió en aquellos labios y en el brillo de felicidad de sus ojos.

—Me tienes agotado —alegó Santi a modo de disculpa mientras se desperezaba.

—Lo sé, descansa un poco más.

—No, deberíamos recoger ya e irnos pronto. En nuestras camas podremos descansar bien.

—¿Estás seguro de que quieres que volvamos ya? —le preguntó Rubén tras un rápido movimiento en el que se colocó encima de él, entre sus piernas.

—Eres insaciable, profe, y eso es algo que me encanta, pero te recuerdo que no nos quedan condones.

—Bueno, somos expertos en disfrutar de maneras que no implican que te empale —le dijo Rubén mientras mordisqueaba uno de sus pequeños pezones hasta endurecerlo.

—Rubén…

—Dime —le pidió mientras descendía por su vientre hasta hundir la nariz en su vello púbico y aspirar su aroma.

—Cómeme la polla.

—A eso iba.

Rubén dio un lametón a su glande y siguió el recorrido hasta la base. Una vez allí, bajó hasta sus huevos y se los metió en la boca, saboreándolos, succionándolos y soltándolos de golpe, dejando chorrear saliva hasta su ano, para después introducirle un par de dedos sin dificultad, ya que todavía estaba algo dilatado.

Subió por el tronco, dedicándole especial atención a una gruesa vena que se le marcaba más que las otras. Estaba completamente duro, y sabía que no aguantaría mucho cuando se la metiera en la boca.

—Me estás matando, Rubén, daría lo que fuera por tenerte dentro ahora mismo.

Rubén, que ya estaba obnubilado por la lujuria que lo embargaba cada vez que estaban en un momento como ese, engulló su polla y la succionó con deleite, hasta que unas gotas de semen azotaron sus papilas gustativas, y supo que no tardaría mucho en correrse.

Se la sacó de la boca, se incorporó hasta llegar a los labios de Santi y le alzó las piernas, dejando que sus rodillas reposaran sobre sus hombros, para después situar el glande en la entrada de su ano.

—Rubén, no tenemos…

—¿Acaso crees que eso va a detenerme llegados a este punto?

Se introdujo en él de una estocada certera, provocando un gemido de placer en Santi que también tenía cierto tono de dolor. Se maldijo al instante. Si bien había chorreado su saliva, el condón le daba el punto de lubricación preciso para que la fricción no le hiciera daño.

—¿Estás bien? —le preguntó con auténtica preocupación, dispuesto a salir de él.

—Dame un par de segundos, y ni se te ocurra salirte.

—De acuerdo, pero si no te sientes cómodo… —no pudo terminar la frase, porque Santi se movió contra él para terminar de encajarse, dejándole claro que ya estaba más que listo para que lo follara hasta que estallaran de placer.

Fue un baile lento. Rubén no quería que ese momento terminara, solo lo había hecho sin condón con una persona, con su ex, con ese que le rompió el corazón en mil pedazos e hizo que hiciera una barrera infranqueable en su corazón al amor. Y, ahora, volvía a entregarse de una forma tan íntima y completa de nuevo a alguien que sabía que nunca sería su todo.

Largo y cargado de placer, así fue ese polvo, que había perdido ese nombre para que la palabra amor planeara sobre ellos, porque eso era lo que estaba pasando; no estaban follando, estaban haciendo el amor con todas sus letras.

El primero en correrse fue Santi, y arrastró a Rubén cuando el placer hizo que se apretara tanto que el profesor no pudo seguir controlando su orgasmo.

Salió de él y se tumbó a su lado, exhausto, no solo por el esfuerzo físico, sino también por las sensaciones que habían vivido. Se acercó a Santi, depositó un suave beso sobre su hombro y rodeó su cintura, a lo que el chico respondió girándose para deleitarse con aquella boca que estaba hecha para el pecado.

Se dedicaron mimos durante no supieron cuánto tiempo, hasta que el sonido del móvil de Rubén rompió el momento. No le hizo caso, pero cuando volvió a insistir el tono que sabía que correspondía a Aitana, no tuvo más remedio que incorporarse.

—Dime —contestó de malhumor.

—¿A qué hora vuelves?

—No sé, todavía estoy en Grazalema, ¿por qué?

—Celia tiene mucha fiebre. Lleva todo el fin de semana así, y se le bajaba con el paracetamol, pero ahora no para de subir.

—Está bien, tranquila, Aitana, ya salgo para casa. Dale un baño de agua tibia a la niña, y cuando llegue, la llevamos a Urgencias.

Rubén colgó la llamada y maldijo entre dientes. Lo que menos le apetecía era irse en ese momento, lo único que deseaba era volver a hacerle el amor a Santi como esa última vez, pero su hermana lo necesitaba y no podía fallarle.

Se giró para volver a la habitación y se encontró con la cara de estupor de Santi. No entendía qué le sucedía, aunque este no tardó mucho en sacarlo de dudas.

—Por eso eres tan reacio a que entre nosotros… —no pudo seguir hablando, un nudo en la garganta no se lo permitía.

—No te entiendo, Santi.

—Estás casado… Tienes una hija…

Rubén sonrió, había escuchado parte de la conversación, y había llegado a esa conclusión. Se acercó a él y lo tomó por la cintura.

—Soy gay. Jamás podría estar casado con una mujer y tener una hija. Aitana es mi hermana y mi sobrina lleva todo el fin de semana con fiebre controlada, pero ahora no para de subir.

—Tu hermana —repitió él, soltando el aire de golpe.

—Sí, y deberíamos irnos ya. Me preocupa que esa pequeña mocosa tenga fiebre, no suele enfermar nunca.

—Claro que sí —le dio un beso—. Recoge la ropa, mañana se encargará el hombre que me cuida esto de enviar a alguien a limpiar.

Quince minutos después, ya estaban en el coche de Santi rumbo a Cádiz. Si todo iba bien, a las ocho estarían llegando, y aunque Rubén era muy celoso de su intimidad, le dio la dirección del edificio de su hermana para no perder tiempo buscando un taxi cuando llegaran a donde vivía Santi.

Estaban entrando por el puente de la Pepa cuando Rubén carraspeó incómodo, y Santi supo que llegaba el momento de decirle algo que seguramente no le gustaría.

—Santi…

—Lo sé, fui yo quien te lo dijo, no podemos seguir dejándonos llevar en la universidad.

—No era eso lo que iba a decirte, es más, no sé cómo afrontar esto.

—Lo haré yo por ti —soltó Santi resignado, sabía lo que venía a continuación—. No quieres que continuemos acostándonos.

—¿Puedes dejarme hablar? Esto es difícil para mí, no sabes cuánto… —Rubén tomó una profunda bocanada de aire antes de continuar—: Me gustas mucho, Santi, y no pienso renunciar a pasar tiempo contigo, pero nuestra situación es complicada; no podemos ir más allá de vernos a escondidas, porque somos profesor y alumno.

—¿Crees que a mí no me pasa lo mismo? ¿Crees que mi corazón no se acelera cada vez que te veo? No es solo que me gustes mucho, es que no sales de mi pensamiento —confesó Santi cuando pararon en un semáforo en rojo y se giró a mirarlo. Eso había sonado a un quizá, y las manos le temblaban, porque después de ese fin de semana, después de esa última vez que habían estado juntos, sabía que Rubén se había colado en su corazón sin pedir permiso—. Esto se nos ha ido de las manos, los dos sabíamos que iba a pasar, y ninguno ha puesto freno, pero…

—Te propongo algo: seguiremos viéndonos cuando nos apetezca a los dos, seguiremos como hasta ahora, y cuando termine el cuatrimestre, si aún…

—Creo que sería mucho más difícil entonces si uno de los dos deja de sentir lo que siente ahora.

—Lo sé, por eso quería plantearte que tuviéramos algo así como una relación abierta durante este tiempo. Podremos entrar, salir, follarnos a quien nos dé la gana si se da el caso, y en unos meses, si seguimos queriendo tener algo más, si nadie más ha llegado a nuestras vidas para terminar con lo que tenemos, quizá podamos intentarlo.

—Nunca me han gustado las relaciones abiertas.

—Ni a mí, créeme, pero no puedo ofrecerte nada más por ahora. Quizá esto nos ayude a comprender si lo que hay entre nosotros es algo más que lujuria o no.

Siguieron el camino en silencio hasta llegar a su destino. Santi había pensado durante el trayecto todo lo que le había dicho. Bien sabía Dios que él deseaba que estuvieran juntos, que pensó que era un imposible, y esa era una solución que no terminaba de convencerle, pero que lo mantendría a su lado. Dándole margen a que se abriera más a él y poder conquistarlo. Tal vez no fuera tan mala idea, lo enamoraría poco a poco, le crearía la más absoluta necesidad y tener una relación de ese tipo le daba el poder de despertar celos en él, porque aunque hubiera propuesto aquello, estaba seguro de que no le haría ninguna gracia verlo con otro, y la primera prueba de fuego sería el fin de semana siguiente. Rubén había puesto condiciones, y él también las pondría.

—Está bien, acepto —soltó antes de que se bajara del coche—, pero el fin de semana que

viene no podemos vernos, ya te dije que viene Ahmed.

—Lo sé. Este viernes no hay universidad, llámame el jueves si te apetece…

—No, no voy a llamarte, si quieres que nos veamos, esta vez vas a ser tú quien me lo pida. —Rubén sonrió—. No te rías, que si haces memoria, siempre soy yo el que se lanza, y empiezo a tener una sensación extraña respecto a eso, me siento como si te estuviera obligando…

Rubén tomó su mano y la llevó a su entrepierna, arrancando un suspiro de Santi.

—¿De verdad crees que si me estuvieras obligando, yo estaría así cada vez que te tengo cerca?

Tras un beso incendiario, Rubén bajó del coche, cogió su mochila y Santi se marchó. Ambos sabían que aquello era lo mejor que podían hacer, aunque ninguno estaba muy seguro de poder soportar que el otro estuviera con otra persona que no fueran ellos.

18

Cuando el lunes volvieron a la universidad, tras la charla del domingo donde dejaron claro que aquel era terreno neutro y que jamás volverían a dar rienda suelta al desenfreno, se trataron como lo que eran: profesor y alumno. Aunque, por las tardes, los mensajes que se dedicaban hacían que ambos terminaran en la ducha cascándosela.

Ya era miércoles, y a Santi le entró una videollamada de Ahmed que le provocó una sonrisa, un cosquilleo en el estómago y una erección, porque sabía lo que iba a decirle.

—Hola, guapo —saludó Santi nada más descolgar, aunque no esperó que su saludo de vuelta fuera bajar la cámara para que viera que estaba masturbándose—. Joooder —soltó antes de dejar el teléfono en el sofá, trastear con sus pantalones y mostrarle que él iba a hacer lo mismo.

—¡Qué ganas tengo de verte el sábado! —jadeó Ahmed tras correrse.

—Las mismas que yo. ¿No llegabas el viernes?

—Sí, pero de madrugada. Mi intención es dormir un rato y salir temprano para Cádiz.

—Sí, es lo mejor. Llegarás con *jet lag* y no es bueno que conduzcas así.

Tras charlar durante un rato más, colgaron la llamada y Santi se vistió a toda prisa. Había quedado con Piluca para ir de compras, que aún no tenía ni idea de qué regalarle a Fabio por su cumpleaños. El sábado siguiente, el chico cumplía los dieciocho, y habían quedado en cenar en su piso. Ella esperaba que al fin pudieran dar el paso que al Fabio le provocaba tanto reparo, pero si no era así, no le importaba; estaba tan colgada por él que el sexo era lo que menos le preocupaba.

Llegó a la puerta de su piso, llamó y una Piluca sonriente apareció con el bolso ya en la mano. Santi se quedó perplejo, esperaba haber podido tomarse un café mientras esperaba a que estuviera lista, su amiga no había sido puntual nunca.

—¿A qué hora llega el viernes Ahmed? —se interesó Piluca cuando estuvieron ya acomodados en el coche de Santi.

—Llega el sábado por la mañana. Al parecer, su avión llega de madrugada, y no puede conducir con el *jet lag*.

—Claro, es muy peligroso. ¿Y por qué no vas tú el viernes a Marbella y aprovecháis un poco más el tiempo?

—Lo había pensado mientras iba camino de tu piso, pero el sábado tendríamos que volvernos en dos coches, y después de una maratón de sexo, con su cansancio acumulado, no creo que sea lo más conveniente.

—Vete en tren y así conduces tú de vuelta.

—No había caído. Es un coñazo porque tengo que hacer transbordo en Sevilla, pero no tengo nada mejor que hacer.

—O también puedes dejarlo estar y pasar el día y la noche recibiendo clases particulares de Viticultura —le dijo con una sonrisa canalla.

—No, esa no es una opción. No pienso dar el paso de nuevo, la próxima vez va a tener que ser él quien me busque. Además, tengo ganas de Ahmed, no de él —soltó una verdad a medias, porque sabía que acabaría claudicando y siendo él quien le pidiera pasar el día juntos.

Llegaron a Jerez cuando la pantalla de su teléfono, que estaba en el soporte del salpicadero, se iluminó con un mensaje. Era de Rubén, aunque esa tarde no podrían intercambiar sus acostumbrados mensajes.

—Uuuh, tu profe favorito te busca.

—Ya le contestaré más tarde, ahora tenemos por delante una maratoniana sesión de compras en busca del regalo perfecto.

Después de entrar en varias tiendas sin que Piluca se decidiera por nada, a la chica se le iluminó una bombilla en la cabeza y lo arrastró hasta la librería que había en el Parque Comercial. Por lo pronto, le compraría los libros que ella le había prestado y que sabía que él quería hacerse con ellos cuando le llegara la beca. Aún le quedaban unos días por delante para el sábado, y esperaba que en ese tiempo le viniera a la cabeza algún regalo más personalizado.

Santi aprovechó para mirar el móvil mientras Piluca hablaba con el dueño. No tenía lo que buscaba, pero lo estaba pidiendo al distribuidor y al día siguiente le llegaría.

Buenas tardes, niñato.

Ese fue el mensaje que llegó cuando estaba aparcando, y le arrancó una sonrisa el apelativo con el que lo llamaba ya por costumbre.

¿Estás bien? Podría pensar que estudiabas, pero sé de buena tinta que tienes el curso más que preparado ya. Así que solo me quedan dos opciones: que te haya pasado algo o que hoy no tengas ganas de terminar en la ducha masturbándote con mi imagen en la mente. Sinceramente, espero que sea la segunda, porque si fuera la primera, no dudaría en ir a buscarte.

Ese hombre sabía cómo calentarle el cuerpo y el corazón, y en ese momento quiso estar en la tranquilidad de su piso. Decidió contestarle.

—Es algo mucho peor, estoy de compras con Piluca. ¿Cómo sigue tu sobrina?

Solo tardó un par de segundos en ponerse azul la doble aspa y aparecer que estaba escribiendo.

—No quisiera estar en tu pellejo. Está mucho mejor, mañana le darán el alta. En un rato me voy para el hospital para que Aitana se venga a descansar, paso yo la noche con ella.

—Espero que no te dé mucha lata y puedas descansar, o mañana tendremos en la facultad a un profesor zombi.

—Lo peor ya ha pasado, mi hermana dice que ya se levanta sola cuando necesita ir al baño y que no quiere que la ayude. La energía de esa niña es increíble. Si a mí me hubieran operado de apendicitis, creo que habría pasado una semana sin moverme.

Piluca salió de la librería y se dirigió hacia el poyete de piedra en el que estaba sentado Santi. Sonrió al ver la sonrisa canalla que tenía dibujada su amigo en el rostro, y supo que hablaba con Rubén. Estuvo tentada a volver sobre sus pasos, pero él levantó la mirada, la vio y fue a su encuentro, no sin antes despedirse de Rubén.

—Tengo que dejarte, Piluca ya me requiere, te escribo cuando esté de vuelta, aunque me da que llegaré a casa cuando ya estés en el hospital.

Guardó el teléfono en el bolsillo y le pasó el brazo por el hombro a su amiga. No dieron más de dos pasos cuando la vena cotilla de Piluca se activó.

—¿Hablabas con él?

—Sí, estaba preguntándole por su sobrina.

—¿Cómo sigue la cría?

—Muy bien. Mañana le darán el alta. ¿Adónde vamos ahora? —desvió la conversación.

—Creí que lo tendrías claro. Cogemos el coche y nos vamos a Área Sur, toca arrasar en Primark.

Santi soltó una carcajada ante la respuesta de su amiga, que consideraba un sacrilegio estar allí y no ir a aquella tienda donde todo era tan barato. Pero no era por eso por lo que iba, sino porque era una friki de Harry Potter y Disney, y allí siempre había muchas cosas que no dudaba en comprar de forma compulsiva. Y aunque lo que le apetecía en ese momento era volver a casa para seguir hablando con Rubén, pasar tiempo con Piluca siempre estaría por encima de todo.

19

Era jueves y al día siguiente no tenía que ir a la universidad. Llevaba toda la semana chateando con Santi y terminando en la ducha. Debía reconocer que echaba de menos sus pildorazos en la facultad o terminar con los pantalones bajados en el despacho. Aunque sabía que era lo correcto, ese chico, por el que cada día sentía más cosas, le había creado una necesidad de él que le aterraba y encantaba a partes iguales. Y ese batiburrillo de sentimientos fueron los que le hicieron soltar esa mierda de tener una relación abierta, cuando solo de pensar que al día siguiente se vería con Ahmed lo mataba por dentro.

—¡Tato!

La voz de su sobrina lo sacó de la nebulosa y no dudó en salir corriendo de su habitación para ir al salón.

—Pero ¡si ya ha decidido volver a casa la princesita! —exclamó cuando llegó hasta ella, se agachó y le dio un abrazo con cuidado de no hacerle daño.

—Claro, tato, no podía *dejados* más tiempo solos, tengo que *cuidá* de *vosotos*.

Tras comer los tres juntos, Aitana se llevó a Celia a su dormitorio y Rubén volvió al suyo. Saber que su sobrina ya estaba en casa le supuso un gran alivio, ya que pasó mucho miedo el domingo anterior, cuando tuvieron que llevarla a Urgencias pensando que era una gastroenteritis y se llevaron la sorpresa de que tenían que operarla porque estaba al borde de la peritonitis por culpa de una apendicitis.

Se tumbó en la cama y empezaba a embargarle la modorra cuando sonó la alarma que le avisaba de que era hora de ir al gimnasio, aunque eso era lo que menos le apetecía en ese momento.

Cogió el móvil de la mesita de noche para pararla y vio que tenía un mensaje de Santi, y una sonrisa bobalicona se le instaló en la cara. Le preguntaba si le habían dado el alta a Celia, y en ese instante, tras la tranquilidad de saber a su sobrina en casa, decidió dar el paso en el que Santi se mantuvo firme toda la semana: pedirle que se vieran. Y, de paso, intentar que desistiera de quedar con el tal Ahmed, aunque tampoco podía imponerle nada, ya que había sido él el que por sus miedos había propuesto… Dejó de pensar, aquello lo enervaba demasiado.

Vio que estaba en línea y se apresuró a escribir.

—Sí, ya está en casa. Ahora está descansando con mi hermana.

Su respuesta no se hizo esperar.

—Me alegro mucho. Es una pequeña guerrera. Espero que, como buen tío, le hayas comprado un buen regalo.

—Pues no. En un rato me encargaré de eso. ¿Tienes planes para esta noche? —le dio a enviar antes de arrepentirse, estaba acostumbrado a que él diera siempre el paso, y temía que la primera vez que él lo hacía lo rechazara.

—No, pensaba quedarme hasta altas horas de la noche viendo alguna serie en Netflix —le respondió Santi, que esperaba que esa pregunta de Rubén no pasara por chatear hasta las mil y acabar matándose a pajas en la ducha.

—Podría encargar comida para llevar después de comprar el regalo y pasar por tu casa. —Rubén tenía la respiración alterada, y el par de segundos que tardó en aparecer escribiendo Santi le parecieron una eternidad.

—Mmm… Interesante. Acepto, pero solo si es *sushi* y tus abdominales son mi plato para comer.

Rubén no sabía cómo sentirse en ese momento, estaba excitado con aquellas simples palabras, y también con ganas de dar saltos de alegría porque su niñato había aceptado que se vieran. Le encantaba que fuera tan ardiente, los piques de aquellas últimas tardes lo volvían loco de necesidad por él.

—Dalo por hecho, y el postre te estará esperando más abajo.

—Estoy deseando probar ese postre y que acabe encajado en otra parte de mi cuerpo.

Rubén sintió que se corría en ese mismo instante, y decidió que era momento de dejar de hablar, aliviarse, ir cagando leches a comprar el regalo y llegar cuanto antes a casa de Santi, no aguantaba más sin estar con él, ya pedirían la comida a domicilio.

Se dio una ducha en la que descargó la excitación del momento, se vistió con rapidez y fue a buscar a su hermana, que leía un libro en la cama mientras Celia dormía.

Aitana se levantó al ver a su hermano preparado para salir, cuando sabía que a esa hora debería estar saliendo para el gimnasio, y abandonó la habitación para hablar con él.

—¿A dónde vas tan guapo? —le preguntó con una sonrisa pícara.

—A comprarle un regalo a mi sobrina —le contestó con falsa inocencia.

—¿Y se lo traerás esta tarde, o mañana?

—Mañana —rio abiertamente.

—¿Vas a ver a ese hombre que te arranca sonrisas a diario? —Rubén se sorprendió ante aquello—. Eres mi hermano, te conozco, y sé que andas con alguien. Si fueran rollos de una noche lo que tienes, no estarías toda la tarde pendiente del móvil y tecleando como un loco para después acabar en la ducha.

—¡Aitana! —exclamó abochornado.

—No me mires así —le dijo su hermana entre carcajadas—. Es muy evidente…, y no sabes cuánto me alegro. ¿Cuándo vas a presentármelo?

—Bueno, es complicado. Aún estamos conociéndonos, y tampoco podemos hacerlo público.

Aitana lo miró indignada antes de hablar, no podía creer que su hermano hubiera caído de nuevo en el mismo juego.

—Juraste y perjuraste que nunca más, que no volverías a esconderte por ningún hombre, que…

—Para, para, que no es lo que crees. Él no esconde lo que es, pero… —Rubén supo en ese instante que era hora de contarle todo a su hermana—. Anda, vamos a tomarnos un café en la cocina y te lo cuento.

Cuando tuvieron ambas tazas en las manos, se sentaron a la mesa de la cocina y Aitana esperó paciente a que él se decidiera a hablar. Esperaba que no fuera lo que había pensado en un primer momento, porque se sentiría muy decepcionada con él después de lo mal que lo pasó en su momento.

—Nos conocimos en el sitio al que te llevé el día que salimos a cenar, justo antes de que empezaran las clases, y pasamos la noche juntos, aunque eso ya lo sabes porque esa mañana tuve que ingeniármelas con Celia para que me dejara dormir un rato.

—Cierto… Lo recuerdo —sonrió Aitana—. ¿Desde entonces estáis juntos?

—Más o menos, ahora viene lo complicado del asunto…. —Rubén no sabía muy bien cómo contarle aquello a su hermana, sabía que no era muy ético lo que estaba haciendo—. Es mi alumno… Pero yo no lo sabía, te lo juro, lo descubrí esa misma semana —se apresuró a decir.

—La virgen…

—He intentado frenar esto por todos los medios, pero ha sido imposible. Ese jodido niñato me trae de cabeza, y no solo porque el sexo sea maravilloso, es mucho más y…

—Tienes miedo —lo cortó su hermana, que sabía al debate moral al que se estaba enfrentando su hermano.

—Estoy aterrado. ¿Sabes lo que supondría que esto se supiera? Además de costarme mi puesto de trabajo, que eso es lo que menos me preocupa porque no lo necesito para vivir, pondría en tela de juicio mi ética profesional.

—¿Hasta cuándo lo tendrás como alumno?

—Solo este cuatrimestre.

—No es mucho, aunque seguro que será una tortura de la leche, y hay algo más en lo que creo que no estás pensando…

—¿A qué te refieres? —preguntó Rubén sin entender.

—A Londres, a que solo pensabas estar aquí un curso, a que allí están tus negocios…

—Los estoy llevando bien desde aquí, no habría mucha diferencia, solo tendría que ir cuando fuera imprescindible.

—¡Joooder! —exclamó Aitana ante aquella revelación—. ¿Te estás planteando volver a España? —Rubén soltó una media sonrisa.

—Todo depende de cómo sigan las cosas…, pero sí, no lo descarto si llegara el momento.

—Quiero conocerlo —soltó Aitana con determinación.

—No creo que…

—Quiero conocerlo —insistió con firmeza, y Rubén supo que no podría negarse por más que quisiera.

—Ya lo conoces, aunque dudo que pudieras reconocerlo.

—Deja los enigmas, por Dios, que me estás matando.

—Es… Santiago Gorostiaga.

—¡Madre mía! Es el chico… Pero yo no lo conozco en persona, solo de verlo en artículos que me saltan en internet o en el periódico —soltó cuando salió de la sorpresa al recordar las palabras de su hermano.

—Sí, lo conoces, solo que era un crío. Santiago es el sobrino de Isabel Montes de Oca y León Domecq.

—Hostias, hostias, ¡hostias! ¡Qué iba yo a pensar que el empresario más joven de la provincia era ese mismo Santiago! Dame un minuto.

Rubén vio salir a su hermana corriendo de la cocina sin entender muy bien qué le había pasado, quizá había oído llorar a Celia o quejarse y él no, pero la escuchó regresar corriendo poco después, y se plantó delante de él con un álbum de fotos para su asombro.

Rubén abrió los ojos y la boca como platos cuando vio a un niño de unos cinco años cuya sonrisa reconoció al instante. Era Santi, que posaba en la foto con su tía y su hermana, y el corazón se le llenó de ternura sin poder evitarlo.

—¿Puedo llevármela? —le pidió Rubén con cara de niño bueno.

—Ni de coña, los recuerdos no se prestan. Si quieres, escanea las que hay, que son varias, pero de esta casa no salen.

—No sabes cuánto te quiero, hermanita —confesó Rubén antes de acercarse a ella y darle un beso en la mejilla.

—Pero esto no va a salirte gratis… Vas a presentármelo, necesito tener delante de mí al

hombre que ha hecho que mi hermano se plantee volver a España.

—Aitana, sería un riesgo, si alguien nos ve juntos… —Rubén cortó lo que estaba diciendo al recordar algo que un día le dijo Santi.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te callas?

—Santi es muy exigente con su expediente académico, y hay una asignatura que se le atraviesa un poquito y en la que tú eres la reina.

—¿Química? —Rubén asintió—. Está de suerte ese chico, va a tener la mejor profesora del mundo.

—Bueno, no lo des por hecho aún, no sé si él estará pensando…

—Me da igual si quiere o no, de una forma u otra, busca la manera de que nos conozcamos. Hace demasiado tiempo que mi hermano no se ve tan feliz y quiero conocer al hombre que lo hace posible.

Ambos hermanos se fundieron en un abrazo antes de que Rubén fuera a su habitación a coger la mochila en la que llevaba una muda y se despidieron en la puerta hasta el día siguiente.

Se subió en la moto, se puso el casco, y pensó en la conversación con su hermana. Ni tan siquiera había pensado en que tendría que volver a Londres hasta que ella se lo recordó, pero la respuesta salió sola sin necesidad de meditarla, y ahí se dio cuenta de que estaba más pillado por Santi de lo que había creído hasta ese momento.

20

Rubén llegó al edificio donde vivía Santi y aparcó la moto en la puerta durante unos instantes, hasta que le avisó de que había llegado y este le abrió el garaje para que no la dejara en la calle.

Subió en el ascensor hasta su planta con la bolsa de la comida en la mano y se encontró con que la puerta estaba abierta. Entró, cerró tras él y lo vio llegar al salón con platos y cubiertos en las manos. Cuando los soltó, se acercó hasta que los separaban unos centímetros y sonrió.

—Hola, guapo —le dijo Santi.

—Hola, niñato —replicó Rubén, que acortó la poca distancia y devoró su boca—. ¿Empezamos por el postre? —le preguntó cuando se separaron jadeantes.

—Mmm… No sé yo…

—Te he echado de menos estos días —confesó Rubén al tiempo que tomaba su cara entre las manos y rozó su nariz con la de él. Santi creyó que se derretía en ese preciso instante.

—No puedo resistirme si me dices eso —respondió, tomándolo de la mano para ir hacia su dormitorio.

Se desnudaron con rapidez, para después abrazarse, rozarse, besarse y masturbarse sin manos, erección con erección.

A trompicones, llegaron a la cama, y Santi se dejó caer abriéndose de piernas mientras Rubén se colocaba entre ellas y llevaba la mano al primer cajón de la mesita de noche. Sacó el lubricante y el joven lo miró extrañado.

—¿No quedan condones?

—Ni idea.

—Pero…

—Ya no concibo estar dentro de ti de otra forma que no sea sin barreras, pero si es lo que quieres, lo cogeré.

Santi tiró de él para besarlo. No, él también quería sentirlo así, sabiendo que con ese gesto estaba desnudando un poco su alma, había soñado con tenerlo así de nuevo desde el domingo, porque aún era incapaz de describir la sensación que vivió en ese momento.

Rubén hizo que se diera la vuelta, vertió el lubricante entre sus nalgas, acarició su entrada e introdujo un dedo, haciendo que Santi arqueara la espalda cuando comenzó a presionar su próstata. Otro más acompañó al primero, y después llegó un tercero.

—Si sigues así, voy a correrme antes de que me la metas —advirtió Santi.

—Ni se te ocurra. Aguanta todo lo que puedas, quiero follarte, correrme y después tragarme tu corrida, así que te toca contenerte, cariño.

Santi creyó que el corazón se le saldría del pecho al escuchar esa última palabra, y respiró hondo, intentó ralentizar sus pulsaciones e intentar controlar su orgasmo, porque lo que más deseaba en el mundo era concederle lo que le había pedido. Sabía que era muy probable que fallara en su propósito, y que él no se molestaría por ello, pero quería complacerlo.

Rubén sacó los dedos, posicionó su glande en la entrada de su culo y presionó. Quería ir poco a poco, pero Santi se echó hacia atrás y se deslizó dentro de él por completo de un solo movimiento.

—Tu culo es el paraíso.

Santi no pudo responder, estaba demasiado concentrado en no correrse, y Rubén se dio cuenta de ello. No podía soportarlo, quería que disfrutara de lo que estaban haciendo, así que comenzó

un ritmo infernal para que no pudiera controlarlo y se corriera, ya habría tiempo de saborearlo esa noche.

Pero Santi estaba aguantando como un campeón, y él estaba a nada de estallar.

Frenó un instante y acercó la boca a su oído para susurrarle:

—Olvídate de lo que te he pedido, quiero que esto lo disfrutemos juntos. Dame tu orgasmo, Santi.

Santi relajó la tensión de sus músculos al instante y se dedicó a disfrutar de lo que Rubén le hacía. Jadeó con cada embestida, apretó las sábanas entre sus puños, gimió cuando ya estaba al borde del abismo y se corrió descargando varios chorros de semen que dieron a parar sobre la cama, al tiempo que sentía los espasmos de la polla de Rubén dentro de él y cómo descargaba en sus entrañas.

Magia. Esa era la única palabra que se le venía a la mente al pensar en lo que acababan de compartir, en lo que Rubén le había hecho sentir esas dos últimas veces que habían estado juntos sin barreras, sin miedo a dejar ver lo que nacía entre ellos.

Se tumbaron en la cama uno al lado del otro, y Rubén se acercó a él para rodear su cintura con un brazo mientras apoyaba la cabeza sobre la mano libre. Lo miró, le pareció más hermoso que nunca y no pudo controlar lo que a continuación brotó de sus labios.

—Te quiero.

Santi giró la cabeza sorprendido y lo miró con la boca abierta. Jamás hubiera esperado esas palabras de él. Sí, le había dicho que le gustaba mucho, pero eso era… No, tenía que estar soñando, lo habría soñado porque aún estaba en la nebulosa del orgasmo.

—¿Cómo?

Rubén quiso que se lo tragara la tierra. No debía haberlo verbalizado, su boca le había traicionado, y con esa pregunta supo que la había cagado a base de bien.

—Lo siento, yo…

—Repítelo, por favor, creo que lo he entendido mal —le pidió Santi, y Rubén supo que el chico tampoco esperaba que hubiera soltado eso.

—Es mejor que lo dejemos estar…

—Repítelo, necesito estar seguro de que sientes lo mismo que yo.

Ahora fue Rubén el que lo miró con los ojos muy abiertos, sorprendido por esas palabras, y no dudó en hacer lo que le pedía.

—Te quiero.

Santi sonrió y se abalanzó a devorar su boca al tiempo que se situaba encima de él. Cuando paró el beso, acarició sus labios y le dijo:

—Yo te quiero más.

Aquello provocó dos cosas en Rubén. Una, que se le acelerara el corazón y una calidez que nunca había experimentado lo inundara por completo. Dos, una carcajada de felicidad que no pudo controlar.

—Prométeme que no seremos de esos empalagosos del «yo más».

Santi soltó una carcajada antes de besarlo con delirio, hasta que Rubén lo apartó y le recordó que la cena estaba en la mesa, ya tendrían tiempo después de seguir amándose entre las sábanas.

Regresaron al salón en ropa interior y se sentaron a comer. Hablaron de todo un poco. De cómo les había ido la semana, de Celia, y en ese momento Rubén decidió abordar el tema de Aitana.

—Mi hermana quiere conocerte.

—¿Tu hermana? ¿Le has hablado de mí a tu hermana?

—A ver, no me ha dejado otra opción. Dice que se me ve feliz, y hasta que no se lo contara, no pararía. No sabes lo persuasiva que puede llegar a ser.

—No sé, Rubén…

—Hay algo más.

—¿Más?

—Bueno, sabes que ella trabaja en la bodega donde lo hacía tu tía, pero no es enóloga. Aitana estudió la carrera de Química, y si quieres ayuda con la asignatura, estará más que dispuesta a ayudarte.

—Joder… Pues no voy a negarte que me vendría genial, porque no creo que saque más de un nueve sin ayuda.

—¿Un nueve? ¿En serio me estás diciendo que un nueve no es suficiente para ti?

—No, tengo que conseguir el diez, eso sería una mancha en mi expediente.

—¿Y si el capullo de Viticultura no te da un diez? —sonrió Rubén con picardía.

—Podría decirte que intentaría convencerlo con polvos mágicos, pero no, estoy demasiado seguro de mis conocimientos y no habrá forma de que pueda ponerme otra nota que no sea la máxima.

—Pues me habría encantado que me convencieras…

—Puedo hacerlo aunque saque el diez, es más, estaré encantado de hacerlo, señor profesor.

Santi alzó el pie por debajo de la mesa y lo posó en la entrepierna de Rubén, que se acomodó en la silla y se dejó hacer.

Iba a ser un martirio tener que estar escondiéndose hasta que terminara el cuatrimestre, odiaba eso, porque ya lo había sufrido antes, pero en esa ocasión era diferente. El hombre que tenía delante no ocultaba que era gay, solo que las circunstancias estaban en contra en ese momento.

La cena terminó y dio paso a una noche en la que se amaron. No solo hubo sexo, también confidencias, un rato de tele y compartir el sueño juntos.

Los primeros rayos de sol los sorprendió alcanzando el orgasmo, con el nombre del otro en los labios, con el corazón latiéndoles repleto de amor.

Eran las nueve cuando se levantaron y prepararon el desayuno. Rubén estaba tenso, sabía que Ahmed llegaría ese día, aunque no sabía a qué hora, y sentía que las entrañas se le retorcían al recordarlo. Pero no podía reprocharle nada a Santi, él mismo había impuesto las condiciones.

—¿A qué hora llega Ahmed?

—Voy yo para Málaga.

—¿Cómo?

—Es una sorpresa. Ahmed llega de madrugada, y con el *jet lag* le he prohibido que coja el coche a esa hora, así que he decidido ir yo y mañana nos volvemos juntos.

—Ah, vale.

—¿Pasa algo? —preguntó Santi extrañado. Lo que le mostraban su mirada y su expresión parecía un ataque de celos, aunque supiera que eso era imposible.

—No, nada, espero que lo pases muy bien.

—Rubén…

—Yo también voy a salir esta noche —le dijo, esa vez, con la frialdad de la que hacía gala cuando estaban en la universidad, y eso descolocó a Santi, pero no dijo nada.

Desayunaron en un silencio excesivamente incómodo, donde cada uno se fustigaba presos de

los celos.

Rubén porque Santi se marchaba con Ahmed, cuando albergaba la esperanza de que no fuera así después de lo que habían compartido esa noche.

Santi porque Rubén iba a salir de caza esa noche. Aunque esas fueran las condiciones, a él le escocía, y esperaba poder acostumbrarse en algún momento.

—Bueno, me visto y me voy, hay una niña deseando recibir su regalo.

Santi sonrió al ver cómo se dulcificaba su expresión al hablar de su sobrina.

—¿Nos vemos el domingo, o Ahmed…?

—¿Qué vas a querer que te prepare para comer? —le preguntó Santi, abrazándolo por la cintura y regalándole un beso.

—Sorpréndeme, niñato.

Los dos sonrieron. De repente, cualquier incomodidad había desaparecido, y de nuevo eran ellos dos, los que habían compartido una noche mágica, los que se habían amado sin reservas, los que sabían que no importaba quién pasara por sus camas, porque nunca serían el puerto seguro al que volver, ese solo existía en sus corazones.

21

El traqueteo del tren lo tenía amodorrado, a nada de caer profundamente dormido, aunque tampoco le importaba, ya que no tenía que bajarse hasta la última parada. Después, tras confirmarle Ahmed que su avión privado llegaría al aeropuerto de Málaga, cogería el último cercanías que lo dejaría allí.

Iba por Antequera cuando su teléfono empezó a vibrar y vio que Ahmed lo llamaba a través de WhatsApp. En un principio, le extrañó porque debía estar en pleno vuelo, pero después pensó que quizá tendrían wifi en el avión.

—Hola. ¿Cómo va el vuelo?

—¿El vuelo? Necesito que me digas tu dirección, estoy llegando a Cádiz.

Santi se quedó petrificado. Debía haber escuchado mal, o él no haberse expresado bien, seguramente querría saberlo para ir directo al día siguiente.

—¿Cómo? No te he entendido bien.

—Me has entendido perfectamente. Quería darte una sorpresa, por eso te dije que llegaba de madrugada.

—¿Una sorpresa? Y tanto que va a ser una sorpresa. Estoy en el tren, muy cerca de Málaga, los dos hemos pensado lo mismo.

Santi lo escuchó maldecir en su idioma mientras él lo hacía mentalmente. No debió escuchar a Piluca, aunque tampoco podía culparla, porque a él le pareció una idea magnífica.

—Bueno, me vuelvo para Málaga y…

—No, estás cansado y ya has hecho las dos horas y media de ida. Cojo un coche de alquiler y voy yo para Cádiz.

—Tú también estás cansado, Santi, anoche apenas dormiste y estoy seguro de que no has descansado en todo el día, ¿me equivoco?

—No te equivocas —tuvo que darle la razón—. Tuve una reunión de trabajo con mi tío y después preparé todo para venir.

Se quedaron en silencio unos segundos, viendo la forma de solucionar el entuerto, y fue Ahmed el primero en hablar.

—Quédate en Málaga. Voy a mandar a uno de mis hombres de total confianza para que te recoja y mañana te traiga a Cádiz…

—No, Ahmed, eso podría comprometerte y…

—No te preocupes por eso, Ibrahim es mi mano derecha y mi mejor amigo, además de que… también es gay. Él jamás haría nada que me perjudicara.

—Ah, vale… Bueno, así me quedo más tranquilo.

—Y…

—¿Y? —lo instigó a hablar cuando se quedó callado.

—Le pareces muy atractivo, y estoy seguro de que a ti también te gustará, quizá podríais divertiros un poco juntos.

—No creo, a mí me apetecía estar contigo, no con otro, y anoche quedé bien servido.

—Se nota que aún no lo has visto… —suspiró Ahmed, y Santi creyó reconocer cierto anhelo en su voz.

—Ahmed, sé sincero. ¿Qué significa Ibrahim para ti?

—Más de lo que debería por nuestra posición.

—¿Estáis enamorados?

—¡No! —Santi supo que le mentía por la energía que imprimió a esa negativa.

—Bueno, mañana hablaremos de eso con tranquilidad y me cuentas todo.

—Vale, me vendrá bien hablarlo con alguien.

—Voy a mandarte la ubicación de un club al que puedes ir esta noche, que yo no esté no quiere decir que no puedas pasar una noche fabulosa con algún gaditano que te haga gemir al ritmo del 3x4.

La carcajada que soltó Ahmed le hizo sonreír, sobre todo, porque sabía que, con lo que le había dicho, su amigo dejaría de pensar en algo que hacía unos instantes tornó su voz apagada.

—No es mala idea, hace una semana que no follo y así estaré más relajado cuando te vea mañana.

Un par de minutos después, se despidieron. Ahmed tenía que llamar a Ibrahim para decirle que fuera a recoger a Santi, que por suerte, al saber que él no estaría en Marbella, había decidido quedarse en Málaga, así que no tardaría mucho en estar en la estación. Santi buscó en Google la dirección del local al que no iba desde que aquella noche conoció a Rubén y se la envió.

Justo cuando guardaba el teléfono, la megafonía anunció que estaban llegando a destino, así que se levantó de su asiento, cogió su mochila y se dirigió a la puerta del tren.

Bajó y se dirigió al *hall* de la estación, que era donde Ahmed le había dicho que lo recogería Ibrahim, y se sentó a esperar mientras escuchaba un audiolibro. No tenía ni idea de cómo reconocería al hombre de confianza de su amigo, pero dedujo que sería él quien lo hiciera, ya que si le había dicho que le parecía atractivo, probablemente se cruzaran cuando estuvo en Dubái.

Llevaba diez minutos esperando cuando un hombre de metro noventa, vestido con vaqueros negros rajados y una camiseta de Guns N’Roses se plantó delante de él, haciendo que elevara la vista.

—Soy Ibrahim.

Santi no podía creer lo que veían sus ojos. Esperaba que estuviera vestido como Ahmed, no así, y eso le generó dudas de si aquello era una broma, aunque su acento no engañaba.

—Hola. Yo soy Santi, pero… —Lo miró de arriba abajo.

—No estoy en Dubái, no comulgo con mi religión ni con mis costumbres, así que cuando vengo a España, paso por uno más. ¿Nos vamos?

—Sí, claro.

—Ahmed me ha pedido que te aloje en la *suite* que tiene reservada para nosotros, hay dos habitaciones, así que no habrá problema por eso. ¿Tienes hambre?

—Sí, un poco.

—Vamos al Pimpi, siempre como allí cuando vengo, espero que haya alguna mesa libre.

Salieron de la estación, fueron hasta el *parking* y se subieron al coche de Ibrahim, que, como era de esperar, era de alta gama. Este le abrió la puerta de detrás del copiloto, pero Santi pasó de largo.

—Estamos en España, yo no soy tu jefe y tú no eres un taxista.

Ibrahim sonrió con su comentario, Ahmed tenía razón al decirle que era muy divertido, y aunque Santi le había caído mal desde el primer momento porque compartía con su jefe lo que quería solo para él, tenía que reconocer que el chico no tenía culpa y que entendía por qué había caído rendido, porque estaba bastante bueno y parecía muy ocurrente.

Hicieron el trayecto en silencio y aparcaron en un *parking* cercano. La zona estaba muy

concurrida a esa hora de la noche, casi en su totalidad de turistas.

Santi jamás había estado en el sitio al que lo había llevado Ibrahim, y le pareció de lo más pintoresco.

Los sentaron en una mesa en la terraza, y Santi lo agradeció. A pesar de estar a principios de octubre, el calor era asfixiante, y allí corría una brisa de lo más apetecible.

Miraron la carta, y pidieron varias raciones para compartir. Hablaron de ellos, de quiénes eran, hasta que Santi sacó a Ahmed en la conversación, y vio cómo el hombre que tenía delante de él se removía inquieto.

—¿Estás enamorado de él? —soltó a bocajarro, consiguiendo que Ibrahim se atorara con el trozo de choco frito que comía en ese momento—. Joder, respira, que vas a ahogarte —le pidió al tiempo que le daba un vaso con agua.

—Ya estoy bien —dijo Ibrahim después de dar un trago.

—Disculpa, no me di cuenta de que estabas tragando antes de preguntar.

—Sí, estoy enamorado de Ahmed, pero él…

—Juraría que él también siente algo por cómo me habló de ti hace un rato, aunque no podré estar seguro hasta que lo vea mañana.

—No va a dejar su vida de lado. Por mucho que haga cosas que se salen de lo establecido, jamás incumpliría otras normas, y es algo necesario para poder estar juntos libremente.

—No lo entiendo. Es abogado, podría trabajar, vivir donde quisiera y ser feliz.

—¿Acaso crees que no se lo he propuesto? Le dije que desapareciéramos, incluso busqué la forma de hacernos pasar por muertos, conseguir una nueva identidad y vivir aquí, en España… Pero no quiso, su deber estaba por encima de todo, y yo no estoy dispuesto a estar a su sombra.

—¿De qué hablas?

—Me han ofrecido trabajo en Madrid, como jefe de seguridad en una empresa. El lunes tengo una entrevista, es de un amigo con el que estudié. Es probable que no vuelva a Dubái nunca más.

Santi se quedó perplejo ante aquellas palabras, y tuvo claro que hablaría muy seriamente con Ahmed cuando se vieran al día siguiente. No sabía qué era exactamente lo que sentía su amigo por Ibrahim, pero si estaba enamorado, sabía que esa noticia lo destrozaría, y no se lo merecía cuando estaba seguro de que la posibilidad de ser feliz dependía exclusivamente de él mismo.

22

Ahmed llegó al local que le había recomendado Santi después de pasar por el hotel y darse una ducha rápida. Si bien era cierto que estaba cansado, salir y disfrutar sin tener que esconderse le apetecía demasiado. Allí nadie lo conocía, y no debía preocuparse porque alguien lo reconociera.

El ambiente era bueno, muy bueno. Fue a la barra, pidió un *bourbon*, y cuando el camarero le preguntó si quería alguna marca en especial, el hombre que estaba sentado a su lado se encargó de aconsejarle.

—El Blanton's es el mejor que tienen. Si te gusta el buen *bourbon*, no dudes en pedirlo —le explicó, blandiendo su vaso al tiempo que hacía tintinear los hielos.

—Pues que sean dos —dijo Ahmed al ver que la copa de su compañero de barra estaba vacía.

—Nunca te había visto por aquí.

—Estoy de paso, me lo recomendó un amigo.

—Rubén —extendió la mano a modo de presentación.

—Ahmed —respondió el otro estrechándola.

Rubén se quedó mirándolo. Si no supiera que Santi estaba en Málaga con su amiguito de Dubái, hubiera pensado que era el hombre que tenía delante.

Santi… Él era el único motivo por el que se encontraba allí, por un ataque de cuernos de campeonato. Sí, había aceptado que tuvieran una relación abierta, pero no podía controlar las ganas de estrangular a todo el que se le acercara, se lo comían los celos, y fue el despecho el que lo impulsó a salir esa noche.

—Pues sí que es bueno… No lo había probado nunca, en Salamanca nunca me lo ofrecieron.

—¿Vives en Salamanca?

—No, estudié Derecho allí.

—Un abogado… Siempre es bueno tener uno cerca… —le guiñó Rubén un ojo y alzó el vaso para brindar, a lo que Ahmed correspondió. Ese hombre exudaba sensualidad por todos los poros de su piel, seguridad y era guapo a rabiar.

—Y… ¿cómo de cerca te gustaría tener a este abogado? —preguntó Ahmed, mordiéndose el labio inferior y provocando que la mirada de Rubén se posara en ese lugar.

Rubén le hizo un gesto con el dedo para que acercara su cara a la suya, como si fuera a contarle un secreto. Siempre había sido un tío directo en cuanto al sexo, y esa vez no iba a ser menos.

Se acercó a su oído y le susurró.

—Con mi lengua enredada con la tuya y mi polla dentro de tu culo. ¿Te parece lo suficientemente cerca?

—Me parece una distancia perfecta. ¿En el baño, o en mi hotel?

—Si no tienes nada mejor que hacer esta noche, en tu hotel. Podemos divertirnos mucho más que un simple polvo en el baño de un *pub*.

Ambos se terminaron la copa de un trago y salieron del local para subirse a un taxi. Ahmed le dio la dirección al conductor y no tardaron más de diez minutos en llegar a su destino.

Entraron en el hotel, subieron en el ascensor, fueron hasta habitación, y una vez cerraron la puerta, el deseo tomó el control de la situación.

Las ropas volaron mientras se devoraban la boca y Ahmed tiró de Rubén hacia la cama, aunque este frenó un momento, cogió la cartera del pantalón y sacó un par de condones.

—Déjalos ahí…

—No follo sin condón —lo cortó Rubén, aunque eso no era del todo cierto, porque con Santi sí que lo había hecho.

—Ni yo, pero tengo una caja en la maleta.

Rubén sonrió y soltó la cartera en el escritorio que había en el dormitorio mientras Ahmed abría la maleta y sacaba la caja y un bote de lubricante.

—Veo que venías preparado —lo atrajo Rubén posando las manos en su culo y atrayéndolo hacia él, provocando que sus erecciones se rozaran.

Cuando Rubén comenzó a masturbarlo, no pudo evitar pensar que aquello debería estar sucediendo con Santi, aunque ese pensamiento le duró unos segundos, porque lo que su corazón realmente deseaba era que fuera Ibrahim quien estuviera con él en esa situación, y tampoco se le caía de la cabeza que el lunes iría a Madrid. No le había dicho para qué, pero fue su prometida quien lo puso al tanto del motivo.

Se obligó a dejar de pensar en el hombre al que amaba y con el que nunca podría ser feliz. Ahora tenía delante a otro que prometía hacerle pasar una noche en la que olvidarse de todo, y si no se concentraba en lo que estaba haciendo, estaba seguro de que no conseguiría disfrutar de él.

Ahmed le devolvió el gesto y comenzó a masturbarlo también al tiempo que se devoraban la boca.

—Si sigues tocándome así, voy a correrme antes de metértela —le susurró Rubén entre besos.

—Estás muy excitado, vas a correrte nada más entrar en mí. Hazlo ahora en mi mano, ya habrá tiempo para eso después.

Rubén asintió y se empleó a fondo. Los dos estaban a punto de correrse, y lo hicieron a la vez, aunque pronunciando un nombre que nada tenía que ver con el otro.

—Ibrahim…

—Santi…

—¿Ibrahim? —preguntó Rubén.

—¿Santi? —replicó Ahmed—. ¿Has dicho Santi?

—Lo siento, joder… Pero tú también has dicho otro nombre, y no me digas que es el mío en árabe porque sé que no es así.

—No, no, si no es por eso.. Es que…

—¿Qué sucede? —quiso saber Rubén.

—Que se suponía que en tu lugar debería haber un amigo que tiene ese mismo nombre.

—¿Cómo? —Rubén no salía de su asombro. Todo encajaba, o casi todo, porque no sabía qué hacía ese hombre allí cuando se suponía que debía estar en Málaga con Santi.

—Ha sido mala suerte. Debíamos encontrarnos mañana, pero yo decidí darle una sorpresa y venir hoy a Cádiz, y él pensó lo mismo, así que ahora mismo está en…

—Málaga —terminó la frase Rubén.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo conozco muy bien, pero que muy bien —confesó Rubén, sentándose en la cama, apoyando los codos en las rodillas y llevándose las manos a la cara.

—No puede ser… —soltó Ahmed al verlo de esa guisa. No necesitó más datos que su expresión corporal para darse cuenta de que el destino podía ser muy puñetero cuando se lo proponía, no le cabía duda de que ese era el Rubén por el que Santi suspiraba, aunque se negara a reconocer que le gustaba más que para follar como un loco—. Tú… Joder… ¿Eres el profesor de Santi?

—Y tú eres de Dubái, ¿cierto? —preguntó Rubén mientras asentía, dando confirmación a su pregunta.

—Ese soy yo —respondió al tiempo que se sentaba a su lado en la cama.

Los dos se miraron y arrancaron a reír. No podían creer que sucediera aquella casualidad. Pero allí estaban.

—¿Quién es Ibrahim? —se interesó Rubén.

—Es largo de contar… —suspiró Ahmed tumbado en la cama.

—Se me da bien escuchar, y no sé si después de lo que acabamos de descubrir, seremos capaces de…

—Es el amor de mi vida, y con el que sé que nunca podré ser feliz.

Rubén se tumbó a su lado y le tomó la mano, alentándolo a desahogarse. Si bien no creía que Santi fuera el amor de su vida, lo entendía. No tenía claro que pudieran tener una relación duradera, por mucho que se gustaran, por mucho que su corazón pensara que sí; eran demasiado diferentes, y no sabía si estaba dispuesto a cambiar la vida que llevaba en Londres antes de conocerlo. Aunque imaginar que no podría volver a disfrutar de su humor, de su sonrisa y de su cuerpo le provocaba que un pellizco se le instalara en la boca del estómago, y eso era algo que no debía ser nada bueno.

23

La boca Ibrahim se le antojaba a Santi algo perfecto para un buen despertar. Enredó los dedos en su pelo mientras tragaba su erección con ansias. Creyó correrse cuando los dos dedos que tenía encajados en su culo se movieron con maestría.

—Fóllame —le pidió Santi al tiempo que abría el sobrecito de un condón.

Ibrahim abandonó la erección de Santi, sacó los dedos de su interior y tardó muy poco en penetrarlo de una sola embestida tras verter algo de lubricante entre sus nalgas. Después de una noche en la que no faltó el sexo, estaba más que listo para recibirlo.

Santi gimió de gusto. A pesar de que la primera vez que se la metió esa noche le dolió, una vez se hubo hecho al grosor de la polla de Ibrahim, que era bastante gorda, todo fue placer. Lo único que enturbiaba lo que vivían era que ambos deseaban que con quien estaban disfrutando fuera otra persona.

Una vez alcanzaron el orgasmo, quedaron tumbados el uno al lado del otro y estuvieron en silencio hasta que sus respiraciones se normalizaron. Fue entonces cuando Santi miró el móvil y vio que eran las siete y media de la mañana.

—Debería ser delito despertar a alguien un sábado a esta hora, aunque sea con un gran polvo.

—Tenemos que irnos temprano para Cádiz. Ahmed está esperándote —replicó Ibrahim con tono seco.

—Ya te lo dije anoche, entre Ahmed y yo no va a pasar nada este fin de semana. No soy tan cabrón como para permitir que me dejes allí sabiendo que vamos a pasar estos dos días en la cama.

—Es lo mejor, Santi. Una bofetada de realidad que me ayudará a olvidarlo más fácilmente.

—Mírame. —Ibrahim se giró para hacerlo—. Ya has decidido que no vas a volver a Dubái, creo que os merecéis una despedida donde podáis cerrar el círculo.

—Él no va a querer, era contigo con quien quería pasar estos días.

—Ya lo veremos… Tengo un gran poder de persuasión —le guiñó un ojo y lanzó una sonrisa canalla.

Ambos se levantaron de la cama, se dieron una ducha por separado, se vistieron y salieron del hotel después de desayunar cuando aún no eran las nueve de la mañana.

En el camino, hablaron de todo, se conocieron un poco más. Ibrahim le contó cómo surgió todo entre ellos, cómo había amado en silencio a Ahmed desde que aceptó que le gustaban los hombres y que estaba enamorado de su mejor amigo.

—Imagina mi cara cuando lo vi en el *pub* que me habían recomendado para ir a ligar bailando de una forma nada apropiada para dos chicos con un mulato.

—Lo que imagino es la cara de él cuando te vio allí, seguro que tuvo varios microinfartos. Con lo recto que es…

—Su tono moreno de piel se tornó blanquecino y se echó a temblar. Más aún cuando lo cogí de la mano y lo llevé a los servicios… Mi familia siempre ha estado vinculada a la Guardia de la Moral.

—Joooder… Yo hubiera muerto en ese mismo instante.

—Lo metí en uno de los baños y le pregunté directamente si era gay. Él apenas podía hablar, y no lo aguanté más. Me lancé a devorar su boca. Al principio, se resistió, incluso creí que la había cagado y que realmente solo había ido a tomar una copa, así que me separé de él nervioso.

Pero entonces él tiró de mí y me besó con ansias. Después lo arrastré hasta mi habitación en la residencia y no salimos de allí en todo el fin de semana.

—¡Vaya historia!

—Una gran historia que nunca tendrá un final feliz. Esto es la vida real, no una de esas novelas románticas que me gusta leer.

—¿Lees novela romántica? Jamás lo hubiera imaginado.

—Oh, sí, me encanta. Ahora estoy con la serie Unicornios de una chica de tu tierra, se llama Noni García, lo que he reído y llorado con Alejandro y Sergio no tiene precio, y cuando llegaste, acababa de empezar el segundo, pensaba pasarme la noche leyendo, pero alguien me ha entretenido —le confesó con una sonrisa pícara—. Bueno, ahora es tu turno, cuéntame tu historia con tu profesor.

Santi le narró cómo se conocieron y lo que supuso que volvieran a encontrarse en la universidad unos días después. También que no habían podido resistirse a estar juntos, que sabía que estaba enamorándose de él y su propuesta de una relación abierta que había aceptado, pero con la que no terminaba de estar de acuerdo. Sí, lo vivido esa noche estuvo bien, aunque en todo momento deseó que fuera con él con quien compartiera cada orgasmo.

—De locos, ¿verdad? —continuó Santi con un deje de amargura en su voz.

—Te entiendo mejor de lo que piensas, para mí tampoco es fácil verlo con otros hombres. En su intento por negarse a sí mismo que me quiere, no duda en dejarme ver cuando está con otros hombres, y eso es lo que me ha llevado a tomar la decisión de poner distancia, me duele demasiado…

—No esperaba que Ahmed fuera tan cabrón —espetó enfadado Santi.

—Él no era así, pero la lucha interna que batalla por ser quién es y su sexualidad lo hace ser alguien que no es. ¿Sabes una cosa?, fui yo quien os llevó la cena aquella noche en el hotel.

—¿En serio? —Santi no salía de su asombro—. Me dijo que la traería alguien de su confianza, pero esto… Te juro que ahora mismo lo estoy odiando mucho.

—No lo hagas, solo está confundido, pero es una buena persona. Solo espero que algún día se dé cuenta de que no puede luchar contra sí mismo y deje de hacer el imbécil, aunque no seré quien esté ahí para darle soporte.

—Es lógico después de lo que me has contado.

—Lo nuestro es una relación tóxica, han pasado demasiadas cosas para que podamos superarlas y ser felices juntos.

Siguieron hablando de todo un poco, conociéndose algo mejor. No tenían casi nada en común, excepto que los dos eran amantes de la lectura y la música española de los ochenta.

Llegaron a Cádiz y Santi le dio las indicaciones para llegar hasta el hotel donde estaba alojado Ahmed. Ahí se separarían. Él volvería a su casa y esperaba que Ibrahim pasara el fin de semana con quien se suponía que iba a hacerlo él.

Consiguieron aparcar cerca e hicieron el trayecto hasta su destino andando. Santi le fue contando la historia de las cosas que iban encontrándose por el camino; si algo tenía Cádiz era riqueza cultural, y el casco histórico era un manantial de cultura.

Giraron la calle que los llevaría hasta el hotel, y Santi creyó morir cuando vio la escena que se estaba desarrollando delante de sus narices.

—Rubén —susurró Santi sin dar crédito.

—¿Rubén? ¿Dónde?

—Ahí, comiéndole la boca al dueño de tus desvelos.

Ibrahim dirigió la mirada hacia donde lo hacía Santi, y los vio a ambos abrazados y dándose un morreo de campeonato. Una vez más, Ahmed había conseguido que un puñal se le clavara en el corazón, y supo por la expresión de Santi que estaba sintiendo lo mismo que él.

24

Cuando Santi consiguió salir del *shock* en el que se había sumido al ver la escena, echó a andar junto a Ibrahim. Seguía sin entender lo que pasaba, aunque suponía que ambos habían ido al club la noche anterior y se encontraron allí.

—Buenos días… —consiguió decir cuando llegó hasta ellos, y vio cómo Rubén se separaba de golpe de Ahmed y su postura corporal se volvía rígida.

—Ho-hola… —respondió Rubén, acercándose a él para darle un beso en los labios, pero Santi le hizo la cobra y acabó en su mejilla—. Santi…

—Ahora no, ¿vale?

Santi se dirigió a Ahmed y le dio un abrazo ante la atenta mirada de Ibrahim. Por supuesto, por respeto a él, no lo besó en los labios, porque acababa de descubrir lo que podía llegar a doler ver a la persona que quieres besándose con alguien que no fuera uno mismo.

—¿Podemos hablar un momento? —le pidió apartándolos de Rubén e Ibrahim.

—¿Qué sucede? —le preguntó Ahmed—. Te ha molestado que Rubén y yo hayamos pasado la noche juntos, ¿verdad? Te prometo que al principio yo no sabía…

—Tranquilo. No es de eso de lo que quería hablar contigo. Se supone que tenemos una relación abierta —dijo con un toque de amargura en su voz—, aunque… En fin, que no es eso lo que quería decirte.

—¿Entonces?

—No vamos a pasar el fin de semana juntos —sentenció sin más preámbulos.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Sabes que Ibrahim tiene una entrevista de trabajo el lunes en Madrid?

—¡¿Qué?! —exclamó incrédulo Ahmed.

—Si no haces algo ya, vas a perderlo para siempre. Esta noche hemos hablado mucho, me ha contado vuestra historia, y aunque te aprecio, déjame decirte que eres un cabrón de la hostia. No se merece el maltrato psicológico al que lo has sometido, por más que él te excuse con que tu posición social no es fácil…

—¡Joder! Él sabía desde el principio que lo nuestro no era posible por mucho que nos queramos… Yo también he conversado esta noche con Rubén de todo lo que habíamos pasado juntos, y esperaba llegar a Dubái para decirle…

—¿Qué querías decirle? Porque si no es que vas a romper con todo y vivir vuestro amor sin miedo, puedo asegurarte que no habrá posibilidad entre vosotros.

—Eso jamás podrá suceder, Santi. Pero mi intención era que cuando me case y venga a vivir a España, podamos estar juntos, tener una relación…

—Ahmed, Ibrahim no se merece ser el segundo plato de nadie, por mucho que entre Malak y tú no haya una relación real. Además, por lo poco que lo he conocido en unas horas, es un hombre increíble que no se merece eso.

—¡Mierda!

—¿Puedo darte un consejo? —Ahmed asintió—. Si no estás dispuesto a todo con él, cerrad vuestra historia de una vez, tenéis una relación tóxica que solo seguirá haciéndoos daño y no os permitirá ser felices nunca.

—Pero ¿cómo voy a vivir sin él? —jadeó Ahmed, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir.

—Pasad el fin de semana juntos, hablad, y si no vais a conseguir ser felices, despedíos para siempre.

Se quedaron en silencio durante unos segundos. Santi le dio tiempo para procesar todo lo que habían hablado, y se dio cuenta de que la situación de Ibrahim no era tan distinta a la suya. Estaba aceptando algo que no quería, con lo que no se sentía a gusto, que pensó que podría controlar, pero que al ver a Rubén con otro, se dio cuenta de que jamás sería así.

Ahmed le dio las gracias por sus consejos y se despidieron con un abrazo antes de volver a dónde se encontraban Ibrahim y Rubén. Santi los vio entrar en el hotel y fue entonces cuando dedicó su atención al culpable de esa presión que sentía en el pecho.

—¿Desayunamos?

—Ya lo he hecho en Málaga y hemos parado en el camino a tomar algo también.

—Vale… Estás molesto conmigo por pasar la noche con Ahmed.

—No, es solo que estoy cansado —se excusó.

—No me mientas, Santi, me hiciste una cobra cuando llegaste.

—Estabas comiéndote los morros con otro que no era yo, disculpa si no me hacía gracia saborearlo en tu boca —espetó sin poder contenerse, y Rubén dejó ir un suspiro al ser consciente de que tenía razón.

—Lo siento… No caí en la cuenta de eso. Es que estás tan increíblemente guapo hoy que no pude resistirme —le confesó, tirando de él hacia uno de los callejones por los que pasaban en ese momento y que les daba privacidad—. ¿Qué te parece si voy a casa, me doy una ducha, me lavo los dientes —le sonrió canalla— y después voy a la tuya para pasar el fin de semana juntos? —le preguntó mientras le acariciaba una mejilla con una mano y con la otra lo agarraba por la cintura para pegarlo a su cuerpo y que sintiera cómo reaccionaba a él.

Santi lo miró a los ojos y estuvo a punto de aceptar su proposición, pero la imagen de Rubén y Ahmed besándose llegó hasta su mente como un rayo, y también la certeza de todo lo que habría pasado entre ellos esa noche, que sería lo mismo que sucedió entre Ibrahim y él.

—No puedo seguir con esto, Rubén —le dijo, negando con la cabeza y separándose de él.

—¿De qué hablas, Santi?

—No soy capaz de mantener una relación como la que tú quieres.

—Pero…

—Sí, sé que te dije que sí, pero no puedo, es superior a mí. Me mata saber que puedes estar dándole a otro lo que solo quiero que me corresponda a mí, y me siento mal al follar con alguien anhelando que seas tú. No, no, no… —se llevó las manos a la cara incapaz de contener el llanto.

—Joder… Yo… no puedo darte otra cosa en este momento, Santi —soltó Rubén, maldiciéndose por dentro por no querer reconocer que también lo quería todo con él, que esa noche le había sucedido con Ahmed lo que le acababa de confesar, porque cada orgasmo que tuvo llegó con su preciosa cara de niño bueno en su pensamiento.

—Y esto no es lo que yo necesito ahora ni lo que quiero en mi vida. Lo siento, Rubén, te juro que lo he intentado, que pensé que podría llevarlo bien, pero a la vista está que no puedo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con un dolor no físico en el corazón que amenazaba con partirlo en dos.

—Que si no es solo un tú y yo, es mejor que cada uno siga su camino.

Rubén se quedó petrificado ante lo que le acababa de soltar Santi. Jamás pensó que él, que fue el que siempre luchó para que estuvieran juntos, en ese momento estuviera poniendo fin a lo que había entre ellos.

—¿Estás terminando conmigo? —inquirió incrédulo, necesitaba una confirmación de que era exactamente eso lo que estaba sucediendo.

—Eso va a depender de ti. Piensa en lo que te he dicho y decide si lo que sientes por mí es suficiente para quererlo todo conmigo, porque yo he dejado claro que sí lo quiero todo contigo.

Santi se alejó de Rubén, se dio la vuelta y comenzó a andar con las lágrimas cayendo sin control por sus mejillas, sabiendo que la probabilidad de que todo hubiera acabado entre ellos rozaba el cien por cien.

25

Rubén llegó a su casa cuando el reloj marcaba las siete de la tarde. Después de la conversación con Santi, sintió la necesidad más absoluta de ir a la playa, eso era algo que siempre le daba paz, que le permitía despejar la mente y pensar con claridad… O así había sido hasta ese momento, porque regresaba sin saber qué demonios hacer con él.

—¡Maldito niñato! Va a volverme completamente loco.

Y lo que más le jodía era que tenía razón en lo que le dijo, tampoco soportaba saber que podía estar disfrutando con otro hombre lo que realmente quería que gozara solo él, y también en que su mente lo buscaba para alcanzar el orgasmo cuando estaba con otra persona.

Pensó en ir a buscarlo y decirle que le pasaba lo mismo, pero algo le impedía hacerlo, y aunque seguía con las mismas dudas de cuando llegó a la playa, porque su corazón y su mente seguían batallando, tenía claro qué era lo que no le permitía dar el paso; la relación tóxica con su ex no le dejaba avanzar, por mucho que pensara que lo había superado, veía en todos los hombres que se le acercaban el miedo a no ser suficiente. Y con Santi había un añadido; era joven, mucho más joven que él, y la probabilidad de enamorarse y que le diera la patada cuando estuviera en la flor de su vida era muy alta.

Entró en el piso de su hermana y la encontró viendo una película con Celia. Eso le hizo sonreír por primera vez en horas. Su familia siempre había sido un salvavidas en mitad de la tormenta.

—¿Qué estáis viendo?

—Pero si está aquí el hermano pródigo… Pensé que ya no venías hasta mañana.

—Me hubiera gustado, no voy a negártelo, pero va a ser que no —intentó sonreír de nuevo, pero no lo consiguió, y Aitana se dio cuenta de que algo le sucedía.

Se levantó del sofá y tiró de él hacia la cocina. Rubén pensó en resistirse, lo que menos le apetecía era hablar de lo ocurrido, pero sabía que ella no pararía hasta que le contara todo.

—¿Qué te pasa?

—Hemos terminado —soltó sin más preámbulos.

—¿Cómo que habéis terminado? No puede ser, tus ojos me gritaban que ese chico te gustaba de verdad cuando me lo contaste…

—Me ha dejado él.

—Me cago en la puta —espetó Aitana.

—Mamá, has dicho una *palabota*, tienes que *echá* un *eudo* en la hucha de los tacos —dijo Celia, que los había seguido, aunque ninguno de los dos se hubiera dado cuenta de ello—. Tito, ¿sabes lo que dice la abuela de mi amigo Gabriel?

—¿Quién es ese tal Gabriel? ¿Tengo que ponerme celoso? —le preguntó Rubén, cogiéndola en brazos, sorprendido de que por primera vez la niña hubiera dicho bien una erre.

—El niño autista con el que juego en el *paque* los sábados *pod* la *tade*. Bueno, hoy no porque *celebaban* el cumple de su mamá, *pedo* los demás sábados sí.

A Rubén no le pasó desapercibido que su sobrina hubiera mencionado el autismo, aunque no dijo nada al ver que lo hacía con total naturalidad.

—Cuéntame, ¿qué dice la abuela de Gabriel?

—Que los novios son como los mocos, se van unos y vienen *otos*.

Rubén no pudo reprimir la carcajada. Sin lugar a dudas, su sobrina le había dado el consejo más sabio que hubiera recibido nunca, y por ello se la comió a besos y comenzó una batalla de cosquillas que se vio interrumpida por el sonido del móvil de Aitana.

—Hola, Mara… No, ya le dije a Virginia que esta noche no podía salir, no tenía con quién dejar a la niña… Sí, una lástima, pero a la siguiente me apunto, no te quepa duda… Venga, nos vemos el lunes en la bodega. ¡Pasadlo bien!

Aitana colgó y dejó el teléfono sobre la encimera de la cocina. Miró a su hija y a su hermano, que tenía las cejas alzadas de forma interrogante.

—¿Cómo que no tienes con quién dejar a Celia? ¿No confías en mis habilidades como tío responsable? —preguntó con un falsa indignación en la voz.

—No es eso, y lo sabes —se rio Aitana—. Es solo que no llegabas y pensé que pasarías el fin de semana fuera.

—Ahora estoy aquí.

—Pero me da que me necesitas más que mis compañeras de trabajo.

—¿A ti? ¡Qué va! Tengo aquí a la mejor consejera del mundo. ¿Tú qué dices? ¿Quieres pasar la noche comiendo *pizza*, helado y golosinas mientras mamá sale con sus amigas?

—Síií —gritó la niña, abrazándose con fuerza al cuello de Rubén.

—Ya la has escuchado. Llama a esa tal Mara y dile que vas a salir con ellas.

—Pero… —intentó protestar Aitana.

—Estoy bien, Nana, y no tengo ganas de hablar del tema, ¿vale?

—De acuerdo, Nuné —cedió al fin, y una sonrisa sincera se formó en su boca al darse cuenta de que se habían llamado como cuando eran unos críos y su hermana no sabía hablar bien; en eso, su hija había salido a ella.

Aitana cogió el teléfono y fue corriendo hasta su dormitorio. Mientras miraba el armario en busca de lo que iba a ponerse, llamó a Mara para decirle que finalmente iría a cenar con ellas y después a tomarse una copa, que se verían en el restaurante y que si llegaba un poco tarde era por el poco margen de tiempo que tenía para prepararse.

No le hacía gracia dejar a su hermano solo, sabía que le había afectado que la relación con Santiago terminara, lo conocía demasiado bien. Por más que él intentara hacerle ver que no pasaba nada, sabía que le dolía más de lo que quería admitir. Pero también entendía que necesitaba su tiempo antes de hablar. Y, siendo sincera consigo misma, le apetecía muchísimo salir con sus compañeras, con las que no compartía un rato fuera de la bodega desde que se vio sola en el mundo con una niña pequeña.

26

Se dio una ducha rápida y pensó en alisarse el pelo con la plancha, pero eso le llevaría más tiempo, así que no dudó en coger el bote de espuma, enchufarle el difusor al secador y dejar que sus rizos tomaran forma.

Por suerte, nunca le había gustado maquillarse en exceso, ese tiempo que se ahorraba, y cinco minutos antes de la hora acordada, ya estaba en la puerta de La Mafia, el restaurante italiano que tanto le gustaba.

La cena transcurrió entre risas y anécdotas de maridos, exnovios y parejas a lo largo de sus vidas, y Aitana se dio cuenta de que lo mejor que le podía haber pasado era que el malnacido de su ex se hubiera marchado, porque era incapaz de recordar algo divertido que le hubiera sucedido a su lado.

Salieron del restaurante y fueron hasta un *pub* que habían abierto nuevo. Era impresionante, tanto las estructuras como la decoración estaban ambientadas en la Antigua Roma, y, aunque no veía demasiado bien, casi tuvo un orgasmo al llegar a un rincón dedicado a Baco, el dios romano del vino.

Mara se acercó a ella, que no conseguía despegarse del lugar, y le tendió una copa de cóctel. Ella le dio un sorbo y pudo distinguir perfectamente los matices del *bourbon*, el *vermouth*, el oloroso y también un toque de angostura.

—¿Cómo se llama esta delicia? —preguntó, girándose hacia su amiga, pero esta ya no estaba, sino que tenía a su lado a un hombre que sabía que conocía, aunque no lograba situarlo.

—Manhattan Sherry. Delicioso, ¿verdad?

—Es increíble…

—La versión jerezana del original Manhattan.

—Nos conocemos de algo, ¿no?

—No me puedo creer que ya no te acuerdes de mí…

—A ver, esta no es la mejor iluminación y he perdido una lentilla, por lo que he tenido que quitarme la otra para no ir como si estuviera borracha por la vida, así que no veo un pimiento.

—¿Y las gafas que siempre solías llevar en el bolso? —consiguió preguntar el hombre después de soltar una carcajada.

—Pues sí que me conoces bien… Me quedan horrendas, no pienso…

—Anda, póntelas un momento, a ver si así recuerdas quién soy.

Aitana no estaba muy convencida de hacerlo, pero le daba la impresión de que si no se las ponía, ese hombre no le diría quién era, y su vena cotilla era superior a su «antes muerta que sencilla».

Rebuscó en el bolso, las sacó de la funda, las limpió y se las colocó para mirar a la persona misteriosa que no le decía su identidad.

—¡León! —exclamó justo antes de soltar la copa y darle un abrazo—. Madre mía, ¡cuánto tiempo!

—Y tanto… La última vez que nos vimos estabas embarazadísima de una niña.

—Cinco años tiene ya la personita que habitaba mi barriga. ¡Qué casualidad! No esperaba encontrarte aquí.

—Bueno, la verdad es que no suelo salir mucho, pero diseñé este local y los dueños quisieron que viniera a tomar algo con ellos hoy… Ya sabes, no se les puede decir que no a los clientes.

—Ahora entiendo esta maravilla. La pasión que Isabel y tú teníais por los vinos de esta tierra era increíble.

—Y yo la sigo teniendo, no hables en pasado.

—Disculpa, yo…

—Tranquila, conseguí superar su pérdida. Me costó mucho, pero lo conseguí.

Tras unos segundos de tensión, fue León quien lo rompió.

—En este sitio tienen unos cócteles espectaculares. Venga, os invito a ti y a tu marido a probarlos…

—¿Mi marido? Jaaa. Primero, he venido con mis compañeras de trabajo; segundo, nunca llegué a casarme, y tercero, el que supones mi marido está en Brasil desde hace algo más de un año, se fugó con una cría que apenas debe tener la mayoría de edad, dejándome aquí sola con mi hija.

—¡No jodas! Siento si te he incomodado, no tenía ni idea.

—No pasa nada. Cada día tengo más claro que es lo mejor que me pudo suceder. Venga, que quiero probar esos cócteles.

—Bueno, todos no, que terminarás arrastrándote por los suelos.

—Tienes razón, y mañana la resaca será de órdago y me costará la vida batallar con mi hija —dijo Aitana al tiempo que iba a quitarse las gafas.

—No te las quites, eres la única que se ve mal con ellas, porque te quedan rematadamente bien.

Como madre responsable que era, solo probó dos más de la extensa carta que tenía el *pub*, y eran las dos de la mañana cuando salían por la puerta riendo a carcajadas al recordar momentos que habían vivido juntos.

—Bueno, creo que ya no queda por aquí ninguna de mis compañeras, voy a tener que pedir un taxi para volver a casa.

—¿Un taxi? Vivo a un par de calles, yo te acerco.

—¿Cómo vas a mover el coche a estas horas con lo complicado que es aparcar aquí?

—Eso no es problema, tengo garaje.

—Pero no quiero molestarte…

—No es molestia. Venga, vamos, no pienso aceptar un no por respuesta.

—Pero me duelen los pies y…

—Agárrate a mí —le ofreció su brazo.

Anduvieron hasta el edificio parándose cada poco por las risas. Entraron y León maldijo porque no llevaba encima las llaves del coche.

—Tengo que subir a por las llaves. ¿Vienes o me esperas aquí? Puedes sentarte en esos butacones si te duelen mucho los pies.

—Mejor voy contigo, vaya a ser que aparezca algún vecino y piense que me he colado aquí para hacer algo malo.

León soltó una carcajada y la invitó a seguirlo hasta el ascensor. Una vez que las puertas de este se abrieron, le dio paso con un gesto caballeroso, y Aitana no se dio cuenta de que el suelo del habitáculo estaba un poco más elevado de la cuenta, por lo que trastabilló y pensó que el lunes tendría que ir al dentista por la piña que se iba a dar. Pero no fue así, se vio suspendida en mitad de este con un brazo fuerte rodeando su cintura.

León, que había visto lo que iba a suceder, la agarró para evitar el golpe, pegándola a él. Y el golpe se lo llevó él al aspirar el dulce aroma de su cuello, que ahora lo tenía a escasos

centímetros de su boca, mezclado con el olor de los cócteles que habían tomado juntos. Y no pudo evitar que cierta parte de su cuerpo reaccionara.

Aitana, al notarlo, no consiguió controlar un jadeo, algo que encendió la llama del deseo en León, que no dudó en girarla para tenerla de frente y lanzarse a devorar su boca.

A trompicones, llegaron al piso, entraron y él la dirigió, sin pararse a pensarlo, hacia su dormitorio. La dureza de su erección le daba esperanzas, jamás se le había puesto así con ninguna mujer desde que murió Isabel, desde entonces llevaba sin disfrutar del sexo en pareja, su mente no se lo permitía, pero estaba seguro de que con Aitana iba a ser diferente.

Las ropas volaron, y Aitana gimió cuando, entre besos, un dedo de León comenzó a jugar con su clítoris. Y allí, de pie, abrazada a él, perdida en sus labios, la alcanzó el orgasmo más brutal que había tenido en mucho tiempo.

Tiró de él hacia la cama, se tumbó y le pidió que él hiciera lo mismo sobre ella. León no dudó en frotar su erección por el sexo mojado de la mujer que tanto estaba haciéndole disfrutar, y buscó su abertura para juguetear, con un terrible miedo a que en cualquier momento su erección se bajara y no pudiera terminar.

—Dime que en esa mesilla hay condones, porque te necesito dentro de mí a la voz de ya.

—No… —La decepción se apoderó de Aitana, aunque no duró demasiado—. Ahí no, pero estamos de suerte. No suelo tener condones, los últimos se me caducaron, pero mi sobrino echó una caja por error en mi maleta en el último viaje.

Se levantó rápido, lo buscó en el armario, volvió a la cama y estaba a punto de rasgar el envoltorio cuando Aitana se lo quitó de la mano, se puso de rodillas delante de él, que también estaba en esa posición, y comenzó a masturbarlo, ya que había notado que su erección había menguado un poco, y lo quería al cien por cien dentro de ella.

—Para, Aitana, por Dios, vas a conseguir que me corra en tu mano.

Aitana abrió el condón, se lo puso, se tumbó en la cama y con una sonrisa canalla le hizo una señal con el dedo pidiéndole que se acercara a ella, invitándolo a perderse en su interior.

León la penetró lentamente, disfrutando del placer que le provocaba que lo acogiera, y respiró hondo para controlarse y no correrse en la primera embestida.

—No te contengas —le pidió Aitana.

—No voy a aguantar mucho, llevo demasiado tiempo sin follar.

—Córrete, yo ya lo he hecho en tu mano, y no pienso salir de aquí hasta que a esa caja le falten varios condones.

—Pero no quiero…

—Hazlo, por favor —le pidió Aitana, acariciándole la cara, siendo consciente de que probablemente no hubiera tenido sexo con otra mujer que no fuera Isabel, y de eso ya hacía demasiados años.

27

El lunes por la mañana llegó y Santi volvió a la universidad, aunque ese día sin Piluca, que tenía cita en el médico para recoger el resultado de las analíticas periódicas que le hacían cada año para controlar su celiaquía.

—Ya ha llegado —dijo en voz baja cuando vio aparcada la moto de Rubén—. Espero no encontrármelo hoy.

Entró en el edificio y fue directo a la cafetería. Desde que hablaran el sábado por la mañana, apenas había podido pegar ojo, habría dormido unas seis horas entre las dos noches, porque no conseguía dejar de pensar en él y en si había hecho lo correcto. Si bien no quería perderlo, tampoco podía aguantar lo que él quería.

Miró a su alrededor en busca de sus compañeras, aunque no estaban ninguna de las dos, pero sí Fabio, así que no dudó en acercarse a su mesa para desayunar con él.

—¿Puedo sentarme? —preguntó con el café en una mano y la tostada en otra.

—Claro que sí —respondió el joven, apartando los apuntes que tenía desperdigados por la mesa para hacerle hueco.

—¿Cómo llevas el inicio del curso?

—Bien. Un poco agobiado, esto no tiene nada que ver con el instituto, pero Piluca está ayudándome mucho.

—No tengo duda de ello, le encanta ayudar a quien lo necesite.

—Lo sé, siempre ha sido así… —Fabio paró de hablar en seco, había dicho más de lo que pretendía, y esperaba que Santiago pensara que lo sabía porque ella se lo hubiera contado.

Y así habría sido si no hubiera puesto cara de tierra trágame, cosa que hizo que sospechara que algo le estaba ocultando tanto a él como a Piluca.

—¿Qué nos estás ocultando, Fabio?

—Tengo que irme a clase… —dijo, comenzando a recoger todo lo que tenía sobre la mesa.

—Ni se te ocurra moverte de ahí hasta que me lo cuentes todo.

—Joder… Es algo que debería contarle primero a Piluca, es más, debería haberlo hecho ya, pero… no he podido. Nunca he encontrado el momento, ella es como un vendaval que arrasa con todo y he sido incapaz.

—A Piluca no le gustan las mentiras ni que le oculten cosas.

—Lo sé, pero…

—A ver, te tenía por un buen tipo, y a ella le gustas de verdad, así que no puedo consentir que le hagas daño. Espero que no estés metido en nada turbio ni seas un puto acosador, porque no seré yo el que te la dé mortal, sino ella. Es cinturón negro de…

—De kárate —terminó la frase Fabio por él—. Deporte que practica desde que era una niña. No, no soy nada de lo que has dicho… —dudó en si contárselo, pero pensó que quizá él pudiera aconsejarle cómo decírselo a Piluca—. Santiago, yo… yo soy el nieto de su Nana.

—¡Hostia puta! ¿Y cómo no se lo has dicho ya? Ella adoraba a esa mujer, sigue haciéndolo, y estoy seguro de que le hará mucha ilusión.

—Me hago una idea de que la sigue queriendo, todavía tiene su coche. Pero yo… yo era un tirillas, el niño que tenía que defender en los campamentos de verano, que usaba un aparato ortopédico para la espalda, bráquets y gafas… Y ya no hablemos de nuestra posición social. Ella sería la dama y yo el vagabundo, el nieto de una sirvienta.

—Bueno, con lo que acabas de decir, me dejas claro que no tienes ni idea de quién es la mujer con la que estás saliendo. A Piluca no le importa nada de eso.

—Ya, pero eso no significa que yo me sienta menos que ella. Cada día a su lado pienso que no estoy a su altura, que un día se dará cuenta y me apartará de su lado, que…

—Nada de eso va a pasar. Lo único por lo que lo haría sería porque le estás mintiendo, ocultándole que la conoces, que sabes quién es y lo estás omitiendo.

—Te juro que, a estas alturas, no sé cómo contárselo.

—Sé sincero con ella, exponle tus miedos, estoy seguro de que lo comprenderá y hasta se alegrará de tener a su lado una pequeña parte de su Nana, para ella era como una madre.

Los dos se quedaron en silencio unos segundos, hasta que se dieron cuenta de que ya era hora de entrar en clase.

—¿Me guardarás el secreto hasta que sea capaz de contárselo? —le pidió Fabio.

—Te doy una semana, no más. Si el lunes no se lo has contado, yo mismo me encargaré de hacerlo.

—Está bien. Tienes razón, yo debo quitarme ese peso de encima y ella tiene derecho a saberlo. Te prometo que se lo contaré antes del lunes.

—Anda, venga, termina el café o llegarás tarde a clase. Nos vemos luego.

Santi se levantó y dejó a Fabio recogiendo los libros o apuntes. Piluca iba a querer matarlo por no habérselo contado antes, pero también sabía que no le duraría mucho el enfado y que le encantaría poder compartir los momentos vividos con su Nana con él.

Anduvo el pasillo perdido en sus pensamientos camino del aula donde tenía clase, y por eso no vio al profesor despistado que venía de frente. El choque fue inevitable, y acabó dando con el trasero en el suelo.

—¿Estás bien?

—Deberías mirar por dónde… —la frase murió en sus labios cuando se dio cuenta de que quien le hablaba era Rubén, justo la persona a la que menos quería encontrarse, aunque supiera que no más tarde del miércoles lo haría.

—Disculpa, llevo dos días con la cabeza un poco perdida…

—Yo también iba despistado, no pasa nada.

Santi se levantó e hizo por reemprender la marcha, pero Rubén lo tomó del brazo haciendo que parara.

—Ahora tengo que dar una clase, pero después deberíamos hablar.

—Creo que no tenemos nada de lo que hablar, que tienes las cosas muy claras, o el sábado por la mañana me hubieras dicho un «sí, lo pensaré», o no haberme dejado marchar sin más.

—Santi, por favor…

—Si has tomado ya una decisión, vale, podemos tener esa conversación, pero si no es así…

Rubén soltó el agarre, Santi le sonrió con amargura y continuó su camino, sabiendo que debía empezar a hacer hasta lo imposible por sacarlo de su mente y, sobre todo, de su corazón.

28

El fin de semana llegó y con él la celebración del cumpleaños de Fabio. Piluca iba por su piso como las locas, habían quedado en cinco minutos y aún no estaba lista.

—Las llaves del piso. No encuentro las llaves del piso.

—Las tienes en la mano. Piluca, cálmate, por Dios, va a darte algo.

—¿Qué me falta…?

—Mírame. Nada, no te falta nada. Lo único que queda es que salgamos por esa puerta y bajemos a la calle.

—Los regalos…

—Los llevo yo.

—No, qué haces, déjalos ahí, pienso dárselos aquí cuando vengamos de vuelta —le dijo con picardía y una sonrisilla en los labios.

—Ay, Piluca, no lo presiones, lo mismo el chico aún no está preparado, o…

—¿O qué? —preguntó con suspicacia.

—O eres un vendaval y se siente cohibido, que no me negarás que es así —salió del paso para no contarle la verdad, le había prometido a Fabio que le daría hasta el lunes, y pensaba cumplir con el plazo.

—¿Crees que lo estoy atosigando? Si no le he insinuado nada desde que me lo confesó…

—Anda, venga, no le des más vueltas al tema; si tiene que ser, será.

—Y si no, tocará esperar un poco más y seguir dedicándole mis autoorgasmos. Creo que nunca había tenido que poner a cargar tantas veces el Satisfyer.

—Tía, eres tremenda —rio Santi.

—Vamos, que vas a decirme tú a mí que nunca te has pajeado pensando en Rubén, y no me digas que ya no, que estoy segura de que cuando te tocas, es en él en quien piensas, por mucho que quieras olvidar lo que habéis tenido.

Santi soltó un suspiro y caminó hacia la puerta. Piluca tenía razón, no podía dejar de pensar en él, pero se equivocaba con lo de las pajas, ni ganas tenía de tocarse desde la conversación de hacía una semana.

Llegaron al portal y Fabio ya estaba esperándolos. A Piluca se le iluminó la cara al verlo, cada día lo encontraba más guapo, y cada día era consciente de que no es que se estuviera enamorando, sino que ya estaba enamorada hasta los huesos del joven tímido que la había saludado con un suave beso en los labios.

—El taxi acaba de llegar. ¿Nos vamos? —interrumpió Santi el cruce de miradas en el que ambos estaban perdidos.

Santi se sentó delante y dejó a los dos tortolitos detrás. Le hacía gracia ver a Piluca tan tímida, tan comedida, cuando estaba cerca de Fabio, algo que nunca le había visto con ninguno de los chicos con los que había estado antes.

Llegaron a La Mafia, el restaurante en el que cenarían, y allí los esperaban sus amigas y un par de compañeros de clase de Fabio, con los que el chico había hecho buenas migas y que quisieron unirse a la celebración.

La cena transcurrió entre risas y brindis por el cumpleañero, y cuando terminaron, decidieron ir a tomar una copa al lugar que le había aconsejado León, en el que estuvo la semana anterior y en el que estaba seguro de que conoció a alguien, ya que su semblante se había vuelto más alegre

y risueño, y en más de una ocasión lo encontró sonriéndole al móvil. Se alegraba por él, era un hombre joven que se merecía rehacer su vida, y verlo tan contento hacía que sus penas fueran menos.

Como buenos estudiantes de Enología, disfrutaron como niños chicos probando varios de los cócteles, y llegó un momento en que estaban bailando y uno de los compañeros de Fabio se acercó a bailar con Santi, que pensó que el chico era bastante guapo y en otra ocasión no habría dudado en seguirle el juego y llevarlo al hotel más cercano para tener una buena sesión de sexo, pero eso era algo que no le apetecía nada.

No le dio pie a nada que no fuera bailar algunas canciones, y cuando vio que el joven intentaba entrarle, supo que era el momento de retirarse. Estaba allí por Piluca, ya había cumplido, y lo único que le apetecía era volver a casa para seguir lamiéndose las heridas.

—Piluca, yo me voy ya. No he dormido mucho últimamente y estoy agotado.

—Está bien, no te preocupes. ¿Comemos juntos mañana?

—Claro que sí, y así me cuentas cómo ha terminado la noche —le sonrió pícaro.

Piluca vio marchar a su amigo con una sonrisa triste. Se encontraba en un mar de indecisión, ya que por una parte le apetecía seguir con la fiesta, pero también era consciente de que su amigo estaba pasándolo mal y podría dejarlo llorar sobre su hombro mientras veían algún drama romántico en la tele.

—Si quieres irte… —le dijo Fabio, a quien Piluca había puesto al tanto de lo que le sucedía a Santi, previo permiso de este.

—No me permitiría acompañarlo, sabe que esta es tu noche.

—Ya, pero entiendo que está pasándolo mal y tú eres su gran apoyo. Además, yo también estoy algo cansado, no acostumbro a trasnochar, recuerda que acabo de cumplir la mayoría de edad.

—¿Quieres que nos vayamos ya? Vamos a hacer lo que tú digas, eres el que manda.

—No me importaría, y me queda algún regalo por abrir, y tengo curiosidad por saber de qué se trata.

—Cierto, mis regalos están en mi casa.

—No me refería a esos.

—¿Entonces? —preguntó Piluca sin entender.

—El único regalo que me interesa desenvolver esta noche en tu casa eres tú, aunque antes tengo algo que contarte.

La mente de Piluca obvió la última parte de lo que le había dicho, con la primera ya solo pudo pensar en tenerlo en posición horizontal en la cama y ella a horcajadas sobre él.

Tiró de él hasta donde estaban los demás, se despidieron y pidió un taxi para que los recogiera en la puerta. El vendaval Piluca se había activado y tuvo que respirar hondo para calmarse cuando entraron en su piso. Aunque no lo consiguió del todo, porque no dudó en besarlo como si fuera a acabarse el mundo.

—Espera, Piluca, te he dicho que primero tenía que contarte algo.

—No quiero escucharte, llevo semanas deseando que esto pase. Ya me lo contarás después.

—No… —dijo sin convencimiento alguno, ya que ella le había desabrochado el pantalón y comenzaba a masajearle la erección que llevaba acompañándolo toda la noche.

Piluca sacó la mano, tomó la de él y lo llevó hasta su dormitorio. Una vez allí, comenzó a desnudarse, y Fabio hizo lo mismo. Cuando los dos estuvieron desnudos, se tumbó en la cama, invitándolo a seguirla, y él no dudó en hacerlo, dejándose caer a su lado.

Estaba nervioso, y fue ella quien tomó el control de la situación. Se subió sobre él, lo besó, llevó las manos de Fabio a sus pechos y lo incitó a jugar con sus pezones al tiempo que se frotaba con su erección.

Buscó su orgasmo, sabía que él no duraría mucho dentro de ella, era su primera vez, y cuando estaba a punto de alcanzarlo, alzó las caderas, se posicionó y comenzó a dejarse caer hasta que lo tuvo por completo dentro de ella. Solo necesitó eso para correrse, y empezó a cabalgarlo hasta que notó los espasmos de él y se deleitó con el gemido de placer que brotó de su garganta.

Aguantó unos segundos en esa posición, para después alzarse y caer a su lado en la cama. Fabio la abrazó por la cintura y hundió la cara en su cuello para regalarle un beso.

—Siento que haya sido tan rápido.

—Mucho has durado para ser tu primera vez. ¿Estás bien?

—Creo que nunca he estado mejor… Joder, Piluca, ¡no hemos usado condón!

Piluca lo silenció con un beso, y después le acarició la cara antes de hablar.

—Era consciente de ello. Tomo la píldora y nunca lo he hecho sin protección con nadie, por lo que estoy sana, y dudo mucho que tú vayas a pegarme algo.

—Ya, pero…

—Era tu primera vez, nos merecíamos que fuera especial, y me gustas mucho, Fabio, tanto como para haberme saltado la norma del «no sin condón».

—Piluca, yo… Joder, debería habértelo contado antes de que lo hiciéramos.

—A ver, qué es eso tan importante que tenías que confesarme.

—Yo… soy el nieto de tu Nana. Sé que no debí ocultártelo, pero es que…

—Ya lo sabía.

—¿Cómo?

—¿Sabes?, veo sus fotos una vez en semana, y si el lunes no fui a la universidad, no fue porque tuviera médico, podría haber asistido a las tres primeras clases sin problema, sino porque estaba enfadada contigo.

—Piluca, lo siento…

—El domingo por la noche estuve viendo sus fotos, y aparecieron las de los campamentos. No solía mirarlas porque solo aparecía en un par de ellas conmigo y las pasé a la caja de los recuerdos, pero ese día lo hice…

—Y me viste…

—Y te vi —afirmó con la cabeza—. Y me enfadé muchísimo, tengo que reconocerlo. Pero el lunes por la tarde, cuando ya estaba más calmada, recordé todas y cada una de las veces que tuve que defenderte, y pude llegar a entender que no quisieras contármelo.

—¿Por qué?

—Porque estoy segura de que todo lo que pasaste de pequeño ha hecho de ti el hombre tímido y reservado que eres hoy. ¿Cómo podía enfadarme contigo? —confesó, con una lágrima cayéndole por la mejilla.

—Tenía miedo de no ser suficiente para ti, que recordaras que era ese niño que no era capaz de defenderse, al que siempre tenías que estar salvando, y bueno, más cosas que en este tiempo juntos me he dado cuenta de que no tenían fundamento.

—Que soy una niña rica, imagino.

—Sí, aunque ahora entiendo que no eres una niña rica al uso —sonrió por primera vez desde que comenzó la conversación.

Piluca lo besó con ternura, se abrazaron y así permanecieron mientras se iban poniendo al día

de cómo habían sido sus vidas en todos esos años.

29

Noviembre daba comienzo y en la universidad empezaba a notarse el agobio por los exámenes del primer cuatrimestre, aunque para eso faltara aún algunos meses.

—Se parecen tanto a mí cuando estaba estudiando la carrera —pensó Rubén en voz alta mientras los observaba.

Iba a dejar de hacerlo cuando lo vio. Ese curso pintaba que sería un auténtico infierno, verlo cada día no hacía más que atormentarlo, aunque lo que más le dolía era su indiferencia. Las vueltas que daba la vida en un abrir y cerrar de ojos, había pasado de ser quien intentaba ignorar al chico al ignorado.

Lo vio acercarse riendo con Piluca y un alumno de primero. Iban cogidos de la mano, por lo que dedujo que eran pareja, y casi le dio un infarto cuando un compañero de este se acercó a Santi y comenzó a tontear con él. Se lo estaban llevando los demonios, sobre todo, cuando le dedicó una sonrisa cómplice que conocía muy bien, y que daba a entender que entre ellos había mucho más que un colegueo.

No podía creer que estuviera celoso, ni tan siquiera le había sucedido con su ex, y no entendía cómo podía sentirlos y a la vez querer estar lejos de él, tener miedo a una relación normativa, sin terceras personas; solo ellos dos.

Tenía que poner fin a todo aquello por su bienestar mental, y debía empezar por poner un fin definitivo a la historia que compartían. Así que no se lo pensó y fue a darle al encuentro.

—Buenos días —saludó al grupo.

—Buenos días —respondieron todos a la vez.

—Santiago, ¿podrías acompañarme a mi despacho? Tengo que comentarte algo sobre la asignatura…

—Ahora no puedo, llego justo para la siguiente clase, y la profesora no nos deja entrar si nos retrasamos —se excusó Santi, a quien no le apetecía ni por todo el oro del mundo pasar unos minutos a solas con él. Aún no conseguía descansar bien por las noches porque el maldito profesor no salía de su mente.

—Tranquilo, te acompañaré después al aula para que no tengas problema.

—Prefiero no…

—Santi, ve, si sigues así, los demás van a empezar a sospechar que ocurre algo —le dijo en voz muy baja Piluca.

—Está bien, le acompaño —cedió al fin, ya que sabía que su amiga tenía razón—. Pero solo tengo un par de minutos.

Rubén emprendió la marcha seguido de Santi, a quien el corazón amenazaba con salírsele por la boca, y ya ni pensar en su erección cuando sus ojos no se apartaban de ese culo prieto y bien definido que se le marcaba con los pantalones.

Santi entró en el despacho y escuchó cómo Rubén cerraba con llave. Se apoyó en la mesa y cruzó brazos y piernas, dándole a entender que no quería que se acercara a él.

—¿Qué querías decirme de la asignatura? —preguntó con tono neutro.

—Sabes muy bien que no te he traído por eso.

—Entonces no tengo nada que hacer aquí —dijo, incorporándose y emprendiendo el camino hacia la puerta. Estaba a punto de girar la llave cuando Rubén hizo que quedara frente a él apresado contra la madera.

No podía pensar con claridad. Era tener a ese niñato cerca y necesitar besarlo, devorarlo y follar hasta quedar exhaustos. Otra cosa más con la que no sabía cómo lidiar.

Y no pudo contenerse, atacó sus labios con desesperación, y sintió un gran alivio en el pecho cuando Santi respondió al beso con la misma intensidad, pero eso solo duró unos segundos.

—Para, Rubén —le ordenó al tiempo que lo empujaba para liberarse, aunque fue un intento fallido, ya que Rubén no se movió ni un milímetro.

—No puedo creer que no lo desees tanto como yo.

—Claro que lo deseo, joder —soltó cabreado mientras cogía una mano de él y la llevaba a su entrepierna—. Pero no puede ser, principalmente, por dos motivos. Uno, estamos en la universidad y pusimos reglas que pareces haber olvidado. Dos, no voy a ser tu juguete, un me pica y tú me rascas cuando a ti te venga en gana. Te lo dejé bastante claro aquella mañana; o todo, o nada…

La conversación se vio interrumpida cuando escucharon que alguien intentaba abrir desde fuera y después daba unos toques en la puerta.

—Señor Rodríguez, ¿está usted ahí?

—Sí, ahora mismo le abro, la llave se ha quedado mal colocada al cerrar.

Se separaron al instante y se recompusieron antes de que Rubén abriera la puerta a la limpiadora.

—Pues quedamos en eso, esta tarde te mando esos apuntes por correo electrónico, estoy seguro de que te ayudarán bastante —soltó Rubén para hacer ver a la mujer que estaban tratando algún aspecto de la asignatura.

—Perfecto. Muchas gracias —replicó Santi—. Le dejo, ya llego tarde a la siguiente clase.

—Le acompaño, también voy de salida.

Rubén se despidió de la limpiadora y abandonó el despacho. Una vez cerró la puerta, cogió a Santi del brazo para que frenara, no habían terminado de hablar.

—Tenemos que hablar.

—No es necesario…

—Por favor.

—Está bien —suspiró Santi resignado—. Ven a casa, allí no nos molestará nadie.

—¿Llevo la cena? —le sonrió Rubén.

—No, ven esta tarde. Yo pongo el café.

Santi no dijo nada más. Se soltó del agarre de Rubén y fue hacia el aula, aunque sabía que ya no podría entrar, además de que no iba a enterarse de nada porque estaría dándole vueltas a lo que acababa de suceder.

Lo deseaba tanto que no sabía si iba a poder controlarse cuando estuvieran solos en un lugar seguro, donde nadie los interrumpiría, y quizá por eso le pidió que fuera por la tarde, porque si lo hacía por la noche y con cena incluida, sabía que terminarían en la cama hasta la mañana siguiente, y eso era algo que no podía suceder bajo ningún concepto.

Rubén se quedó parado en medio del pasillo. Se sentía el tío más estúpido del mundo. No podía dejarse llevar así con Santi, no estaba preparado para tener una relación ni con él ni con nadie, y entendía que el chico pensara que estaba jugando con él, pero su cuerpo iba por libre y hacía cosas que le gritaban todo lo contrario, que lo quería en su vida, cada día, cada noche al irse a dormir, cada mañana al despertar, cada tarde compartiendo el sofá.

Iba a volverse loco, y lo mejor para que eso no sucediera y salir huyendo como la vez anterior, poniendo miles de kilómetros de distancia, era cortar de una vez con todo lo que tuviera

que ver con Santiago Gorostiaga.

30

Santi llegó de la universidad con los nervios a flor de piel. En unas horas estaría a solas con Rubén en su piso, y sabía que si él se lo proponía, terminarían en la cama, porque se sentía incapaz de resistirse.

—Deja ya de darle vueltas a la cabeza —le ordenó Piluca, que en ese momento dejaba la comida para los dos sobre la mesa.

—Es que debería haberle dicho de quedar en una cafetería.

—Oye, que lo mismo no te dice lo que estás pensando, ¿y si lo que quiere es tener una relación de verdad?

—Piluca, esto no es un cuento, y aunque hayamos estado poco tiempo juntos, lo conozco bien. Seguro que intenta que volvamos a tener esa relación abierta que él busca y en la que yo no me hallo.

—No sé, Santi, tú dirás lo que quieras, pero solo hay que ver las ojeras y la mala hostia que se gasta en clase. Yo creo que le gustas de verdad, y si quiere hablar contigo, si esta mañana te devoró como un león enjaulado y hambriento al que acaban de darle libertad y le ponen un unicornio delante, yo creo que es porque siente por ti más de lo que te niegas a creer.

—Bueno, vamos a comer y a dejar el tema, que bastante nervioso estoy ya.

Comieron en silencio. Piluca pensando en Fabio, en cuánto le gustaba y lo feliz que la hacía compartir los momentos vividos con su Nana. Santi, en cómo debía actuar cuando tuviera delante a Rubén, y las contradicciones que no paraban de aturullarle la cabeza; por un lado, se negaba a compartirlo con nadie más, por otro, quería estar con él a toda costa, le dolía saber que todo había terminado.

Subió a su piso cuando faltaban diez minutos para las cinco. No sabía a qué hora llegaría Rubén, pero le apetecía darse una ducha y tomarse un café para estar despejado cuando llegara.

Terminaba de dar el último sorbo cuando el telefonillo sonó y el estómago le dio un vuelco. Era él, conocía su característica forma de llamar, un par de timbrazos cortos.

Abrió sin mirar para asegurarse y fue directo a la puerta. Escuchó el ascensor y sintió que su corazón se le aceleraba cada vez más. Y creyó que se le paraba al verlo salir del cubículo.

Se había puesto la camisa que tantas veces le dijo que le encantaba, esa que marcaba cada uno de los músculos de su torso.

—¿Puedo pasar? —preguntó Rubén cuando llegó hasta él, que se había quedado petrificado.

—Sí, claro, pasa —respondió, saliendo del trance.

Rubén accedió al piso y fue caminando hacia el salón mientras él cerraba la puerta. Se quedó parado esperando a que llegara. No sabía muy bien cómo actuar, le sudaban las palmas de las manos y notaba su respiración agitada.

—¿Café? —le preguntó Santi cuando pasó por su lado camino de la cocina.

—Si es lo que tú vas a tomar…

—No, acabo de terminar uno, voy a prepararme una infusión.

—Vale, pues otra para mí.

Santi las preparó en un silencio bastante incómodo, donde la tensión estaba enrareciendo el ambiente y provocaba carraspeo en ellos.

Una vez estuvieron listas, cada uno tomó la suya y fueron de vuelta al salón. Santi se dirigió a la mesa y se sentó, pensando que era un lugar mucho menos peligroso que el sofá, donde podía

acabar en posición horizontal con mayor facilidad.

Rubén le daba pequeños sorbos a la bebida, ya que estaba bastante caliente, y fue en el tercero cuando estuvo a punto de atragantarse al escuchar hablar a Santi.

—Pues tú dirás…

—Estoy hecho un lío de la hostia —confesó, soltando la taza sobre la mesa.

—Cuando me dijiste que necesitabas hablar conmigo, creí que ya lo tenías claro.

—No sé, hay veces que pienso que sí, pero de pronto me asaltan mil cosas en la cabeza y empiezo a dudar —dijo con total sinceridad, porque cuando estaba con Santi, no sentía la necesidad de esconder sus sentimientos.

—Joder, Rubén, que no estás decidiendo el futuro de la humanidad. Solo tienes que saber si quieres que estemos juntos o no —soltó Santi cansado de su indecisión.

—Bueno, creo que es evidente que sí quiero, fui yo quien te propuso que tuviéramos una relación…

—Efectivamente, tú, es más, casi me vi sin opción a réplica, y sí, reconozco que podría haber dicho que no, pero me gustabas lo suficiente para querer intentarlo.

—Es que tampoco hay tanta diferencia a como estábamos antes de proponértelo. Nos veíamos de vez en cuando, follábamos, compartíamos ratos juntos, pero no había exclusividad.

—Tienes razón… en parte. Porque antes era el tío con el que me acostaba y disfrutaba de un sexo del carajo, pero ahora siento cosas por ti que van más allá de todo eso.

—Pero…

—Rubén, lo tienes muy claro. No quieres atarte, estar con un solo hombre, y si es lo que quieres, lo veo genial.

—¿Entonces?

—Que yo no veo así la vida, joder —espetó, levantándose para andar por el salón y tratar de tranquilizarse un poco—. Me quise morir cuando te vi besándote con Ahmed… —se sinceró, aguantándose las ganas de llorar.

Rubén se levantó también, fue hacia él y lo abrazó por detrás, apoyando la barbilla en su hombro, para después depositar un beso en su cuello.

—No quiero que esto acabe, Santi, pero no puedo darte lo que me pides.

—Suéltame —dijo, deshaciéndose del agarre—. Pues es lo que has conseguido. Tú no estás dispuesto a ceder, y yo tampoco, así que queda claro que esto se ha terminado.

—Santi, por favor…

—Ni Santi ni hostias. ¿No entiendes que viviría siempre pensando que en cualquier momento podrías estar en la cama con otro hombre que no fuera yo? Eso me destruiría, Rubén, acabaría con mi salud mental, y no puedo ni debo consentirlo.

Santi emprendió el camino hacia la puerta con intención de abrirla para que Rubén se marchara, pero él lo frenó antes de que siguiera andando.

Sabía que el chico tenía razón, de hecho, se estaba comportando como un auténtico capullo para que lo odiara y le fuera más fácil olvidarse de él, porque sabía que era lo mejor para los dos, que aquello acabara en ese preciso instante. El problema era que eso era lo que le aconsejaba su mente, pero su corazón no estaba de acuerdo, y le gritaba que dejara de hacer el imbécil, porque ese maldito niñato era todo lo que necesitaba para ser feliz.

Y no pudo contenerse. Se lanzó a besarlo, y aunque Santi se quedó inmóvil durante un par de segundos, ya que no esperaba aquel ataque, después respondió con pasión y rabia.

No fue hasta que sintió las manos de Rubén intentando desabrocharle el pantalón que su

mente volvió a tomar el control de la situación.

Lo paró y se separó de él, para después apartarse, y aunque Rubén hizo el intento de acercarse, lo frenó interponiendo una mano entre ellos antes de decirle:

—Vete, por favor. Vete y sal de mi vida de una puta vez.

Rubén se quedó en *shock* un par de segundos, pero después reaccionó y asintió, dándole a entender a Santi que tenía razón.

Salió al pasillo y escuchó la puerta cerrarse tras de sí. Se montó en el ascensor, pulsó el botón de la planta baja, se dejó caer sobre una de las paredes de este y lloró. Acababa de destrozar lo que probablemente había sido lo más bonito que le había pasado en la vida.

31

Mes y medio. Ese era el tiempo que llevaban viéndose León y Aitana a escondidas.
Aunque a él no le hubiera importado hacer pública la relación, entendía que ella estuviera reticente a hacerlo, ya que tenía una hija pequeña, y presentarle a un nuevo hombre en su vida debía hacerlo cuando estuvieran seguro de que tenían algo serio y estable.

Aitana estaba feliz, todas sus compañeras se lo decían, que irradiaba una luz que solo le habían visto cuando estaba embarazada de Celia, y por más que le insistieron en que les contara si estaba con alguien, ella siempre cambiaba de tema.

—Me voy —le dijo Aitana a su hermano, que estaba en el sofá con el portátil encima trabajando.

—¡Hala!

—¿Qué ocurre? —le preguntó sin entender esa expresión.

—Que si no fueras mi hermana ni fuera gay, estoy seguro de que ahora mismo me habría empalmado. ¡Estás impresionante!

—Serás guarro… —se carcajeó Aitana.

—En serio, si esta noche te ve tu amante misterioso, vas a volverlo rematadamente loco.

—¿Tú crees? —le dijo mordiéndose el labio con la inseguridad pintada en su rostro.

—Oh, sí, ya lo creo. Va a sentirse el tío más afortunado del mundo. Por cierto, ¿cuándo vas a presentármelo?

—Aún es pronto, hermanito, todo a su debido tiempo.

—No te espero esta noche, ¿verdad?

—¿Acaso lo dudas? Claro que no. Y tú también deberías salir y despejarte, a ver si se te va quitando esa cara mustia que tienes, que ya ha pasado un mes.

—No tengo ganas.

—¿Quieres que anule la copa después de la cena y salimos juntos?

—¿Estás loca? La niña está con Javier, puedes llegar el domingo si quieres, disfrutar de lo que tengas con ese hombre, y yo tengo trabajos que revisar y los exámenes a la vuelta de la esquina.

—Pero…

—Venga, vete ya a esa cena de empresa, a celebrar la Navidad con tus compañeras, que yo no voy a tener tiempo de aburrirme.

Aitana salió de su piso con la culpabilidad, esa que la acompañaba hacía más de un mes, presionándole el pecho. Si bien no quería que se hiciera pública su relación con León por Celia, también lo era porque podría habérselo contado todo a su hermano. El gran problema residía en que era el tío de Santiago, la única figura paterna que había tenido el joven, y sabía que Rubén iba a sentirse un tanto incómodo en su presencia.

Salió a la calle y se subió al taxi que ya la estaba esperando. Esa noche bebería, y no solo eso, sino que después iría a casa de León, por lo que llevarse el coche era una tontería.

Llegó al restaurante donde iba a tener lugar la cena de empresa, y recibió los saludos y halagos de sus compañeros y superiores. Al final iba a tener razón su hermano en que esa noche estaba espectacular, porque incluso notó ciertas miradas indecorosas.

La cena transcurrió entre risas, brindis, anécdotas y unas palabritas del dueño de la bodega. Y llegó el momento en que algunos se despidieron y se fueron a casa, y el resto decidió continuar la

fiesta en el *pub* donde se encontró aquel día con León, obviamente, alentados por ella, ya que sabía que él también terminaría la noche allí.

Los cócteles cayeron unos tras otros, y todos empezaban ya a estar algo achispados, incluso ella, y entonces notó que se le erizaba el vello de la nuca. Instintivamente, se giró y se encontró con León en la distancia mirándola de arriba abajo, consiguiendo que un fuerte cosquilleo se le alojara en el vientre.

Volvió a la barra, donde una de sus compañeras estaba pidiendo un cóctel para las dos y se quedó allí mientras ella volvía a donde los demás estaban bailando. Sabía que León no se resistiría en ir a buscarla, y así fue.

—Hola —saludó él.

—Hola —respondió ella—. ¿Quieres tomar algo?

—No debería, he bebido demasiado vino durante la cena y estoy un poco achispado.

—A mí me pasa lo mismo —sonrió ella, aguantando la risa—. De hecho, voy a tener que ir al baño —le dijo, mordiéndose el labio, para después acercarse a su oreja y susurrarle—. Por cierto, debajo del vestido no llevo nada.

Acto seguido, se levantó y se dirigió a los aseos. Cuando llegó al pasillo, vio que él también iba hacia allí, y no dudó en colarse en el de minusválidos. Se moría por besarlo, dar por concluida la noche e irse a su casa a disfrutar el uno del otro.

No puso el pestillo, y aún no le había dado tiempo de evacuar cuando él entró y los dejó encerrados para que nadie los molestara.

Fue directo a devorar sus labios. Sin más preámbulos, le subió la falda el vestido y comenzó a masturbarla. Aitana sabía que aquel no era lugar, pero el alcohol le hacía estar más desinhibida y no dudó en buscar su entrepierna y liberar su erección de la cárcel de sus pantalones y sus calzoncillos.

—Estoy a punto de correrme —le advirtió ella.

León, por toda respuesta, aumentó el ritmo de lo que estaba haciéndole, y Aitana tuvo que contener el aullido cuando alcanzó el orgasmo.

Estaba aún envuelta en la nebulosa de placer cuando León hizo que enroscara las piernas en sus caderas y la penetró de un solo empujón. La embistió sin descanso hasta que comenzó a notar que los músculos de su vagina se contraían a su alrededor y ella se lo confirmó.

—Vas a conseguir que me corra otra vez.

—Hazlo, cariño, que yo tampoco aguanto más.

Y lo hicieron, claro que lo hicieron, se entregaron al placer más absoluto, y se besaron con esa dulzura que existió entre ellos desde el primer polvo que compartieron.

—¿Nos vamos ya a mi casa? —le propuso León.

—¿No quieres pasar un rato con tus clientes?

—Es lo que debería hacer, pero no me apetece nada, son muy aburridos. Además, han venido para tomar una copa y ya se van.

—Entonces, ve a despedirte de ellos mientras yo hago pipí, que no me has dejado con el arrebato.

—No puedes pretender que no quiera follarte si me dices que no llevas ropa interior. Además, esta noche estás más preciosa que nunca —le dijo, acariciándole la mejilla, para después darle un tierno beso, salir de ella y bajarla al suelo.

—Anda, venga, sal tú primero. ¿Nos vemos en la puerta de tu edificio en veinte minutos?

León se recompuso la ropa, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó unas llaves.

—Mejor aún, espérame desnuda en la cama —le pidió.

—¿Y cómo vas a entrar?

—Tengo una copia en el coche.

León le dio un beso antes de salir y ella se dispuso a orinar. No tardó más de un par de minutos en abandonar el baño para despedirse de sus compañeras.

Y ninguno fue consciente de las consecuencias que podía traerles lo que acababa de suceder en ese baño fruto del alcohol.

32

Dos meses después…

Santi terminaba de vestirse cuando escuchó la puerta abrirse. Debía ser Piluca, que iría a ver si finalmente iba a salir o no, aunque le extrañaba, porque esa noche había quedado para cenar con sus padres, ya era hora de que supieran que estaba saliendo con alguien, y estaba nerviosa por ver la reacción de estos cuando les dijera quién era. Por su madre no tenía problema, doña Pilar, a pesar de parecer una persona elitista, era una mujer tan llana como su hija, su temor venía por parte de su progenitor, aunque tampoco pensaba que tuviera problema, ya que adoraba a la Nana de su amiga, que también fue la de su hermano y por eso no dudó en contratarla para su hija.

—Santi, ¿estás en casa?

—Sí, tío, en mi dormitorio.

León fue a darle al encuentro a su sobrino. Si bien iba a ponerle como excusa que había ido a por un vino de su vinoteca, la realidad era bien distinta, ya que no terminó de creerse que este saldría esa noche, pensaba que lo había dicho para que no le diera más la murga con eso de que debía pasar página.

Porque sí, no tuvo que ser muy listo hacía un par de meses para darse cuenta de que algo le sucedía a ese joven que quería como a un hijo. Y Santi terminó por contarle lo que le había pasado con Rubén.

León, cuando escuchó su historia, tuvo que reprimir lo que quería contarle ese día, que estaba saliendo con la hermana del dueño de sus tormentos; tendría que esperar un tiempo a que se recuperara, porque por más que supiera que lo entendería y apoyaría, también tenía claro que eso supondría que nunca lo sacaría de su vida por completo si la relación prosperaba.

—Me pillas por los pelos —le dijo Santi cuando lo vio aparecer por el marco de la puerta de su habitación.

—He venido a coger una botella de vino, tengo una cena en casa esta noche.

—¿Con tu amante misteriosa? —preguntó con una sonrisa pícara y un alzamiento de cejas.

—Sí, con mi amante misteriosa —respondió León.

—A ver si te decides al fin a presentármela.

—Ya te he dicho que es complicado, pero creo que pronto llegará ese día.

—Menos mal, me tienes muerto de la intriga —dijo Santi al tiempo que pasaba por su lado para ir hacia el salón—. Bueno, coge el vino que quieras, que ya voy justo de tiempo. He quedado en quince minutos con Rocío y Ángela.

—Venga, disfruta de la noche. Yo cojo el vino y me voy. ¿Comemos juntos el domingo?

—Vale, pero en tu casa, te toca preparar la comida esta vez.

Santi salió de su casa antes de que su tío replicara, aunque sabía que no era problema para él cocinar, solo que no le gustaba demasiado, al contrario que a él.

Subió al taxi que ya estaba esperándolo y en menos de diez minutos llegó al restaurante en el que había quedado con sus dos amigas; los tres estaban impacientes por saber cómo le habría ido a Piluca esa noche, así que decidieron pasar juntos ese tiempo hasta que esta les pusiera al tanto de cómo fue la cena con sus padres.

Cenaron entre risas y con los nervios a flor de piel, mirando a cada instante sus teléfonos, esperando un mensaje que no llegaba. Hasta que, finalmente, cuando estaban con los postres, Santi lo recibió.

Todo ha ido del carajo, mi padre está feliz de la vida y deseando ver a Fabio, del que solo recuerda a un tímido niño pequeño que siempre hacía sonreír a mi Nana.

Los tres respiraron aliviados, y decidieron ir a festejarlo al club que no había vuelto a pisar en meses por temor a encontrarse con Rubén.

Las cosas habían cambiado mucho, y ya no le afectaba verlo cada día en la universidad, había superado ya todas las fases de la ruptura, aunque en eso había tenido mucho que ver una persona con la que jamás pensó que tendría una tan buena amistad. Quizá porque los dos estuvieron pasando por lo mismo; Ibrahim se había convertido en uno de sus mejores amigos.

Se acercó a la barra y el camarero con el que en el pasado había disfrutado muy buenos ratos se acercó raudo a atenderlo.

—¡Cuánto tiempo sin verte por aquí! —lo saludó, alzándose sobre la barra para darle dos besos.

—He estado un poquito liado.

—¿Mal de amores? —Asintió—. ¿El del *bourbon*? —Santi se sorprendió—. Se veía a leguas la química entre vosotros.

—¿En serio?

—Y tanto… No sé lo que pasó, pero te aviso que viene hacia aquí. Así que si no quieres verlo, aún estás a tiempo de escapar.

A Santi no le dio tiempo ni de girarse para mirar cuando sintió su aroma demasiado cerca de él.

Rubén se situó junto a Santi con una maraña de nervios atenazándole el estómago. Sintió que estaba allí en cuanto entró por la puerta del local, y estaba tan guapo que no pudo contener sus ganas de acercársele, ya que en la universidad no podía hacerlo.

—¿Su *bourbon*? —le preguntó el camarero.

—Sí, gracias —respondió Rubén.

Esperó paciente a que el camarero le sirviera y se alejara, y fue entonces cuando se giró hacia Santi.

—Hola.

—Hola —replicó él seco.

—Hace tiempo que no venías por aquí.

—Sí, he estado ocupado. ¿Querías algo? —le dijo con ningún tipo de expresión en su cara.

—Nada, solo saludarte.

—Pues ya lo has hecho. Andrés —llamó al camarero—, ahora vendrán Rocío y Ángela a pedir, que han ido al servicio, apunta todo lo que tomen en mi cuenta.

—Perfecto, guapo —respondió el camarero, lanzándole un guiño y mordiéndose el labio.

Santi tuvo que aguantar la carcajada. Andrés tenía pareja desde hacía seis meses, antes de que conociera a Rubén, y estaba seguro de que lo que acababa de hacer era por lo que hablaron justo antes de que su exprofesor, porque ya había terminado el cuatrimestre, llegara hasta él. Lo que no esperaba para nada era el rictus serio y de cabreo que apareció en la cara de Rubén.

Se fue a la pista y comenzó a bailar con varios chicos hasta que sus amigas llegaron con sus copas en la mano.

—Oye, que no nos han dejado pagar —le dijo Rocío.

—Hoy invito yo.

—¿Has visto quién está en la barra? Es el profe de Viticultura.

—Sí, lo he saludado antes —respondió, quitándole importancia, ya que a ninguna de las dos había puesto al tanto de lo que hubo entre ellos por temor a que se les escapara algo en la universidad que pudiera afectar a Rubén. Porque sí, las cosas habían acabado mal, pero no quería que por su culpa perdiera su puesto de trabajo.

La noche continuó, y aunque Santi intentaba no mirar hacia donde estaba Rubén, era inevitable, sobre todo, porque cada vez que lo hacía, lo encontraba con la mirada clavada en él.

Sus amigas se fueron, y él estuvo tentado a hacerlo también, pero estaba disfrutando como llevaba tiempo sin hacerlo, y había un chico de lo más interesante que bailaba con él a la menor oportunidad, de una forma bastante sensual que empezaba a calentarle la sangre, algo que no le sucedía desde que su relación con Rubén terminó.

Dos canciones después, cuando comenzó a sonar una bachata y sintió que alguien le cogía la mano, supuso que se trataba del chico, y decidió que le entraría mientras bailaban, pero su sorpresa fue mayúscula cuando miró a su compañero de baile y vio que era Rubén.

Pensó en soltarse del agarre de sus manos en su cintura, pero decidió que no lo haría, debía demostrarse a sí mismo que no le afectaba, a pesar de sentir su corazón desbocado ante la cercanía de su boca; aun así, no dudó en poner un poco de resistencia.

—¿Qué haces, Rubén?

—Bailar.

—Pero…

—Los has hecho con varios de los que están aquí, sobre todo, con ese. ¿Qué más da uno más que uno menos?

Santi se quedó asombrado al notar cierto tono de celos cuando se refirió al chico con el que estuvo dándolo todo unos minutos antes, aunque descartó ese pensamiento rápidamente.

Estaban pegados, demasiado pegados, y Santi se maldijo cuando cierta parte de su anatomía comenzó a despertar fruto de los roces, y casi infartó cuando terminaba la canción al notar que Rubén estaba en la misma situación que él.

—Llevo toda la noche empalmado por tu culpa, maldito niñato.

A Santi se le nubló la razón cuando sintió la erección de él pegada a la suya y su aliento en su cuello, y sin pararse a pensar en lo que estaba haciendo, lo besó. Y jugar con su lengua fue lo único que necesitó para perder la cordura por completo.

33

Rubén se entregó por completo al beso. Durante esos dos meses, había llegado a convencerse de que poner distancia con Santi era lo mejor que hizo, pero cuando lo vio bailando con aquel chico, después de que el camarero le guiñara un ojo, sintió que los celos se lo comían por dentro, más aún, al ver que él empezaba a ponerle ojitos a su compañero de baile. Y no pudo resistirse, tuvo que ir hasta él, necesitaba tocarlo, sentirlo.

—No podemos seguir haciendo esto… —soltó Santi cuando consiguió separar su boca de la de Rubén.

—No jodas, Santi…

—Rubén, estamos dando un espectáculo.

Rubén bajó de la nebulosa en la que estaba por culpa del beso y afirmó cerrando los ojos para apoyar la frente en la de él. Estaban rodeados de gente, y había varios chicos que los miraban estupefactos al ver la pasión que se había desatado entre ellos.

—¿En qué has venido? —le preguntó Santi.

—En coche, está lloviendo, ¿por qué?

—Por si tenía que pedir un taxi. ¿Pago la cuenta y vamos a mi casa?

—Me parece una gran idea —le dijo, tirando del labio inferior de Santi con los dientes.

Salieron del *pub* y fueron hacia el coche parando a cada dos pasos para besarse. Ninguno quería que, en un momento dado, el otro se diera cuenta de que era una locura y debían dejarlo estar.

Llegaron al edificio de Santi y Rubén agradeció que hubiera aparcamiento cerca de la puerta. Necesitaba estar en la intimidad de su piso con él, desnudarlo, besarlo sin tener que contenerse y disfrutar de su cuerpo.

Entraron a trompicones, cerraron de un portazo y la ropa comenzó a volar. Llevaban demasiado tiempo sin estar así y la paciencia no tenía lugar en aquella ecuación.

Santi tiró de él hacia el dormitorio, Rubén se sentó en el borde de la cama y le pidió que se acercara. Necesitaba saborearlo, degustar esa gota que coronaba la punta del glande y que a él tanto le gustaba.

Lamió de la base al cuello, repasando cada una de sus venas, empapándolo con su saliva, hasta que chupó y degustó con ganas la joya de la corona, para acto seguido engullirlo por completo mientras le masajeaba los huevos.

Santi no pudo ni quiso contener el jadeo, sobre todo, cuando Rubén se apartó, escupió en sus dedos y los adentró poco a poco por su culo al tiempo que se la seguía chupando.

—Joder, Rubén, para, estoy a punto de irme…

—Hazlo —masculló él.

—No, quiero correrme contigo dentro.

Rubén no dudó en sacar los dedos, abandonar su polla y arrastrarse por la cama para quedarse sentado en la mitad mientras Santi abría el cajón de la mesita de noche. Le dio un bote de lubricante y un preservativo, y Rubén se quedó extrañado.

—Esto no lo necesitamos —dijo, blandiendo el paquetito.

—Claro que sí. No sé qué habrás hecho en estos dos meses, ni tú con quién puedo haber estado yo.

Rubén entendió lo que le decía y no tardó en enfundárselo mientras Santi se le acercaba. Vertió un poco de lubricante en sus dedos y le pidió que se pusiera a horcajadas sobre él para empezar a prepararlo. Santi creyó que después se tumbaría para que lo cabalgara, pero no fue así, sino que hizo que se sentara sobre él, provocando que pasara las piernas por detrás de su culo.

Aquella era la postura más íntima que podían compartir dos personas, nunca lo había hecho ni con él ni con nadie, y, aunque fue consciente de que le regalaba a Rubén muchas de sus primeras veces, le dio igual, a pesar de que eso significara una entrega total por su parte.

Rubén guio su erección a la entrada de su culo y presionó un poco para meter la punta, después, puso las manos en sus caderas, y fue Santi el que se dejó caer poco a poco. Estuvo a punto de correrse cuando lo sintió por completo dentro de él.

Un baile muy diferente al que compartieron en el *pub* dio comienzo entre ellos. Santi movía las caderas arriba y abajo, haciendo que Rubén entrara y saliera de él mientras se besaban y acariciaban.

—Voy a correrme —anunció Santi.

—Yo tampoco puedo contenerme más.

Y los dos estallaron a la vez en un orgasmo sin precedentes, que los hizo tocar las estrellas, el sol, la luna y todos los planetas.

—Joder, cariño, no sabes cuánto te he echado de menos —confesó Rubén, que aún estaba dentro de Santi, cuando consiguió recuperar la respiración.

Santi volvió la tierra tras escuchar esas palabras, y le costó un poco procesarlas, pero sí, las había entendido bien, Rubén daba por hecho que volvían a estar juntos, aun así, necesitaba estar seguro antes de contestar a eso.

—¿Cómo?

—Que estos dos meses sin ti han sido un puto infierno, Santi. Que los celos me comían cada vez que te veía tontear con otro.

Santi se alzó para que saliera de él y se alejó para sentarse con los brazos y las piernas cruzadas como si fuera un buda cabreado.

—Eh, eh, eh, para. Rubén, me ha costado mucho superar que entre nosotros todo había terminado, me hiciste mucho daño, llegué a pensar que no era suficiente para ti.

—¿Cómo pudiste pensar eso? Eres un tío increíble.

—No sé, a lo mejor fue porque querías a toda costa una relación en la que pudieras follarte a todo lo que se te pusiera por delante.

—Joder, Santi, en ningún momento quise darte a entender…

—Da igual. Ya lo tengo superado, y no voy a volver a las andadas contigo. Esto solo ha sido un polvo entre dos adultos que tenían ganas de follar.

—No puedes estar diciéndolo en serio. ¿Es que acaso no has sentido la conexión que acabamos de experimentar?

—A ver, ha sido magnífico, no te lo voy a negar, pero es normal, porque siempre has follado rematadamente bien —espetó, sintiendo que se le rompía de nuevo el corazón en mil pedazos, porque sí lo había sentido, pero se negaba a pasar otra vez por lo mismo con él.

Santi se levantó de la cama y se puso los calzoncillos. Tenía unas ganas terribles de llorar, pero se negaba a hacerlo delante de él, así que salió de la habitación para ir a la cocina y beber un poco de agua.

Cuando regresó, Rubén estaba tirando el condón a la papelera y cogía su ropa interior del suelo. Él cogió el resto de prendas y las dejó en la cama, invitándolo a terminar de vestirse.

—Necesito descansar, mañana salgo temprano para Madrid, tengo…

—No tienes que darme explicaciones —lo cortó Rubén, que había captado la indirecta cuando dejó las cosas a su lado.

Santi lo acompañó hasta la entrada y se mantuvo a una distancia prudencial de él, ya que sabía que si lo besaba, volvería a llevarlo hasta su habitación.

—Por cierto —le dijo Rubén cuando cruzó la puerta—, el condón era innecesario, porque no he conseguido estar con nadie después de ti.

No esperó a que Santi dijera nada. Emprendió el camino hasta el ascensor y agradeció que estuviera aún allí. Se montó, llegó a la planta baja y fue hasta el coche aguantando el tipo, pero cuando se subió en él, lloró y se maldijo por haber sido tan estúpido de haber apartado de su lado al único hombre que lo hacía sentir vivo.

—Puede decir lo que quiera, pero ha sentido lo mismo que yo, y me niego a que este tren se vaya. Voy a volver a conquistarlo cueste lo que cueste.

34

Rubén no pudo dormir en casi toda la noche. Las imágenes de lo que habían compartido se sucedían una y otra vez arrancándole una sonrisa, algo que solo Celia había conseguido en contadas ocasiones.

—Hacía tiempo que no me sentía tan bien de buena mañana —reconoció en voz alta, a pesar de la falta de sueño.

Habían sido los dos meses más horribles de su vida, pensando que la había fastidiado tanto que Santi jamás lo perdonaría, pero si había cedido a que se acostaran, y que tomó la iniciativa con aquel beso en el club, esperaba que fuera porque seguía sintiendo algo por él, aunque se lo hubiera negado.

Se levantó cuando el reloj del móvil marcaba las diez de la mañana, estuvo tentado a mandarle un mensaje a Santi, pero se contuvo, no quería que se sintiera presionado, quería darle su tiempo, deseaba que se diera cuenta de que lo que había pasado significaba más de lo que había reconocido.

Se dio una ducha rápida, acababa de escuchar la puerta del piso cerrarse, y eso significaba que Aitana estaba de vuelta. Tenía que contarle lo que había pasado, ella había sido su paño de lágrimas, la que aguantó que se fustigara por lo mal que lo había hecho y la que estaba seguro de que lo ayudaría a trazar un plan para conquistarlo de nuevo.

La escuchó entrar en su dormitorio y algo que no supo descifrar si era un jadeo o un lamento. Ambas cosas le resultaron igual de extraña, pero más aún cuando la escuchó vomitar en el baño de la habitación.

Terminó de ducharse con rapidez, apenas se secó el cuerpo y el pelo, se anudó la toalla para tapar sus partes y fue en su busca, pero ya no la encontró ni en su baño ni en su cama, incluso llegó a pensar que se lo había imaginado, pero entonces escuchó un llanto mal disimulado en el salón.

—¿Estás bien? —Ella negó con la cabeza—. Te he escuchado vomitar. ¿Te sentó mal la cena? —Aitana volvió a negar—. ¿Entonces?

—Abrázame, por favor…

—¿Has discutido con tu amante misterioso? —le preguntó cauteloso, y ella negó por tercera vez pegada a su pecho.

Le acarició la espalda y el pelo en un intento de consolarla, y esperó paciente a que se calmara.

—¿Estás más tranquila? —quiso saber cuando dejó de llorar.

—Sí, perdona.

—No tengo que perdonarte nada, bastante me llevas aguantado en los últimos meses. ¿Tienes ganas de hablar de lo que te pasa?

Aitana asintió, le pidió que la esperara un momento y fue hasta su dormitorio para regresar con algo entre las manos que puso en las rodillas de Rubén. Este lo observó y vio las dos rayitas marcadas.

—¿Estás llorando porque tienes COVID?

—Serás memo… ¿Desde cuándo un test de antígenos tiene una forma tan alargada? —le gritó Aitana, observando la cara de su hermano de no entender nada.

—¿Se supone que debo saber lo que es? Porque te juro que no tengo ni idea.

—Ay, lo siento, se me olvida que tú no has tenido que enfrentarte a ninguno de estos… Es un test de… de embarazo —consiguió decir para romper a llorar de nuevo.

—Vale… ¿Y las dos rayitas significan lo mismo que en el test de antígenos? —Aitana afirmó con la cabeza—. ¡Hostia puta! ¿Me estás diciendo que estás embarazada?

—Hasta la boca. De dos faltas. En siete meses serás tío de nuevo.

—Joooder. Pero… pero… ¿cómo ha podido pasar?

—Pues no lo sé, porque siempre usamos protección y comprobamos después que no está picado, así que imagino que se nos habrá pasado alguno, porque te juro que no tengo ni idea.

—¿Y qué ha dicho él?

—Nada, acabo de enterarme, todavía no se lo he dicho.

—¿Y a qué estás esperando?

—¡No lo sé! —gritó fuera de sí.

—A ver, vamos a calmarnos, porque me da a mí que aquí hay algo más que no me estás contando.

—Él… nunca ha querido tener hijos. ¿Cómo le digo que estoy embarazada?

—Pues diciéndoselo. ¿Temes que no quiera saber nada de la criatura? Porque si es así, ese hombre no merece la pena.

—No lo creo, pero es que no quiere tener hijos, esto no va a ser algo bonito para él.

—¿Tú quieres tenerlo?

—Sí, claro, sabes que no estoy a favor del aborto, que respeto a quien lo haga, pero yo no lo concibo.

—Pues ya está. No estás sola, Nana, y si tengo que quedarme más tiempo en España, me quedo.

—Pero si hace unos días estabas pensando en volver a Londres…

—Por ti, Celia y esa criatura, estaría más que dispuesto a quedarme.

—Además, hay algo que tampoco te he contado —le dijo, rompiendo a llorar de nuevo.

—¿Tan grave es?

—Es que cuando sepas quién es… Va a darte algo.

—¿No habrá vuelto tu ex?

—No.

—Pero lo conozco, ¿verdad?

—Sí.

—Dilo ya, que esta intriga me está matando.

—Es León… —Rubén se quedó pensativo.

—¿León? ¿Se supone que lo conozco?

—Claro que lo conoces, haz memoria.

—León, León, León… —Su hermana lo miraba aterrada, sabía que no iba a hacerle ninguna gracia cuando cayera en la cuenta de quién era, y supo que ya había llegado a la conclusión cuando vio que se le abrían mucho los ojos—. La leche… ¿León Domecq?, ¿el tío de Santi?

—El mismo.

—¿Eso significa que voy a tener más cerca a mi maldito niñato?

—Lo siento, pensé que iba a ser un polvo de una noche, pero…

—¿Sentirlo? Acabas de hacerme muy feliz.

—¿De qué estás hablando? Se suponía que ya lo habías superado, que lo que tuvisteis forma parte del pasado…

—Y así era hasta que anoche nos acostamos.

—¡¿Cómo?!

—Sí, y él dice que fue un polvo sin más, pero yo sé que no, y por eso pienso aprovechar la concesión que me hizo ayer.

—¿Qué quieres decir?

—Que no he conseguido olvidarlo, que me gusta demasiado, ¡qué cojones!, que estoy enamorado de él, y que voy a conseguir que estemos juntos de nuevo.

—Pero sabes que él no quiere lo que le ofreciste…

—Ni yo tampoco. Ya no tengo miedo, Aitana, el verdadero pasado sí que quedó atrás, y lo único que quiero en mi futuro es un juntos para siempre, o eso espero, con él.

—Pues me alegro un montón, porque nunca te he visto más feliz que el tiempo que estuvisteis juntos. ¿Tienes algún plan?

—No, pero estoy seguro de que tú me ayudarás a tener uno.

—Eso por descontado —le sonrió.

—Pero volvamos a tu problema. Creo que deberías hablar con León cuanto antes, sabes que esto es algo que no vas a poder ocultar por mucho tiempo.

—Hemos quedado hoy para comer en su casa. Iba a ponerle como excusa para no ir que tenía un virus, esta mañana estuve vomitando del piso, pero tienes razón, tengo que hablar ya con él.

Los dos hermanos se fundieron en un abrazo. Ella, temerosa y contenta a partes iguales; él, feliz porque el destino no dejaba de empujarlo a luchar por su maldito niñato.

35

Aitana llegó a la puerta del edificio donde vivía León cuando faltaban cinco minutos para la hora en la que habían quedado. Su estado de nerviosismo era evidente; le sudaban las manos, el corazón le palpitaba al ritmo de 3x4 y apenas podía contener el llanto.

—Vamos, Aitana, tienes que tranquilizarte —proclamó en voz baja antes de llamar al telefonillo.

Con un dedo tembloroso, marcó el código del piso, y la puerta no tardó más de unos segundos en abrirse.

Subió en el ascensor haciendo respiraciones profundas y pausadas, esa técnica de relajación siempre la ayudaba a serenarse, aunque en esa ocasión no estaba surgiendo demasiado efecto.

La puerta se abrió en su destino, y León la esperaba en el pasillo con su deslumbrante sonrisa, aunque esta cambió al ver el rostro de ella.

—Hola, preciosa. ¿Sigues con el estómago revuelto? —le preguntó al tiempo que la agarraba por la cintura y le daba un tierno beso en los labios que Aitana correspondió.

—Hola, bombón. Sí, un poco —mintió, respirando aliviada al darle él un motivo que explicara el estado en que se encontraba.

—Ven, entra, he preparado algo ligero para comer, aunque no deberías haber venido si te encontrabas mal.

—No, tranquilo, solo estoy un poco pocha porque no como nada desde anoche. No he vuelto a vomitar, y mi estómago está hambriento —le sonrió.

Entraron en el piso y entre los dos pusieron la mesa y sirvieron la comida. Aitana descubrió que tenerlo cerca le daba la calma que necesitaba, y eso hizo que se relajara, que dejara de pensar en lo que debía contarle.

Comieron como si nada sucediera, como si ella no tuviera que soltarle una bomba que haría que el mundo de él se tambaleara. No faltaron las risas, ni los roces furtivos por encima y por debajo de la mesa, que conseguía que la excitación entre ellos aumentara, como siempre que se encontraban cerca.

Recogieron la cocina y volvieron al salón diciendo qué película verían en la sobremesa, aunque ambos sabían que solo verían los primeros minutos, que acabarían tirando el uno del otro para terminar en posición horizontal en la cama. Solo se veían los fines de semana que Celia estaba con su tío Javier o que Rubén se quedaba con ella, y no dudaban en aprovecharlos para disfrutar juntos tanto del sexo como de salidas a localidades cercanas, donde apenas nadie los conociera, ir al cine o asistir a conciertos.

Se sentaron juntos en el sofá, abrazados, y Aitana se sintió segura acurrucada contra su pecho. Ese hombre le gustaba lo suficiente como para que dejara de ser algo oculto, y aunque no fuera así, la verdad no tardaría en salir a la luz.

—León, tengo que contarte algo —le dijo mientras se incorporaba para poner un poco de distancia entre ellos.

—Dime, ¿qué pasa?

—Es que no sé cómo decírtelo…

—Aitana, estás temblando, ¿qué sucede? —preguntó él con las manos de ella entre las suyas.

—Es que ha pasado algo… No sé cómo ha pasado…

—Me estás asustando, dilo ya, por favor.

—Yo… —Se levantó del sofá y se puso a caminar por el salón, provocando que él también lo hiciera, la frenara y la abrazara.

—¿Tan grave es para que estés así? —Aitana asintió contra su pecho—. ¿Ha vuelto tu ex? —Ella negó—. ¿Le sucede algo a Celia? —Volvió a negar—. ¿Te han despedido? —Tercera negación—. Entonces nada puede ser tan grave como para que estés así, cariño.

Aitana se separó de él, respiró hondo y supo que el momento de soltarlo había llegado. Tenía que hacerlo, era inútil que lo dilatara más en el tiempo.

—Estoy embarazada.

León se quedó perplejo al escuchar esas dos palabras. Era la primera vez que la persona que compartía su vida le decía algo así, y no sabía cómo reaccionar al respecto.

Embarazada, Aitana estaba embarazada, a sus casi cincuenta años iba a ser padre, y, contra todo pronóstico, se sentía feliz, solo que se había quedado en *shock* y era incapaz de reaccionar.

—De verdad que no sé cómo ha pasado, siempre usamos preservativo, lo comprobamos, y no vimos que ninguno estuviera picado… León, di algo, por favor, me estás matando con tu silencio.

León seguía inmóvil, aún procesando lo que Aitana acababa de soltarle y que iba a cambiar sus vidas y su relación para siempre.

—Y te juro que no he estado con ningún otro hombre… —dijo Aitana, rompiendo a llorar y haciendo el intento de ir hacia la puerta al ver que él no decía nada, ya que eso solo podía significar que no le gustaba la noticia.

Fue con esa última frase que León reaccionó y fue hacia ella para detenerla.

—¿Adónde vas?

—A mi casa… Si es que ya sabía yo que… Si tú nunca has querido tener hijos… Y vengo yo con esto…

León cortó la cantidad de cosas que estaban saliendo por su boca con un beso cargado de amor y lujuria que la hizo temblar.

—En ningún momento se me ha pasado por la cabeza que estés embarazada de otro. Nos conocemos poco fuera de la cama, es cierto, pero sé que eres una mujer íntegra y que jamás querrías encasquetarme al hijo de otro… Si ni siquiera me has permitido conocer a Celia aún.

—Pero tú no quieres ser padre, Isabel…

—Ven, vamos a sentarnos, estás temblando y tienes que tranquilizarte, esto no es bueno para el embarazo.

León la guio hasta el sofá, hizo que se sentara y él lo hizo en la mesa baja que había delante para quedar frente a ella. Tomó su cara y le secó las lágrimas con los pulgares, para después besarle la frente y los labios con cariño.

—Era Isabel la que no quería tener hijos, no yo. Cuando los padres de Santi murieron, aún éramos muy jóvenes, apenas acabábamos de terminar la carrera y empezábamos a trabajar. Ella en la bodega y yo en el estudio de arquitectura del padre de Santi.

»Nos vimos con un bebé de apenas un año, al que criamos como si fuera nuestro, e Isabel decía que con él ya tenía bastante, que no se veía pasando por más noches en vela, biberones, pañales y aparcando su vida para criar a otra criatura.

»Y, bueno, yo quería a ese crío como si fuera mío, y amaba a Isabel, así que no me importó no ser padre de nuevo, ya lo era.

»Pero ¿sabes qué? Desde pequeño siempre soñé con que algún día tendría muchos hijos, con una gran familia, esa que yo no tenía al ser hijo único con unos padres que me tuvieron cuando

ya creían que era imposible, que la menopausia era la que había venido a visitar a mi madre y no un niño de casi cinco kilos.

»Aitana, cariño, si antes no he reaccionado no es porque me haya sentado mal o quiera desentenderme de la vida que crece en tu vientre, sino porque, igual que le pasó a mis padres, no lo esperaba. Me ha tomado por sorpresa, porque ni tan siquiera lo hemos buscado.

—Es que sigo sin entender cómo ha podido suceder…

—Se nos pasaría comprobar algún preservativo, o habrá chispeado antes de llover, que más de una vez hemos jugado antes de ponerme el condón. Da igual, no importa, ya está hecho, y puedes tener claro que yo no voy a salir huyendo, porque no sé qué será de nosotros en el futuro, si funcionaremos como pareja o no, pero soy el padre de esa criatura, y jamás os dejaré en la estacada.

Aitana se lanzó a besarlo. León tenía razón, no sabía qué sería de ellos, pero lo conocía lo suficiente como para que le quedara claro que él no era igual que su ex.

El beso fue ganando en intensidad, y ella no dudó en parar, levantarse del sofá, tomarle la mano a León y tirar de él para que también lo hiciera. Después, lo arrastró hasta el dormitorio.

—Para, Aitana, no quiero hacerte daño, nunca he estado con una mujer embarazada…

—No nos va a pasar nada ni al bebé ni a mí, tengo una revolución hormonal de la hostia que me pide sexo a gritos, y como no me folles hasta que nazca la criatura, voy a ser yo la que te deje.

—Joder, me encanta cuando te pones mandona… —le sonrió pícaro León.

—Pues arráncame las bragas, haz que me corra en tu boca y fóllame como solo tú sabes.

León no dudó en cumplir cada uno de sus deseos. Sus bragas quedaron hechas jirones, hizo que explotara con su lengua y estaba a punto de abrir el cajón de la mesita de noche cuando ella lo frenó.

—No vas a dejarme embarazada, ya lo estoy, y me muero por sentirte sin nada.

—La costumbre…

León se adentró en ella, provocando que los dos gimieran ante la sensación de sentirse piel con piel, aunque algo le decía que esa sensación ya la había vivido antes con ella, era como si su polla la reconociera.

Se entregaron al placer, hasta que Aitana volvió a correrse y él la acompañó, vaciándose en su interior y sintiendo que jamás podría volver a estar con ella con barreras, que su corazón necesitaba que siempre fuera así entre ellos, y que no quería experimentarlo con nadie más que no fuera la mujer que en ese instante abrazaba por la cintura tumbado a su lado.

Y, entonces, le llegó un *flashback*…

—La cena de Navidad de tu empresa…

—¿Qué? —preguntó Aitana sin comprender.

—Cuando llegamos aquí, me dijiste que estabas tan húmeda porque estabas ovulando, pero no fue por eso…

—¿Cómo que no fue por eso? —lo apremió ella a que siguiera hablando.

—No usamos condón en el *pub*, estabas tan húmeda porque me había corrido dentro de ti, y aquí habita la consecuencia del desliz que tuvimos fruto de la calentura y el alcohol —sentenció León, al tiempo que se arrastraba por la cama para llegar a su vientre y besarlo.

36

Santi estaba tirado en el sofá viendo una película que no le decía mucho. Era domingo, y al día siguiente tendría que volver a la universidad y cruzarse con Rubén, algo que no le apetecía nada después de lo sucedido con él el viernes por la noche.

Su móvil vibró, y lo cogió temeroso de que fuera Rubén, aunque este no se había puesto en contacto con él desde que saliera de su casa tras aquel polvo mágico que le hizo comprender que ni había pasado página ni la pasaría en mucho tiempo. Iba a ser difícil cambiar de libro.

Suspiró aliviado al ver que se trataba de su tío, que querría hablar del trabajo que tenían por delante en las próximas semanas, un hotel en Madrid cuyo proyecto lo tenía encandilado.

—Creí que no tendría noticias de ti hasta mañana… —le dijo con tono socarrón.

—¿Estás en casa? He olvidado coger mis llaves.

—Sí, no he quedado con Piluca hasta dentro de una hora.

—Pues ábreme, que estoy abajo.

La llamada se cortó, y Santi fue hasta el telefonillo que tenía en la entrada. Le dio al botón de la cámara, comprobó que ahí estaba su tío y le abrió. Acto seguido, hizo lo mismo con la puerta del piso, y esperó a que llegara.

Cuando Santi vio a León, supo que venía a contarle algo que nada tenía que ver con el trabajo. Se le notaba nervioso, temeroso y feliz a partes iguales.

—¿Qué tal el fin de semana? —le preguntó León cuando estuvieron en el salón.

—Suéltalo —fue la respuesta de Santi.

—¿Cómo?

—Que te conozco desde que nací, me has criado y me sé de memoria todos tus estados anímicos. Tienes que contarme algo y no tienes ni idea de cómo hacerlo. Así que suéltalo sin rodeos.

León sonrió al escuchar las palabras de su sobrino. Tenía razón, había sido un padre para ese hombre, porque ya no quedaba nada del niño que fue, y se conocían demasiado bien.

—Está bien, allá va, aunque quizá deberías sentarte…

—¿Tan fuerte es la noticia? —quiso saber Santi mientras hacía caso a León y se sentaban en el sofá.

—Voy a ser padre.

De todas las noticias que Santi podría haber esperado escuchar de boca de su tío, esa era la única que en ningún momento se le pasó por la mente.

—¡¿Cómo?!

—Bueno, creo que no necesitas que te lo explique a estas alturas de la vida, ya sabes, papá pone la semillita en mamá…

—Calla —soltó Santi dando una carcajada—. Eso ya me lo explicaste en su día… Me refiero a que cómo es posible que vayas a ser padre, que me vayas a dar un hermano… —siguió riendo.

A León se le humedecieron los ojos al escuchar la última palabra de Santi. No tenían la misma sangre, pero eso le demostraba que sería un buen padre para la criatura que estaba en camino si lo había sido de él hasta el punto de sentirlo su hermano.

—Sabes que estoy saliendo con alguien desde hace unos meses, y, bueno, tuvimos un desliz que ha terminado en embarazo. Habíamos bebido, se nos fue de las manos y no nos hemos acordado de ello hasta ayer.

—Joooder, tío, que se le pase a una persona joven, vale, pero que ya tenéis una edad… Bueno, tú ya tienes una edad, ella no sé cuántos años tiene.

—Es Aitana —soltó sin más preámbulos. Santi sabría tarde o temprano que se trataba de la hermana del hombre que tanto trabajo le estaba costando olvidar, aunque ya estaba mucho mejor que un par de meses atrás.

—¿Aitana? ¿Quién es Aitana? ¿Se supone que la conozco? No será la cantante, ¿no? Porque a mí me encanta y fliparía si tuvieras un hijo con ella.

—Estás loco, lo sabes, ¿verdad? ¿Cómo va a ser la cantante?

—No sé, como tenías ese secretismo, lo mismo era porque ella es famosa y teníais que veros a escondidas para que nadie os pillara.

—Ojalá hubiera sido ella, porque sé que no te va a hacer ninguna gracias descubrir quién es en realidad… Es… la hermana de Rubén.

—¡¿Qué?!

—Que la mujer con la que llevo viéndome unos meses es la hermana de Rubén y vamos a ser padres en unos siete meses.

—Me acosté con él el viernes.

—¡¿Qué?! —Ahora fue León el que no salía de su asombro.

—Te prometo que yo no quería, pero no pude resistirme, y ahora vuelvo a estar jodido. Eso sí, esta vez te juro que no vuelve a pasar nada entre nosotros. Se lo dejé claro antes de echarlo de aquí.

—Santi, no puedes seguir así. O sí, o no.

—No, puedes tener claro que no. Ya te conté los términos de la relación que él quería, y yo no estoy dispuesto a pasar por el aro.

—Pero si has caído el primer día que has salido de fiesta…

—No volverá a pasar.

—Y, ahora, con los nuevos acontecimientos, vais a veros con frecuencia…

—Sabré mantenerme en mi sitio. Como vuelva a acostarme con él, te doy permiso para que me hagas una castración química, que no se me vuelva a levantar en la puta vida, así seguro que no vuelvo a caer en sus redes.

León tuvo que aguantar la carcajada. Sabía que Santi estaba pasándolo mal, pero tenía unos golpes que siempre le hacían reír, aunque la situación no lo precisara.

—Tomo nota de ello —le respondió con una sonrisa, aunque después se puso serio—. Aitana quiere conocerte… Bueno, quiere ver en el hombre que te has convertido, no te ve desde que eras un niño.

—Está abajo, ¿verdad? —León asintió—. Ve a buscarla mientras me pongo algo de ropa decente y me peino.

—¿Estás seguro de que quieres verla?

—Sí, claro, tarde o temprano tendrá que ser, y… Bueno, aún no te lo he dicho, pero me alegro mucho por ti. Sabes que siempre me he sentido un poco culpable por ser el motivo de que no tuvieras hijos con mi tía.

—Tú eres mi hijo, Santi, no lo olvides nunca —le dijo León al tiempo que lo abrazaba y una lágrima traicionera se le escapara a ambos.

—Anda, venga, ve a buscarla. No la hagas esperar más, que debe estar de los nervios —le pidió mientras que se restregaba los ojos y sorbía por la nariz.

Esperó a que su tío saliera, cogió el móvil de la mesa y fue tecleando un mensaje para Piluca.

Vas a flipar cuando te cuente luego lo que ha pasado. Ve a buscar una tonelada indecente de helado, lo necesito en cantidades industriales. Y sí, tiene que ver con Rubén más allá de lo que ya te conté ayer. Solo te digo que no voy a poder echarlo de mi lado en la puta vida.

Soltó el teléfono sobre la cama, fue hacia el armario, respiró hondo e intentó dejar la mente en blanco. No sabía cómo cojones iba a hacer para poder olvidarlo después de lo que acababa de saber, pero tenía claro que no pararía hasta conseguirlo.

37

El viernes llegó, y Rubén pensó en ir al *pub* esa noche, pero entonces recordó que León iba a cenar con su hermana en el piso para que él y Celia se conocieran. Intentó escabullirse, pero Aitana casi le rogó que no la dejara sola en un momento tan crucial, y no pudo negarse.

—Tato —lo llamó Celia desde la puerta de su dormitorio, pidiéndole permiso para poder entrar.

—¿Qué pasa, princesa? Entra, ven, túmbate aquí un poquito conmigo, anda.

—¿Puedo *peguntate* una cosa? —Rubén se echó a temblar, su sobrina siempre lo ponía en situaciones comprometidas con sus ganas de saber, como aquella vez que le preguntó que si el niño saldría por la churra si él se quedaba embarazado.

—Espero que no sea muy difícil.

—¿Sabes que mamá tiene novio?

—¿Te lo ha dicho ella? —No quería meter la pata.

—No, *pedo* la he escuchado *hablá* con alguien y *deídse*, *decile cadiño*, *mandale* besos…

—Pues creo que eso es algo que deberías preguntarle a ella, peque.

—Y viene esta noche…

—¿Y cuál es tu inquietud?

—Es que mamá está muy feliz, y no *quiedo* que se vaya como papá y vuelva a *está tiste*.

—No pienses en eso, cariño. No todos los hombres somos iguales, igual que ninguna de tus amigas es igual a la otra, ¿verdad?

—Sí, es *vedad*. Y Gabriel también es distinto de su *hedmano* y de mí. No habla, *pedo* cuando *quiede* algo, me lo señala.

Rubén sonrió, como cada vez que nombraba al crío, porque era la única erre que le había escuchado pronunciar a su sobrina desde que empezó a hablar.

—Celia, el baño ya está listo. Vamos, que ya es tarde —dijo Aitana desde la puerta de la habitación.

La niña salió corriendo tras darle un beso a su tío, y Aitana la siguió después de dedicarle un gracias mudo a su hermano.

Rubén se quedó mirando al techo, pensando en si Santi también vendría con su tío. Se moría de ganas por verlo fuera de la universidad, allí no había forma de hablar con él, lo esquivaba en todo momento y no tenía excusa alguna para hacerlo ir a su despacho, ya que su asignatura la había aprobado con Matrícula de Honor. Y no porque él le diera ningún privilegio, sino porque no había puesto ni una sola palabra mal. Era un examen perfecto. Ni él lo hubiera hecho mejor.

Escuchó a su hermana salir del baño con la niña y decidió que le tocaba a él. En media hora, León estaría allí, debía estar presentable para entonces y apoyar a su hermana cuando le contara a la niña lo que ya sabía y lo que todavía no. Y lo que sabía no era porque la niña lo hubiera descubierto sola, era un plan bien orquestado entre Aitana y él para que la cría se fuera haciendo a la idea.

La ducha fue rápida, no podía entretenerse, y en veinte minutos ya estaba en el salón vestido, peinado y perfumado, porque no descartaba salir después de cenar a dar una vuelta, quizá estaba de suerte y podría ver a Santi. Y si así era, no iba a perder la oportunidad de acabar con él en la cama de nuevo si se daba.

El telefonillo lo sacó de sus pensamientos. León ya estaba allí, no le cabía la menor duda después de ver el nerviosismo de su hermana tras abrir desde el aparato que estaba en la cocina.

Tomó a su sobrina de la mano y dejó que Aitana fuera sola hasta la puerta. Quería darles unos segundos a solas, porque estaba seguro de que León estaba tan nervioso como ella.

Cuando llegaron al salón la una tras el otro, León saludó a Rubén con cara de pocos amigos, y este supo al instante que debía estar al tanto de lo que había sucedido entre su sobrino y él hacía una semana.

—Celia, cariño, ven, que voy a presentarte a un amigo.

La niña se acercó a León, le hizo un gesto para que se agachara a su altura, le dio un abrazo y dos besos, y no dudó en preguntarle:

—¿Tú *edes* el novio de mi mamá?

—¡Celia! —la reprendió Aitana.

—Eeeh… —fue lo único que consiguió contestar León.

—¿Qué intenciones tienes con ella? —insistió ella—. Como *llode pod* tu culpa, voy a *dadte* una patada *voladoda* en los huevos, que lo sepas. A papá no pude *podque* se fue muy lejos, *pedo* tú no te vas a *id* de aquí, ¿a que sí?

—Sí, tranquila, no pienso irme a ninguna parte. Mi nombre es León, y sí, soy el novio de tu madre —confesó, mirando a Aitana con una sonrisa—. Me han dicho que eres una doctora increíble.

—Sí, lo soy.

—Estupendo, porque tengo un dolor en el cuello…

—Ven —le pidió Celia, tomándolo de la mano y tirando de él—. Necesitas un masaje. Siéntate en el sofá.

Aitana miró emocionada la estampa que estaba desarrollándose delante de ella, y Rubén no dudó en pasarle un brazo por los hombros y pegarla contra su cuerpo.

—Ha ido bastante bien, ¿no?

—Eso parece —respondió Aitana, secándose una lágrima.

—Ahora solo queda ver cómo se toma lo que está por llegar.

—A eso es a lo que le tengo más miedo.

—Anda, vamos a dejar que Celia le dé uno de sus maravillosos masajes a León mientras nosotros ponemos la mesa.

Aitana le hizo caso a su hermano después de mirar a León y este asentir con la cabeza. La niña parecía encantada de ver que alguien necesitaba de sus cuidados, y ella no pudo más que sentirse orgullosa de él por cómo había conseguido acercarse a la niña con tan solo unas palabras, a pesar de que con la primera pregunta vio que estaba aterrado.

La cena transcurrió sin contratiempos, y Rubén fue a por el postre a la cocina para darles un poco de espacio a los tres. Estaba deseando terminar para poder irse al *pub*, deseoso de que Santi también hubiera ido después de salir a cenar con algunos compañeros de la universidad, cosa que él descubrió gracias a que su hermana le preguntó a León por su sobrino.

Llegó de vuelta con cuatro cuencos con helado de vainilla, era el favorito de Celia, y su hermana le comentó que ese sería el momento en que le contarían a la niña que iba a tener un hermanito o hermanita, todavía era pronto para saberlo.

—¡Helado de vainilla! —exclamó la niña al verlo, para después mirar a su madre y a León—. ¿*Ahoda* es cuando vais a *contadme* que voy a *tené* un *hedmanito*?

León se atragantó con la cucharada de helado que acababa de meterse en la boca, y Aitana se

puso lívida mirando a su hermano con la pregunta en los ojos de si había sido él quien se lo había contado, pero este negó con la cabeza.

—Pero… —fue lo único que consiguió decir Aitana.

—Vi la *pueba* en el baño. Pensé que tenías COVID, pedo me habías *abazado* y besado, así que no *eda* eso. Entonces *recoddé* que *eda* como el de la mamá de Lola, que me lo enseñó cuando se quedó *embadazada*.

—Vaya… —articuló León cuando se repuso del atragantamiento.

—León —llamó su atención la niña muy seria—, tú no *idás* a *Basil* como el capullo de mi papá, ¿no? Ayyy, que me tengo que *echá* un *eudo* en hucha.

Esa última frase arrancó una sonrisa en León, aunque entendía la preocupación de la niña, estaba seguro de que eso le habría creado un trauma, era muy pequeña y no debió ser fácil que su padre la abandonara.

—Ven aquí —le pidió, separándose de la mesa y palmeando sus piernas. La niña no dudó en hacerle caso tras mirar a su tío y que este asintiera—. No voy a irme a ninguna parte.

—¿Segudo?

—Mira, voy a contarte una historia. Cuando yo era muy joven, tenía una novia, con la que me casé. Pues esa novia tenía una hermana, y tanto ella como su marido murieron.

—¡Qué *tiste*!

—Sí, fue muy triste, sobre todo, porque tenían un hijo de apenas un año.

—*Pobecito*. Dile que yo puedo *sé* su amiga.

—Bueno, ese niño tiene ya veintiún años, pero mi mujer y yo lo criamos como si fuera nuestro hijo.

—*Edes* un buen *hombe*.

—¿Crees que si no hui entonces, voy a hacerlo ahora que este sí es mi hijo?

La niña se abrazó a su cuello y le dio un beso en la mejilla.

—¿Y cuándo os vais a *casá*?

—¡Celia! —exclamó Aitana.

—Aún es pronto, Celia, pero todo se andará —le respondió León, mirando con una ternura infinita a Aitana.

—Y… cuando os caséis… A *vé*, que como ya *edes* el papá de *oto* niño que no es tu hijo, ¿también *podías sé* mi papá? Es que todos mis amigos tienen uno…

—Si es lo que quieres, yo estaré encantado.

Aitana no aguantó más y se abrazó a León y a su hija. No pretendía enamorarse de nuevo, pero León se lo estaba poniendo muy fácil para que volviera a hacerlo, y algo muy dentro le decía que esa vez no estaba equivocándose.

Rubén los observó. Definitivamente, ya estaba de más en aquella reunión, así que se levantó para despedirse.

—Bueno, yo os dejo, voy a salir a dar una vuelta.

—Te acompaño a la puerta, quería comentarte una cosa sobre un hotel que vamos a construir en Madrid y que va a tener una bodega.

Rubén se puso en guardia. Si bien Santi no era hijo biológico de León, estaba visto que había adquirido con los años algunos de sus gestos, y esa forma de hablarle delataba que no era de eso de lo que quería hablarle.

Llegaron a la puerta, Rubén la abrió y esperó paciente a lo que tuviera que decirle.

—No te acerques a él, no le hagas más daño del que ya le has hecho.

—Yo…

—Piluca y yo nos hemos tragado dos meses donde el dolor y la tristeza lo consumían.

—No tengo intención de hacerle daño, solo…

—No va a aceptar lo que estás dispuesto a ofrecerle.

—Las cosas han cambiado, León…

—Estoy seguro de que harías cualquier cosa por tu sobrina, yo también, más incluso, porque Santi es mi hijo.

—No esperaría menos de ti, pero voy a decirte lo que él no me ha dejado decirle.

—Habla —lo instó León cuando vio que Rubén no terminaba de decidirse.

—He tenido que perderlo para darme cuenta de que lo quiero al cien por cien en mi vida —confesó derrotado, para después darle la espalda a León y emprender el camino a las escaleras.

Sabía que no iba a ser fácil, escuchar de boca de su tío lo que había sufrido por su culpa se lo confirmaba, pero no pensaba darse por rendido. Lo intentaría de todas las formas posibles, y si no lo conseguía, no tendría más remedio que dejarlo tranquilo para que fuera feliz en la vida.

38

La cena estaba siendo entretenida, aunque Santi no podía dejar de pensar que hacía una semana, tras una cena similar y unas copas después, había acabado en la cama con Rubén. Y sabía que seguía el mismo patrón, ya que después terminarían en el *pub*.

—Santi, ¿estás bien? —le preguntó Fabio, que estaba sentado delante de él.

Miró a su alrededor cuando la voz del novio de Piluca lo sobresaltó, y vio que las chicas no estaban.

—¿A dónde han ido?

—Al baño. Estabas como ido, ¿te sientes mal?

—No, no. Estaba pensando en otra cosa.

—En él, ¿verdad?

Santi le sonrió a Fabio. Sí, había dado en el clavo.

—¿Tanto se me nota?

—Creí que habías pasado página… Bueno, está claro que no, sobre todo, después de lo que pasó el viernes pasado.

—¿Soy imbécil? —le preguntó.

—A ver, no soy el más indicado para hablar de relaciones o amor, llevo toda la vida enamorado de la misma persona y no he tenido más parejas que Piluca, pero no creo que seas imbécil.

—¿No?

—En realidad sí, pero porque el amor nos vuelve un poco gilipollas. —Fabio soltó los cubiertos y tomó una mano de Santi—. Es evidente que lo que sientes por él es bastante fuerte, y eso te va a costar trabajo enterrarlo. Yo veo vuestra relación como… una droga. Siempre vas a ser adicto a él, y las recaídas están ahí. Lo importante es que vuelvas a salir y sigas adelante. Si lo que sientes es tan fuerte como creo, eso siempre va a estar ahí y tendrás que aprender a vivir con ello.

—Y bastante me va a costar no recaer, que después de lo de mi tío…

—Joder, macho, es que lo tienes todo en contra. Vas a tenerlo hasta en la sopa.

Santi vio a lo lejos que Piluca, Rocío y Ángela se acercaban, y decidió cortar la conversación, ya que Fabio sí estaba al tanto de todo, tuvieron que contárselo cuando la preocupación de su amiga por él rozaba el drama, pero las otras dos no tenían ni idea de lo que había sucedido con Rubén.

—No entenderás de amor, pero eres un buen consejero. No entiendo cómo no estás estudiando Psicología.

—Porque no tengo dinero, ya sabes que tendría que ser en Sevilla. Y, en realidad, me alegro de haber terminado en Enología, si no, nunca hubiera encontrado a Piluca.

—Pues me alegro porque estés ahora aquí cenando conmigo, aunque estoy seguro de que en el futuro terminarás por estudiar lo que realmente te gusta —le dijo mientras le robaba un ñoqui del plato a Fabio y este hacía lo mismo con un ravioli de él.

Siguieron cenando entre risas, Santi no volvió a abstraerse más, y cuando salieron del restaurante, pensó en irse a casa, lo que menos le apetecía era volver a encontrarse con Rubén, aún estaba superando la recaída. Pero, finalmente, decidió que debía enfrentarse a su droga, como bien lo había descrito Fabio, y resistir la tentación.

Llegaron al *pub* y lo primero que hizo Santi fue mirar por todo el local para intentar localizarlo. Suspiró aliviado cuando no lo encontró, quizá no iría esa noche, León le había dicho que iba a cenar en casa de Aitana y que esta le pidió a su hermano que estuviera presente porque iban a contarle a la niña que estaban juntos y que iba a tener un hermanito o una hermanita, aún era pronto para saberlo.

Fue hasta la barra, pidió un *gin-tonic* y no pudo evitar sonreír al mirar las estanterías y encontrar el *bourbon* que Rubén siempre pedía. Se dio una bofetada mental por haber pensado en él, así no iba a poder desengancharse nunca.

Fue hasta la pista de baile, donde los demás bailaban, y se unió a la fiesta.

No volvió a pensar en Rubén, estaba pasándolo demasiado bien, pero entonces notó una sensación de sofoco, miró hacia la puerta y lo vio. Tenía los ojos anclados a los suyos. Se quedó quieto, no siguió moviéndose al son de la música, y no reaccionó hasta que Fabio se puso delante de él, rompiendo su campo de visión.

—¿Quieres que nos vayamos? —le preguntó, y Santi fue consciente de que él también lo había visto.

—Para nada. Lo pasamos de puta madre y me niego a que se me chafe la noche. Es más, al primero que me entre y me guste, pienso tirármelo. ¿Quieres tomar algo? Voy a por otra copa.

—Santi, para, Rubén va hacia la barra…

—Lo sé.

Apartó de su camino a Fabio y fue hasta el lugar donde se había sentado, el mismo que el día que se conocieron. Si no hubiera hecho por irse, no habrían vuelto a cruzarse, y quizá no estaría pasando por su primer mal de amores.

Se apoyó en la barra y le hizo una señal al camarero, que acudió raudo a donde él estaba. Ya le puso al tanto en su momento de lo que había pasado entre el del *bourbon* y él, e intuía que no querría estar mucho tiempo cerca del dueño de sus tormentos.

—¿Otro gin-tonic?

—Qué bien me conoces… Sí, otro *gin-tonic*.

Santi siguió ignorando a Rubén, que lo miraba entre nervioso y divertido. Estaba pasando de él, y eso le hizo gracia. Sabía perfectamente que encontraba a su lado, por eso tenía la mirada fija al frente.

—Hola —se decidió a saludarlo, no quería que se fuera de nuevo a la pista de baile sin hablar con él.

—Hola —respondió seco Santi.

—¿Cómo estás?

—Bien. Disfrutando de la noche.

—Creí que vendrías a la cena. Aitana tenía muchas ganas de verte.

—Cuando León me lo dijo, ya había quedado para cenar. Mucho me temo que habrá más ocasiones.

—Eso parece. ¿Te ha contado León cómo ha ido la cena?

—No, no he hablado con él.

—¿Y no quieres saberlo?

—Ya me lo contará mañana. De todas formas, si no me ha llamado, debe ser porque todo ha ido bien.

—Más que bien.

—Me alegro.

—No ha tardado más de unos minutos en ganarse a Celia. —Santi no pudo contener la sonrisa al escuchar aquello.

—Sabía que sería así.

—Yo tenía mis dudas.

—A León le encantan los niños, tiene mucha mano con ellos.

—Ya me he dado cuenta, pero Celia no lo ha pasado bien a su corta edad. Por eso Aitana quería que estuviera en la cena.

Andrés se puso delante de ellos y comenzó a preparar la copa de Santi, provocando así que la conversación se cortara. Santi le dedicó una sonrisa y un asentimiento de cabeza, dándole a entender que no pasaba nada, que Rubén no estaba incomodándolo, y el camarero los dejó solos en cuanto terminó de servirla.

—¿Estás contento porque León vaya a ser padre?

—Pues claro que sí —soltó con ímpetu—. No sabes la de veces que le pedí a mi tía un hermanito… —dijo casi en un susurro, aunque Rubén lo escuchó.

—Pues ahora lo vas a tener. Bueno, no uno, sino dos.

—¿Dos? —Santi lo miró sorprendido, pensando que eran mellizos.

—Claro. Es que ha sido todo muy emotivo, la verdad. ¿Te lo cuento?

Santi quería decirle que no, que volvía a la pista de baile, pero asintió. Se dijo a sí mismo que era porque su vena cotilla siempre ganaba, quería creer que era así, pero muy en el fondo sabía que se debía a que era un puto yonqui de mierda, y necesitaba estar cerca de él.

Cuando Rubén le contó cómo se había desarrollado la cena, tuvo que contener las emotivas lágrimas que luchaban por escapar de sus ojos. Entendía a esa cría, él sabía lo que era perder a un padre y que otra persona se encargara de darle todo ese amor. Y León era la persona perfecta para brindarle ese apoyo, compañía y cariño.

—Pues nada, he pasado de ser hijo único a tener una familia numerosa —dijo tras terminar de narrarle cómo se habían sucedido las cosas.

—Eso parece —le sonrió Rubén, que se sentía exultante al ver la felicidad en el rostro de Santi.

—¡Qué fuerte!

—Por cierto, ¿eso significa que pasas a ser mi sobrino? —Santi soltó una carcajada, y Rubén lo siguió.

—No te pases, no pienso llamarte tito.

—Ufff, menos mal…

—¿Tan malo sería tenerme por sobrino? —preguntó con falsa indignación.

—Sí, porque la única forma que quiero que me llames es jadeando mi nombre —le dijo, sin apartar la mirada de los ojos de Santi mientras le acariciaba la mano.

—Acompáñame fuera, por favor —respondió Santi totalmente serio.

Rubén lo siguió cuando lo vio emprender el camino. Sabía que su cambio de actitud no presagiaba que terminaran follando esa noche, pero haría lo imposible por hacerle cambiar de opinión.

Una vez estuvieron apartados de la puerta, Rubén lo tomó de la mano y tiró de él hasta la calle más cercana, lejos de miradas indiscretas. Lo aprisionó contra la pared y se lanzó a besar los labios.

Santi se quedó perplejo, y su boca traidora no dudó en responder al beso con la misma pasión que Rubén estaba imprimiéndole. Creyó derretirse cuando sus labios se dedicaron a adorar su

cuello, fue incapaz de contener un gemido. Estaba excitado, muy excitado, como cada vez que lo tenía cerca. Deseaba que lo tomara allí mismo, en la primera casapuerta que encontraran abierta.

Sentir sus manos colándose por dentro de su camiseta fue como tocar el cielo, y cuando una de ellas se deslizó dentro de su pantalón, sintió un subidón de adrenalina solo comparable al que te proporciona la droga más placentera.

Droga.

Rubén era una droga.

Rubén era su droga…, y se estaba dejando arrastrar.

Como si de un relámpago se tratase, la conversación con Fabio acudió a su mente, y no dudó en empujar a Rubén para separarlo de él.

—No, Rubén…

—Tienes razón, nos hemos dejado llevar, cualquiera podría vernos… —comentó Rubén recomponiéndose—. ¿Nos vamos?

—No me refería a eso. Lo que quería decir es que esta vez no, que no vamos a ir a mi piso, que no vamos a acostarnos, que nunca más voy a dejarme llevar.

—Pero…

—Y no es porque no me apetezca, te lo puedo asegurar, pero no volverá a suceder. Lo que había entre nosotros se terminó, y no voy a pasar otra vez por lo mismo.

—Santi, por favor, dame otra oportunidad —le rogó, acercándose para acariciarle la mejilla. Lo que realmente quería era besarlo, pero sabía que no era el momento, así que se conformó con ese roce.

—Piluca debe estar preguntándose dónde estoy —le dijo, alejándose un par de pasos de él—. Adiós, Rubén —se despidió antes de girarse para emprender el camino de vuelta al *pub*.

Rubén lo vio alejarse. Sabía que debía dejar las cosas como estaban, era lo mejor, pero si Santi no sintiera algo por él, no se habría dejado llevar de esa manera. No, no iba a desistir, no mientras hubiera una pequeña esperanza de que pudiera subir de nuevo al tren que dejó pasar por gilipollas.

39

Las semanas fueron pasando y la universidad se convirtió en el juego del gato y el ratón. Santi intentaba evitar todo lo posible a Rubén, y Rubén estaba constantemente haciéndose el encontradizo.

Habían vuelto a verse en el club, pero Santi siempre se mantuvo a distancia, hasta que Rubén se dio por vencido con esa técnica y dejó de ir por allí, y él no tardó en hacerlo también cuando comprendió que ya había conseguido su propósito de alejarlo. Aunque la realidad era bien distinta, había dejado de ir porque en el fondo moría por verlo.

El móvil de Santi sonó y contestó mientras se miraba por última vez en el espejo.

—¿Ya estás abajo? —le dijo a la persona que estaba al otro lado de la línea.

—Sí, no tardes.

—Ya voy.

Colgó la llamada, cogió las llaves y salió rápido. Fue hacia el ascensor, pero estaba ocupado, así que decidió bajar por las escaleras. La hora se le echaba encima, y no le gustaba llegar tarde, aunque a esa cita ya iba semanas tarde.

Sí, había llegado el día en que tendría que comer en familia con Aitana, Celia y Rubén, algo que no le apetecía, porque sabía que la situación iba a ser incómoda, sobre todo, si a Rubén le daba por entrarle, como había pasado en más de una ocasión en el club después de que aquella noche lo rechazara.

León aparcó a dos calles del edificio donde vivía Aitana con su hija y Rubén. Santi se bajó del coche, respiró hondo y soltó el aire de golpe. Había llegado el momento, y no podía controlar el estado de nervios en el que se encontraba.

Su móvil comenzó a sonar cuando estaban llegando a la puerta, lo sacó del bolsillo y sonrió al ver que era una videollamada de Ahmed. Hablaban todas las semanas, y fue un gran apoyo para él en todo ese tiempo. Bueno, el apoyo era mutuo, ya que ambos sabían que pronto tendría que poner fecha de boda.

—Buenas noches, señor jeque —lo saludó Santi con una sonrisa.

—¿Dónde estás?

—Llegando a mi suplicio. Saluda a mi tío. —Santi giró el teléfono para que Ahmed pudiera ver a León, que estaba casi igual de nervioso que él, pues no sabía cómo iba a resultar aquella cena.

—Buenas noches, León.

—Buenas noches, Ahmed.

—Pues me viene muy bien que estéis juntos, porque quería hablar con los dos.

—Te escuchamos —le alentó Santi.

—En dos meses será mi enlace con Malak, y me gustaría que vinierais a la boda.

Tío y sobrino se miraron antes de que este último hablara.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer, Ahmed?

—Santi, ya lo hemos hablado, no puedo hacer otra cosa.

—Está bien, no te insisto más, pero sabes que si decides cambiar de opinión, puedes contar con nosotros para lo que necesites.

—Muchas gracias. Entonces, ¿vendréis?

—No me perdería por nada del mundo una buena fiesta —respondió Santi divertido.

—León, estaría encantado de que vinieras con Aitana y su hija.

—Lo hablaré con ella, aunque el embarazo la tiene vomitando a todas horas.

—Espero que se le pase pronto, amigo. Santi —llamó la atención de este—. A ver… No sé cómo comentarte esto.

—Quieres invitar a Rubén, ¿verdad?

—Sabes que en estos meses hemos forjado una amistad, al igual que nosotros, pero si eso va a incomodarte, no lo invitaré.

—Anda, no te preocupes, invítalo. Lo nuestro ya está muerto y enterrado.

—¿Estás seguro?

—Que sí, de verdad, no va a ser un problema para mí.

—Está bien. Gracias.

—Bueno, Ahmed, tenemos que dejarte, que nos están esperando, y Aitana ya debe estar de los nervios —decidió cortar la conversación León, que se había dado cuenta de que a su sobrino sí que le había afectado que Rubén fuera a la boda, le temblaba la mano con la que sujetaba el teléfono.

—De acuerdo. Os mandaré un correo con los datos del vuelo, podéis venir en uno de mis *jets* privados desde Málaga, y también os enviaré las reservas del hotel.

—Pero no es necesario —intervino Santi.

—Sois mis invitados, además de que mi padre os aprecia, y jamás permitiría que visitarnos os supusiera un gasto.

—Es para nada discutir el asunto, ¿verdad? —se interesó León.

—Me temo que sí.

—Pues no seguimos insistiendo, porque va a ser para nada. Mándanos toda la documentación cuando la tengas, que tenemos que cuadrar agenda.

Se despidieron de Ahmed y entraron en el edificio. Santi miró a su tío con una ceja alzada cuando vio que tenía sus propias llaves. Porque si Aitana viviera sola, pues sería algo normal, pero no era así. Rubén vivía con ella.

—Hemos llegado a la vez —dijo una voz que conocía muy bien detrás de ellos—. Me puse a pintar el salón y se me fue la hora. Mi hermana debe estar de los nervios.

«¿El salón?, ¿qué salón?», se preguntó Santi, y su tío le dio la respuesta a las preguntas no formuladas.

—¿Al final vas a cambiar los colores?

—Sí, eran demasiado claros para mi gusto.

—La verdad es que sí, pero el piso es una maravilla.

—Sí, tuviste buen ojo cuando estuvimos buscando.

Se había mudado. Rubén se había mudado, y él no se había enterado de nada. Se sintió enfadado con su tío por no contárselo, pero sabía que no era justo hacerlo, ya que le dijo por activa y por pasiva que no quería saber nada que tuviera que ver con el hombre que hablaba de tonalidades de grises en ese momento.

Subieron los tres juntos en el ascensor. León y Rubén hablando del ático que había alquilado, Santi escuchándolos sin decir nada. Estaban llegando a la puerta cuando el teléfono de Rubén sonó, y Santi vio en la pantalla que se trataba de Ahmed, aunque rechazó la llamada porque Aitana ya estaba abriendo.

—Llama para invitarte a su boda, hemos hablado con él antes de que llegara —consiguió decir Santi.

—Joder… —negó con la cabeza.

—Has intentado disuadirlo, ¿verdad?

—¿Tú también? —Santi asintió.

La breve conversación terminó cuando un torbellino en forma de niña se tiró a los brazos de León y se abrazó a su cuello. Santi y Rubén se dirigieron una sonrisa sincera al ver la escena, y el cruce de miradas se vio interrumpido cuando Aitana se acercó a saludar a su hermano y también a él.

—Dios mío, en persona te pareces muchísimo más a tu madre que en fotos.

Aitana le dio un abrazo, se agarró de su brazo y tiró de él hacia el salón, donde la mesa ya estaba puesta.

Celia lo miraba con curiosidad, pero no fue hasta que se sentaron a comer que dio comienzo su interrogatorio.

—¿Tú *edes* Santi?, ¿el hijo de León?

—Sí, ese soy yo, y me han dicho que tú y yo vamos a ser algo así como hermanos, ¿no?

—¿Y tú *edes* el mismo Santi que es el novio de mi tío?

Rubén se atragantó al escuchar lo que acababa de soltar su sobrina, y Santi se quedó sin saber qué responder a eso, pues no tenía ni idea de dónde había sacado eso la niña.

—¡Celia! —la riñó su madre.

—¿De dónde sacas eso, peque? —le preguntó Rubén.

—Es que dices su *nombe* en sueños, y si sueñas con él, es *podque* es tu novio. —Santi no salía de su asombro—. Aunque a veces pienso que no es así, *podque* cuando estás en la ducha, te he escuchado *decí* su *nombe*, *pedo padece* como si te *hubieda* pegado, *podque* te quejas.

Santi se llevó la mano a la boca intentando aguantar la carcajada. Celia acababa de desvelarle que Rubén se masturbaba en la ducha pensando en él, y si eso le hacía gracia, mucho más la cara descompuesta del tío de la niña.

—Celia, ¿qué te he dicho de espiar a los mayores?

—Yo no hago eso, mamá. Es que me *despiedta* diciendo su *nombe* cuando me *duedmo* con él.

—Bueno, va a ser mejor que cambiemos de tema. Ahmed nos ha invitado a todos a su boda —cortó la incómoda conversación León, y vio que Rubén empezaba a tener su color habitual en la cara.

—¿Cuándo es? Porque no sé cómo estaré para entonces.

—Es en dos meses, pero si no te sientes bien para ir…

—Ah, bueno, para entonces solo estaré de veintisiete semanas, no creo que haya problema.

—Haremos lo que tú decidas…

—Por cierto, me ha llamado el ginecólogo para adelantarme la cita al miércoles, ¿tú puedes, o le digo que mejor para el viernes?

—El miércoles tengo una reunión en Madrid…

—Tío —intervino Santi—, esto es más importante, yo puedo ir por ti.

—¿Seguro?

—Claro que sí. Además, sabes que lo que quieren tratar es el tema financiero de la inversión, y no hay nadie mejor para eso que yo.

—En eso tienes razón —concedió León.

Terminaron de cenar sin más contratiempos, Celia no volvió a dejar en evidencia a su tío, y estaban recogiendo la mesa cuando a Santi le entró un correo electrónico de Ahmed. Lo abrió y

sonrió al ver que eran los datos del vuelo y la reserva del hotel, el mismo en el que se alojaron la vez que se conocieron. Aunque la sonrisa se le agrió cuando vio que también estaba la de Rubén.

—Qué eficiencia la de estos árabes… —dijo, mostrando el correo a su tío.

—Ya te digo… —agregó Rubén, que también miraba su teléfono—. Aunque creo que hay un error —le susurró demasiado cerca cuando vio que León y Aitana iban hacia la cocina.

—¿Un error?, ¿cuál?

—Que no nos han puesto en la misma habitación.

Santi no sabía si reír o soltarle una hostia. Y no solo porque le hubiera insinuado que quería disfrutar de ese viaje con él, sabía que no perdía la mínima oportunidad para entrarle, y decidió devolverle el aprieto en el que se había visto envuelto de una forma que sabía que no le iba a gustar.

—A ver, pajillero… —consiguió decir sin soltar una carcajada.

—¿Qué quieres? Me gustas, creo que es normal que me haga pajas pensando en ti.

—Rubén, baja el volumen o tu sobrina te bombardeará a preguntas —dijo cuando pudo parar de reír.

—Tienes razón, esa niña va para interrogadora del FBI como poco.

—Ahora fuera bromas. Rubén, debes tener mucho cuidado allí. La homosexualidad…

—Lo sé, tranquilo, solo lo he dicho por incomodarte un poco, lo reconozco. Aunque no me hubiera importado compartir habitación contigo, es más, podría enseñarte mi recién estrenado piso esta noche —le susurró, mordiéndose el labio y sin apartar la mirada de la de él.

—¿Es otra broma? —preguntó Santi, aunque sus ojos le gritaban que eso sí era verdad.

—Para nada. Santi…

El teléfono de Santi sonó justo cuando los labios de Rubén se acercaban a los suyos peligrosamente, y eso lo salvó de un beso seguro.

Se apartó y respondió la llamada que sabía que no tardaría en llegar.

—Dime, Ibrahim… Sí, nos ha invitado a la boda. ¿Cómo estás tú?... Me lo imagino… Mira, miércoles y jueves estaré en Madrid; si no tienes que hacer nada por la noche, podemos cenar juntos… —le dijo, coqueto, al tiempo que miraba a Rubén a los ojos.

Rubén sintió que el mundo se abría bajo sus pies. Había pasado de estar seguro de que esa noche acabarían en su cama por la complicidad que casi acabó en un beso, a darse cuenta de que a Santi ya no le interesaba lo más mínimo.

Estaba perdiendo la partida, si no la había perdido ya, y ya empezaban a flaquear sus fuerzas para seguir luchando por ganar.

40

Santi leía en el Kindle cuando la megafonía anunció que estaban a punto de llegar a Madrid. Miró su iWatch sorprendido, el tiempo se le había pasado rápido debido a que estaba totalmente enganchado a la novela que estaba leyendo. Marcó la página por la que iba, salió de ella y sonrió al ver el unicornio de la portada.

—¡Qué gran descubrimiento Noni García! Lástima que solo tenga dos novelas LGTBI —murmuró en voz baja mientras guardaba el dispositivo en la maleta del portátil y aprovechaba que estaba sentado en el asiento del pasillo para levantarse e ir ya a buscar su maleta.

El tren paró en su destino y fue el primero en salir al andén. Lo recorrió rápido hasta llegar a las escaleras mecánicas, y cuando salió al *hall*, donde la marea humana de Atocha se encontraba, sonrió al ver a Ibrahim con sus característicos vaqueros negros y una camiseta de Los Ramones.

Ibrahim fue a darle al encuentro, y se saludaron con un ligero beso en los labios y un abrazo cargado de sentimiento. En los últimos tiempos, los dos habían sido el apoyo del otro. Santi podía comprenderlo más que a Ahmed, ya que se encontraban en la misma situación; tuvieron que poner fin a algo que nunca les llevaría a ninguna parte.

—¿Cómo estás? —se interesó Santi.

—He tenido épocas mejores, ¿y tú?

—Misma respuesta.

Ibrahim cogió la maleta de ruedas de la que tiraba Santi y tomó su mano con la que le quedaba libre. Fueron andando hasta el *parking* donde tenía el coche y salieron de Atocha rumbo a no sabía dónde, ya que el árabe había insistido en que no reservara hotel cuando él vivía solo en su piso.

Les costó la vida llegar a la zona de Malasaña, el tráfico era infernal, y Santi pensó que hizo bien en irse el día anterior a la reunión, ya que llegaría muy justo de tiempo y odiaba llegar tarde.

—Bienvenido a mi hogar —le dijo Ibrahim una vez entraron en la vivienda tras dejar el coche en el garaje y subir en el ascensor.

—Gracias —le sonrió Santi.

—No es muy grande, solo tiene dos habitaciones, pero para mí solo está bien.

—Pues sí, no necesitas mucho más, y vivir aquí es caro.

—Ven, vamos a dejar esto en tu habitación y te enseño lo demás.

Soltaron la maleta e hicieron un *tour* por las distintas estancias. El piso solo tenía un baño, no era necesario mucho más, y la cocina estaba integrada en el salón. Ibrahim sacó un par de cervezas de la nevera, las abrió y le tendió una a Santi.

—¿Estás cansado? —le preguntó cuando lo vio bostezar.

—Sí, llevo varias noches que duermo regular —contestó Santi.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo con Rubén y no me lo has contado?

—Sí… ¿Recuerdas cuando me llamaste el viernes? —Ibrahim asintió—. Estaba a punto de besarme en ese momento, y no creo que hubiera podido resistirme o rechazarlo.

—¿Tan pillado sigues de él?

—Pues la verdad es que no, o eso creo, pero su sobrina me confesó que lo escuchaba decir mi nombre en sueños y mientras estaba en la ducha… Ya me entiendes. Y, sinceramente, no sé cuál de las dos cosas me removió más por dentro.

—Bueno, pues no salimos esta noche, creo que nos vendrá mejor una sesión de cine, palomitas y tarrinas de helado. ¿Qué quieres cenar?

Pidieron *pizzas* y siguieron disfrutando de la cerveza mientras llegaba el pedido. Hablaron del nuevo trabajo de Ibrahim, en el que empezaría el lunes siguiente. Estaba ilusionado, se notaba que le gustaba, y eso hizo que el ambiente fuera relajado.

El telefonillo sonó y Santi buscó en el teléfono la aplicación para pagar con tarjeta, pero Ibrahim se lo quitó de las manos.

—Invito yo.

—No, no. Invito yo, que tú me has dado alojamiento —replicó, intentando hacerse con el móvil.

—Pero yo soy el anfitrión, no puedo permitirlo.

—Déjame pagar a mí, por favor —le pidió Santi, que sabía que si no le daba el terminal por propia voluntad, tenía complicado cogerlo porque era bastante más alto que él.

—No, no vas a pagar.

Santi no se lo pensó. Lo abrazó por el cuello, saltó para enredar sus piernas en la cintura de él y alzó una de las manos para quitárselo.

Iba a bajarse, pero sus miradas se encontraron en el camino y sus bocas se buscaron con desesperación. Tanta que se separaron agitados cuando el timbre de la puerta sonó rompiendo el momento.

Ibrahim soltó a Santi sobre la encimera de la cocina, se recolocó la erección y fue a abrir al repartidor. Pagó las *pizzas*, las dejó en la mesa y volvió junto a Santi para lanzarse a comerle la boca de nuevo.

—Se van a enfriar —consiguió decir Santi jadeante, cuando Ibrahim le sacó la camiseta por la cabeza.

—Podemos calentarlas en el horno después.

—Estupendo, porque lo que me apetece comer ahora mismo no es *pizza* precisamente.

Ibrahim soltó una carcajada, le encantaba el humor chispeante de Santi. Lo alzó para que enredara las piernas en su cintura y entre besos consiguió llegar al dormitorio.

Se desnudaron el uno al otro, y cuando ya no les quedaba ninguna ropa por quitar, Ibrahim tiró de Santi hacia la cama, se tumbó y le pidió que hiciera lo mismo encima de él, pero este reptó entre sus piernas buscando el manjar que quería disfrutar.

—No, para —le pidió Ibrahim—. Yo también tengo hambre.

Santi sabía lo que le estaba pidiendo, así que se dio la vuelta y siguió avanzando hasta que su polla estuvo en la cara de Ibrahim y la de él en la suya.

Ibrahim la engulló sin más detenimiento, mamó de ella con desesperación, provocando que la felación de Santi se entrecortara por el placer, que fue en aumento cuando le metió dos dedos en el culo y comenzó a jugar dentro.

—Joder, Ibrahim, estoy a punto de correrme.

Ibrahim paró la mamada, le dio un lametón en el ano, de donde también había sacado los dedos, estiró un brazo, abrió el cajón de la mesita de noche y le dio un condón para que se lo pusiera a él mientras vertía un chorro de lubricante en su entrada.

Una vez lo tuvo colocado, se arrastró hasta quedar sentado contra el cabecero de la cama. Tiró de Santi y le besó la espalda y el cuello al tiempo que este tomaba su erección para conducirla a donde deseaba tenerla. Poco a poco fue bajando, hasta que la tuvo por completo dentro de él, provocando que los dos gimieran de placer.

Santi comenzó a cabalgarlo de espaldas mientras Ibrahim se dedicaba a masturbarlo. No duraron mucho, estaban demasiado excitados. El primero en correrse fue Santi, que bajó el ritmo por el placer, así que Ibrahim no dudó en ayudarlo buscando su propia liberación.

Y lo encontró, vaya si lo encontró, llevaba dos semanas sin follar, desde que vio a Ahmed por última vez.

Santi se alzó, haciendo que Ibrahim saliera de él y se sentó a su lado. Se miraron y, sin saber muy bien por qué, arrancaron a reír.

—Lástima que te vayas pasado mañana, me gusta follar contigo.

—A mí también, y quien dice el jueves dice el domingo, si te apetece, claro está.

—Claro que me apetece. La verdad es que me da mucha pereza salir a conocer gente para follar, y las aplicaciones tampoco es que me gusten mucho. Contigo es sexo seguro.

—Pero, Ibrahim, esto no significa…

—Tranquilo, eres un buen amigo, te aprecio y me gustas, pero no quiero una relación en este momento. No podré ser feliz con un hombre hasta que haya conseguido sacar por completo a Ahmed de mi corazón, y no sería justo para la otra parte.

—Entonces, creo que somos oficialmente follamigos. Vamos a por esas *pizza*s, que, después del ejercicio, ahora sí que tengo hambre de verdad.

Salieron de la cama desnudos, entre risas. Los dos eran un bálsamo para el corazón roto del otro, aunque nunca llegarían a ser la medicina que los curara.

41

Piluca estaba de los nervios esa mañana. Era viernes y debía estar contenta porque pasaría el fin de semana en la casa que Santi tenía en Grazalema con Fabio, pero estaba atacada porque el chico debía estar en ese momento examinándose del práctico del coche.

—Para de dar golpecitos en la mesa, que vas a terminar por derramar el café.

—Lo siento, es que mira la hora que es y todavía no me ha llamado.

—Estará aún con el examen.

—Pero ya ha pasado una hora desde la que estaban citados. ¿Qué hago?, ¿lo llamo?

—No, no lo llames. Nosotros ya pasamos por esto, y sabes que lo mismo te toca el primero que el último. Así que haz el favor de calmarte.

—Tienes razón… ¿Crees que le gustará mi regalo?

—Estoy seguro de ello.

—A mi madre le he dado una alegría a medias.

—¿A medias?

—Sí, está contenta porque me ha comprado un coche nuevo, pero preocupada porque teme que a Fabio le pase algo en el coche de su abuela.

—Doña Pilar es única —dijo Santi entre carcajadas.

Sí, Piluca iba a desprenderse de su adorado coche. Jamás lo hubiera creído, pero sabía que debía tenerlo él, y no dudó en aceptar el regalo de su madre la última vez que le insistió hacía una semana.

Terminaron el café, se disponían a ir a la siguiente clase, cuando el teléfono de Piluca comenzó a sonar y el nombre de Fabio iluminó la pantalla. Obviamente, no tardó más de un segundo en responder.

—Hola. ¿Ya has terminado?

—Sí, acabo de bajarme del coche.

—¿Y?

—¿Acaso dudas de mi capacidad?

—¿Has aprobado?

—¡Claro que sí!

—¡Enhorabuena! —gritó, provocando que Santi, que iba unos pasos por delante de ella, se girara para mirarla con una sonrisa—. No te muevas de ahí, voy a recogerte.

—No hace falta, puedo irme con el profesor de la autoescuela…

—Ni de coña —soltó, y después bajó el tono de voz—. Voy a recogerte, y después iremos a celebrar ese aprobado a mi casa. Me muero de ganas por ver cómo me conduces hasta el orgasmo.

Piluca cortó la llamada poco después y fue a darle al encuentro a Santi, que la esperaba en la puerta del aula.

—¿Serás capaz de sobrevivir sin mí en la soporífera clase que viene ahora?

—Claro que sí, venga, vete a buscar a Fabio, que por lo que he escuchado, va a meterte hasta la sexta.

—Va a revolucionarme entera —le contestó ella con picardía—. Por cierto, espero que lo pases muy bien este fin de semana con ese árabe que se está encargando de rejuvenecerte el

cutis, miedo me da que vuelva el domingo de la sierra y no te reconozca porque tienes la cara de un bebé.

—Anda, vete ya, loca.

Piluca le dio un beso en la mejilla y Santi la vio correr por el pasillo. Sí, su amiga estaba loca, y él se alegraba enormemente por ella, porque sabía que estaba feliz, al menos, uno de los dos lo era.

Entró en el aula y aguantó la clase a duras penas. El tiempo pasaba demasiado lento esa mañana, y él solo quería que dieran las dos, volver a casa y esperar a que Ibrahim llegara.

Le encantaba follar con él, tenía que reconocer que no tanto como con Rubén, porque ahí entraban los sentimientos y con Ibrahim era sexo en estado puro, pero lo pasaban muy bien.

Se negó a asistir a la última clase. Era viernes, estaba cansado y el calor empezaba a ser asfixiante en aquella época del año, así que decidió irse a casa, darse una ducha y esperar hasta que faltara poco para que el tren de Ibrahim llegara e ir a recogerlo a la estación.

Estaba a punto de salir al *parking* cuando se cruzó con Rubén. Ya no lo evitaba como antes, simplemente le dedicaba un saludo de cortesía y continuaba su camino, como estaba haciendo en ese momento.

—Me ha dicho mi hermana que vas a ser el otro padrino del niño —frenó Rubén a Santi.

—Eso parece —respondió a la vez que intentaba continuar andando.

—¿Tienes mucha prisa? Me gustaría hablar contigo sobre…

—¡Ibrahim! —exclamó Santi con sorpresa, dejando a Rubén descolocado—. ¿Qué haces aquí? —preguntó cuando llegó hasta él y lo abrazó, aunque no pudo decir nada más porque el otro fue directo a buscar sus labios y se fundieron en un besazo de campeonato.

—Quería darte una sorpresa…

—Pues lo has conseguido. Además, ya iba saliendo…

—¿Rubén? —dijo Ibrahim cuando fue consciente de la persona que observaba pálido la escena entre ellos dos.

—Eeeh… Hola —consiguió articular Rubén.

—Ay, Rubén, disculpa, ¿qué estabas diciéndome antes? —preguntó Santi, que sentía que algo le atravesaba el corazón al ver la expresión de dolor en él.

—Nada importante, ya hablaremos en otro momento. Disfrutad del fin de semana.

Rubén salió del edificio a toda velocidad. Hacía una hora que podría haberse marchado, pero estuvo esperando hasta que lo vio aparecer con la esperanza de que pudieran hablar y compartir un rato juntos.

Debería haberlo hecho, así no tendría grabada en su memoria la escena que acababa de vivir. Santi había pasado página, qué coño, ya había cambiado hasta de libro, y eso lo estaba matando.

Condujo en la moto hasta el piso de su hermana, había quedado con ella para comer, aunque tuvo que serenarse antes de subir, no quería que lo viera llorando como un niño chico, sabía que eso la disgustaría y no era bueno en su estado.

Cuando creyó estar tranquilo, entró en el edificio, subió por las escaleras y llamó a la puerta. Sí, ya lo tenía todo controlado, estaba estupendamente, o eso creía, porque cuando Aitana abrió la puerta, no pudo evitar derrumbarse.

—¿Qué te pasa, Rubén? Entra, no te quedes ahí.

—Que se acabó…

—¿Qué se ha acabado?

—Santi está saliendo con otro.

—¿En serio? ¿Te lo ha dicho él? Porque puede que solo lo haya hecho para…

—No, Aitana, no ha hecho falta que me diga nada. Los he visto, delante de mis narices, comiéndose la boca con otro y se le veía tan bien…

—Joder…

Aitana abrazó a su hermano. Hasta el día anterior, habían estado planeando la forma de que el hecho de que fueran a ser los padrinos los uniera de nuevo, pero no contaban con lo que había sucedido, que Santi hubiera pasado página de verdad y tuviera una nueva pareja.

La puerta del piso se abrió, Aitana vio aparecer un bulto empujado por alguien y sonrió.

—Ya estoy aquí, he pasado a recoger el carro…

León miró extrañado a Aitana al ver que abrazaba a Rubén sentados en el sofá.

Rubén se dio cuenta de que había cortado lo que fuera a decir, y que sería porque no entendía qué estaba pasando, así que se separó de su hermana, se limpió las lágrimas y se fue al baño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó León a Aitana.

—Santi. Eso le ha pasado.

—¿Le ha hecho algo mi sobrino?

—Pasar página. Rubén lo ha visto hoy con otro.

—Pero Santi no me ha contado que tenga pareja, solo se ve de vez en cuando con Ibrahim, pero no es una relación como tal. Literalmente me dijo: somos follamigos, nada de amor, solo sexo.

—Imagino que habrá sido eso lo que ha visto Rubén, y claro, no creo que Santi le haya dado explicación alguna.

Rubén volvió al salón. León lo observó. Sabía que le había hecho mucho daño a Santi por una serie de cosas que le ocurrieron en el pasado y que Aitana se encargó de contarle, pero era evidente que amaba a su sobrino, que cometió un error, y le constaba que hacía todo lo posible por enmendarlo, por hacerle ver a Santi que lo quería de verdad.

Se acercó hasta él y se sentó a su lado. Era probable que Santi se enfadara con él por lo que iba a decirle a Rubén, pero no entendía por qué si ambos estaban enamorados, seguían haciéndose tanto daño.

—Rubén —llamó su atención para que lo mirara.

—Dime, León.

—Santi no está enamorado de Ibrahim, solo lo pasan bien juntos.

—Se le veía feliz… Creo que sí que está empezando a enamorarse.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque no hay nadie en el mundo que conozca mejor a ese muchacho que yo. Es cabezota como su padre, te lo aseguro, y por eso no da su brazo a torcer.

—¿Y? —preguntó sin entender a dónde quería llegar León.

—Santi no puede estar enamorándose de Ibrahim porque sigue estando enamorado de ti.

42

León, Santi y Rubén iban en el avión camino de Dubái. Y cada uno estaba perdido en sus pensamientos.

—No debería haber venido —dijo León, que había dejado en Cádiz a Aitana, ya que los vómitos, que pensaban que desaparecerían tras el primer trimestre del embarazo, aún no la dejaban respirar, y no se sentía con fuerzas para un viaje tan largo.

—Tranquilízate. Sabes que Javier y su mujer van a cuidar de ellas, y la niña está encantada de pasar unos días con su tío y su abuela —lo calmó Rubén.

—Van a estar bien, papá —agregó Santi.

—¿Me has llamado papá? —preguntó León sorprendido.

—A ver, yo sé que nunca has querido que te llame así porque yo tenía un padre, aunque estuviera muerto, pero, joder, si ese niño va a tratarme como si fuera su hermano, no quiero confundirlo llamándote tío.

—Tienes razón en casi todo. A mí no me importaba que me llamaras papá, era tu tía la que no quería, la que se oponía, por eso tampoco te dejó llamarla mamá. Quería demasiado a tu madre, y se negaba a robarle su lugar.

—¿Por qué no me has contado esto antes? Joder, yo sé quiénes son mis padres, pero vosotros me criasteis y os quiero como si también lo fuerais de verdad. En serio, que era un niño con altas capacidades, que con cinco años sabía resolver problemas matemáticos de tercero de carrera.

—Ella no quería, y cuando murió, pues quise mantener su voluntad.

—Pues ahora la mía, a mis veintiún años, es llamarte papá, así que te aguantas.

León se levantó con los ojos llenos de lágrimas y el corazón de alegría. Fue hasta el asiento de Santi y lo abrazó. Un abrazo como nunca antes se habían dado, y eso que León siempre fue muy cariñoso con él.

—Ya os vale, joder —dijo Rubén, limpiándose las lágrimas.

—Anda, pero si tienes corazoncito —soltó Santi mientras León se encaminaba al baño.

—Sí, un poco jodido, pero lo tengo.

—¿Cómo? ¿Estás enfermo?

—No, hombre, solo lo tengo un poco roto, aunque aún tengo la esperanza de que cierto alumno de Enología me ayude a sanarlo.

—Rubén…

—¿Qué? —preguntó al tiempo que le acariciaba la parte interior del muslo.

—Para, no creí que tuviera que dejarte claro nunca más que entre nosotros no va a volver a pasar nada.

—Ven esta noche a mi habitación.

—No, sabes que no.

—¿Estás seguro? Porque aquí hay algo que se ha puesto muy contento con mis palabras.

—Siempre va por libre, pero yo me encargo de controlarlo.

—Entonces tendré que buscar quien me caliente la cama.

—Rubén, por favor, te lo dije en su momento y te lo vuelvo a repetir. Ten mucho cuidado con lo que haces. No quiero tener que llevarme de vuelta tu cadáver en una bolsa.

—Tranquilo, no creo que nadie sospeche que el novio pueda estar follando con un tío la noche antes de su boda.

En una milésima de segundo, a Santi le dio tiempo a cabrearse, indignarse y darse cuenta de que no tenía motivo para ello. A fin de cuentas, él se tiraba a Ibrahim a la menor ocasión que tenían de verse, y Rubén pensaba que estaban saliendo, ya que los había visto juntos en más de una ocasión.

—Tienes razón, no creo que tengas problema. Espero que lo paséis muy bien esta noche. Yo tendré que esperar a volver.

La conversación terminó cuando vieron a León acercarse. Rubén estaba muy serio, había dicho aquello solo para ver la reacción de Santi, incluso creyó atisbar un sentimiento de celos, pero le había pagado con la misma moneda. No solo le había deseado que disfrutara, sino que le dejó claro que él lo haría a su regreso. Santi, por su parte, se martirizaba mentalmente por no haber podido controlar la reacción de su cuerpo, era sentir un solo roce de Rubén y reaccionar como si fuera el único hombre en el mundo capaz de despertar una lujuria tan extrema, y también porque había sentido celos, no podía negárselo. Ya no debía ser así, estaba seguro de que había pasado página con él, pero a la vista estaba que no era así.

La azafata se acercó a ellos para decirles que debían abrocharse los cinturones porque en breve daría comienzo la maniobra de aterrizaje.

Y así fue, en menos de veinte minutos, ya estaban bajando del avión y un Ahmed con la sonrisa más triste que le hubieran visto nunca, les dio la bienvenida y los invitó a entrar en el coche que los llevaría a su hotel.

Hicieron el camino en silencio. Parecía que estuvieran allí para un entierro más que para una boda.

Cuando llegaron, los acompañó a sus habitaciones, y dejó para el último a Rubén, con el que había forjado una amistad bastante fuerte en los últimos meses, desde que pasaran aquella noche juntos en Cádiz.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó, señalándole el interior de la habitación.

—He mandado traer tu *bourbon* favorito. Sí, no estaría mal tomarme una copa.

Entraron, y Rubén se encargó de preparar dos vasos con hielo y tres dedos de *bourbon* mientras Ahmed se quitaba el *bisht* para estar más cómodo.

—No puedo quedarme mucho tiempo, hoy tengo un almuerzo con mi familia y la de Malak.

—No te veo muy entusiasmado.

—Sí, lo estoy, ¿no ves la alegría que reina en mi semblante?

Los dos sonrieron amargamente, alzaron sus vasos y los chocaron en un brindis.

—No lo hagas, Ahmed.

—Sabes que no tengo otra opción.

—Sí la tienes…

Ahmed se tomó el contenido del vaso de un solo trago y volvió a coger su *bisht*.

—Tengo que irme —le dijo a Rubén mientras se la ponía dispuesto a salir de la habitación.

—Ey, para —lo frenó, tomando una de sus manos.

—Rubén, tengo que…

—Voy a apoyarte hagas lo que hagas, tanto si te casas como si decides huir y esconderte del mundo. Nunca te he juzgado.

—Lo sé…

—¿Sabes? No sé si aquí se estila —le sonrió, tomándolo por la cintura y pegándolo a él—, pero en España solemos hacer una celebración previa a la boda que se llama despedida de soltero. ¿Te apetece venir esta noche y tener nuestra fiesta particular? —le guiñó un ojo pícaro.

—No sé, Rubén. No estoy en mi mejor momento y no quiero truncar tus expectativas.

—Mírame. No tenemos por qué follar, solo quiero pasar un rato contigo, que hablemos, que te desahogues, y si lo que te apetece es llorar y ver una peli moña, pues pedimos unas *pizzas* y nos dedicamos a lamernos las heridas.

—Eres único, ¿lo sabías?

—Ojalá lo fuera para quien tú y yo sabemos…

—Me gusta el plan, pero ahora tengo que irme de verdad.

—Luego nos vemos —lo despidió Rubén, dándole un beso en los labios antes de abrir la puerta.

Y cuando cerró, fue hasta la botella y volvió a rellenar el vaso para vaciarlo de un trago. Era cierto lo que le había dicho a Ahmed, necesitaba lamerse las heridas, porque cada vez era más evidente que iba a tener que arrancar a Santi de su corazón definitivamente.

43

Rubén miró la hora en su *smartwatch*. Dudaba que Ahmed acudiera a la cita si no lo había hecho ya, así que comenzó a vestirse para bajar a cenar al restaurante del hotel.

Sabía que su nuevo amigo estaba cometiendo el peor error de su vida, y tenía la esperanza de convencerlo esa noche de que desistiera de esa boda que terminaría por consumirlo.

Abrió la puerta para salir y lo vio allí, plantado delante de él, con la mano en puño dispuesto a llamar.

—Creí que ya no vendrías —le confesó.

—He tenido compromisos que no podía eludir.

—Entra, no vaya a verte alguien y te reconozca.

Ahmed entró en la habitación, se quitó el *bisht* y el *keffiyeh* para estar más cómodo y entre los dos pidieron la cena al servicio de habitaciones.

—Ibrahim no va a venir a la boda.

—Lo imaginaba. No es plato de buen gusto ver que la persona que amas se casa con alguien que no eres tú.

—Pero sabe que esta boda no es real, no entiendo su actitud. Podríamos haber estado juntos, nadie hubiera sospechado…

—Ahmed, igual que tú no eres un árabe al uso, porque ahora mismo estás bebiendo alcohol, él tampoco lo es. No puedes pedirle que viva escondido, que sea el segundo plato, el secreto sucio de tu vida.

—Mis circunstancias son las que son. Quizá, si hubiera nacido en una familia humilde, ya habría desaparecido de este país, pero no es así, y tengo que cumplir con mi deber.

—Entonces no te queda otra que dejar que haga su vida, y puedo asegurarte que serás infeliz toda tu vida…

—Bueno, ¿cómo vas tú con Santi?

—No va. Cada vez que hago pequeños avances, él pone distancia. León dice que está enamorado de mí, que nunca ha dejado de estarlo, pero le hice demasiado daño y ya no se fía. Ni tan siquiera me da pie a que hablemos de lo que pasó, porque si así fuera, ya le habría dejado las cosas claras.

—Hazle una encerrona de la que no pueda escapar y dile todo lo que sientes por él. Santi es un hombre inteligente y maduro para su edad, estoy seguro de que te comprenderá.

—No sé, Ahmed. A veces pienso que es mejor así, que se merece ser feliz con una persona que no haya tenido miedo a quererlo por sus inseguridades, por una historia de su pasado que creía superada, pero que no lo ha sido hasta que lo perdió a él.

—Sé que no soy el más indicado para decirte esto, pero lucha por ese amor. Todavía estás a tiempo a pesar de que Santi e Ibrahim… —no terminó la frase, ya que no sabía si él estaría al tanto, no lo habían hablado en ninguna de sus conversaciones.

La charla se vio interrumpida cuando escucharon que alguien llamaba a la puerta. Debía tratarse de la cena, así que le pidió a Ahmed que cogiera sus prendas y se metiera en el baño para que nadie lo viera.

Abrió y, efectivamente, eran del servicio de habitaciones. Lo que no esperaba era que justo en ese momento Santi y León pasara por allí.

—Buenas noches, la cena para dos que había encargado.

Miró en ese momento a Santi a los ojos y se quedó impactado al ver la ira en ellos, dando paso luego a algo que se podía catalogar de celos, una mezcla de decepción y dolor que conocía muy bien.

—Muchas gracias —le dijo al empleado del hotel, que se despidió de él para desaparecer por el pasillo.

—Veníamos a preguntarte si querías bajar a cenar con nosotros —comentó León—, pero ya veo que tienes otros planes.

—Sí, nos vemos mañana para el desayuno.

—No sé a qué hora vienen a recogernos…

—Tranquilo, papá, seguro que Rubén tiene contacto muy directo con el novio —espetó, mirando el carro de la comida—, podrá preguntarle y mañana nos dirá en el desayuno.

Santi emprendió el camino sin esperar a León, que no dudó en bajar el volumen de su voz para decirle a Rubén:

—Eso es un ataque de celos en toda regla.

Rubén se quedó mirándolos caminar estupefacto. Sí, León también se había dado cuenta de que Santi estaba celoso.

Entró en la habitación empujando el carrito, y Ahmed fue a darle al encuentro.

—Pero ¿no se supone que está saliendo con Ibrahim? ¿A qué ha venido eso? —preguntó el árabe sin entender nada.

—Según León, solo es sexo y una gran amistad. No hay amor entre ellos, y lo dudaba hasta hace unos momentos, pero si realmente tuvieran una relación sólida, no venía a cuento eso.

—¿Cómo? ¿Que no es algo formal?

—No. Hasta donde yo sé, se ven cada dos o tres semanas, pero cada uno hace su vida sin el otro.

—Joooder…

—¿Qué sucede?

—Que soy imbécil. Eso sucede. Hace cosa de un mes, me escapé a Madrid. Estaba dispuesto a dejarlo todo, lo había hablado con Malak, y ella me animó a hacerlo, así supusiera que tuviera que casarse con otro hombre, correr el riesgo de verse obligada a tener momentos de cama con el sexo que tanto repudia, porque quería que uno de los dos fuera feliz.

»Cuando llegué a la calle de Ibrahim, los vi salir del edificio cogidos de la mano. Me quedé paralizado un segundo, el tiempo que tardé en darme cuenta de que nos cruzaríamos, y me metí en una pequeña tienda que había a mi derecha. Se besaron delante de mis narices, y di por hecho…

—Que había algo serio entre ellos.

—No podía ser de otra forma, Rubén. Si no fuera algo real, no saldrían a la vista de todos con esa actitud, ¿no?

—No, Ahmed. Recuerda que no estabas aquí, sino en Madrid, que en España cada vez está más normalizado que dos hombres vayan de la mano, se prodiguen muestras de cariño. Allí no hay que esconderse como aquí.

Ahmed rompió a llorar. Estaba derrotado. Por miedo a hacerle daño a Rubén, no le contó lo que había pasado, y si lo hubiera hecho, ahora no estaría a pocas horas de casarse.

—Aún estás a tiempo. Desaparece de aquí, vete a Estados Unidos o a donde te dé la gana hasta que las aguas se calmen, y después pon rumbo a España. Todavía puedes ser feliz.

—Ya es demasiado tarde… Hace diez días que no contesta mis mensajes ni mis llamadas, ya

soy agua pasada para él.

—Debe estar pasándolo mal. Habla con Santi, estoy seguro de que él también estará dispuesto a ayudarte.

—No —dijo enérgicamente—. Tengo que cumplir con mi deber. Casarme y tener hijos para honrar a mi familia.

—Pero…

—¿Cenamos?

Rubén supo que no serviría de nada que siguiera insistiendo, así que se dirigió al carro y comenzó a poner la cena en la mesa del pequeño saloncito mientras Ahmed servía dos copas de vino.

Le dolía que se diera por vencido porque lo apreciaba, pensando que a él le había dado algo de esperanza lo sucedido en el pasillo. No, él no se rendiría por el momento, y esperaba que su perseverancia diera resultado, aunque cada día le fuera más complicado creer que lo lograría.

44

Habían pasado dos semanas desde que volvieron de la boda. Rubén notaba que Santi estaba más distante desde la noche antes del enlace, y algo le decía que era por encontrarlo en la puerta de su habitación recogiendo comida para dos.

Y eso le daba cierta esperanza de que lo que siguiera sintiendo por él fuera más fuerte de lo que intentaba dejarle ver. Aunque había ocasiones en que dudaba de ello.

Volvió en sí cuando sintió el móvil vibrando en su pantalón. Lo sacó y sonrió al ver que era su hermana, aunque también se puso nervioso. El embarazo no estaba siendo fácil, y en ese momento debía estar en el ginecólogo.

—Dime, Nana, ¿todo va bien? —preguntó preocupado.

—Sí, todo genial —respondió Aitana sin entender el tono de su voz.

—Me habías asustado, como has ido al médico.

—Todavía no he entrado en la consulta, va con bastante retraso, por eso te llamaba.

—Pues, dime, ¿qué necesitas?

—Un megafavor.

—Sí, claro, no estoy haciendo nada.

—Es que Santi va camino de mi piso con un mueble para el dormitorio de Celia, y a León se le olvidó darle las llaves. ¿Podrías acercarte para abrirle? —León, que estaba escuchando la conversación porque Aitana tenía el teléfono en altavoz, tuvo que contener la carcajada.

No, si Santi no tenía llaves no era porque se hubiera olvidado, sino porque le había dicho que él estaría allí para recibirlo.

Sí, era una encerrona en toda regla.

—Claro, sin problema. ¿Ya va de camino?

—Sí, estaba saliendo de Jerez hace diez minutos.

—Vale, salgo para allá.

Rubén no podía creer la suerte que tenía, lo vería fuera de la universidad, que era terreno neutro y donde no podía hablar nada con él.

Se vistió con lo primero que pilló del armario; unas bermudas, una camiseta de tirantes y unas sandalias. Vivía cerca de su hermana, pero no podía retrasarse pensando qué ponerse, ya que de Jerez a Cádiz no había mucha distancia.

Esperó paciente en la puerta del edificio, hasta que vio aparecer el coche de Santi. Le hizo una señal para que entrara en el garaje, y Santi no dudó en resoplar, ya que no esperaba encontrarse allí a Rubén.

Hizo lo que le pedía y vio que el hueco donde Aitana solía aparcar estaba vacío, lo que significaba que no se encontraba en casa, y León era muy probable que tampoco estuviera.

Vamos, que olía a encerrona en toda regla, y luego tendría una seria conversación con su tío, que cada vez estaba más unido a Rubén. No, no eran celos lo que sentía, sino frustración por sentir que estaba decantándose por él en el tema de la ruptura entre ellos.

—Hola —saludó Rubén cuando llegó hasta él.

—Hola —replicó Santi, como siempre últimamente, seco.

—No les daba tiempo a llegar y me han pedido que venga a abrirte.

—Vale —dijo Santi al tiempo que abría el maletero—. Ahí lo tienes. —Rubén lo miró sin querer comprender lo que estaba diciéndole.

—¿No vas a ayudarme? No puedo subirlo solo —le dijo como si fuera algo obvio.

—¿No puedes con un paquete de IKEA? —le soltó Santi.

—En condiciones normales, sí, pero voy en chanclas, es probable que me mate cuando dé dos pasos.

Santi miró sus pies y resopló al darse cuenta de que tenía razón; con ese calzado, podía hacerse mucho daño.

—Venga, vamos, pero rápido, que tengo prisa.

Santi sacó el bulto del coche y entre los dos lo llevaron hasta el ascensor. Subieron cuando se abrió y sacaron el bulto del cubículo al llegar a la planta donde estaba el piso de Aitana.

Lo llevaron hasta la habitación de Celia, tuvieron que maniobrar para meterlo, y en una de esas, Rubén trastabilló con la sandalia, con tan mala suerte que el mueble cayó sobre su pie.

—Joder, joder, joder… —gritó por el dolor.

Santi echó el mueble a un lado y no dudó en correr a socorrerlo. Hizo que se apoyara en él para andar a la pata coja hasta la cama, donde Rubén se sentó para mirar su pie. Por suerte, el paquete no le había dado de lleno, aun así, era una zona delicada y dolía bastante.

Santi se puso en cuclillas delante de él y comenzó a moverle los dedos. No, no parecía que tuviera nada roto, aunque si a él le dolía cuando se rozaba el meñique con algún mueble, entendía que Rubén estuviera flipando.

—Estoy bien, no te preocupes —le dijo Rubén, al que le costaba respirar al sentir los dedos de él masajeando la zona dolorida.

—¿Quieres que te lleve al médico? —le preguntó, haciendo el intento de levantarse, solo que Rubén no se lo permitió.

—Lo que quiero es besarte.

Santi lo miró a los ojos, y la lujuria que desprendían lo desarmó por completo. Sabía que debía apartarse, que no podía permitir que esa boca hecha para pecar se acercara como lo estaba haciendo, pero no podía. Algo que no conseguía controlar no se lo permitía.

Y sus labios se encontraron, provocando un tsunami de sensaciones dentro de ellos.

Rubén no podía creer que Santi estuviera respondiendo al beso con una pasión tan desmedida.

Santi no podía creer que estuviera permitiendo que aquello pasara. Aunque no le extrañaba, seguía echando de menos sus labios, sus besos, sus caricias, su sonrisa y su polla.

Metió las manos por debajo de la camiseta y comenzó a acariciar su espalda, provocando que Rubén soltara un gruñido contra su boca.

Tiró de Santi al tiempo que se tumbaba en la cama, provocando que quedara sobre él, haciendo que sus erecciones se rozaran, sintiendo cómo él también se endurecía con el contacto.

Amasó su culo, hizo que se frotara contra lo que le provocaba. Ambos gruñeron perdidos en el placer que sentían, y no solo físicamente, sino en sus corazones también.

Rubén empezó a subirle la camiseta con la intención de quitársela cuando sintió que algo vibraba en los pantalones de Santi, y supo que hasta ahí llegaba la aventura.

Santi se incorporó rápidamente, pudo ver el arrepentimiento en su rostro, en sus ojos, en la mirada de ira que le mostraban sus preciosos iris castaños.

—Tengo que irme —dijo cuando vio quién lo llamaba.

—Santi, no te vayas, por favor…

—Claro que me voy.

—Santi…

—Rubén, déjalo estar, ¿vale? Venga, sí, me quedo, echamos un polvo y, ¿qué? Creí que te lo

había dejado claro aquella noche en el callejón. Tú y yo jamás vamos a estar juntos, somos demasiado diferentes, no vemos la vida de la misma manera.

—Santi, escúchame…

—Adiós, Rubén.

—Te quiero, joder —dijo a la nada, ya que el portazo se escuchó en ese mismo momento.

Rubén se tumbó en la cama llorando. Era verdad, lo quería como nunca quiso a nadie, ni tan siquiera a su ex, al que creyó el gran amor de su vida.

Se martirizó por ser un estúpido, por no haberlo visto antes; si lo hubiera hecho, nunca le habría propuesto esa absurdez de mantener una relación abierta, él era el primero que no creía en ello.

Y entonces lo tuvo claro. Por más que luchara, jamás conseguiría que entre ellos volviera existir lo que tuvieron.

Y tomó una decisión. En cuanto terminara el curso, presentaría su carta de renuncia y volvería a Londres para poder continuar con su vida como buenamente pudiera.

45

Santi llegó hasta su edificio lo más rápido que pudo. Quien lo llamó consiguiendo que no cometiera tremendo error fue ella, que estaba esperándolo porque habían quedado para ir de compras.

Le mandó un mensaje para avisarle de que ya estaba allí y que bajara, y cuando soltó el móvil, bajó la frente hasta el volante para darse un suave golpe, lo que provocó que sus ojos se dirigieran a su entrepierna. Dios, habían pasado quince minutos y seguía excitado, tenía que dejar la mente en blanco para que Piluca no lo viera así, aunque sabía que era algo que no la asustaría.

Volvió a coger el móvil y le escribió a Ibrahim.

He estado a punto de acostarme otra vez con él. Esto es una pesadilla. ¿Cuándo cojones voy a conseguir sacarlo de mi vida?

Justo cuando envió el mensaje, la puerta del copiloto se abrió y Piluca se subió al coche.

—Sí que habéis tardado León y tú en subir el mueble.

—León no estaba… —dijo, arrepintiéndose al instante.

—¿Lo has subido solo?

—Eeeh…

—¿Estás loco? Podrías haberte destrozado la espalda… Un momento, ¿a ti qué te pasa? —preguntó Piluca cuando vio su cara de agobio.

—Rubén es quien me ha ayudado a subirlo, creo que era una encerrona de mi tío.

—Imagino que habéis discutido, ¿no? —dio por hecho Piluca.

—No exactamente… —soltó, para luego recriminarse haber dejado salir esa última palabra, que sabía que daría pie a su amiga para interrogarlo y sacarle lo que había pasado hacía tan solo unos minutos.

—Eso suena a que lo que ha sucedido es todo lo contrario… ¿Os habéis acostado?

—No, por poco, pero no. De hecho, has sido tú la que ha impedido que cometa ese error.

—¿Cuando te he llamado?

—Sí.

—Joder, pues ya podría yo haberme quedado quietecita, que os he jodido el polvo.

—Pero ¡¿qué dices?! Es lo mejor que podía pasar. ¿Cómo puedes decir eso?

—A ver, Santi, reconoce que sigues loquito por sus huesos, si lo persigues con la mirada cada vez que lo vemos por la universidad. Sigues enamorado de él, y, sinceramente, no entiendo tu actitud.

—¿Perdona?

—Pues sí. Que sabes que te quiero millones, que voy a respetar siempre tus decisiones, pero que no significa que comulgue con ellas. Y esta es una de esas. Y si no te lo digo, reviento: estás haciendo el tonto nivel unicornio.

Santi la miró como si le hubieran salido tres cabezas. Para Piluca, el nivel unicornio siempre había sido el nivel máximo de todo, ya fuera de sueño, dolor de cabeza o cualquier otra cosa.

—¿En serio? ¿Nivel unicornio?

—Sí, nivel unicornio.

—No nivel Dios ni nivel Snoopy.

—No, nivel unicornio, así de grande es tu tontuna.

—¿De verdad lo piensas? ¿Tengo que recordarte que lo que él quiere de mí es que follemos con quien queramos para después volver a casa y follar juntos? —espetó indignado.

—¿Te lo ha dicho él las veces que ha intentado volver contigo?

—No, pero tampoco me ha dicho lo contrario.

—Claro…, como tú lo dejas hablar cada vez que hace por decirte algo, ¿verdad?

—Yo no…

—Fijo que hace un rato te has ido sin permitirle soltar nada. Anda, ten el valor de negármelo.

—Mejor nos vamos —zanjó la conversación, porque no podía negárselo. Sí, lo dejó con la palabra en la boca, y quiso hacer como que no había escuchado las últimas palabras, aunque sí lo hizo, sí le oyó decir que le quería.

Pasaron el resto de la tarde de tienda en tienda, comprando cosas para ellos y para el niño que esperaba Aitana.

Santi miraba el teléfono a cada instante, esperando una posible respuesta de Ibrahim, o eso se decía a sí mismo, porque lo que realmente deseaba era que Rubén le escribiera. No, sabía que eso no iba a pasar, lo había dejado tirado.

Cuando ya tuvieron comprado todo lo que iban buscando, recogieron a Fabio, cenaron, regresaron a casa y se despidieron en el ascensor.

Santi entró en su piso y fue directo a tumbarse en el sofá. El día había sido intenso, bueno, la tarde había sido intensa, desde que subió a dejar el puñetero mueble, desde que se les resbaló de las manos y acabó impactando contra el pie de Rubén.

—El pie… —dijo en voz alta al recordarlo.

Cogió el móvil para enviarle un mensaje, quería saber cómo estaba, si le dolía, si había ido al médico, si… Pero no lo hizo, esa vez no era Piluca quien lo salvaba de cometer un error, sino Ibrahim, que le estaba haciendo una videollamada.

—Muy buenas, madrileño.

Ibrahim soltó una carcajada.

—Muy buenas, gaditano. ¿Qué ha pasado?

—Pues lo que te dije en el mensaje.

Santi le narró lo que había sucedido, desde que lo vio esperándolo en la puerta del garaje hasta que salió huyendo del piso de Aitana tras recibir la llamada de Piluca.

Ibrahim lo escuchó en silencio antes de hablar. No entendía cuándo iban a solucionar esos dos lo que había entre ellos, porque era evidente que tanto uno como el otro estaba enamorado.

—¿Quieres que baje mañana? Descanso este fin de semana.

—Eso no se pregunta, sabes que en mi casa siempre eres bienvenido, y en mi cama, mucho más.

—Genial, porque algo me dice que no me queda mucho de disfrutar de ese culo que tanto me gusta.

—¿Por qué? ¿Estás conociendo a alguien? —le preguntó Santi con una sonrisa. Ese había sido el trato, que dejarían de acostarse cuando uno de los dos encontrara a alguien con quien compartir algo más que sexo. Sin lamentos, sin reproches.

—No, ni loco, pero dudo mucho que aguantes más resistiéndote a los avances de Rubén.

—Otro loco. ¿Tú te has compinchado con Piluca?

—No, no hablo con ella desde hace unos días. ¿Por?

—Porque tiene la absurda idea de que Rubén quiere algo serio.

—Yo también lo creo —afirmó Ibrahim.

—¡Estáis locos los dos!

—Santi, estás enamorado de él, él lo está de ti, y vosotros sí podéis intentarlo. Si yo tuviera la oportunidad que tienes tú, no la desaprovecharía.

Santi respiró hondo al ver el dolor que nublaba los preciosos ojos oscuros de Ibrahim. Sabía por qué lo decía, que hablaba de su historia con Ahmed, algo que seguía doliéndole por mucho que no quisiera reconocerlo, por mucho daño que se hubieran hecho.

—Bueno, entonces, ¿bajas mañana para disfrutar de este culito prieto que tanto te gusta? —preguntó Santi, guiñándole un ojo.

—¿Tú qué crees?

—Avísame con la hora a la que llega tu tren para ir a buscarte.

—Prefiero coger un taxi desde la estación y que me esperes desnudo y preparado para metértela en cuanto llegue.

—Joder, capullo, ahora voy a tener que irme a la ducha a darme un alivio, que hoy voy de calentón en calentón.

Ibrahim rio a carcajadas antes de que Santi diera por finalizada la videollamada para irse a la ducha.

Dejó el teléfono en el sofá y se fue hacia el baño, pensando que tanto Ibrahim como Piluca iban listos si pensaban que volvería con Rubén. Aunque en algo tenía que darles la razón; seguía enamorado de él, y sus últimas palabras cuando salió del piso de Aitana no dejaban de repetirse una y otra vez en su cabeza, provocando que su corazón se acelerara.

46

Santi estaba exultante. Acababa de salir del último examen del curso, el más complicado de todos para él, la asignatura que más quebraderos de cabeza le había dado porque era la que peor se le daba; Química. Aun así, sabía que obtendría la calificación más alta, Aitana se empleó a fondo en sus ratos de estudio para que lo consiguiera.

Miró el pasillo desierto. Había sido el primero en terminar, como siempre, y se debatía entre ir a la cafetería a tomar un café o salir a respirar un poco de aire.

—Con el calor que hace, mejor me voy a la cafetería —se decidió al fin.

Sacó el teléfono cuando caminaba hacia su destino para escribirle a Ibrahim, que le pidió que le contara cómo le había ido, y sonrió al pensar en la gran amistad que habían construido y por saber que empezaba a reconstruir su vida. Un madrileño con mucha gracia llegó arrollando a su camino hacía un par de semanas, y no sabía qué sería de esa relación, pero se alegraba de que estuviera intentando dejar atrás al huracán Ahmed.

Una frase dicha por un alumno lo sacó de la nube de felicidad en la que estaba, como siempre que escuchaba su nombre.

—¿Te has enterado de que el profesor Rodríguez no estará el curso que viene? —le decía un chico de primero a la joven que iba junto a él.

—Sí, una lástima. Dicen que el tío es duro en las asignaturas que imparte, pero que se aprende muchísimo con él.

—Ya ves… Se va a Londres, por lo visto, allí es propietario de unas bodegas.

Santi se quedó impactado al oír eso. Ni León ni Aitana le habían comentado nada, y mucho menos Rubén. Tan en *shock* estaba que no se dio cuenta de que cambió el rumbo de sus pasos y en ese momento estaba llamando a la puerta de su despacho. Aunque no esperó siquiera a que este le diera paso, giró el pomo y entró.

—¿Te vas? —preguntó nada más cerrar tras él.

—Sí, ahora iba a acercarme a Administración para tramitar… —respondió Rubén, cogiendo unos papeles del escritorio y levantándose, pero Santi no le dejó terminar de hablar.

—Acabo de enterarme en un pasillo. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿Decírtelo? No creo que tenga que darte explicaciones de nada, Santi.

Sabía que tenía razón, que no tenía por qué contarle nada, que era él el que se había encargado de que Rubén no se le acercara, y no había vuelto a hacerlo desde aquella tarde en el piso de Aitana.

Pero saber que se iba le provocaba una presión en el pecho que era la primera vez que sentía, y tenía claro a qué se debía; al dolor, el arrepentimiento y la culpa, a darse cuenta de que había sido un imbécil, de que se había comportado como un niñato inmaduro, a saber que jamás querría a nadie como lo había querido a él.

—Tengo que salir, Santi —le dijo para sacarlo de su nube de pensamientos, estaba aún parado en la puerta.

—Pero no puedes irte, el niño nacerá en unos meses y… —no pudo terminar la frase, el nudo de la garganta no se lo permitía. Quizá esa fuera la excusa más tonta que podría habérsele ocurrido para que no se fuera, pero era la única que tenía.

—Vendré cuando nazca y cada vez que pueda, no voy a desaparecer de la vida de mi hermana.

—Ya, claro, pero…

—Joder, cualquiera diría que no quieres que me vaya. Y yo pensando que iba a darte una gran alegría no cruzarte conmigo por los pasillos.

—Sí, claro, tienes razón… —se recompuso Santi—. Es solo que no lo esperaba.

Santi se giró, abrió la puerta, salió al pasillo y lo vio irse. Caminó sin rumbo por la universidad hasta que se encerró en los baños, en uno de los cubículos, y comenzó a llorar con una desesperación absoluta.

Sabía que era lo mejor, que así conseguiría sanar la herida que aún tenía, que le sería más fácil olvidarse de lo que hubo entre ellos sin verlo cada día. Por eso no entendía por qué le dolía tanto. Bueno, sí, porque por mucho que se lo negara a sí mismo una y otra vez, llegaba cada mañana con las ganas de cruzarse con él por los pasillos.

Las imágenes de ellos dos en el *pub*, en su piso, en su casa de la sierra… Todas y cada una de ellas se pasaban por su cabeza en ese momento, consiguiendo que el dolor aumentara por momentos.

Su teléfono comenzó a vibrar y descolgó sin siquiera mirar de quién se trataba.

—¿Sí?

—¿Dónde estás? Acabo de salir del examen, me ha salido superbién.

—Piluca… —dijo entre sollozos.

—Santi, ¿qué te pasa? ¿Estás llorando? ¿Dónde estás?

—Se va. Sí. En uno de los baños de la facultad, pero no sé en cuál.

—Ya te has enterado…

—¿Lo sabías y no me lo has dicho? —preguntó indignado Santi.

—Claro que lo sabía, y pensé que tú también.

—¡Te lo habría dicho!

—Voy hacia mi coche, te espero allí y hablamos.

—No quiero hablar con nadie, no quiero ver a nadie. Vete, ya buscaré la forma de irme.

—Santiago Gorostiaga, no me toques el coño que no sabes hacerlo. Sal ahora mismo de ese puto baño y ve a mi coche. Me tienes harta con tus indecisiones, que eres muy listo para unas cosas y muy tonto para otras.

—No pienso ir, estoy enfadado contigo.

—No hagas que vaya a buscarte por todos los baños de la facultad, sabes que lo haré, y cuando te encuentre, te daré una hostia a mano abierta que te mandará a tu casa sin necesidad de coche.

—Arggg. Ya voy —cedió Santi, que sabía que Piluca cumpliría su amenaza.

Se limpió las lágrimas, se echó agua en la cara y salió a toda velocidad del edificio para dirigirse al coche de Piluca, donde ella ya estaba esperándolo con cara de enfado, algo que no entendía, cuando el enfadado debía ser él por ocultarle que lo sabía.

—Sube al coche, no vamos a hablar aquí, ¿o quieres que Rubén te vea en ese estado?

Santi accedió a su petición, tenía razón, no quería que lo viera así, no quería que supiera que lo había destrozado saber que al fin desaparecería casi por completo de su vida.

Se subieron en silencio, emprendieron el camino y no fue hasta que estuvieron en el piso de Piluca que esta se atrevió a hablar.

—¿Qué más te da que se vaya? Si andas evitándolo a toda costa, si lo esquivas cada vez que lo ves, si ya no quieres nada con él.

—Pero me jode que no me lo contaras. Bueno, ni tú ni León ni Aitana.

—A ver, Santi, es que no puedo contigo. Nos tienes totalmente prohibido que te hablemos de él, y tú te tienes prohibido hablar de él. Pensé que lo sabías y simplemente no querías que saliera el tema.

—Pero…

—No puedes culparnos de nada, lo sabes, solo hemos hecho lo que nos has pedido, y ya que estamos hablando del tema, lo decidió el día que subisteis el mueble a casa de Aitana, después de que, una vez más, no lo dejaras hablar. Pero, vamos, que es lo mejor que te puede pasar, ¿no?

—Sí, sí, es lo mejor…

—Ahora podrás estar más tranquilo, volver al club a buscar un buen polvo y esas cosas.

—Claro, ahora…

—Santi, joder, ¡reacciona de una puta vez!

—¿Qué…? —Santi estaba alucinado ante el estallido de Piluca, no sabía a qué venía ese cambio de actitud, si le estaba dando la razón en todo lo que estaba diciéndole.

—Pues que ya está bien de comportarte así. Estás enamorado de él, búscalo, díselo, sé que él siente lo mismo, y si se va es por tu indiferencia.

—¿De qué hablas?

—De que quizá pidiera una tutoría con él cuando me llegó el rumor de que se iba y me confesó el motivo de su marcha.

—Piluca, no me puedo creer que hayas hecho eso…

—Claro que lo he hecho, Santi, sabía que esto te iba a joder vivo, por más que intentes hacerme creer que estás bien y que lo has olvidado.

Piluca se acercó a Santi, le tomó la cara y le limpió las lágrimas. Santi se abrazó a ella. Sabía que estaba siendo injusto al querer echarle encima culpas que solo le correspondían a él.

—¿Qué te dijo? —quiso saber Santi.

—Que se había cansado de intentarlo y que había llegado el momento de pasar página de una vez.

—Vaya…

—Ve a buscarlo, Santi, convéncelo de que…

—No, Piluca, no. Ya es tarde para nosotros.

Permanecieron abrazados. Ella pensando que su amigo se equivocaba una vez más; él culpándose por haber comprendido tarde que jamás sería feliz con nadie que no fuera Rubén.

47

Santi se preparaba para salir esa noche como cualquier otro viernes. Habían quedado muchos compañeros de clase para cenar juntos como despedida hasta el curso siguiente, y luego irían a tomar una copa al *pub* de referencia de todos los que estudiaban Enología, el que León y él decoraron y donde se servían cocteles de lo más interesantes hechos con vinos de la provincia.

Sonrió al escuchar la puerta abrirse y unos tacones corriendo por el salón. Piluca necesitaba algo, si no, jamás hubiera entrado como si un huracán estuviera arrasando el piso.

—¿Qué necesitas? —le gritó desde el baño.

—No encuentro mi barra de labios, dime que tengo aquí una de emergencia.

—En el segundo cajón del mueble —le indicó.

Piluca suspiró aliviada cuando la tuvo entre sus manos. Le dio un empujón para apartarlo del espejo y se puso a pintarse

—Eeeh… ¡¿Qué haces?! —protestó Santi.

—Tú ya no puedes estar más guapo, así que no protestes —dijo Piluca al tiempo que lo miraba de arriba abajo—. Madre mía, ¡qué pena que seas gay y mi mejor amigo! Estás asquerosamente bueno.

Santi soltó una carcajada y se dirigió a su dormitorio para coger el móvil y la cartera, las llaves las tenía en la puerta.

—¿Estás listo? Fabio debe estar al llegar.

—Sí, vamos.

Bajaron en el ascensor y salieron a la calle justo cuando Fabio estaba llegando. Los tres juntos fueron a coger el coche de Piluca, iban a cenar en el centro de la ciudad y allí el aparcamiento era imposible, así que lo mejor era ir en un solo coche.

Llegaron al La Mafia en el que habían quedado con los demás, y a Santi le sorprendió encontrar a algún profesor también. Solo esperaba que Rubén no apareciera por el restaurante, que se hubiera vuelto ya a Londres.

Pero la suerte no estaba de su parte, y le daba que aquello no era una cena de compañeros sin más cuando Rubén llegó y miró sorprendido a todos los que estaban allí.

Miró a Piluca con ganas de estrangularla, y la encontró con cara del gato de *Shrek*. Odiaba que pusiera esa expresión de perrito abandonado, sabía que no podía enfadarse con ella cuando lo hacía.

—¿Qué pasa aquí? —le preguntó en voz baja.

—Es la despedida que le han preparado a Rubén —respondió Piluca en apenas un susurro.

—¿Qué pinto yo aquí, tía?

—Ayyy, no sé, es que me lo dijeron los profesores porque tú has sacado la mejor nota de su asignatura, y no sabía cómo decirle a ellos que no y a ti que vinieras.

—Te juro que me dan ganas de echarte miguitas de pan en la comida para que te cagues viva y quieras morir con los retortijones.

—No seas malo… Mira que me siento en la otra punta de la mesa.

—Se me da bien el baloncesto.

—Y a mí las artes marciales, no lo olvides nunca —lo amenazó.

La conversación llegó a su fin cuando Rubén llegó hasta ellos saludando a todos los que estaban allí.

—Vaya encerrona, Piluca, no me dijiste nada cuando nos vimos ayer en casa de mi hermana.

Santi respiró hondo al escuchar aquello. Sabía que Piluca había ido a llevarles un regalo a Aitana y León, pero no le contó que se encontró con Rubén allí. Tampoco podía culparla, seguía prohibiendo a todos que le hablaran de él.

—Santiago, me alegra verte aquí —le dijo cuando llegó hasta él, y Santi quiso morir al escuchar su nombre completo, aunque era lógico, ya que estaban rodeados de gente que no entendería el motivo por el cual lo llamaba por su diminutivo.

—Lo mismo digo… La verdad es que a mí también me han sabido ocultar muy bien a qué venía —soltó con inquina mientras miraba a Piluca.

—Entiendo que te han hecho una encerrona, ¿no? —preguntó Rubén en voz baja, aún sin soltarle la mano, cuando vio que nadie estaba pendiente de ellos.

—Con todas las letras…

—Entenderé que quieras irte si no estás cómodo.

—No, me convertiría en el centro de atención. Somos adultos, ya todo está claro entre nosotros, creo que podemos cenar juntos en tu despedida sin que nos matemos o nos comamos la boca delante de todos.

Rubén le sonrió ante ese último comentario, no había nada que deseara más que eso en ese momento, aunque tuvo que contenerse. Echaba tanto de menos su sentido del humor de los primeros días, anhelaba tanto aquella complicidad que había entre ellos; se seguía culpando por no haber sabido gestionar sus sentimientos.

La cena transcurrió entre risas y anécdotas del curso, desde que Rubén hizo su presentación y Santi entró soltando un «hostia puta» que hizo que todos sintieran compasión por él, hasta el examen final, donde no dudó en dar pistas a los que más trabajo les costaba la asignatura.

Justo antes de salir rumbo al *pub*, algunas chicas decidieron ir al baño, y Santi también, necesitaba refrescarse un poco la cara, porque aunque rieron a carcajadas, también había tenido que respirar hondo al ver la preciosa sonrisa de Rubén, las miradas que se le escapaban, el profundo color de sus ojos.

Estaba secándose la cara con papel cuando la puerta del baño se abrió y apareció el dueño de sus pensamientos.

—¿Estás bien? —se interesó Rubén cuando lo vio.

—Sí, solo tenía un poco de calor.

Arrojó el papel a la basura y se dispuso a salir, pero al pasar por su lado, sus manos rozaron y sus dedos juguetearon. Se miraron a los ojos y no fueron necesarias palabras. Sus labios se unieron, y Santi tiró de Rubén hasta estar dentro de uno de los habitáculos, lejos de miradas indiscretas.

Se besaron con deleite. Besos con sabor a despedida. Besos con la tristeza de saber que ese era el final definitivo.

Santi comenzó a trastear con el botón del pantalón de Rubén tras acariciar su erección por encima de la tela vaquera, y ahí fue cuando él supo que tenía que parar, que no podía seguir dejándose llevar así, que no quería volver a sentir que para él solo era sexo, como pasó la última noche en su piso.

—Para, Santi, para.

Santi lo miró, saliendo también de su nube de lujuria, y, al igual que Rubén, se recriminó haberse dejado llevar por la situación, haber sucumbido a sus deseos más carnales.

—Disculpa, yo… Creo que es mejor que me vaya.

Salió del baño a toda prisa, no quería que pudiera frenarlo, volver a ver en sus preciosas pupilas dilatadas que ese momento compartido había sido un error.

—Me voy a casa, me duele la cabeza —le dijo a Piluca cuando llegó hasta ella.

—¿Cómo? Pero si estabas bien…

—Mañana te cuento, ¿vale? —cortó Santi la réplica.

—Venga, te llevamos y ahora volvemos —le ofreció al tiempo que buscaba las llaves del coche en el bolso.

—No, no hace falta, cojo un taxi. Vosotros disfrutad de la noche.

—¿Estás seguro?

—Que sí, tonta. Pídeme un taxi mientras me despido de los profes, anda.

Piluca hizo lo que le pedía su amigo cuando vio salir a Rubén del restaurante con el alma hundida, o eso creyó que le pasaba, porque jamás había visto en nadie una expresión tan triste como la de él en ese momento mirando a Santi.

48

Piluca y Fabio bailaban en la pista del *pub* la canción que estaba sonando, aunque ella no dejaba de mirar a Rubén, cuyo cuerpo estaba en una conversación con los demás profesores, pero su mente debía estar en casa de Santi.

—Voy a hablar con el profe, amor —le dijo a Fabio cuando la canción estaba terminando.

—Piluca, Santi se va a enfadar de verdad contigo…

—Tengo que quemar el último cartucho, es mi amigo el que está sufriendo, y en esta ocasión no puedo defenderlo a patadas.

—Está bien, yo voy a pedir a la barra. ¿Quieres algo?

—Un refresco, que en cuanto termine de hablar con Rubén, tú y yo nos vamos a casa a disfrutar de nuestra propia fiesta, ¿te parece?

—Eso siempre me apetece, cariño.

Piluca sonrió con su comentario, nada quedaba ya del chico tímido de principio de curso, al que le daba pavor no estar a la altura con ella por mil motivos. Ahora era un joven seguro, y que en la cama aprendía a pasos agigantados, tanto que solo de pensar lo que pasaría dentro de un rato su pulso se aceleraba.

—Anda, profe, baila conmigo —le dijo a Rubén cuando lo cogió del brazo y tiró de él hacia la pista—. ¿Era interesante la conversación? —le preguntó una vez comenzaron a moverse, señalando con la cabeza al grupo de hombres que habían dejado junto a la barra.

—No me estaba enterando de nada —le confesó Rubén.

—Por eso he ido al rescate.

—Pues gracias.

—Todavía es pronto para que me las des.

—¿Cómo? —se sorprendió Rubén.

—Santi está locamente enamorado de ti, y lleva unos cuantos días penando por las esquinas, exactamente desde que se enteró de que te ibas.

—Pero él no ha hecho más que apartarme de su lado, lo sabes mejor que nadie —replicó Rubén.

—A ver, en parte, lo entiendo. A Santi eso de las relaciones abiertas como que no le va. No es un hombre posesivo ni celoso, pero lo que tú quieres de él es otra cosa muy distinta —le reprochó.

—¿De qué hablas, Piluca?

—Pues de qué va a ser…

—A ver, a ver, a ver… Yo no quiero una relación abierta con Santi, ese fue el peor error que he cometido en mi vida. Si le propuse aquello… Joder, creí que había superado mi historia con mi ex, y cuando empecé a darme cuenta de que me estaba enamorando de él, el miedo se apoderó de mí.

—Hostias… ¿Y eso se lo has dicho a él?

—No, pero si he querido volver con él con tanta insistencia…

—Vaya par… ¡Vais a acabar conmigo! —exclamó Piluca.

—Pero ya da igual, Piluca, él no quiere y yo me he dado por vencido.

—Sois dos pedazos de idiotas del tamaño de unicornilandia. En serio que vais a terminar con mi salud mental. Escúchame bien. ¿Tú le quieres?

—Sí, claro.

—Pues él también te quiere. Y los dos os estáis fustigando porque habéis perdido una oportunidad que ni os habéis dado. Y no porque no os queráis, sino porque no os comunicáis. ¡Dame paciencia, Dios mío!

—Pero… —intentó hablar Rubén.

—Silencio, que estoy hablando yo. Ahora mismo vas a salir de aquí, vas a coger tu coche o pillar un taxi y vas a ir a casa del zoquete de mi amigo. Solucionadlo de una vez, y aprended a comunicaros, joder.

—No creo que sea lo más… Además, no va a querer abrirme.

—Ah, bueno, si esa es tu mayor preocupación, no te preocupes. —Piluca se separó de Rubén y rebuscó en el bolso—. Hala, ya tienes llaves para entrar. Cuando lo hagas, coge las de la cerradura y estas y las escondes para que no pueda escapar.

—No sé…

—Rubén, estáis hechos el uno para el otro, os merecéis intentarlo.

Rubén miró las llaves que Piluca le tendía. Tenía razón, era comprensible que Santi pensara todavía en aquello de la relación abierta, ya que en ningún momento le había dicho que lo quería todo con él, solo con él, sin nadie más entre ellos.

—Vale, me voy —dijo rotundo, cogiendo las llaves de las manos de la mejor amiga del que esperaba volviera a ser su chico.

—Espero no saber nada de ti ni de él hasta mañana —rogó Piluca, para luego depositar un beso en la mejilla de Rubén.

Rubén se debatió en si despedirse de sus compañeros y los alumnos que aún seguían por allí. Finalmente, apartó a uno de ellos, con el que tenía más confianza, para encargarle que lo despidiera de los demás.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te acerque a tu casa? —le preguntó el profesor de Química.

—Estoy bien, y espero estar mucho mejor en un rato. Pero eso va a depender de si recibo un sí o un no de tu único alumno con Matrícula de Honor.

—Joder… Santi y tú…

—Es largo de contar.

—Me debes un café y esa historia. Anda, ahora vete, yo me encargo de los que quedan.

Rubén salió del local rápidamente cuando Piluca le hizo una señal con el teléfono. El taxi ya debía estar en la puerta o llegando y no podía hacerlo esperar.

En el camino, pensó qué le diría cuando lo tuviera delante. Mil frases se le pasaron por la mente, pero todas le sonaban a tópico.

Los nervios iban a matarlo, el tropel de pensamientos que se cruzaban por su cabeza también, y por eso perdió la noción del tiempo y del espacio. Tanto que el taxista tuvo que darle una voz para avisarle de que ya habían llegado a su destino.

Bajó del coche tras pagar la carrera y se plantó delante del edificio. Sacó las llaves que Piluca le había dado, pero en ellas no había ninguna que correspondiera con la cerradura electrónica de la puerta de entrada. No tenía forma de entrar, y no era plan de ponerse a llamar al telefonillo, ni al de él ni al de ningún vecino, siendo casi las dos de la mañana.

Sacó su teléfono derrotado con la intención de pedir otro taxi que lo llevara a casa, pero vio que tenía un correo electrónico de Piluca. Lo abrió extrañado y vio las instrucciones para abrir con el teclado numérico.

Pulsó todos los dígitos y respiro tranquilo cuando la puerta se abrió ante él. Se subió al ascensor con el corazón en taquicardia y pulsó el botón de la planta de Santi, ya se lo sabía, no como en aquella primera ocasión en que llamó a la puerta de Piluca y quiso que se lo tragara la tierra.

Entró en el piso con cuidado de no hacer ruido, se quitó los zapatos para moverse con sigilo y fue hasta la habitación de Santi, de donde salía música de los 80.

—Hola, guapo —le dijo cuando se dejó ver en la puerta.

—¡Hostia puta! —exclamó él, dando un salto en la cama tras soltarse la erección que tenía entre sus manos.

—¿Masturbándote sin mí? —preguntó Rubén con cara de pena fingida al tiempo que avanzaba hacia él.

—Rubén, ¿qué haces aquí? ¿Quién…?

Santi no pudo seguir hablando porque Rubén se apoderó de su boca.

—Ya tendremos tiempo de hablar luego —le dijo mientras besaba su torso desnudo camino del mayor manjar que había probado nunca.

49

Santi no daba crédito a lo que sucedía. Rubén estaba comiéndole la polla en su habitación, en su cama, tan entregado que no tardaría mucho en correrse, así que lo frenó.

—Para, que me corro.

—Hazlo, no sabes cuánto he echado de menos saborearte.

—Joder… —gimió Santi cuando Rubén aumentó el ritmo de su mamada.

Y se corrió, claro que se corrió, no podía negarle nada, por mucho que se hubiera resistido durante todos esos meses.

Rubén se incorporó, se deshizo de su ropa y le pidió que se diera la vuelta mientras abría el cajón de la mesita de noche donde sabía que tendría lubricante.

Santi no se lo pensó e hizo lo que le pedía, y si no fuera porque aún no le había dado tiempo a recuperarse, se habría empalmado de nuevo al sentir la lengua de él jugando con su entrada antes de introducirle dos dedos.

Jadeó frustrado cuando paró lo que estaba haciéndole y lo giró para tenerlo de frente y tumbarse encima de él.

—Estoy demasiado excitado, voy a correrme nada más entrar, y no podré disfrutar de tu culo todo lo que quisiera.

—Túmbate, yo también he echado de menos tu sabor.

Rubén se tumbó con una sonrisa en los labios. Santi era el hombre más guapo que se había cruzado en su vida cuando estaba excitado y gamberro.

Se dejó hacer. Disfrutó de su lengua, de sus dientes, de su boca y de su garganta. Estaba a punto, no aguantaría más de unos segundos, lo había necesitado durante demasiado tiempo.

—Niñato… —gimió antes de descargar su placer y que Santi tragara hasta la última gota.

Santi se incorporó y se tumbó junto a Rubén. Miró al techo con los ojos anegados de lágrimas, intentando controlar que no se derramaran. Lo que acababa de suceder no debía haber pasado, una vez más había sido débil con él, y eso le acarrearía semanas de estar hecho una mierda, como siempre.

—Ey, ¿qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Que soy gilipollas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú y yo…

—Escúchame, Santi, yo…

—No, no digas nada, entiendo que lo del restaurante te ha dejado con ganas de más y…

—Cállate y escucha lo que voy a decirte —interrumpió su perorata Rubén.

»No estoy aquí por lo del restaurante… Bueno, un poco sí, que me has puesto como una moto, pero no es el motivo principal, eso podría haberlo solucionado en la ducha.

»A ver, que me desvío… Estoy aquí porque he tenido una conversación con Piluca bastante reveladora.

—¡¿Cómo no?! Piluca…

—No se lo tengas en cuenta, porque tenía mucha razón en todo lo que me ha dicho y me ha hecho ver.

»Santi, cariño, te quiero. Te quiero como nunca he querido a ningún hombre. Estoy enamorado de ti hasta las trancas, y me jode mucho que tú sientas lo mismo y no seamos capaces

de entendernos.

—Es que yo no… Te juro que lo intenté, que puse todo mi empeño en que funcionáramos como pareja teniendo una relación abierta, pero…

—Shhh. Eso fue un error del que me arrepentiré toda la vida. Jamás debí proponerte algo así, jamás podré perdonarme que quisiera alejarte de mí de esa manera, porque era lo que estaba haciendo.

—Si querías alejarme, ¿por qué no me dejaste sin más?

—Porque estaba hecho un lío y te quería lejos tanto como tenerte cerca. Estaba cagado, Santi, pero no sabes hasta qué nivel, y creo que no se pueden hacer las cosas peor de lo que lo hice.

»Me arrepiento cada día de aquello, porque fue lo que provocó que te alejaras de mí, que no quisieras tenerme nunca más a tu lado. Yo fui el único culpable de perder lo más bonito que me había pasado en la vida.

»He intentado recuperarte por todos los medios…

—Yo no te lo he puesto fácil, pero es que…

—Piluca tenía razón en algo de lo que me dijo. No hemos sabido comunicarnos. Debí decirte la última noche que pasamos juntos que lo quería todo contigo, solo contigo, haber insistido en que me escucharas…

—No te lo permití ninguna de las veces. Se ve que soy muy maduro para algunas cosas, pero no dejo de tener veintiún años para otras. Un motivo más por el que no encajo en tu vida.

—No, de eso nada. Me encanta la frescura que aporta tu edad al hombre inteligente y maduro que eres. No cambiaría nada de ti, maldito niñato.

Santi sonrió al escuchar esas dos palabras que tanto le gustaban y excitaban, y no dudó en besarlo.

—¿A dónde nos lleva toda esta conversación, Rubén?

—Aún tengo la esperanza de que me des una oportunidad.

—No sé… En unos días te vas a Londres, y no creo que sea bueno para nuestra relación en el punto en el que nos encontramos.

—Me encantaría quedarme, de verdad, pero tengo que solucionar allí unos asuntos de la bodega…

—Podría darte al encuentro en un par de semanas, cuando organice algunas cosas de las empresas con León, pero puedo trabajar desde allí…

—No puedes hacer eso, te queda un año de carrera aún.

—Pero…

—Y yo vuelvo en unos meses.

—¿Cómo? Me dijiste que no nos cruzaríamos nunca más por los pasillos…

—Claro, porque he cogido una excedencia de un año, y tú terminas la carrera el curso que viene. Santi, no me voy a vivir a Londres, solo voy a cerrar la venta de la bodega y el piso que tengo allí, después me vuelvo para Cádiz.

—No tenía ni idea… ¿Piluca lo sabía?

—Claro que lo sabía.

—¡No me dijo nada! De esta te juro que la mato…

—Anda, déjala vivir, que si no es por ella, ahora mismo no estaría aquí contigo. Yo creo que se merece tu perdón, ¿no?

—Ufff… No sé, todavía no estoy muy convencido de que nosotros…

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Claro que no, tonto. Te quiero, y creo que nunca he sido tan feliz como en este momento.

Volvieron a besarse, esa vez no solo consumidos por el deseo, sino por el amor que acababan de declararse, con ese amor que comenzó a fraguarse en un *pub* entre *bourbons* y *gin-tonics*.

Epílogo

Seis meses después.

Lástima que vayamos con el tiempo justo, porque ahora mismo le quitaría esa corbata y le ataría las muñecas al cabecero de la cama. Bueno, no podrá ser antes de irnos, pero sí cuando volvamos.

Me acerco a él, le doy un cachete en el culo, se gira y me besa con esa pasión que parece que nunca va a desaparecer entre nosotros.

—¿Ya estás listo? —me pregunta cuando conseguimos separarnos.

—Sí, solo me queda coger la chaqueta.

—Perfecto, tu hermana ya me ha escrito diciendo que salen para la iglesia en unos minutos.

Sí, hoy es el bautizo de Adrián, mi sobrino, y Santi y yo somos los padrinos, aunque creo que eso ya lo sabíais.

Bajamos al garaje, nos subimos a su coche y salimos del edificio a la vez que Piluca y Fabio.

Piluca… Tenemos tanto que agradecerle… Si no hubiera sido por ella, ahora mismo Santi y yo no estaríamos viviendo juntos, ni tan siquiera seríamos pareja.

Metemos el coche en un *parking*, porque aquí, a esta hora, es imposible aparcar y no puedo evitar comerle la boca en el ascensor.

Salimos a la calle cogidos de la mano, algo que no recuerdo haber experimentado con ninguno de los hombres con los que he estado, y es la sensación más maravillosa que he sentido nunca.

—Por fin habéis llegado, Aitana está de los nervios y Celia anda como loca enseñándole a todo el mundo que ya sabe pronunciar la erre.

Sonrío al pensar en mi sobrina. A los pocos días de irse a vivir Aitana con León, la niña comenzó a pronunciarla como si lo hubiera hecho desde que empezó a hablar. Según la psicóloga, el abandono de su padre tuvo parte de culpa en que no avanzara con la logopeda, y saberse en un entorno estable hizo que todo cambiara.

La ceremonia es sencilla y rápida, en apenas quince minutos ya hemos terminado y nos dirigimos al restaurante donde todos vamos a cenar en familia. Me alegra ver a Javier y a su mujer en la celebración después de que hace un par de meses su madre muriera.

Es curioso cuán diferente pueden llegar a ser dos hermanos. El padre de Celia es un cabrón que ni llama para preguntar por su hija, sin embargo, Javier la ve siempre que puede y se la lleva a su casa algunos fines de semana.

—¿En qué piensas? —me pregunta Santi mientras me sirve vino.

—En cómo nos ha cambiado la vida en tan poco tiempo.

—Lo bueno es que ha sido para bien, ¿verdad?

—Cierto, para más que bien…

No puedo seguir hablando porque León llama la atención de todos dando unos golpecitos con una cuchara a la copa que tiene en las manos.

—Ahora que tengo aquí a las personas que más nos importan, quiero aprovechar para decir algo muy importante… —dice mientras mira a mi hermana, que lo observa sorprendida. Yo sé lo que va a decir, he sido su cómplice, pero ella no tiene ni idea de lo que se avecina—. Aitana, cariño, llegaste a mi vida cuando ya no tenía esperanza alguna de volver a enamorarme, pero ahora me doy cuenta de que no habías aparecido antes porque no era el momento. Hoy, aquí,

delante de todas las personas que nos quieren, quiero pedirte, rogarte, suplicarte y todo lo que se te ocurra, que te cases conmigo, que seas mi compañera el resto de nuestras vidas, que formalicemos de una vez la familia que hemos creado sin pretenderlo.

Aitana no responde, simplemente se lanza a besarlo entre lágrimas, y no me extraña, porque ella también se guarda una sorpresa que va a conseguir que León infarte.

—¿Esto es un sí? —le pregunta él cuando ella lo deja respirar.

—Sí, sí, sí. Además, quería decirte esto en privado, pero ya que estamos… —no puede seguir hablando porque las lágrimas vuelven a correr por las mejillas.

—¿Qué sucede? —se preocupa León.

—Es-estoy embarazada otra vez —confiesa entre hipidos, que desaparecen cuando esta vez es León el que la besa con delirio.

—¿Y vosotros cuándo vais a tener un niño? —le pregunta Celia a Santi, que me mira con cara de circunstancia.

—Nosotros no podemos tener hijos —le explico a mi sobrina, que me mira con escepticismo. Esta niña conseguirá dominar el mundo si se lo propone.

—¿Cómo que no? Mi amigo Julián tiene dos papás, y María tiene dos mamás…

El teléfono de Santi comienza a sonar y me mira extrañado. Me enseña la pantalla, están llamándolo desde un número extranjero.

Se levanta y sale del restaurante. El prefijo me suena, y caigo en la cuenta de que es de Dubái, así que no dudo en seguirlo.

—¿Sí? —dice a quien quiera que esté al otro lado—. Sí, soy Santiago. ¿Malak? —le hago una señal para que ponga el teléfono en altavoz, algo me dice que no son buenas noticias.

—Santiago, te llamaba porque…

—¿Estás llorando? ¿Qué te ocurre?

—Ahmed… Ahmed ha muerto.

—¡¿Cómo?! —gritamos los dos a la vez.

—Ha sufrido un atentado. El coche se incendió. Y ha quedado irreconocible… —nos cuenta con una calma que no logro comprender.

—Ya entiendo… Muchas gracias por llamarme para contármelo, Malak. Espero que estés bien y esto no afecte a tu embarazo.

—Gracias, Santiago. La pérdida ha sido dolorosa, pero estoy segura de que mi hijo me dará la fuerza para seguir adelante.

Santi cuelga la llamada después de despedirse de Malak. Estoy en *shock*, Ahmed se había convertido en un gran amigo, nos apoyamos en momentos en que nuestras vidas era un caos.

—Hijo de la gran puta… —suelta Santi sonriente.

—Santi, ¿estás bien? Creo que te ha afectado de una forma extraña la muerte de Ahmed…

—El lunes nos vamos a Madrid.

—¿De qué hablas?

—¿No lo entiendes, Rubén? Un atentado, irreconocible, la tranquilidad de Malak…

—No te entiendo, Santi.

—Ibrahim, el día que nos conocimos, me contó que le había propuesto a Ahmed fingir su muerte para escapar de Dubái y su familia. Ahmed no está muerto, cariño, ha decidido ser feliz.

—¡Hostia puta!

—Eh, que ese taco es mío.

—Necesito un *bourbon*…

—Pues entra y lo pides, y un *gin-tonic* para mí, que esto hay que celebrarlo, pero primero tengo que llamar a Ibrahim.

Y le hago caso. Aún no puedo creer que Ahmed lo haya hecho, pero me alegro por él. Como bien dice el refrán: más vale tarde que nunca. Solo espero que lo que sienten esos dos sea lo suficientemente fuerte para superar todo el daño que se han hecho, que ha sido mucho.

Fin

Capítulo Extra

Ibrahim entraba en su piso después de un largo viernes de duro trabajo cuando su teléfono empezó a sonar. Miró la pantalla y sonrió al ver que se trataba de Santi.

Si bien era cierto que él era totalmente ateo, le hubiera gustado acompañar a su familia en un día tan importante para ellos como era el bautizo de Adrián, el hijo de León y Aitana. Pero no podía decirle a su compañero que no lo cubría, era el dieciocho cumpleaños de su hija.

—Hola, gaditano, ¿qué te cuentas?

—¿Te has enterado ya? ¿Has hablado con Malak?

—Estaba trabajando, acabo de ver que tengo varias llamadas perdidas de ella. ¿Qué sucede?

—Me ha llamado hace unos minutos para decirme que…

—¿Qué? Habla de una vez, Santi.

—Pues que Ahmed ha sufrido un atentado, ha muerto y ha quedado irreconocible.

Ibrahim tuvo que dejarse caer en el sofá. Había dejado de escuchar cuando la palabra atentado hizo acto de presencia. No podía ser, Ahmed no podía estar muerto.

Los ojos se le anegaron de lágrimas, y solo reaccionó cuando escuchó un grito de Santi al otro lado de la línea.

—Disculpa, estoy en *shock*… No puede ser… Ahmed…

—¿Has escuchado todo lo que te he dicho?

—Algo de un atentado… No puede haber muerto, Santi.

—Ibrahim, escúchame bien, porque creo que no eres consciente de lo que te he dicho.

»Malak me ha llamado para contármelo, estaba serena, demasiado para acabar de perder a su amigo desde que eran niños y el padre del bebé que viene en camino.

»Ha quedado irreconocible, Ibrahim. ¿Sabes lo que significan la reacción de Malak y que…?

—¿Me estás diciendo que…?

—Estoy seguro de ello. El lunes vamos para Madrid, pero me da que antes tendrás otra visita.

—No lo creo. Ahmed sabe que sería una locura que viniera aquí…

—¿Sabes a dónde iría? ¿Lo hablasteis alguna vez?

—Tengo que dejarte, me esperan unas horas de viaje por delante.

Ibrahim cortó la llamada sin dar opción a Santi de preguntar nada más.

Fue a su dormitorio, sacó una mochila del armario y cogió algunas prendas, no demasiadas, ya que en un par de días tenía que volver al trabajo, aunque intentaría que le dieran una semana de vacaciones.

Bajó al garaje, se subió al coche y salió del edificio con rumbo a donde estaba seguro que lo encontraría. Jamás pensó que Ahmed se atreviera a hacerlo, que fuera capaz de romper con todo para vivir su vida como le diera la gana.

Y no, no era el profundo amor que sentía por él lo que le estaba empujando a buscarlo, tenía muy claro que jamás podría haber una relación entre ellos, ya no, era demasiado el daño que se habían hecho, sobre todo, el que había recibido por parte de él.

Condujo durante horas, muchas, demasiadas, y apenas hizo un par de paradas. Empezaba a atardecer cuando llegó a su destino y cruzó el sendero.

No se había equivocado, estaba seguro de que el hombre vestido con un bañador y una camisa hawaiana que estaba sentado mirando al infinito era él, por más que tuviera el pelo de un rubio bastante llamativo que contrastaba con el moreno de su piel.

Llegó hasta él y se sentó a su lado, en silencio, a la espera de que fuera Ahmed quien diera el primer paso.

Admiró la belleza de los atardeceres de Conil, y miles de recuerdos llegaron a su mente de tiempos en los que creía que podía ser posible.

—Los días que pasamos aquí fueron los más felices de mi vida, incluso llegué a pensar que había una posibilidad para nosotros —soltó Ahmed, como si le estuviera leyendo el pensamiento a Ibrahim.

—Nunca pensé que lo harías.

—Todos teníais razón. Santi, Rubén, Malak, tú… Jamás podría haber sido feliz allí.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No te lo vas a creer…

—Ufff… Pensaba que habría sido alguno de los que has nombrado antes, pero deduzco que no es así por tus palabras.

—Mi padre.

—¿Qué? ¿Tu padre? Pero…

—¿Tienes mucha prisa?

—No, acabo de hacer muchas horas de viaje. Debería descansar antes de regresar a Madrid.

Ahmed se levantó y caminó seguido por Ibrahim. Cuando llegaron a donde este tenía aparcado el coche, se subieron y emprendieron el camino. No necesitó que le diera la dirección, sabía perfectamente dónde estaría alojándose.

Aparcó en la entrada de la parcela y siguió a Ahmed sin decir nada. Había comprado aquella casa unos años atrás, y estaba a nombre de una empresa que solo sabían que existía ellos dos.

Estaba igual que la última vez que fueron, cuando apenas comenzaban el avasallador romance que dio comienzo en los baños de aquel *pub* de ambiente.

—Venga, cuéntame qué tiene que ver tu padre en todo esto —lo animó cuando soltó la mochila en la mesa del salón.

Pero Ahmed tenía otros planes para ellos en ese momento, y no dudó en acercarse a él para besarlo, llevaba meses anhelando sentir sus labios y todo su cuerpo.

Ibrahim, que en un primer momento se quedó petrificado, no pudo más que responder, por más que supiera que aquello no era una buena idea.

Entre besos, lo dirigió hacia el dormitorio, ya se arrepentiría luego, pero conocía demasiado bien a Ahmed, sabía que lo necesitaba más que nunca, y antes que amantes fueron amigos, aunque en los últimos tiempos no se dirigieran la palabra.

La poca ropa que vestían estuvo pronto en el suelo de la habitación, aunque no antes de que Ibrahim sacara la cartera de su pantalón, y de ella un sobre de lubricante y un preservativo.

Ahmed se tumbó en la cama, relamiéndose al ver al hombre que amaba colocarse el condón antes de llegar hasta él.

Sus bocas volvieron a unirse, sus cuerpos se encontraron, e Ibrahim comenzó a prepararlo para recibirlo mientras lamía cada porción de su piel hasta llegar a su polla, haciendo que Ahmed gimiera cuando se la metió en la boca.

—Voy a correrme si sigues…

Ibrahim abandonó lo que estaba haciendo y volvió a besarlo. Ahmed ya estaba más que preparado para recibirlo, había tenido tres dedos jugando dentro de él mientras lo masturbaba con la boca.

Comenzó a penetrarlo poco a poco. Sabía de su envergadura y que siempre le dolía al

principio, así que fue lento, prodigándole tiernos besos, algo que sabía que lo relajaba.

Una vez estuvo dentro por completo, esperó a su señal para empezar a embestirlo. Así había sido siempre entre ellos, solo necesitaba un leve asentimiento con la cabeza para saber que estaba listo, y el gesto no tardó en llegar.

Se entregaron al placer, uno dulce y doloroso a partes iguales, hasta que ambos se corrieron a la vez gimiendo el nombre del otro.

Ibrahim se sentó en la cama cuando consiguió normalizar su respiración y se deshizo del condón. Después se llevó las manos a la cara, y Ahmed sabía que estaba agobiado por lo que acababa de suceder.

—¿Estás bien? —le preguntó, a sabiendas de que no era así.

—Sabes que no, me conoces demasiado bien. Creo que lo mejor será que me vaya, esto no va a volver a suceder…

—Una semana. Permítenos amarnos una semana.

—¿Una semana? ¿Por qué una semana?

—Porque en siete días parto rumbo a Nueva Zelanda para empezar de cero. Soy consciente de que nosotros nunca podremos ser, y también de que soy el único responsable de eso.

Ibrahim lo miró sorprendido. No esperaba esas palabras por su parte, estaba seguro de que Ahmed se convertiría en su tortura a partir de ese momento, y a pesar de que debía alegrarse por saber que no sería así, sentía como si hubiera sido su corazón el que había muerto en el accidente en el que se suponía lo había hecho el amor de su vida.

Agradecimientos

Como siempre, me encuentro en la parte más difícil para mí a la hora de escribir la novela. No porque me dé pereza, sino porque me da miedo olvidarme de gente importante que ha vivido el proceso de creación de esta historia.

En primer lugar, quiero dar unas gracias muy especiales al personal de Estima, el gabinete donde mi hijo pequeño recibe sus terapias. Gracias, Jessica, Ana, Celia, Elena y Cristina, porque cuando me encontrabais en la sala de espera trabajando o escribiendo en el iPad, siempre tuvisteis una palabra de aliento. Creedme cuando os digo que este proyecto también es vuestro.

Gracias a mis Chocochugas, Amparo, Dani, Dorcas, Dublineta, Lourdes, María José, Marissa, Pili y Rocío, vosotras volvéis a ser las auténticas protagonistas de esta historia.

Gracias a mis Purpurinas, por seguir a mi lado a pesar de que la vida no nos lo pone fácil; sin vosotras, hoy no sería quien soy.

Gracias a mis Masterianas, Dani, Marissa, Marta y Rachel, por aguantar estoicamente a mi Síndrome del Impostor, por los consejos y por estar siempre ahí, sois uno de mis pilares fundamentales en este mundo de letras.

Gracias a mi toto, mi hermana, mi amiga y mi paño de lágrimas. Gema, eres lo más grande que me ha regalado la escritura; contigo, los cafés saben infinitamente mejor.

Gracias a Fabián Vázquez, por confiar una vez más en esta loca. TQ.

Gracias a mis lectoras/es, por estar a mi lado, y por el cariño que me dais siempre.

Gracias a mi familia, por estar a cada paso, por no soltarme de la mano. Sin vosotros, mi vida no tendría sentido.

Y gracias a mi Estrella, que desde el cielo me manda fuerzas cada mañana para poder con todo lo que me proponga en la vida.

¡Nos vemos en la próxima!

